

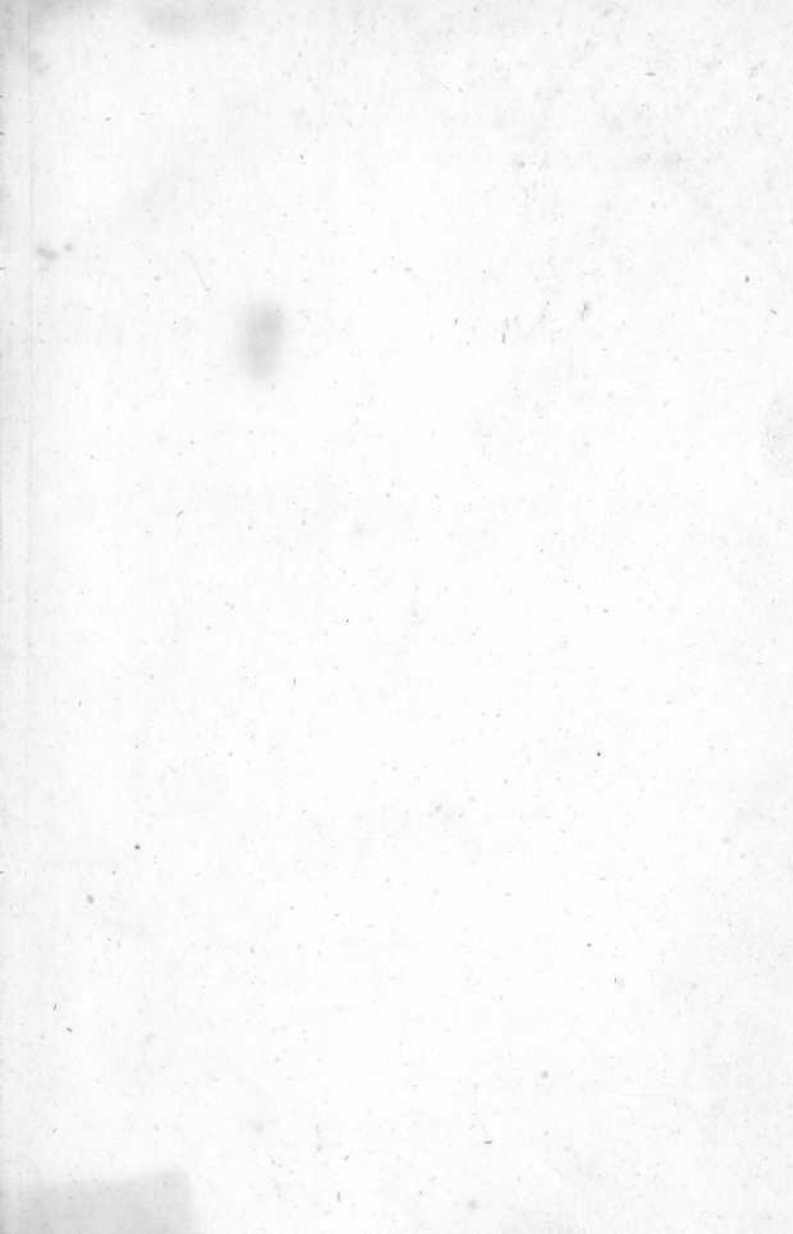


1303

Est. 4

Tab. 5

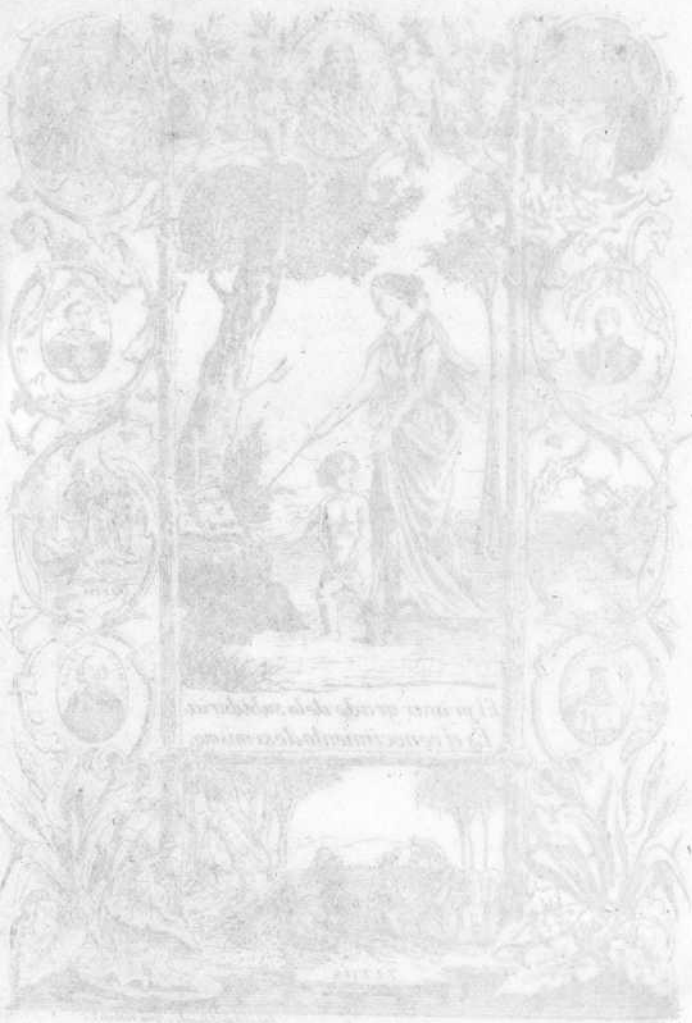
Núm. 1303







El primer grado de la sabiduría
Es el conocimiento de si mismo.



R. 27.037

ESCUELA DE COSTUMBRES

6

MAXIMAS RAZONADAS DE FILOSOFIA MORAL

PARA FORMAR HOMBRES DE BIEN Y BUENOS CIUDADANOS.

obra escrita en francés

por el Sr. Juan Bautista Blanchard,
Canónigo de Avonay.

Revisada, corregida con esmero, y consagrada especialmente, en una nueva edición, á los jóvenes de ambos sexos, por los ilustrados redactores de la Biblioteca de las escuelas cristianas de Francia.

Traducida libremente al castellano, enriquecida con doscientas biografías, con numerosas notas históricas, geográficas y doctrinales, y citas de autores tanto sagrados como profanos:

POR

D. VICENTE VALOR,

Maestro en Artes, doctor en Leyes, y antiguo profesor de Derecho en la universidad literaria de Valencia, Académico de mérito de la Matritense de Jurisprudencia y Legislación.

TOMO I.

VALLADOLID, — 1852.

Imprenta de D. J. de la Cuesta y Compañía.

ESCUOLA DE COSTUMBRES

MAXIMAS RAZONADAS DE FILOSOFIA MORAL

*Es propiedad , y serán denunciados los ejemplares
que no lleven las contraseñas particulares.*



B. VICENTE VALOR

Se halla venal en el establecimiento de *Juan de la Cuesta y Compañía*, calle de Cantarranas, núm. 45, y en las principales librerías del reino.

PRÓLOGO DEL EDITOR.

Entre los muchos libros de educacion, nacionales y extranjeros, que se han publicado de un siglo á esta parte, no hay á juicio de personas doctas é inteligentes, uno mas á propósito para ponerle en manos de la juventud de ambos sexos, despues de terminada su primera enseñanza, que la ESCUELA DE LAS COSTUMBRES, escrita en francés, á fines del siglo pasado, por el Señor Juan Bautista Blanchard, Canónigo de Avenay; reimpressa varias veces en vida del Autor, y de la cual acaba de hacerse en Tours, una nueva y esmerada edicion por los ilustrados colaboradores de la *Biblioteca de las escuelas cristianas de Francia*.

Y ciertamente ninguna persona instruida, que haya leído con atencion la expresada obra, podrá desconocer su utilidad é importancia, ni tampoco su indisputable mérito. En estilo claro y sencillo, sin dejar de ser persuasivo y elocuente, sabe el autor inculcar las máximas de la moral mas pura, de la sabiduría mas su-

blime, y de la virtud mas acendrada. Apoyado constantemente en las verdades de nuestra santa Religion, y presentándola sin aire de maestro, ni aparato de escuela, ofrece lecciones preciosas de conducta para todas las edades, y para todas las posiciones de la vida; de manera, que su libro, sábio comentario de un poemita moral conocido bajo el nombre de *Máximas de la sabiduría*, y atribuido comunmente al ilustre Fenelón, es en realidad una coleccion de máximas razonadas de filosofía práctica, que puede servir de regla para llenar fielmente los deberes que imponen la Religion y la Sociedad; sirviendo á un mismo tiempo para formar hombres de bien y buenos ciudadanos.

Empeñarnos en volvernos mejores, (decia el autor en una de las primeras reimpressiones de su obra, en que ya hizo considerables mejoras): ilustrarnos por nosotros mismos para correjirnos; fijar nuestras miradas sobre los defectos ajenos para preservarnos de ellos; enseñarnos á conocer nuestros deberes, y á conformar con ellos nuestra conducta, es sin duda la mas importante de todas las ciencias. Es, pues, hacer el servicio mas grande y esencial, el trabajar en formar las costumbres, que dirigidas al exacto cumplimiento de las obligaciones impuestas al hombre social, son los frutos mas preciosos de

la sabiduría, y el heroísmo mas útil de la virtud. Las costumbres, son el fundamento de la sociedad, y la basa mas indestructible de los estados, cualquiera que sea la forma de sus gobiernos. No hay otro mejor custodio de los tronos y de los Reyes. Un imperio que se gobernase por la virtud seria en cierta manera tan eterno como ella. Un pueblo con buenas costumbres, subsistirá mas bien sin leyes, que otro sin costumbres, con las leyes mas admirables. Y esto es, porque la virtud lo suple todo, pero á ella nada puede suplirla.

Aunque Blanchard escribió, segun hemos dicho, para toda clase de personas y condiciones, desnudando su doctrina de la aridez de los preceptos, y haciéndola mas atractiva y amena, con la variedad de los ejemplos; todavia los redactores de la *Biblioteca de las escuelas cristianas*, atendiendo al estado actual de la sociedad francesa, al de sus hábitos y costumbres, y hasta su mayor refinamiento en el vicio, queriendo popularizar entre la juventud de ambos sexos, una de las mejores obras de literatura del siglo último, han suprimido muchos pasajes que convenian exclusivamente á los padres y madres de familia, sustituyendo en su lugar otros mas acomodados á la edad y circunstancias de los jóvenes, á quienes principalmente han consagrado su obra.

Idénticas, ó muy parecidas consideraciones han movido al Editor á servirse de ella, con preferencia á las anteriores hechas en vida del Autor, para la nueva traduccion española que ofrece al público; pues sin querer rebajar en un ápice el mérito de la del Señor D. Ignacio Garcia Malo, en cuatro tomos en 8.º, ha creido no obstante, que con las supresiones hechas en la ediccion que ha servido de texto, y reducida á dos volùmenes con doscientas sesenta y dos páginas cada uno, de letra mas abultada, al paso que sería menos difusa la obra, y estaría mas al alcance de capacidades y de fortunas; podría enriquecerse con la version en castellano de los muchos versículos de la Sagrada Escritura en que á cada paso apoya sus máximas el piadoso Blanchard, sin la cual, serían inútiles para la generalidad de los lectores: estando igualmente persuadido que así podrán sacar un provecho inmenso en la lectura de las Biografías de los ilustres personajes, cuyas sentencias se citan, ó cuyos ejemplos y acciones se proponen á la imitacion, inflamando los ànimos de la tierna juventud.

Algo podría añadir el Editor en elogio, así de esta nueva traduccion y numerosas notas con que và ilustrada, como de los artículos biográficos sacados, en su mayor parte de los mejores Diccionarios extranjeros, que á su parecer realzan no poco el mérito de la obra,

y la hacen muy superior à la del señor Garcia Malo ; pero sobre querer huir de comparaciones siempre odiosas , se abstendrá de hacerlo por no ofender la modestia de la persona respetable que le ha favorecido con este importante y concienzudo trabajo , dejando al público ilustrado , juez mas competente é imparcial, la calificacion de ambas.

De todos modos asegura , que ni el sordido interés , ni el de una mezquina especulacion , y sí otro objeto mucho mas noble, es el que le ha estimulado á publicar esta nueva edicion de LA ESCUELA DE LAS COSTUMRES, obra , que á pesar de su gran celebridad , (y aunque sea ruboroso el decirlo), no ha sido, ni tan generalmente leida ni tan apreciada en España como correspondia à su notoria utilidad é importancia , merced acaso á la corrupcion de nuestras actuales costumbres , en que han influido no poco las no menos pervertidas de la nacion vecina, que así como con sus malos ejemplos, sus exageraciones, sus arlequinadas , sus ideas románticas, y con su plaga de novelas fútiles , indecentes y nocivas , nos ha inculcado el gusto á todo lo frívolo, insubstancial y fantástico; ha contribuido á infiltrar en nuestra Sociedad el *indiferentismo religioso* y la pasion desordenada á los goces materiales, inspirando una moral, que en vez de estar cimentada en la práctica de la virtud y del ver-

dadero honor, se funda única y exclusivamente en la utilidad é interés individual, y en el egoismo.

El Editor, pues, se envanecería con su obra si llegase á merecer la aceptación de los padres, tutores, maestros, y de cuantos se hallan encargados de educar la juventud de esta culta y sesuda provincia; mejorando con la lectura de las preciosas lecciones y útiles ejemplos de este libro, el gusto harto estragado por la leyenda de cuentos é historietas inútiles y novelas monstruosas, parto revelado de cabezas enfermas y de imaginaciones febriles.

Valladolid 5 de Agosto de 1852.



Censura de la Autoridad Eclesiástica.

Excmo. é Ilmo. Señor: En cumplimiento de lo que S. E. I. ordena en el oficio que se ha servido dirigirme, he leído con atención los dos tomos impresos de la obra titulada ESCUELA DE COSTUMBRES; y el juicio que de ella he formado es, que las máximas dogmáticas y morales, que con estilo claro, elocuente y persuasivo se inculcan en cada una de sus páginas, y se amenizan á menudo con luminosas sentencias y heróicos ejemplos de personajes ilustres, son muy á propósito para mover é inclinar al corazón humano á la observancia de todos los sagrados deberes que tiene contraídos para con Dios, para consigo mismo y para con el prójimo. De una doctrina tan sana, tan útil é interesante como la que contiene dicha obra, pueden prometerse los mejores resultados en favor tanto de nuestra divina Religion como de la Sociedad. Si la juventud, á la que principalmente se dirige, se empapa de ella, no hay duda, que dará dias de honor y gloria á la Iglesia y al Estado.... Todo lo dicho somete al juicio de S. E. I.... — Valladolid Setiembre 20 de 1852. — *Diego del Pozo.*

Es copia del original que queda en esta Secretaría de Cámara de mi cargo. — Valladolid etc. — Juan Nepomuceno Arias, Secretario.

Fé de erratas en esta Escuela de Costumbres.

PAGS.

TOMO I.

- 6, línea 54, anuntiat. V. 2, léase anuntiant. V. 4.
9, línea 25, V. 7, léase V. 4.
24, línea 55, Eccles., léase Sap.
65, línea 54, Eccles., léase Prov.
74, línea 5, Este noble, léase Un noble.
id., línea 44, juego del hombre con él, léase al juego del hombre.
406, línea 7, el único, léase uno.
408, línea penúltima, y le dió un golpe mortal, léase y le hincó tres lanzas en el corazon.
426, línea 5, se estrecharon mas, léase se ensancharon mas.
456, línea 50, Quærit, léase quærit.
455, línea 54, ex porringens, léase expórrigens.
458, línea 24, non de, lease non des.
472, línea 46, confundirlos, léase confundidos.
482, línea 35, cuatro, léase tres.
242, línea 24, Tertuliano (B. 95), léase sin cita Biográfica: Tertuliano en el segundo.
id., línea 27, San Justino (2)., léase San Justino (B. 93).
247, línea 25, auxialido, léase auxiliado.
254, línea 6, emperatriz, léase emperatriz.

BIOGRAFIAS.

- 48, línea 25, Tertuliano, léase Justino (San).
52, línea 57, el primer Padre de la Iglesia, léase uno de los Padres de la Iglesia.

TOMO II.

- 7, línea última, frenta, léase afrenta.
46, línea 6, ultronæ léase ultroneæ.
58, línea 27, inora, léase in ore.
59, línea 3, oberrecidos, léase aborrecidos.
77, línea 52, et despicias, léase et non despicias
id. línea 56, obliviscere, léase oblivisci.
85, línea 55, V. 7, léase cap. 7, V. 4.
452, línea 45, hom, léase hombre.
454, línea 51, reveraris, léase reverearis.
240, línea 52, revelen, léase rebelen.
245, línea 52, Prov., léase Eccli.

BIOGRAFIAS.

- 5, línea 55, 555, léase 4555.
48, línea 8, 4547, léase 4547.

ESCUELA DE COSTUMBRES

6

MAXIMAS RAZONADAS DE FILOSOFIA MORAL

**para formar hombres de bien y buenos
ciudadanos.**

MAXIMA PRIMERA.

**Temed á Dios vengador
Y á todo lo que le ofenda;
Pues éste es el primer paso,
Que á sabiduría lleva.**

El primero y mas importante de todos los conocimientos necesarios al hombre, es el de la existencia de un ser Supremo; el convencimiento de esta existencia es la base mas firme é invariable, en la cual se afianzan las costumbres, la virtud, la probidad y la sociedad entera. Arrancad sino esta creencia del corazon de los hombres; ¿qué seria entónces del mundo, ó mas bien en qué teatro de horrores no se convertiría?

Si, hay un Dios: y nosotros no podemos concebirle sino bajo la idea de un Ser Eterno, Todopoderoso, Soberano protector del órden universal, vengador del crimen, y remunerador de la virtud. Esencialmente infinito en todas sus perfecciones, dejaría de ser Dios, sino remunerase la virtud, ó no castigase el vicio.

Empero, por razones dignas de su infinita sabiduría, no siempre ejerce en esta vida los derechos de su justicia (1); y aún cuando no conozcamos estas razones ¿quién de nosotros tiene la vista bastante perspicaz para penetrar toda la profundidad de su conducta y juicios respecto de los hijos de los hombres, y mucho menos para calificarla? Además, si Dios recompensase todas las buenas acciones en el acto de ser ejecutadas, ó castigase las malas luego de cometidas ¿no vendría á coartarnos nuestro libre alvedrio que es el principio de las virtudes y recompensas merecidas, y el que nos hace tributarle un homenaje digno de su divina Majestad? Porque si ha querido durante el corto espacio de esta vida dejarnos entregados á nuestro propio consejo, ha sido sin duda porque le es mas glorioso ser servido y adorado por criaturas libres y racionales, que por las que sometidas á la ley dura de la necesidad, no serian ni mas virtuosas, ni mas vieiosas, que el sol que madura las mieses, ó el hielo que las destruye.

Y si por algun tiempo sufre el abuso de nuestro libre alvedrio, sabe siempre sacar el bien del mal mismo. Mientras que la virtud oprimida se purifica y pasa por el crisol de las pruebas, haciendo méritos y adquiriendo títulos á mayores recompensas; el malvado que triunfa y prospera, tiene mas tiempo para arrepentirse, y no puede imputar sino á si mismo las horribles desdichas que le esperan, si obstinándose, á despecho de los gritos de su conciencia en llevar á colmo sus delitos, fuerza en fin, á la justicia Divina á castigarlos. Y no dudemos que lo

(1) Procede lentamente y por grados, compensando la dilación y tardanza en el castigo, con la intensidad del mismo. VALERIO MAXIMO. — T.

ejecuta de una manera digna de ella y proporcionada á los atentados. ¡ *Pues qué* (decían á un impío que se burlaba del infierno) *han de tener los hombres prisiones, calabozos y suplicios para castigar los delitos de lesa Majestad humana y Dios no se ha de haber reservado nada para vengar su Majestad Divina, con tanta frecuencia indignamente ultrajada por los viles mortales, á quienes ha colmado de beneficios!*

¿Qué sería su justicia y santidad Suprema, si mirase con iguales ojos el bien y el mal, y dejase al malvado dormir al lado del bueno en la noche pacífica del sepulcro? Dichoso en su misma iniquidad, rodeado de riquezas y de placeres, habria agotado los delitos y terminado en paz su abominable vida, mientras el justo, víctima de sus violencias, habria pasado y concluido la suya entre infortunios, calamidades y lágrimas. Y Dios, testigo de todo esto, que se habria visto infinitamente ofendido por las persecuciones hechas á la virtud ¿habia de guardar un eterno silencio? ¿No ha de haber otra vida en donde su justicia restablezca el orden, mude los destinos y recompense á cada uno segun sus obras? Sí, sin duda, se levantará en fin, juzgará él mismo su causa, y se vengará como Señor justamente irritado. Procede lentamente en el castigo, y deja pasar sin dificultad los primeros momentos de su enojo, porque tiene toda una eternidad para hacer sentir el peso de su justicia á los pecadores. En vano se lisonjea el impío de ser aniquilado. Aquel Señor que lo sacó de la nada, le volveria á sacar segunda vez si necesario fuese, para cumplir con él sus venganzas y hacerle apurar hasta las hezes el cáliz de la ira Divina.

Dios ciertamente no nos ha criado para perdernos ni hacernos infelices por toda una eternidad; mas

tampoco nos ha dado el ser, para que de continuo le ofendamos y ultrajemos. Así lo hacemos sin embargo, cambiando á cada momento sus sábias miras respecto de nosotros. Si abusamos, pues, de su bondad y beneficios en el tiempo de su clemencia ¿no deberá castigar los ultrajes sin cuento, hechos á su divina Majestad, cuando llegue el tiempo de su justicia?

Cuanto mas terribles serán sus castigos, tanto mas debemos amedrentarnos y temer á un Señor tan poderoso como justo. Pero, por mas doloroso que sea el decirlo, la mayor parte de los hombres no hacen jamás sobre este punto una reflexion profunda, y viven en lo que mas les importa con una asombrosa indiferencia, que por cierto no tendrían en cualquiera de sus negocios particulares de mucha menos importancia y trascendencia. Y mientras que el impio, que desea que Dios no exista, se esfuerza aunque en vano, á persuadirse, y se hace tambien un honor lamentable de parecer convencido, muchos otros que no se atreven á mostrar á las claras su impiedad, prefieren no pensar jamás en materia tan interesante, ó por lo menos mirarla con indiferencia y permanecer en una indecision, que bien definida no es mas que una especie de ateismo menos chocante y mas tranquilo.

Rasguemos, pues, la venda fatal que los ciega y no los excusa. Mostremos á los ojos y al entendimiento la existencia de un Sér Soberano, impresa sobre todas las criaturas con caracteres tan claros é indelebles, que hasta los hombres mas simples y groseros no puedan despreciarla. Aprendamos sobre todo en la edad en que tan poco se reflexiona, á hacer sobre lo que vé todos los dias, observaciones tan agradables y nuevas para ella como útiles y convincentes. Descubramos en las principales maravillas de la naturaleza, al autor suyo, á la vez que de todo lo criado. Porque si bien es demasiado grande y perfecto para que lo perciban los senti-

dos ¿podemos dejar de percibirle y reconocerle por sus obras? (1)

En efecto, cuando yo veo un hermoso y magnífico edificio, no puedo dejar de decirme á mí mismo, esta soberbia fábrica con tanto orden y regularidad construida, no se ha formado por sí sola: un hábil arquitecto ha levantado el plano y algunos otros operarios inteligentes lo han puesto en ejecución. Yo me reiría ciertamente del que se empeñase en persuadirme que era obra de la casualidad (2). Porque si al ver una hermosa máquina, un reloj por ejemplo, nadie duda que ha sido hecha por un artífice industrioso; al considerar las bellezas de la naturaleza ¿quién podrá dudar que sean obras de un Dios Criador y Señor absoluto

(1) Quien hay tan insensato, dice Ciceron, que levantando la vista al cielo, no reconozca que hay un Dios! La hermosura del mundo, el orden y concierto de los cuerpos celestes, el curso del sol, de la luna, y de todas las estrellas, demuestran al primer golpe de vista, que ninguna de estas grandes obras, ha sido hecha casualmente, y nos obligan à reconocer y confesar que existe un Sér infinito, excelente y eterno, digno de la admiracion del género humano; y que no pudiendo los hombres obrar tantas y tan portentosas maravillas, Dios únicamente es el arquitecto, rector y gobernador de la grandiosa y magnífica fábrica del Universo.—T.

(2) Lo primero (dice el profundo *Bálmes*) que las religiones establecen ó suponen, es la existencia de Dios. ¿Existe Dios? ¿Existe algun Hacedor del universo? Levanta los ojos al firmamento, tiéndelos por la fáz de la tierra, mira lo que tú mismo eres; y viendo por todas partes grandor y orden, di si te atreves: «el acaso es quien ha hecho el mundo; el acaso me ha hecho á mí; el edificio es admirable, pero no hay arquitecto; el mecanismo es asombroso, pero no hay artífice; el orden existe sin ordenador; sin sabiduria para concebir el plan, sin poder para ejecutarle» Este raciocinio que tratándose de los mas insignificantes artefactos, sería despreciable y hasta contrario al sentido comun, ¿se podrá aplicar al universo? Lo que es insensato con respecto á lo pequeño ¿sería cuerdo con relacion á lo grande? —T.

del universo? (1). Mas por cuanto estas grandes y magnificas pruebas de la existencia de Dios, si han de hacer impresiones profundas y duraderas, deben presentarse con alguna extension; invitamos á nuestros lectores, con especialidad á los jóvenes, á que nos sigan paso á paso en el desenvolvimiento que para su enseñanza vamos á hacer de ellas, aunque presentando solamente á su vista, no ya sutiles y metafisicos argumentos, cuanto pinturas risueñas y cuadros agradables é interesantes.

Porque á la verdad, no necesitamos recurrir á penosas investigaciones, para comprender que Dios existe, y para formarnos una idea sublime de lo que es, no tenemos mas que levantar los ojos al cielo. En él veremos que todo anuncia al universo entero su existencia y su grandeza (2).

¿Quién ha dicho al sol, *sal de la nada y preside al dia; y á la luna comparece y sé la antorcha de la noche*? Quién ha dado el sér á esa multitud de estrellas que hermocean el firmamento, y cuyo número y brillantes luces nos sorprenden y admiran á un mismo tiempo?

Si, como observa uno de los mas grandes autores paganos, un hombre hubiese sido criado desde la infancia en lugares subterráneos, y de improviso saliese de ellos en una de aquellas noches brillantes en que resplandecen millares de astros en la inmensa bóveda de los cielos; cuál no sería su asombro y su admiracion! ¿Cómo era posible que dejara de inquirir el autor de una decoracion tan magnífica? ¡Y qué idea no forma-

(1) Yo estoy persuadido dice Voltaire, que un reloj, indica un relojero y el Universo un Dios. — A.

(2) *Cæli enarrant gloriam Dei, et opera manuum ejus annuntiat firmamentum.* — Salm. 18. v. 2.

Los cielos expresan claramente la gloria de Dios, y el firmamento anuncia las obras de sus manos. — Sr. Carvajal. — T.

ria de su poder y grandeza! Por mas acostumbrados que estén nuestros ojos á tan bello espectáculo: ¿podemos nosotros mismos gozar de él sin quedar atónitos? y sin exclamar alguna vez ¡qué magnificencia, y qué atencion revela, el haber esparcido tan brillantes antorchas por toda la bóveda de los cielos, para hermosear por la noche nuestra morada, para guiar nuestros pasos en las tinieblas, y para dirigir por medio de las ondas á nuestros atrevidos navegantes! Todos esos astros que nos parecen tan pequeños y que son otros tantos soles, sin duda no han sido puestos tan lejos de nosotros, sino para librarnos de su fuego, sin privarnos del goce de su luz.

Y así como solo aquel que ha hecho las estrellas, puede contar su número (1), así tambien él solo puede medir su grandeza. Esta debe ser prodigiosa, supuesto que se las vé desde la tierra, aunque la mayor parte están mucho mas lejos de ella que el sol mismo, cuya distancia nos asombra (2).

Sin entrar aqui en cálculos astronómicos, que no son de nuestro asunto, lo cierto y lo que mas nos interesa saber es: que del mismo modo que las estrellas, ha puesto la sabiduría divina el astro del dia á la justa distancia que nos convenia. Colocado mas léjos ó mas cerca, nos hubiera sido inútil ó nocivo: no hubiera podido vivificar la tierra con su dulce calor, ó la hubiese abrasado con sus rayos.

(1) Qui numerat multitudinem stellarum, et omnibus eis nomina vocat. — Salm. 146 v. 5.^o — Sr. Carvajal. — T.

(2) Los cálculos astronómicos, nos enseñan, dice el sábio geógrafo *Letronne*, que su diámetro es como unas 110 veces mayor que el de la tierra, lo que equivale á unas 255000 leguas; este astro es pues 10.64000 veces mayor que la tierra. La causa de su pequenez aparente, resulta de su prodigiosa distancia que es como unas 12000 veces el diámetro de la tierra, ó como unas 27.504000 leguas. Las estrellas fijas, que son otros tantos soles, cuya magnitud se ignora, se hallan todavia infinitamente mas distantes. — T.

Si cualquiera de los innumerables astros que resplandecen sobre nosotros llegase á desprenderse del firmamento y caer sobre la tierra, el universo entero se veria en una espantosa confusion; y cualquiera choque por pequeño que fuese de esas terribles esferas, podria hacer pedazos nuestro globo. Sin embargo, á pesar de su muchedumbre, de los esfuerzos y de la rapidez de sus movimientos, despues de seis mil años, se mueven uno trás del otro con el mismo orden y sin ningun embarazo, y su giro es igualmente fácil y constante. Luego todos han salido de una misma mano, y caminan bajo las leyes de un solo Señor. ¡Y cuán grande es este Señor, cuán poderoso! El cielo está lleno de su gloria y por todas partes se ven profundamente grabadas las señales de su sabiduría y de su grandeza (1).

Si al espectáculo magnífico de los cielos unimos el del mar; qué sublime idea no formaremos del poder de Dios! ¿No se puede decir tambien que el mar, bajo muchos respectos nos ofrece una imágen sensible de la divinidad? Su inmensidad nos pinta en cierta manera la de Dios; su profundidad que no se puede sondar, el abismo impenetrable de los desig-nios eternos; su calma, nos representa la clemen-cia Divina, y sus furiosas encrespaduras, la cólera

- (1) Nuevas el cielo envía
 De la gloria de Dios; el firmamento
 Nos anuncia ser obra de sus manos,
 Al día sigue el día,
 A la noche la noche, y con acento
 Que no perciben los oídos vanos,
 Su grandeza publican,
 Los ecos multiplican
 Por la inmensa extensión que el orbe encierra,
 Y sus voces sonoras
 Oyen á todas horas
 Los últimos confines de la tierra.

terrible de un Dios irritado. Los bramidos espantosos de sus olas, llenan de pavor á los mas intrépidos, y al verlas levantar con tanta majestad y grandeza casi hasta las nubes, el hombre pensador no puede dejar de reconocer, con el Rey Profeta, que esta es verdaderamente una de las cosas mas admirables del universo y uno de los testimonios mas evidentes de la omnipotencia Divina (1).

Parece que éste vasto y fiero elemento en el furor que le transporta, va á dejar sus senos y á inundar la tierra; pero la misma mano que levanta sus olas como montañas hácia el alto mar, le ha prescrito límites que le reprimen de parte de la tierra. Por mas furioso que esté, en acercándose á sus orillas se retira bramando, y dobla sus olas respetuosas como para adorar el órden soberano que en ellas se encuentra escrito. Los sábios de todos los siglos, han procurado descubrir lo que retiene en sí al mar. Pero, por mas que se fatiguen ¿qué otra causa encontrarán que la voluntad de un Dios Todopoderoso, el solo que hace maravillas, y que puede hacer bajar el orgullo de sus

(1) Mirabiles elationes maris: mirabilis in altis Dominus. — Salm. 92. v. 7.

Maravillosas son las encrespaduras del mar: mas admirable es el Señor en las alturas. — Sr. Amat.

En líquidos raudales

Con giro rapidísimo voltean

Las aguas entre sí precipitadas:

Y en moles desiguales

Encontrándose, chocan y pelean,

Hasta el cielo sus olas levantadas.

Hinchase el mar instable,

Alzando el admirable

Promontorio que espanta á la natura,

Mas toda criatura

Con mayor maravilla

Vé elevado al Señor en alta silla. — Sr. Carvajal. — T.

olas á vista de los límites que le ha señalado, y que el Señor únicamente conoce? (1)

Canuto (2), Rey de Inglaterra, á ejemplo de sus predecesores, que se habían hecho llamar Señores y dominadores del mar, cuentan que resolvió tomar un día posesion de este título solemnemente, á fin de que en lo sucesivo no se le pudiese disputar esta cualidad. Y persuadido que para hacer este acto mas auténtico, nada contribuiría tanto como obligar al mar mismo á venir á rendirle vasallaje en el tiempo de la marea, hizo levantar un trono en la playa de *Southampton* (3). Allí con manto real y coronada su cabeza cuando

(1) Esto es lo que el mismo Señor esplica tan magníficamente en los libros Santos. Quis conclusit ostias mare, quando erumpibat quasi de vulva procedens; Circundedi illud terminis meis, et posui, vectem, et ostia; et dixi: usque huc venies, et non procedes amplius, et hic confringes tuméntes fluctus tuos; — Job. C. 38 vv. 8, 10, 11.

¿Quién al instable mar cerró las puertas,

Cuando brotaba del abismo un día,

Y á borbollones del profundo seno

Las espumantes olas descubiertas.

Se vieron? ¿Quién de nubes lo vestia?

¿Quién como á infante de flaquezas lleno

La densa niebla oscura

Hizo que le sirviese de envoltura?

Yo le fijé los términos que quise

Con que por todas partes rodeado

Estuviese y sujetó, y no pasase

El suelo á profanar que el hombre pise;

Y le cerré la puerta con candado;

Porque le dije: cuando aquí llegase

Alguna vez el flujo entumecido.

De tu soberbia y rápida corriente,

En la arena detente:

De ella no pasarás: Yo te lo impido. — Sr. Carvajal. — T.

(2) Reinó desde el año 1017 hasta el 1036. — T.

(3) Ciudad y Puerto de Inglaterra, Condado de su nombre á 5 $\frac{1}{4}$ leguas S. S. O. Winchester y á 4 N. O. de Ports. mouth; hácia los 50.º 55.º 59.º lat. N. y los 2.º 47.º 57.º

el mar comenzó á acercársele , le habló en estos términos : *Sabe que eres mi súbdito , que la tierra dónde yo estoy es mia , y que hasta aquí nadie ha osado rebelarse contra mi voluntad , y así te mando , que te retires á tu ordinaria residencia sin pasar mas adelante ni atreverte á acercarte á tu Señor.* Apenas hubo pronunciado estas palabras cuando una furiosa oleada derribó el trono , y mojando al Rey de pies á cabeza le enseñó el juicio exacto que debia formar en órden á la obediencia de este elemento. En efecto , los Reyes pueden mandar á los hombres ; pero el mar inmenso solo obedece á Dios que tambien lo es (1).

La tierra concurre igualmente con el mar y los cielos á publicar la gloria de su autor , y á hacernos apreciar sus perfecciones invisibles por las obras de sus manos. ¿ Qué lugar de la tierra podremos recorrer , donde por todas partes , y bajo de nuestras plantas no encontremos las señales ostensibles de la existencia de un Dios , y señalados motivos para admirar su grandeza y su magnificencia ?

La prodigiosa fecundidad de las plantas , prueba visiblemente el designio del Criador. Por este medio provee á la conservacion de las especies que adornan nuestra morada , y á la necesidad de los animales que se alimentan de ellas. Para admirar la bondad de Dios , en la inmensa variedad de frutos , en su abundancia , en su delicadeza , en su reino periódico y sucesivo ; no es necesario mirarla con ojos cristianos , basta considerarla con ojos atentos y reflexivos. Asi es , que un

longitud E. ; sit. sobre una lengua de tierra que penetra en el Southampton water , estero del Test , y que está bañada al E. por el embocadero del Itching , y termina en ella el canal de Salisbury y Southampton. Dista de Londres 25 legs.—T.

(1) La accion insensata de Canuto fué , segun algunos autores , una accion sábia ; pues quiso hacer ver por ella á sus vasallos cuán superior poder es el de Dios al de los mas grandes reyes.— A.

sábido del Paganismo, no pudo considerar al autor de la naturaleza sino trasportado de admiracion y reconocimiento.

Dejemos, pues, á los espíritus melancólicos y quejumbrosos, lamentarse de algunos desórdenes aparentes que de vez en cuando se observan en el universo: fácil, muy fácil seria justificarlos; pero la sabiduría divina no necesita de apologias, por todas partes se reconoce una inteligencia suprema (1), la que no resplandece menos en la fecundidad de los animales que en la de las plantas. Y así como no hay grano mas fértil que el trigo, que es el mas necesario al hombre, así tambien los animales que sirven de nutrimento á los otros, son los que mas se multiplican. Si los animales silvestres se multiplicasen como los domésticos, en breve los hombres dejarían de ser dueños de la tierra; y al ver nosotros que una manada de cien corpulentos bueyes se deja conducir por un niño que les sirve de pastor ¿se puede desconocer en esta estupenda docilidad el poder secreto que los contiene?

Es cierto que muchos animales hacen alguna otra vez uso de sus armas homicidas contra nuestros deseos, y mas allá de lo que necesitamos; pero mas apacibles y mas sumisos en el estado de la inocencia, sus rebeldías contra el hombre, son la consecuencia y el castigo de las rebeldías del hombre contra su bienhechor. Todo el Universo no ofrecia al hombre inocente, sino placeres; todo anunciaba las complacencias de un padre para con los hijos dignos de su amor; mas desde que prevaricó el primer hombre, todo ha cambiado en la tierra, la cual desde entónces se ha vuelto para él, en vez de Paraiso, lugar de dura prueba, de mortificacion y de destierro. Herederos infelices de un padre pecador, hemos sido

(1) *Dios hace bien lo que hace*, dice la Fontaine en la ingeniosa fábula de *la bellota y la calabaza*, compuesta para todos los *garos*, especie de gente comun, y tan presuntuosa como ignorante.— A.

envueltos en su desgracia, así como los hijos de un padre rebelde son privados por algunas leyes civiles de los bienes y prerogativas de su nacimiento.

Sin embargo, Dios no nos ha tratado con todo el rigor que merecemos; con los males y aflicciones que destinaba para atraernos á sí, ha mezclado los bienes y dulzuras que atemperan la amargura. Nos ha castigado como Padre, esto es, con bondad.

Y en efecto, por no hablar aquí mas que de los animales, si ha permitido que su ferocidad y rabia se subleve contra nosotros, si ellos son alguna vez, en las manos de su justicia, los instrumentos de sus venganzas, no ha olvidado y se acuerda aún todos los dias de que tenemos necesidad de ser alojados, vestidos, alimentados y trasportados, y permite que una multitud de animales vengan dóciles á ofrecernos todos estos socorros. El hombre tiene necesidad de compañía, y de descanso despues del trabajo, y así ha puesto cerca de él un animal festivo, alegre, lleno de jovialidad, que con apariencias de razon, profesa á su amo una tierna amistad y una fidelidad á toda prueba (1). Ha dado á otros disposicion para

(1) El perro, dice el Plinio Francés (el célebre Buffon) independientemente de la belleza de su forma, de su viveza, fuerza y agilidad, tiene por excelencia otras interesantes cualidades que le atraen con razon el cariño del hombre. Un natural ardiente, colérico y hasta feroz y sanguinario, hace que el perro salvaje sea muy temido de todos los animales, al paso que este instinto en el perro doméstico cede á sensaciones dulces, al placer de verse acariciado y al deseo de agradar; el perro llega sumiso á deponer á los pies de su dueño su valor, fuerza y talentos: aguarda sus menores órdenes para cumplírlas con el mayor celo, le consulta, examina, pregunta y suplica, bastando una ojeada para darle á conocer su voluntad. Sin gozar como el hombre de la luz del entendimiento, posee todo el fuego de la sensibilidad y le supera en la fidelidad y en la constancia de su cariño, pues no tiene ninguna ambicion, ningun interés, ningun deseo de venganza, ni otro temor que el de ofender á su amo: todo él es celo, todo ardor, todo obediencia. Mas sensible al recuerdo de los beneficios que al de los ultrajes no le arredra el casti-

dejarse domesticar, á fin de que puedan distraernos y alegrarnos con sus juegos y familiares gracias. La Divina sabiduria semeja á una tierna madre que atiende á todas las necesidades de sus hijos, y sin degradarse, se digna entretenerse con ellos y tomar parte en sus inocentes diversiones. Si desde los animales bajamos á los mas vilés insectos ; qué conjunto no encontraremos de maravillas secretas! Y en los mas pequeños y casi imperceptibles ; qué perfeccion inexplicable! Cuanto el objeto es mas pequeño y mas imperceptible la obra, mas brilla el arte del artífice (1). Todo es grande y admirable en la naturaleza. Las cosas más pequeñas llevan impreso el sello de un criador omnipotente. El ojo de un arador ofrece á la observacion una delicadeza en que se pierde el entendimiento del hombre. Filósofos orgullosos, producid, no diré ya una de esas ricas flores, que son la admiracion de nuestros ojos, y el ornato de nuestros jardines, sino uno siquiera de esos vilés gusanillos que tan frecuentemente pisais y mirais con desprecio. ¡Qué riqueza y resplandor de colores, sobre la cabeza de una mosca, en los varios anillitos de la oruga, y en las álas de la mariposa! ; Qué objeto de admiracion y de reconocimiento para con el Criador, no nos presenta ese industrioso gusano, á quien debemos nuestras mas suaves y magníficas vestiduras!

El universo está lleno de semejantes milagros que si bien no nos admiran porque son muy frecuentes, no por eso prueban menos, á quien sabe go, antes bien lo sufre con humildad y lo olvida al momento que cesa, y solo se acuerda de él para mostrarse mas complaciente; y léjos de irritarse ó de huir, se expone nuevamente á nuevas pruebas, lame la mano que acaba de herirle, y sin oponerle la menor resistencia consigue al fin desarmarlo con la paciencia y la sumision. — T.

(1) In his tam parvis, atque tam nullis, ¡ Quam inextricabilis perfectio! — Plin. — A.

pensar y discurrir, no solamente la existencia de un ser Todopoderoso sino tambien su sabiduria, su magnificencia, y sobre todo, su bondad para con nosotros. *El mundo entero, dice el filósofo de Ginebra, (Biografía 4.^a) no ofrece á un corazon sensible sino motivos de ternura y de gratitud. Por todas partes percibe la benéfica mano de la Providencia. El recoje sus dones en las producciones de la tierra: vé cubierta su mesa por sus cuidados: duerme bajo su proteccion, y el despertar risueña y pacíficamente, de ella lo recibe. Las desgracias le sirven de lecciones y de placeres los favores.*

Los ateistas, si los hay, son pues, ó mónstruos de ingratitud, que se deben mirar con horror, ó locos indignos de lástima, que ni aún merecen se les hable. Si les quedan algunas chispas de razon, que se esfuerzan en extinguir, ella misma los convencerá de que habiendo Dios eriado al hombre para que le conozca, le sirva, y le ame; para solo el hombre lo ha hecho todo, pues siendo el único, ser racional en la naturaleza, puede con su inteligencia y con su industria ordenar para su uso todos los bienes de la tierra.

El hombre, hecho para adorar al Criador; dice Mr. Buffon (B. 2.^a), manda á todas las criaturas. Vasallo del cielo y Rey de la tierra, la ennoblece, la puebla y enriquece.

El mismo es el mas bello compendio de las maravillas del universo, y la estructura admirable de los miembros de su cuerpo, que asombra á cuantos detenidamente la estudian, es sin disputa una de las mas fuertes pruebas de la existencia de un ser Supremo. Galeno (B. 3.^a) filósofo pagano, y uno de los médicos mas célebres de la antigüedad, no pudo exponer en sus obras la construccion del cuerpo humano sin exclamar, que habia cantado el

himno mas bello en honor de la Divinidad.

La astronomía y la anatomía, dice uno de los mas brillantes talentos de este siglo, son las dos ciencias en que están mas sensiblemente impresos los caracteres del Soberano Ser (1). La una anuncia su inmensidad, y la otra su inteligencia. Esto es, lo que aclara muy perfectamente Ciceron, en una de sus mas sábias obras.

La estructura y posición de nuestros sentidos, corresponde maravillosamente á sus destinos. Los *ojos* como centinelas ocupan el lugar mas alto desde donde pueden descubriendo los objetos cumplir su ministerio. Tambien conviene á los *oidos* un lugar eminente por que están destinados á recibir el sonido que naturalmente sube de abajo arriba. Las *narices* deben guardar la misma situacion porque el olor tambien sube, y era necesario además ponerlas junto á la boca porque nos ayudan mucho á juzgar de la bebida y comida. *El gusto* que debe hacernos conocer la cualidad de lo que tomamos, reside en aquella parte de la boca por donde la naturaleza dá paso á lo sólido y á lo líquido: tambien el *tacto*, está extendido generalmente por todo el cuerpo para que no podamos recibir impresion alguna, ni ser acometidos del frio ni del calor sin sentirlo ó apercibirnos de ella. Y asi como un hábil arquitecto no colocará á la vista ni bajo la nariz del dueño los albañales de una casa, asi tambien la naturaleza ha

(1) Tenemos dice (el elocuente cuanto poético Chateaubriand) por muy desgraciado al astrónomo que pasa las noches leyendo en los astros, sin descubrir en ellos el nombre de Dios. ¡ Ah! ¿Es posible que en tanta variedad de figuras y en tan gran diversidad de caracteres, no ha de poder encontrar las cuatro letras de su nombre? El problema de la divinidad ¿no está resuelto en los misteriosos cálculos de tantos soles? ¿Una álgebra tan brillante no puede servir para descubrir esta grande incógnita?—T.

alejado de nuestros sentidos, lo que hay de semejante á ella en el cuerpo humano (1).

Entre todas las extravagancias de que es capaz el entendimiento del hombre, la mas grande y extravagante, es sin duda la de los discípulos de Epicuro (B. 4.^a). Ellos imaginaban, que el *acaso* lo habia hecho todo, que las partes de nuestro cuerpo no habian sido destinadas para uso alguno, siendo puramente casual el uso que nosotros hacíamos de ellas, por haberlas encontrado á propósito.

¿Quién podrá creer que en este siglo, que por excelencia se llama siglo ilustrado, se encuentran no pocos presumidos sábios, que han tenido gusto en renovar los delirios de aquel filósofo? Al decir de ellos, en el espacio de muchos millones de siglos, y por un concierto de partes, que el *acaso* solo ha dirigido, ha venido á tomar el mundo la forma que tiene al presente. Uniéndose diferentes átomos unos con otros, han formado todos estos cuerpos organizados, que vemos extendidos sobre la superficie de la tierra, de manera, que esta admirable economía de nuestros miembros, que nos parece obra de una profunda sabiduría, es segun ellos un puro juego de la naturaleza (2).

Segun otros, el hombre ha nacido del mar, cuya espuma, que queda en la playa y calientan los rayos del sol, se ha elevado de un golpe como un hongo, y encontrándose organizado, y sostenido por sus pies, ha podido ejecutar toda suerte de movi-

(1) Libro 2.^o de la naturaleza de los Dioses.

(2) ¡OH VANAS HOMINUM MENTES VANAQUE JUDICIA!

¡Oh cuentos de viejas, y extravagancias ridículas, exclama el abate Pará! ¡Oh loca filosofía! ¡Oh delirios absurdos y extravagantes de nuestros antiguos y modernos materialistas, cuyo liceo parece con demasiada frecuencia confundirse y asemejarse á las casas de locos! — T.

mientos. Recordamos haber leído una anécdota, que presenta con bastante exactitud el carácter de tan sublime filosofía. Cierta Lord inglés, que gustaba mucho de la lectura de estos extraños sistemas, creyó como algunos de sus autores, que el hombre podría nacer de la putrefacción; y así dispuso en su testamento que cuando muriese, en vez de enterrarle, colocasen su cadáver en uno de los ángulos de su jardín, el mas expuesto á los rayos del sol, hasta que su calor vivificante le volviese á reanimar y rejuvenecer. Lleno de tan lisonjera esperanza, y anticipándose al término de sus dias naturales, se degolló en uno de los mas calurosos del estío.

¿Quién no admirará el profundo talento de estos pretendidos sábios, que por medio de tan felices descubrimientos nos explican la formación del hombre y del Universo? Pero dejemos de burlas y hablemos con seriedad. Si un demente ó un loco nos hablasen así, sin duda les tendríamos lástima. Sin embargo, no son locos, sinó filósofos los que así discurren, y aplaudimos sus extravagancias.

¡Pero cuán diferentes son las ideas de los verdaderos filósofos, de los hombres sensatos y racionales! No, nosotros no somos obra del *acaso*: de la nada, nada se hace, y una causa ciega no puede producir un efecto en que brilla la inteligencia y la sabiduría (1). Somos criaturas de Dios. Nuestro cuer-

(1) Yo desafío, dice el virtuoso y elocuente *Fraisynous*, obispo de Hermópolis, á los incrédulos de todos los siglos, á citar una sola obra digna de atención por su orden y su belleza que no sea fruto de una inteligencia. ¿Nos ofrecen acaso la historia antigua ó la moderna obras en que brille la sabiduría y el ingenio, sin suponer lo uno y lo otro en su autor? Ha compuesto acaso algun idiota una Iliada ó un poema como Atalia? Digan si alguna vez han podido los ciegos, por mas que manejen el pincel y tracen líneas sobre un lienzo, dar, como por acaso, con una Transfiguración como la de Rafael, ó si un

po ha sido formado de barro, es verdad; pero ha sido amasado por la mano del Todopoderoso. Este cuerpo así organizado, no es más que materia. Dios le ha dado un soplo de vida, y éste es el que nos anima. Nos ha criado á su semejanza, dándonos un alma espiritual é inmortal, capaz de conocer á su autor, de admirar sus obras, y de mandar á toda la naturaleza. Estas luces puras que nos suministra la antorcha de la revelacion, acerca de la nobleza de nuestro origen, por más triviales que parezcan á los entendimientos frívolos, ¿no son en realidad mucho más bellas y convincentes, que las pueriles quimeras, que para degradarnos se intenta sustituir, confundiéndonos con los más viles animales?

El temor de Dios, dice el Espíritu Santo, es el principio de la sabiduría (1). Este es, en efecto, el motivo más propio para contener al hombre, pronto siempre á descarriarse y perderse. Si como ser frágil, limitado y ciego, encuentra obstáculos frecuentes que le apartan del camino de la ley, y seducciones poderosas que le inclinan al mal; el

torbellino de viento agitando un conjunto de piedras y de arena, ha podido labrar, pulimentar y disponer las partes de un palacio como el de los Medicis. Si me probasen que una turba de insensatos, hablando todos á un tiempo y en la mayor confusion, habían articulado sin interrupcion todas las palabras de que se compone el *Discurso sobre la historia universal*, acaso pudiera ocurrirme el pensamiento de que este mundo con todas sus maravillas no anuncia un arquitecto inteligente: pero si donde quiera que veo establecido un orden, si á la vista de una familia bien dirigida, de una ciudad bien gobernada, de un ejército bien disciplinado, ó de un edificio bien dispuesto en todas sus partes, se excita en mi entendimiento, aún sin poderlo evitar, la idea de un agente dotado de inteligencia y razon; es indispensable que siguiendo las reglas de la analogía y de la experiencia más constante, me eleve, al considerar el orden admirable de la naturaleza, hasta una inteligencia suprema, y que le crea obra suya. — T.

(1) *Timor Domini, principium sapientiæ.* — Prov. C. 1.º v. 7.

temor de Dios , le hace superior à todo , le retiene en el borde del precipicio y le hace volver à la virtud .

Los padres y maestros , deben pues , inspirar à sus hijos y discípulos , el temor del Señor , desde sus mas tiernos años , y repetirles con frecuencia estos versos de Racine (B. 5.^a) , en la Atalia:

*Yo temo à Dios , caro Abner ,
y no tengo otro temor .*

Incúlquenles de continuo estas preciosas máximas del sábio: los grandes , los jueces , y los poderosos , gozan honor ; pero ninguno es mas grande que el de aquel que teme à Dios . El que tiene poco entendimiento y luces , pero si temor à Dios , es mejor que , el que dotado de grande capacidad é instruccion , quebranta la ley del Todopoderoso . El que teme al Señor , será feliz y bendito en el dia de su muerte (1) .

Estas lecciones repetidas con frecuencia , sobre todo si se apoyan con ejemplos , penetraràn como rayos de luz en los corazones de los jóvenes , y se grabaràn en ellos con caracteres indelebles . Tenemos un ejemplo ilustré en la persona de S. Luis , Rey de Francia (2) . Cuando aun era muy niño , le decia la reina Blan-

(1) *Timenti Dominum bene erit , et in diebus consumationis illius benedicetur .*

Melior est homo , qui minuitur sapientia , et deficiens sensu in timore , quam qui abundat sensu , et transgreditur legem Altissimi .

Eccles. — c. c. 1 y 19 , v. v. 15 y 21 .

Al que teme al Señor le irá felizmente en sus postrimerias , y será bendito en el dia de su muerte .

Es preferible aquel hombre à quien falta sagacidad y esta privado de ciencia , pero que es timorato , al que es muy entendido , si traspassa la ley del Altísimo . — Sr. Amat. — T.

(2) Hijo de Luis VIII y de Blanca de Castilla , nació en Poissy , en 1215 , y murió cerca de Túnez en 1260 . Mas que por sus triunfos militares brilló por sus virtudes y religiosa piedad , por las que mereció sin duda ser colocado en el número de los Santos . — T.

ca (1), con aquella ternura que la naturaleza solo ha dado á las Madres: *hijo mio, muchísimo te amo; pero quisiera mas bien verte espirar á mis pies, que verte cometer un solo pecado mortal.*

Estas palabras quedaron tan hondamente impresas en el corazon del Santo Rey, que asegura la historia, no habersele visto cometer ninguno en toda su vida. Lo que el mismo Rey dijo á *Joinville* (B. 6.^a), prueba tambien cuán penetrado estaba de esta gran verdad. Habiéndole preguntado un dia, que querria mas, ser leproso, ó haber cometido un pecado mortal, *Joinville*, con su natural franqueza le respondió, que quisiera mas haber cometido treinta pecados, que tener lepra. Indignado el Santo Rey de esta respuesta, le dijo con tono bastante alterado: *bien se conoce que no sabes lo que es haber ofendido á Dios. Advierte que un solo pecado mortal, debe temerse mas que todos los males del mundo juntos.*

Tambien tuvo este Santo Rey cuidado de inspirar la misma máxima á su hijo, en los sábios consejos que le dió poco antes de morir. *Hijo mio*, le dijo este virtuoso principe: *la primera cosa que te enseñe y recomiendo es, que ames á Dios, con todo tu corazon y sobre todas las cosas, porque sin este amor ningun hombre puede salvarse. Guárdate de hacer cosa alguna que le disguste; pues debes desear sufrir todo género de tormentos antes que ofenderle.*

No eran menos cristianos los sentimientos de Luis VIII su padre (B. 7.^a), y puede decirse que los llevó hasta el heroismo. *Guillermo de Puilarens* refiere,

(1) Hija de Alfonso IX de Castilla, y de Leonor de Inglaterra. Nació en 1185 y murió en 1252. Es una de las reinas de Francia que mas ha celebrado la historia por sus grandes talentos, y por las muchas virtudes que supo inspirar á su hijo S. Luis, de quien fué tutor, y durante cuya menor edad gobernó el reino por espacio de diez años, en tiempos muy difíciles. — T.

que habiendo caído enfermo éste príncipe, en el sitio de *Avignón*, en la guerra que hacia contra los *albigenses* (1), los médicos para curarle, le propusieron cierto remedio prohibido por la ley de Dios; los rehusó con horror, respondiéndoles: *que valia mas perder la vida, que salvarla á costa de un pecado mortal*; y en efecto murió de aquella enfermedad á los treinta y nueve años. ¡Qué ejemplos! ¡Y son Principes los que nos los dan!

(1) Comprendiéronse bajo este nombre en el siglo 12.º á todos los herejes del medio día de la Francia, opuestos á las pretensiones de la córte de Roma: estaban esparcidos en el Langüedoc y en Provenza, y ocupaban principalmente las ciudades de Alby, Bessieres, Carcasona, Tolosa, Montauban y Aviñon. — T.

MAXIMA SEGUNDA.

No os burleis nunca de Dios,
Ni tampoco de sus santos;
Dejad este vil placer
A los jóvenes malvados.

Se debe hablar siempre de Dios, con el respeto mas profundo. Su nombre es santo y terrible, y no es permitido emplearle sin razon ó por motivos vanos y ligeros, como por desgracia, frecuentemente sucede. *El nombre de Dios, dice el Sábio, no sea de continuo en tu boca, porque no seràs en esto exento de falta (1).*

¡Qué delito tan grande el atreverse á blasfemar de Dios, como no temen hacerlo los impios, llamándole cruel, injusto; burlándose de las divinas escrituras, que son las depositarias de su palabra; renegando de él, con imprecaciones infernales, que los libertinos hacen gala alguna vez de proferir, y que no pueden dejar de excitar la indignacion de los hombres de bien! El que tenga un poco de religion, se abstendrá tambien de profanar el nombre santo de Dios con chanzas indecentes. ¿No se vituperaria y castigaria, al que se atreviese á usar de ellas, respecto de los príncipes de la tierra?

No merecen menos respeto las cosas santas, y todo lo que está especialmente consagrado á Dios.

(9) Nominatio verò Dei non sit assidua in ore tuo, et nominibus Sanctorum non admiscearis: quoniam non eris immunis ab eis.—Eccles.—c. 23. v. 10.

Tampoco tomes continuamente en boca, *sino para honrarle*, el nombre de Dios: ni interpongas *siempre* los nombres de las cosas santas: porque no quedarás libre de culpa si lo haces.—Sr. Amat.—T.

Burlarse de ellas , y ponerlas en ridiculo , es ridiculizarse y hacerse despreciable á sí mismo. Las bur-las ó desprecios que de ellas se hiciesen , serian otras tantas impiedades y sacrilegios, puesto que re-caerian sobre la divinidad. Peca gravemente con-tra el Señor , quien insulta ó desprecia lo que le per-tenece.

La burla es el alma favorita del vicio , por eso los audaces que desprecian la devocion , se com-placen en atacarla. Ellos insultan la simplicidad del justo ; pero ¡cuán corto será su triunfo! Tiempo vendrá , y está mas cerca de lo que piensan , en que detestarán su ceguedad y locura , viendo la diferen-cia terrible y desesperada de su suerte eterna y la del justo que fuera el objeto de su irrision (1).

Dejémosles , pues , este funesto placer , y guar-démonos bien de tomar parte en él. Divertirse con sus burlas , es hacerse tan culpable como ellos. Ya que el objeto que se proponen es el de ser aplau-didos , engañemos su esperanza oponiéndoles una fria indiferencia y un desdeñoso silencio que los obligue á callar. El que por un rubor mal entendi-do deja de manifestar su justo horror á tamañas impiedades , hace traicion vilmente á los intereses de Dios. ¿ Por ventura , debemos mostrarnos me-nos celosos de su gloria , de lo que cada uno de nosotros lo seria para defender la suya , ó vengar las ofensas propias , ó las de su familia ?

Esto es lo que muy diestramente hizo conocer un dia al emperador Teodosio (B. 8.^a), S. *Anfloquio* obispo de Iconia (B. 9.^a), gran defensor de la fé contra

(1) Nos insensati vitam illorum æstimabamus insaniam, et fi-nem illorum sine honore.— Eccles. c. 3, v. 4.

¡ Insensatos de nosotros ! Su tenor de vida nos parecia una necedad , y su muerte una ignominia.— Sr. Amat.—T.

los *arrianos* (1). Veia con dolor, que este emperador favorecia decididamente à estos enemigos de la Divinidad de Jesucristo. Habiendo Teodosio asociado al imperio à su hijo Arcadio, se aprovechó el Santo de esta ocasion para ir à palacio el dia que el príncipe y su hijo recibian las felicitaciones de toda su corte. Despues de haber saludado con el mas profundo respeto al Emperador, se acercó al jóven Arcadio, que estaba sentado cerca de él en el trono, y pasándole familiarmente la mano por la cara, *Dios te conserve hijo mio*, le dijo. Toda la asamblea quedó sorprendida y avergonzada de semejante accion, y el Emperador picado del insulto que se le hacia en la persona de su hijo, mandó que echasen fuera à aquel viejo imprudente; pero el Santo volviéndose à Teodosio le dijo, con discreta no menos que respetuosa libertad. *¿Os ofendeis Señor, y con razon, cuando no se rinden à vuestro hijo los mismos homenajes que à vos mismo, y creéis que el Padre celestial no sentirá la grave ofensa que le hacen los que rehusan adorar à su hijo, ó blasfeman contra él negando su Divinidad?* Comprendiendo entónces Teodosio la sabiduria del Santo Obispo, le trató en adelante con mas honor, y publicó poco tiempo despues leyes severas contra los *arrianos*.

¿A cuántas gentes del mundo que se llaman cristianas, no se podria dirigir esta leccion saludable? Tranquilas é indiferentes, sobre todo lo que respecta à Dios, desplagan un fogoso celo en todo cuanto à ellos les interesa. Cuando algun impio se mofa y burla en su presencia, hasta de lo mas santo que tiene la Religion, un temor humano y vergonzoso los deja

(1) Herejes discipulos y sectarios del famoso heresiarca Arrio, que impugnaban la unidad y la consustancialidad de las tres personas de la Trinidad y tambien la divinidad de Jesucristo. Esta herejía fué combatida por S. Alejandro y S. Atanasio, condenada por varios concilios y especialmente por el de Nicea, que anatematizó y desterró à Arrio por muchos años.— T.

mudos, ya que no se propasen á divertirse con aquel motivo. Pero que algun satirico mordaz les dirija sus punzantes tiros, hiriéndoles por poco que sea, su amor propio, entónces se excita toda su sensibilidad y manifiestan su disgusto. Ahora bien, si amasen á Dios tanto como se aman á si mismos, ¿no tomarian igualmente á pechos sus intereses? Si le mirasen como á Padre, ¿no defenderian su gloria indignamente ultrajada, imponiendo silencio, cuando pudiesen hacerlo, á estos bufones sacrilegos, ó por lo menos manifestándoles el horror y desprecio que se merecen?

Conviene à veces, ó bien guardar silencio ó bien dirigir pocas y muy significativas palabras á los que se atreven à ridiculizar en nuestra presencia las cosas santas. Nadie debe empeñar el combate con estos impios, sino está bien armado y asegurado del triunfo. El defender mal una buena causa mas daña que aprovecha. Para combatir el error, para salir del laberinto donde alguno intenta meternos y extraviarnos, y para disipar las nubes en que envuelven y con que cubren la verdad, son necesarios conocimientos y luces, de que generalmente carecen la mayor parte de las personas. Esto toca solo á los hombres instruidos, con especialidad à los doctores y teólogos hábiles, á quienes asi como les incumbe hacer conocer toda la belleza, la santidad, y la Divinidad de la Religion, tambien les corresponde defenderla y vindicarla de los insultos de sus enemigos, lo que con frecuencia no les es difícil conseguir, porque la mayor parte de los que atacan la Religion, no la conocen, y blasfeman de lo que ignoran. Referiremos con este motivo, un pasage que oimos contar á una persona fidedigna.

Viajaba en un coche de posta, cierto Religioso, con unos oficiales jóvenes, los cuales para entretener el camino, se pusieron á hablar de materias tocantes à

Religion ; hicieronla objeto de sus burlas y chocarrias , revelando bien á las claras , no solo su poca ciencia , sino su mucha ignorancia , en asunto tan importante. El Religioso , que sin despegar sus lábios , atentamente los habia escuchado , hizo recaer la conversacion sobre cosas de guerra ; pero se produjo en términos tan desconcertados , que sus jóvenes compañeros no pudieron contener la risa. Señores , les dijo entónces con gravedad el Religioso: *asi habeis hablado vosotros de nuestra sacrosanta Religion. Con mis disparates , he querido demostraros , que nunca nos hacemos mas ridiculos , que cuando queremos hablar de materias que no son de nuestra inspeccion , ó discurrir sobre aquellas , de las cuales tenemos apenas una leve tintura ó un conocimiento superficial , por que es imposible hablar bien y con exactitud de lo que no se sabe ni se entiende. En cosas de Religion , mas que en ninguna otra , el que habla con ignorancia se expone á errar groseramente y á decir necedades.* Esta breve leccion los dejó confundidos y avergonzados , y les obligó á ser mas circunspectos en lo restante del viaje.

Con los impios y libertinos , que solo hablan de la Religion y de las cosas santas , para mofarse de ellas , no debe emplearse ordinariamente , sino alguna respuesta corta y general que trunque la dificultad , ó alguna fina ironia que haga reflejar lo ridiculo sobre el malvado decidor. Asi se precaven ó cortan largas y empeñadas disputas , pues hay ocasiones en que es mejor no entrar en ellas , aún con armas de buen temple y superiores á las del contrario. Queriendo responder á todas las cavilaciones y sofisterias de los impios , se corre el riesgo de escandalizar , ó de hacer titubear en su fé , á algunos espíritus débiles , lo que quizás conviene evitar ; si bien el temor de un escándalo infundado , jamás debe arredrarnos

ni hacernos abandonar la causa de la verdad, cuando las circunstancias exigen su defensa. En una concurrencia numerosa, se avergonzaria el incrédulo vencido de confesar su falta, y para mejor ocultarla, afectaria un aire de triunfo con que los engañaria. Se pueden entónces, pues, desdeñar sus insultos, y contentarse con pagar su audacia con un justo desprecio, despues de haberle hecho conocer su error é indiscrecion. Esto es precisamente lo que hizo el padre Oudin, Jesuita (B. 10), uno de los mas doctos literatos del siglo último, con ocasion de haberle ido á visitar en Dijon (1) cierto jóven libertino, que apenas le saludò, promovió una cuestion religiosa. El padre Oudin, se excusó con modestia, manifestando que nunca habia gustado altercar con persona alguna, en materias religiosas ni puntos de fé. Eso quiere decir, repuso el jóven, que no teneis gana de hablar; pero al ménos, padre mio, añadió haciendo una pirueta, quiero que sepais que soy *ateo*. Entónces el padre Oudin, guardando un profundo silencio, se le puso á mirar y examinar con tanta admiracion como desprecio. Qué, ¿tengo acaso padre, volviò á preguntar el jóven algo de raro ó extraordinario, que con tanta curiosidad me habeis fijado la vista? *Miro*, señor, y examino, repuso el padre Oudin, *el animal que llaman ateo, y que yo hasta hoy jamás habia visto*. Al oir estas palabras, el almibarado señorito, se retiró avergonzado y confuso.

Cuando el hombre se vé cercano á la muerte, decia un célebre autor pagano, entónces es cuando se acuerda que hay dioses, y que es hombre. Si entre el esplendor de su fortuna, ó en el vigor de su salud, pareció haberlos olvidado, nunca mejor que entónces reconoce su propia flaqueza y dependencia. A la pri-

(1) Dijon, ciudad de Francia, capital del departamento de la Costa de Oro, á 45 leguas de Paris.—T.

mera señal de la muerte, el mas incrédulo levanta los ojos al cielo, reconoce al Dios que tiene en su mano la vida de los mortales; tiembla por el porvenir que le espera, en que nunca habia creído, ó de que quizás mas de una vez se habia burlado. Teme la eternidad cuyas puertas comienzan á abrirse á sus ojos, y le hacen distinguir todas sus profundidades. Se arroja en fin en el seno de su Padre, y del autor de su fé. Dichoso una y mil veces, si en aquel momento derrama lágrimas capaces de borrar sus blasfemias.

Los que en este instante terrible en que vá á decidirse su suerte eterna, llevan su irreligion hasta querer escarnecer las cosas mas respetables, ponen el colmo á su locura é impiedad. Hacen consistir su honor en lo que acaba de cubrirlos de oprobio. Toda burla ó chanzoneta, en un hombre moribundo es temporal, y dirigida contra la Religion, es además tan sacrilega como funesta. Esto propiamente, es divertir con un chiste á los que quedan en el mundo á costa del que se vá.

Tambien es una mofa muy reprehensible, cualquiera burla que tienda á ridiculizar la virtud y la devocion. Sé muy bien, que hay una virtud falsa (1), y una devocion hipócrita digna de censura por cierto, aunque siempre menos que el libertinaje escanda-

(1) El que es inclinado al ayuno, dice el sábio S. Francisco de Sales, se tiene por muy devoto si ayuna, aunque su corazon esté lleno de rencillas, y al paso que por sobriedad, no se atreve á llegar con la lengua al vino ni aún tal vez al agua, no hace escrúpulo de bañarla en la sangre de su prójimo con murmuraciones y calumnias: otro se juzgará devoto porque reza muchas oraciones al dia, aunque despues de esto se desate su lengua en palabras duras, arrogantes é injuriosas contra sus domésticos y vecinos: otro sacará con gran prontitud de su bolsa el dinero para dar limosna á los pobres; pero no puede arrancar de su corazon el ódio y remplazarle con la mansedumbre y la dulzura para perdonar á los enemi-

loso , y la impiedad declarada , porque la hipocresia salva al menos las apariencias , y es como una especie de homenaje que el vicio tributa á la virtud. Es tambien mas rara de lo que vulgarmente quieren persuadir los que afectan dudas y sospechas de la devocion ajena , para justificarse ellos de no tenerla. La censura que la verdadera devocion hace de su conducta , los indispone y subleva contra ella. Se complacen en confundirla con la falsa , en desfigurarla con malignas interpretaciones , en defraudarla con sospechas injustas de la estimacion que la es debida , y en hacerla odiosa con la crítica mas amarga ; y mientras que ellos se lo permiten todo , á la devocion no la permiten nada. La miran como el patrimonio de los hombres de escaso talento , y de las almas débiles , al paso que ellos se reputan por espíritus fuertes , y sin duda tendrian razon , si la verdadera fuerza consistiese en dejarse dominar por sus pasiones , ó conducir por sus inclinaciones seductoras , y por una consecuencia muy natural , en despreciar la Religion y sus saludables prácticas.

Las personas devotas , pueden tener defectos y de hecho los tienen á las veces , porque al fin son hombres y no es incompatible la devocion con las fragilidades y aun pequenezes humanas ; pero guardémonos de despreciarla , y si queremos ser justos distingamos siempre lo que viene de ella y lo que aprueba , con lo que procede del hombre , y la devocion se aplica á reformar. Mayores serian todavía los defectos de

gos : otro perdonará á los enemigos ; pero jamás cumplirá sus contratos ó no pagará sus acreedores sino obligado por la justicia. Todos estos pasarán tal vez plaza de devotos ; pero en la realidad no lo son. No hay devocion verdadera donde falte el amor á Dios , y caridad con el prójimo. Y el que no guarda estos dos preceptos en que se encierra la ley divina , no debe ser tenido por bueno ni por devoto. — T.

algunas personas devotas, si careciesen de devocion, ¿De cuántos y de cuán escandalosos vicios tal vez no las preserva? Reflexionese esto por las gentes del mundo que se jactan de irreligiosas y que están bien léjos de tener las costumbres tan puras como la mayor parte de los devotos. Los que aguzan mas los tiros de su crítica contra la Devocion, son los que acaso dan mas motivos de censura con su conducta. Para estimar y para respetar esta virtud bastaria ser justo y no tener el interés vergonzoso de deprimirla. ¡Cuan bello nos parece este pensamiento de Fontenelle (B. 11.) *Yo he vivido cien años, decia al fin de sus dias, y morirè con el consuelo de no haber ridiculizado nunca la mas pequeña virtud.*

MAXIMA TERCERA.

Sea vuestra devocion
Siempre sólida y sincera;
Y en todos vuestros discursos
La verdad sea la primera.

Quened una verdadera devocion: cuánto menos comun sea, serà otro tanto mas gloriosa. El impio, el libertino, mas bien quiere creer que los virtuosos son solo unos hipócritas que fingen y aparentan virtud, y que en el fondo de su corazon tienen las mismas flaquezas y pasiones que los demás. A pesar de la regularidad, de costumbres de muchas personas devotas que conoce, y de lo escandaloso de su conducta, siem-

pre se persuade que es menos culpable que ellas, por que lo es de buena fé, y no afecta parecer lo que en realidad no es.

Dejemos á los enemigos de la devocion hacer esfuerzos por ahogar sus remordimientos, y justificarse en sus desórdenes, hasta persuadirse que no hay virtud verdadera en la tierra, para que asi les parezcan mas excusables los vicios.

No, no; por mas que digan, la devocion no siempre es una máscara que encubre al hipócrita y al malvado. Si pudiesen ser testigos de lo que pasa en el interior de ciertas personas sólidamente piadosas; si viesen la pureza de sus intenciones, la nobleza de sus sentimientos, y la generosidad de sus sacrificios, se llenarian tal vez de admiracion, y lejos de despreciarlas, las tendrian aquella veneracion y respeto que se debe siempre á la virtud.

Si la falsa devocion, es mas conocida que la verdadera, consiste en que la verdadera se oculta por ser humilde, y la falsa al contrario, quiere manifestarse porque es orgullosa. Pero aunque tenga casi siempre las apariencias de la devocion verdadera, tarde ó temprano se dará á conocer á si misma, descorriendo el velo con que se cubre.

Hay personas que con increíble ceguedad, quieren conciliar el lujo, las vanidades y placeres mundanos, con la devocion y la piedad. Pasan la mañana en las Iglesias, y el resto del dia se entregan á las diversiones y espectáculos. Asisten á todas las reuniones cristianas, pero tampoco faltan á ninguna de las profanas. En suma, quieren servir alternativamente á Dios y al mundo. Pero, ¿cómo pueden lisonjearse de agradar á dos señores de opuestos gustos á un tiempo, unir el espíritu de Dios con el de Belial, el gusto de las cosas santas, con el de las profanas; y á despecho de los anatemas que Jesucristo lanzó contra los amadores

del mundo y sus vanidades; conciliar el mundo y el Evangelio? (1)

Sería, sin embargo, un error grave consagrar á los ejercicios de devocion y á las practicas de piedad, el tiempo que debe emplearse en el cumplimiento exacto de las obligaciones respectivas á cada estado. La verdadera devocion que nos conduce á cumplir fielmente todos nuestros deberes sociales, no puede en manera alguna aprobar, que se la consagre el tiempo que reclama el cumplimiento de nuestras obligaciones. ¿Podrá acaso nunca la Religion aprobar lo que la razon condena? En este punto es digna de imitarse la conducta de Enrique IV (B. 12). Cuando el despacho de los graves y urgentes negocios del estado, no le permitian asistir á los oficios divinos, solia presentar sus excusas á los prelados de su corte, y les decia: *cuando trabajo para el público, me parece que dejo á Dios por Dios mismo.*

Sin embargo, por mas legitima que sea esta razon, nunca se debe abusar de ella, como muchas personas que pretextan negocios graves, ó cuidados domésticos para dispensarse de lo que deben á Dios, al paso que los olvidan y abandonan cuando se trata de sus placeres. ¿Quién tuvo jamás, durante su reinado, cuidados mas graves y mayores ocupaciones que S. Luis, y no obstante, quien fué mas exacto en cumplir los altos deberes de su estado, sin omitir ninguno de sus ejercicios diarios de devocion?

El autor del *tratado del verdadero mérito*, á quien

(1) Nemo potest duobus dominis servire: aut enim unum odio habebit, et alterum diligit: aut unum sustinebit, et alterum contemnet. Non potestis Deo servire et mammonæ.—S. Math. c. 6. v. 24.

Ninguno puede servir á dos señores: porque ó tendrá aversion al uno, y amor al otro; ó si se sujeta al primero, mirará con desden al segundo. No podeis servir á Dios, y á las riquezas. — Sr. Amat. — T.

no se tachará ciertamente de *santurronería*, dice : que ha conocido soldados veteranos , que estaban persuadidos de que en cien peligros , de que no pensaban salir sin una especie de milagro , habían debido su salvacion á la costumbre observada desde su infancia, de rezar diariamente ciertas oraciones, con que habían nutrido y fortalecido sus almas. *Yo creo , añade, que la frecuencia en oír misa, es el mas eficaz de todos los principios de conducta. En mis viajes he conocido varios oficiales generales, que obligados á partir á las cuatro de la mañana, no hubieran dejado de oír la, por todos los bienes de este mundo, pues sabian dar á Dios, y al César lo que se les debía.*

Esto nos manifiesta , cuán importante es instruir desde la infancia á los niños en la devocion, y acostumarlos á cumplir fielmente todos sus deberes. Las primeras impresiones , son ordinariamente las mas duraderas, y una vasija nueva conserva mucho tiempo el olor del licor que se echó en ella.

Para hacer amable la devocion, nos debemos absten-
ner cuidadosamente de pintarla bajo ciertos colores oscuros y sombríos, con que no pocas personas se complacen en recargarla. Un rigorismo excesivo, no sirve comunmente , sino para hacer odiosa la moral, y aún la Religion. Los libertinos gustan mucho de que se les exageren las cosas para tener derecho de no creer nada; y que se les exija mucho para tener un pretexto de rehusarlo todo. Las almas débiles frecuentemente han formado falsas conciencias sobre los principios de la moral demasiado severos , que mas de una vez les han inducido á cometer verdaderos delitos.

Para desengañarse los unos y los otros , les aconsejaremos que lean el precioso libro que S. Francisco de Sales (B. 15), compuso sobre este asunto. En él verán , que la verdadera devocion no es, ni tan feroz, ni tan austera como quieren representarla: que el yugo

del Señor, es suave y lijera su carga (1): que se puede vivir en el mundo, sin ser del mundo, y tener devocion sin faltar á las leyes de la sociedad, ni hacerse ridiculo, ó despreciable.

Otro error, del que se debe huir, consiste en aquella perniciosa máxima, que pretende limitar los deberes de la devocion cristiana á los de la probidad mundana, atreviéndose á asegurar que es bastante virtuoso el hombre, cuando es hombre de bien.

Yo preguntaria á los apóstoles de este nuevo Evangelio, ¿con qué autoridad pretenden contradecir tan formalmente el de Jesucristo, y si por ventura, nos han dado ellos para merecer nuestra creencia, pruebas mas auténticas de su mision que las que nos ha dado este divino Legislador? Porque si no las tienen mas fuertes é indestructibles, ó por mejor decir, sino tienen otras que su opinion particular y la comodidad de sus doctrinas; ¿deberán admirarse de que nosotros fiiemos mas en la palabra de Dios, que en la suya?

Muy diferente de los hombres mundanos, cuya devocion es tan fácil de entibiarse, tan pronta á disgustarse en el servicio de Dios, y que siempre les parecen demasiado largos los momentos que ocupan en ella; el verdadero devoto, no prueba otros mas dulces y agradables, que los que puede consagrar á los santos ejercicios. No cree, ni aún imagina, que el nacimiento, las dignidades, ni las riquezas, sean un titulo para dispensarse de lo que se debe á Dios. Cuánto mas honroso y mas distinguido es el empleo que ocupa, y mas elevada su categoria, tanto mas obligado se cree á servir de modelo y á dar ejemplo.

(1) Jugum enim meum suave est, et onus meum leve.—
S. Math. c. 11. v. 30.

Porque suave es mi yugo, y ligero el peso mio. —Sr. Amat.—T

Así pensaba la ilustre esposa de Enrique III de Francia, *Luisa Vaudemont* (1). Elevada al trono, no le sirvió la corona, sino para realzar mas el esplendor de sus virtudes, y sin perder nada de su antigua devoción, de su humildad, y de su dulzura de carácter, fué un dechado de modestia y de pudor, en un tiempo en que la corrupción y disolución de costumbres infestaban la ciudad y la corte. En medio del lujo mas corruptor, y del fausto mas escandaloso, ella sola se distinguia por la sencillez de sus vestidos. Tan devota como humilde y modesta, hablaba mas frecuentemente con Dios que con los hombres; y mas veces se la veia en los templos, que en el *Louvre* (2).

En los primeros años de su matrimonio, confesaba y comulgaba todos los meses; pero cuatro años despues de haberse casado, y mas adelante siendo viuda, frecuentaba los sacramentos cada ocho dias. Convencida por su propia experiencia, de que la lectura de los libros espirituales, es el alimento de la devoción, y de que estos libros, que tan fastidiosos y tan insipidos parecen á las personas que solo gustan de los profanos, son realmente los mas útiles y necesarios, los leía con mucho gusto, siendo el pasto ordinario, por decirlo así, de su alma: y lo que con mas frecuencia se hacia leer eran las vidas de los santos (3).

(1) Pueblo del departamento de Meurthe, que en otro tiempo fué capital del condado de aquel nombre, erigido en 1070 á favor de la casa de Lorena. — T.

(2) Palacio del rey de francia en Paris. — A.

(3) Hay muchas *vidas de Santos* muy bien escritas y estimadas como las del *padre Croisset*, para todos los dias del año, en doce tomos, y las *vidas de los Padres, de los mártires, y de otros principales Santos*, traducidas del inglés por una compañía de eclesiásticos, que han dado ya á luz diez volúmenes. No hablamos de otras, porque no queremos indicar sino las mejores que conocemos. — T.

Quien quiera, pues, que seais ò sea cual fuere el estado ó dignidad en que os halleis colocados, no os avergonceis jamás de ser devotos ni de parecerlo: no obreis como el soberbio y el altanero, que piensa rebajarse, si cree y obra como un hombre del pueblo, devoto y buen cristiano. No tomeis, por señal de nobleza y de grandeza, ser menos sábio que los demás.

La devocion de los grandes, es el mas bello triunfo de la Religion, que à su vez los colma de gloria. Esta cualidad, fué una de las que mas adornaron à Felipe II rey de España (B. 14), que la historia nos representa como uno de los mas grandes principes de su siglo, por su sabiduria y su magnificencia. Salió cierto dia en coche, á las afueras de Madrid, y encontró al Vicario de una pequeña Parroquia de campo, que precedido de un niño, llevaba el santo Viático á un enfermo. Al instante se apeó el Rey de su carroza, é hizo entrar en ella al Sacerdote, á quien acompañó á pie y quitado el sombrero, hasta la casa del enfermo, que era un pobre jardinero. El Rey, estuvo con la mayor devocion durante la ceremonia, concluida ésta, dió una cuantiosa limosna al que acababan de administrar; y subiendo á su carroza con el Sacerdote, á quien hizo sentar en lugar preferente, le condujo hasta su iglesia, imitando en esto el ejemplo de uno de sus mas ilustres predecesores, *Rodulfo Habsbourg* (4), tronco de la casa de Austria; en la cual han sido hereditarias la devocion y la Religion. Este principe, hallándose un dia cazando, encontró á un cura que llevaba el Viático; se apeó del caballo, hizo

(4) Antiguo Castillo de Suiza, canton de Argovia, distrito y á media legua S. O. de Brugg. — Se fundó, el año 1020 y es célebre por haber sido propiedad de Rodulfo I, y cuna de la familia imperial de Austria.—T.

montar en él al Sacerdote, y lo acompañó à la ida y à la vuelta, llevando al caballo de la brida.

No podemos acabar mejor estas reflexiones, que con los excelentes consejos, que madama de *Maitenon* (B. 15), daba à la duquesa de Borgoña, en la instruccion que compuso para esta princesa. Es una obra maestra, y un modelo perfecto de lo que todas las personas del mundo, y en particular las de su sexo deben practicar.

« Que vuestra devocion, la decia, sea sólida, recta é ilustrada. Sólida, procurando no mezclarla en bagatelas: recta, prefiriendo siempre el cumplimiento de las obligaciones de vuestro estado, à toda devocion particular, é ilustrada, cuidando de aprender cuanto sea necesario para conseguir vuestra salvacion eterna.

« Vos amais la alegria, el reposo y el placer, pues creedme, yo he gustado de todo, y no he encontrado alegria, reposo ni placer, sino en servir à Dios: el vicio es horrible, y nunca será demasiado presto para entregarse uno al Señor.

« Evitad la vanidad y la ociosidad; evitad sobre todo el pecado; se cae facilmente en el vicio, y no se sale de él sino con gran dificultad.

« Meditad en la ley del Señor, dia y noche; grabadla profundamente en lo intimo de vuestro corazon; entrad frecuentemente dentro de vos misma, y procurad poner os en la presencia de Dios, aún en medio de las concurrencias mas numerosas.

« Amad à la Iglesia, que es la congregacion de los fieles: respetad à sus ministros: protejed à los hombres de bien, y las buenas obras. Declaraos siempre contra las novedades en materia de Religion, y adherios firmemente à la santa Sede, que es el centro del catolicismo.

« Sed sencilla en la devocion, dòcil, humilde, unida, como ordena S. Pablo (B. 16), à las mujeres.

« Frecuentad los sacramentos, con alegria y confian-

za: elegid un buen confesor, y deyaos conducir en lo bueno que os aconseje.

«Amad la lectura de los libros que nos conducen á Dios, como la *imitacion de Jesucristo* (1), las *obras de S. Francisco de Sales*, que no debeis dejar de leer. Los libros profanos, inspiran orgullo y fomentan la curiosidad tan peligrosa á nuestro sexo, á medida que extienden los conocimientos.

«Amad á vuestros hijos: vedlos con frecuencia; esta es la ocupacion mas grata, y al mismo tiempo la mas honrosa, que una princesa, y una madre cualquiera pueden tener. Sembrad en sus tiernos corazones las semillas de todas las virtudes.»

Y en todos vuestros discursos

La verdad sea la primera.

La verdad es la primera obligacion del hombre constituido en sociedad. El dón de la palabra le ha sido dado para comunicar sus pensamientos á los demás hombres, y seria contrariar las sábias miras del Criador, hacer servir la palabra para la doblez y la mentira. ¿Qué confianza podrán tener entre sí los hombres, si se destierra la verdad, y si la lengua destinada á ser el intérprete fiel del corazon, no es sino una máscara engañosa con la cual se disfraza y oculta?

¡Cuán precioso es el hombre veraz en el comercio

(1) *De imitatione Christi*. — Este célebre y preciosísimo tratado se atribuye comunmente al virtuoso Tomás Kempis, que nació por los años de 1380, en el pueblo de Kempem, (diócesis de Colonia) de donde tomó su nombre. En 1399 entró en el monasterio de santa Inés, cerca de Zwoll, (Paises Bajos) del cual llegó á ser Sub-prior. Se dedicó exclusivamente á la instruccion de los novicios escribiendo para ellos muchas obras algunas de estas ascéticas; y murió en 1471. — La imitacion de Jesucristo, que algunos suponen ser obra del sábio Gerson, ha sido traducida á todos los idiomas.—T.

de la vida! Con él se pueden arreglar sus juicios, sus sentimientos, sus pasos: su amistad no es equivocada ni engañosa: su boca es el órgano de la verdad, y jamás la mentira ha manchado sus labios.

Pero es necesario convenir, en que un hombre semejante, es muy raro. La verdad es sencilla é ingenua, y nosotros gustamos generalmente de lo aparente y especioso. La verdad viene del cielo (1) toda entera por decirlo así, y en toda su perfeccion; y nosotros no amamos sino la ficcion y la fábula, que es nuestra propia obra; ó como dice un autor celebre:

**La verdad viene del cielo ;
Mas el error de la tierra (B. 17).**

El hombre de bien, el verdadero cristiano, no solamente desprecia la mentira, sino que la aborrece y detesta; porque sabe que el Dios que adora, es la verdad misma, y que los labios mentirosos le causan abominacion (2). No temais, pues, jamás sinó el faltar á la verdad, y aborreced la mentira mas que á la muerte misma. Estos bellos sentimientos eran los del Santo Obispo de Tagaste en Africa, llamado Firmo (3), de quien habla S. Agustin. Tenia en su casa oculto con mucho cuidado á un hombre inocente, á quien cierto Emperador pagano, habia mandado quitar la vida. Los Alguaciles fueron de orden del Em-

(1) Veritas de terra orta est, et justitia, de cælo prospexit. — Salm. 84. v. 12.

La verdad brotó en la tierra: y la justicia nos ha mirado desde lo alto del cielo. — Sr. Amat.—T.

(2) Abominatio est Domino labia mendacia, qui autem fideliter agunt placent ei. — Prov. c. 12. v. 22.

Abomina el Señor los labios mentirosos: los que obran fielmente esos le son gratos. — Sr. Amat.—T.

(3) *San Firmo*: Se celebra su martirologio en 31 de Julio. (Véase al *P. Croisset* en su novísimo año cristiano).—T.

perador à preguntarle à Firmo por aquel hombre, mas el Santo respondió que no podia ni mentir, ni descubrirles al que buscaban. Le hicieron sufrir todos los tormentos imaginables, pero todos los sufrió con una constancia heroica. Llevarónle entónces, à la presencia del Emperador, quien admirado de sus sentimientos, le concedió el perdon para el hombre que tenia en su casa. ¡Qué alabanzas no merece este illustre obispo, añade el santo doctor, que amó la verdad, hasta el estremo de padecer tan crueles tormentos, antes que faltar à ella! (1)

A ejemplo suyo, amad vosotros la verdad sobre todas las cosas del mundo, y temed vivir con la reputacion de hombres falsos. Aborreded la mentira, y por mas que las gentes del mundo la califiquen de pecado inocente, y en las córtes de pecado necesario, vosotros à voz en grito y por todas partes, llamadla culpa vergonzosa, y la mas indigna de un hombre de bien. Jamás os tomeis la libertad de mezclarla en los hechos verdaderos que refirais, ni aún con el objeto de hacerlos mas variados y agradables. Cualquiera adorno artificioso que querais añadir à vuestras narraciones, será siempre una indecente mentira. Lo es sobre todo en la de aquellas personas, que por su estado, dignidad, ó santidad de su carácter, deben ser tambien las mas fieles imágenes de aquel que es la verdad por esencia (2). Un religioso que queria burlarse del candor y simplicidad aparente de santo Tomàs de Aquino (B. 18), le dijo que se asomase à la

(1) Y aludiendo á su invencible fortaleza, dice tambien S. Agustin, verdaderamente, fué *Firmo* en el nombre y *firme* en la voluntad.—T.

(2) Non decent, Stultum verba composita: nec principem labium mentiens. — Prov. c. 17. v. 7.

No le está bien al necio el lenguaje sentencioso: ni al Principe unos labios mentirosos. — Sr. Amat. — T.

ventana y veria en el aire volar un buey. El Santo, se asomó corriendo, y el religioso soltando una carcajada le dijo: ¿cómo habeis podido creer, que un buey pudiese volar? *Yo, creería, mas bien*, le respondió santo Tomás, *que un buey volase que el que un Religioso como vos dijese una mentira.*

Cualquiera que sea vuestra clase y estado, tened valor para no decir jamás cosa alguna que no sea verdad. No tengais la mania tan comun en los niños, en las mujeres, y en las personas dotadas de una imaginacion viva y ardiente como ellas, de engrandecerlo, abultarlo y exagerarlo todo. Quieren admirar y sorprender, y con esta intencion aumentan todo cuanto dicen, y de un gusanillo forman un camello. ¿Pero qué sucede luego que se conoce este flaco? se principia á disminuir poco á poco el crédito de la persona, y al fin se acaba por no creerla.

**Evitad con cuidado la mentira ,
Pues si notan que sois poco sincero ,
No os creerán , ni aún tampoco cuando sea
El caso que digais muy verdadero (1).**

En efecto, nada se gana con mentir, sino el no ser creído cuando se dice la verdad. El mentiroso no

(1) « Mostrad en todos tiempos, tal amor y respeto á la verdad, decia Isócrates, que se atengan mas á vuestra palabra, que á la afirmacion de otro. Una vez establecida y acreditada la rectitud, se concilia siempre la confianza. Por el contrario, un hombre cojido en mentirá, nos previene, para recelar de todo lo que habla. » ¿Qué ganan los hombres en mentir? « Ganan, dice Aristóteles, no ser creídos, aunque digan la verdad. » *Semel mendax, semper præsumitur mendax.*

Quicumque turpi fraude semel innotuit,

Etiam si verum dicit, amittit fidem.

La persona que una vez,

Incurrió en una mentira,

Aún cuando dice verdad,

Ya no suele ser creída.— T.

siempre miente; pero nunca inspira confianza, y siempre es arriesgado fiarse de su palabra. Un hombre malvado afirmaba una cosa con juramento: *no se da crédito á los juramentos*, le respondió otro, *sino á la probidad*.

Cuando un hombre llega á adquirir la opinion general de veráz, merece que los demás atestigüen con él, y le crean sobre su palabra, teniendo cuanto dice y afirma, toda la autoridad del juramento. Madama, la duquesa de *Longueville* (B. 19), que por sus relevantes cualidades, gozó en el último siglo de una grande reputacion, no habiendo podido, dice *Péllisson*, obtener del rey Luis XIV una gracia que solicitaba para uno de sus ahijados, se picó vivamente, y soltó algunas palabras indiscretas y poco respetuosas. La única persona que se las habia oido y que tuvo la imprudencia de revelarlas, fué causa de que llegasen á noticia del rey, quien lo manifestó al principe de Condé, (1) hermano de la Duquesa. El principe sostuvo que lo que al Rey le habian contado, no podia ser cierto, puesto que su hermana no habia perdido el juicio. *Yo la creería*, repuso el Rey, *si ella misma me dijese lo que tú*. El Principe fué á ver á su hermana, la cual nada le ocultó de cuanto habia ocurrido. En vano procuró persuadirla que su sinceridad en aquella ocasion seria una verdadera simpleza, que al justificarla para con el Rey, habia él creído decir la verdad; pero que de todos modos convendria ocultarla; pues mas gusto daria al Monarca negando su falta, que confesandola. ¿Y quereis vos, replicó con viveza la Duquesa, que la repare cometiendo otra mas grande, no solo contra el Rey, sino contra Dios? Yo no podria atreverme á mentirle, cuando tiene la ge-

(1) El gran Condé, Príncipe de la sangre, conocido bajo el nombre de Duque de Enghien, que nació en Paris en 1621, y murió 1686.—T.

nerosidad de creerme veraz y fiar en mi simple palabra. El que me ha vendido no ha obrado bien; pero sin embargo no me es permitido hacerle pasar por calumniador, cuando en realidad no lo es. A la mañana siguiente fué la Duquesa á la córte, y habiendo obtenido permiso para hablar al Rey á solas, se arrojó á sus pies y le pidió perdon de las palabras indiscretas que habia proferido, añadiendo, que el Principe su hermano no habia podido creerla culpada, y que por eso habia tratado de justificarla ante S. M.; pero que ella queria mas bien confesar su falta, que justificarse á costa de otro. El Rey, por esta accion aún mas heróica, no solamente la perdonó de todo corazon, sino que la hizo otras gracias que no esperaba recibir; y ella notó tambien que la trató despues con mas consideracion y bondad que antes.

Madama de *Maitenón*, que reconocia que el péfido disimulo, en que generalmente se educan las mujeres, tiene grandes inconvenientes, aconseja á la duquesa de Borgoña que use siempre, de una *prudente ingenuidad*.

Recomendándola que uniese la prudencia á la ingenuidad la daba un consejo muy importante, porque es propio de la sabiduria, el disimular alguna vez lo que se piensa, y no decir todo lo que se sabe. El disimulo no es siempre malo ni vituperable; al contrario hay uno loable y que forma parte de la prudencia, el cual sin el auxilio de la mentira, oculta sus sentimientos á los que por mera curiosidad querrian penetrarlos: calla la verdad que disgustaria cuando las circunstancias no exigen el que se la dé á conocer: cubre con el velo del silencio, cuando la justicia ó la caridad lo pide, lo que sabe concerniente á los defectos é intereses del prójimo.

Los que tienen la mala costumbre, ó por juguete, el faltar á la sinceridad en las cosas peque-

ñas, bien pronto se exponen á faltar á ella aún en las grandes. El hábito hace fácil y agradable lo que al principio se ejecutaba con trabajo y repugnancia. Temed, pues, contraer un vicio que os haría despreciables y aborrecibles, no solamente á los ojos del Señor, sino á los de los hombres. Porque, por mas falso y corrompido que esté el mundo, nunca dejará de prestar homenaje á la virtud; y aquellos mismos á quienes ella ofende, acaban por admirarla. Los corazones dobles y falaces son detestados, al paso que se estiman los hombres rectos y sinceros, y se ama generalmente el candor y la ingenuidad.

Pero la ingenuidad, no siendo dirigida por la prudencia y por la cortesía, puede en muchas ocasiones, servir de motivo para avergonzar á otros. ¿Cuántas personas hay, que á fuerza de querer parecer sinceras y veraces, son impolíticas y groseras, mordaces ó satíricas?

Un poeta jóven, le presentó á *Lulli* (1), un prólogo que habia compuesto para una ópera, y le preguntó, qué le parecia? Habiéndolo leído *Lulli*, le dijo: que solo encontraba una letra demás. El autor, lisonjeado de lo que creia un elogio, le rogó que se la indicase. Es, respondió *Lulli*; en las tres palabras *fin del prólogo*, la última letra de la primera (2).

No tengais ese amor excesivo y feróz de la ver-

(1) Célebre músico de Luis XIV; nació en Florencia en 1653; pasó á Paris á los 15 años de edad, y permaneció allí hasta su muerte en 1687. — T.

(2) *Fi* en francés es una especie de interjeccion para manifestar menosprecio, desagrado, enfado &c., y significa *quita allá, echa allá, porquería*; y así, quitando de *fin* la última letra, queda *fi*, con que demostró *Lulli* al autor de la ópera que no valía nada, ó que era una porquería. — A.

dad, que degenera en humor cínico, y que no la manifiesta si no bajo de una apariencia chocante. Este defecto, es tanto mas difícil de corregir, cuanto se hace de él un título de gloria. Cuando se reprehende á los que de él adolecen, suelen responder, que aquel es su carácter, y que no sabrían decir en ningun caso sino aquello que sienten y piensan. ¿Pues qué, por ventura ignoran, que los hombres constituidos en sociedad, se deben guardar los unos á los otros, ciertos miramientos y respetos? No hay hombre alguno, por mas mérito que tenga, que no se mortifique mucho si se le dice todo lo que piensan de él los demás. La discrecion, es respecto del alma, lo que el pudor respecto al cuerpo. Un exceso de ingenuidad, es una indecencia tan grave como la desnudez.

Sin embargo, vale mas pecar por demasiado ingenuo, que por falaz y disimulado. Pero hay un medio entre estos dos extremos, que el hombre cortés y bien educado, sabrá encontrar. Consiste éste, en no decir abiertamente, y sin necesidad, verdades desnudas, que siempre son amargas y desagradables, y procurar dulcificarlas, convencido de que tratándose de bagatelas y fruslerías, nunca se deben decir las cosas tales como son, sino en el seno de la confianza, y á los amigos, y esto cuando tengan necesidad de saberlas. Pero en ningun caso, recurrirá el hombre de bien, á aquella pérfida y engañosa disimulacion, de la cual dice cierto poeta con ironía:

*Arte precioso y sagaz
de fingir un sentimiento
que no aprueba el corazon,
y que con gran detrimento
del gusto y la rectitud,
nos hace hablar improprios
en secreto, y alabanzas
en voz alta al mismo tiempo.*

*Tú disfrazas la verdad,
con algun velo ligero,
pues su frente muy severa
hiere nuestros ojos tiernos.*

Y así la adulacion, gana ordinariamente amigos, y la verdad enemigos (1). Pero las grandes almas, que conocen todo el precio de la sinceridad, preferirán siempre á los amigos que les lisonjean, los enemigos que les dicen con franqueza la verdad. Filipo, Rey de Macedonia (B. 20), que estimaba en los demás esta virtud que él no tenia, se hallaba presente á la venta de algunos esclavos, en una postura indecente. Uno de ellos se lo advirtió: *que se ponga desde luego en libertad ese hombre*, dijo Filipo; *yo no sabia que fuese amigo mio.*

MAXIMA CUARTA.

**Mantened vuestra palabra
Siempre inviolablemente;
Pero no la deis jamás,
Inconsideradamente.**

El que ama su reputacion, quiere mantener religiosamente su palabra, pues la calidad de hombre de bien le impone este deber. Él se hace una ley de cumplir lo que ofreea siempre que puede, aunque su promesa recaiga sobre cosas pequeñas; pues el que contrae la costumbre de faltar en cosas livianas, pronto se habitua á no ser fiel en las grandes é importantes. Despreaux tenia la costumbre de no faltar jamás á las citas que daba, porque decia que

(1) Obsequium amicos, veritas odium parit.

La complacencia nos concilia amigos; no gana la verdad sino enemigos.— Terencio en su *Andria*. — T.

lo primero que llamaba la atención de los que acudían con puntualidad á la hora en que habían sido citados, eran los defectos de la persona que les hacía esperar.

Cuando la promesa no es injusta ó absolutamente imposible, no se debe jamás violar por ninguna razón, interés ni pretexto. En tiempo en que el jóven Pompeyo (B. 21), disputaba el imperio con Octavio y Marco-Antonio, pactaron entre sí, una especie de treguas, y se dieron reciprocamente algunos convites. Un día, que los dos últimos comían á bordo del buque que mandaba Pompeyo, uno de sus capitanes, le llamó aparte y le dijo, que si quería dejarle hacer, en breve sería Señor del mundo. Ved aquí, añadió, la ocasión de aprovechar la fortuna que os brinda con sus favores. Si queréis, dentro de un cuarto de hora os libraré de enemigos. Pompeyo no quiso en manera alguna consentir en lo que le proponía, diciéndole: *ellos han venido aquí de buena fé, y quiero mas ser fiel á mi palabra que mandar á costa de una traición al universo entero.*

La Historia nos ha conservado otros muchos rasgos y ejemplos de heroísmo, mucho mas grandes aún y magnánimos que el de Pompeyo. Tal es, el del Régulo francés, Juan II (B. 22—*). ¿Quién no sabe el noble sacrificio que hizo á esta bella máxima, que de continuo repetía? *Si la buena fé y la verdad se perdiesen, se deberían encontrar en el corazón y en la boca de los Reyes.* Este Príncipe, cuya alma fué aún mas grande que sus desgracias, habiendo sido hecho prisionero en la batalla de Poitiers (2), fué mandado á sus estados, bajo su

(*) La biografía que se cita, es la de Atilio Regulo, romano, cuya heroica acción imitó el rey Juan II. de Francia.

(2) LIMONUM y despues PICTAVI: capital del departamento del Vienne, en las márgenes del Clain, á 57 leguas S. O. de Paris. Cerca de esta ciudad se dió la famosa batalla de Poitiers, en que el rey de francia Juan II, fué batido y hecho prisionero por el Príncipe Negro. — T.

simple palabra; pero no habiendo podido cumplir las condiciones, bajo las cuales, habia sido puesto en libertad; volvió acompañado de su sola virtud, á la prision del Rey de Inglaterra, en la que murió al cabo de tres años, en 1564.

La misma fidelidad y el mismo valor, manifestó el Padre *Lauriere*, franciscano, aunque con mejor fortuna. Habiendo sido preso por los indios con muchos oficiales portugueses, pidió se le dejase ir á tratar del canje de los prisioneros; y manifestando el rey de Cambaya (1), su temor de que no volviese, el Religioso se desató el cordon y lo puso en su mano, como la prenda mas segura de su fé; con lo cual sin otra garantia le dejó partir. Pero habiéndose frustrado el buen éxito de la negociacion, volvió á las cadenas; y admirado el Rey de tanta fidelidad, fué tal la opinion que concibió de un pueblo que producía hombres capaces de tan generosa virtud, que dió libertad á todos los prisioneros sin exigir rescate alguno.

Sobre todo, se deben mantener las promesas, que han sido robustecidas con el sello del juramento, pues aquel que es la verdad por esencia, ha solido castigar algunas veces el perjurio, de una manera harto ejemplar y sensible. Lotario rey de Lorena (2), á la cual dió su nombre, sobrino del emperador Carlos el Calvo, habia repudiado á su legitima esposa Thietberge, á fin de casarse con Valdrada, á quien tenia una pasion criminal. El Papa anuló la sentencia del Sinodo que habia declarado el divorcio, y amenazó á Lotario con la excomunion, si desde luego

(1) Ciudad de la India inglesa (Bombay) cerca del Golfo de aquel nombre. — T.

(2) O Lotharingia, reino formado en 855, despues de la abdicacion de Lotario I, en favor de su segundo hijo, que es quien le dió su nombre. — T.

no se separaba de aquel trato escandaloso. Lotario se presentó en Roma á dar satisfaccion, y juró á presencia del soberano Pontífice, è hizo jurar á una gran parte de los señores de su servidumbre y comitiva, no haber tenido entrevista alguna con Valdrada, despues de la pròhibicion de la santa Sede, ofreciendo seguir puntualmente lo que se le habia mandado. El Papa le hizo acercar entónces á la sagrada mesa, y le dijo: que recibiese en el santo Sacramento de la Eucaristía su salvacion eterna, si estaba en el firme propósito de cortar para siempre sus criminales relaciones con Valdrada, y de lo contrario, que no tuviese la temeridad de recibir sacrilegamente el cuerpo del Señor, y con él su propia condenacion. El Rey, sin titubear recibió de manos del Pontífice la sagrada Eucaristía, y lo mismo ejecutaron la mayor parte de los cortesanos. Con esto, salió de Roma Lotario, lleno de júbilo, creyendo haber terminado felizmente este grave negocio. Pero la mano de un Dios ofendido, estaba próxima á descargar sobre él, el peso de su justicia. Acometido de unas violentas calenturas que en breve se extendieron á los de su comitiva; experimentó el dolor de verlos morir á casi todos, siendo él tambien el último que falleció, segun refieren Fleuri y otros muchos historiadores eclesiásticos. Es digno de notarse, dice el autor de la historia del Imperio, que la muerte que tan pronto le sorprendió despues de su delito, fué el castigo que Dios quiso imponer á su perjurio; y asimismo que de todos sus cómplices, no hubo uno siquiera, que viviese seis meses, despues de haber cometido aquel sacrilegio.

Aquel, dice el Eclesiástico, que no hace lo que ha prometido con juramento, tendrá su pecado sobre él; y el que jura en vano, esto es, por cosas de poca importancia, ó sin ánimo de cumplir lo que

promete , no tendrá excusa que le justifique (1).

Los paganos han pensado del mismo modo. Después de la batalla de Canas, Anibal (B. 23), envió á Roma diez prisioneros, con juramento de volver á poder suyo en el caso de no conseguir el rescate de los soldados romanos que habian sido presos. Los que faltaron á su juramento, fueron degradados por los censores, y desterrados por toda su vida. De la misma severidad se usó con un soldado, que en aquella ocasion se habia hecho culpable, queriendo eludir su juramento; porque lo mismo es faltar á la palabra, que querer burlarla con interpretaciones sofisticas y capciosas. Este soldado, dice Ciceron, habia vuelto al campo de Anibal, á muy poco de haberlo dejado, á pretexto de no sé que olvido, y habiendo vuelto á salir segunda vez, creyó con este artificio estar libre de cumplir su promesa. Él lo estaba, añade Ciceron, de haberla mantenido á la letra; pero en su interior, ni lo estaba ni podia estarlo, porque en las promesas, es necesario siempre mirar la intencion que se tuvo al hacerlas, ó que se presume haber tenido.

Si con arreglo á estos principios, queremos calificar la accion de cierto emperador Turco, aunque cometida con un traidor, no podremos menos de graduarla de muy reprehensible, y contraria á la bue-

(1) Vir multum jurans implebitur iniquitate, et non discedet à domo illius plaga.

Et si frustraverit, delictum illius super ipsum erit: et si dissimulaverit, delinquit dupliciter.

Et si in vacuum juraverit, non justificabitur: replebitur enim retributione domus illius.—Eccles. c. 23 v. v. 12, 13 y 14.

El hombre que jura mucho se llenará de pecados; y no se apartará de su casa la desgracia.

Porque sinó cumple el juramento, tendrá siempre sobre sí el delito, y sinó hace caso, peca doblemente.

Y si ha jurado en vano ó *sin necesidad*, no será tenido por inocente; antes bien lloverán castigos sobre su casa. —Sr. Amat.—T.

na fé. Habiendo puesto sitio , Solimán II (B. 24) á la ciudad de Rodas , se presentó en su campo cierto habitante de ella , y manifestándole el apuro en que se veian los sitiados , le descubrió el modo de apoderarse de la ciudad , exigiendo préviamente en premio ó recompensa de su servicio , que el Sultan le diese por esposa á una de sus hijas. Tomada la ciudad , le pidió el cumplimiento de su promesa ; pero Solimán le contestó : *yo me he obligado á daros mi hija , y estoy resuelto á manteneros la palabra ; pero antes es necesario , que os haga quitar vuestra vieja piel de cristiano , y si os vuelve otra nueva , os casareis con ella.* En seguida le hizo desollar vivo. El traidor merecia sin duda , este castigo ; pero Solimán , en cambio de su traicion , y para sacar provecho de ella , nunca debió engañarle con una promesa que estaba resuelto á eludir despues.

La justicia que nos obliga á mantener nuestra palabra , cuando legitimamente podemos cumplirla , nos permite asimismo , y nos ordena tambien muchas veces , faltar á ella. Las promesas arrancadas por el temor , ú obtenidas con artificio , no hay nadie dice Ciceron , que no reconozca que son nulas (1).

Obligado por las circunstancias , á hacer alguna promesa á un malhechor para salvar vuestra vida , ó preservar de un incendio vuestra casa , teneis derecho para no otorgar lo que él con justicia no os puede exigir.

Cuando hubiereis prometido ejecutar alguna ma-

(1) Y en efecto , seria un absurdo imaginar que una promesa arrancada con un engaño malicioso y criminal , pudiera imponernos una obligacion á favor del mismo que maliciosamente nos la arrancó. Y prohibiendo formalmente la ley natural todo genero de violencia en los convenios , ¿cómo ha de conceder el derecho de exigir el cumplimiento de una promesa , que tenia por origen una injusticia ? Esto seria autorizar patentemente el crimen.—T.

la accion , cometer un crimen , ó cooperar á él , no penseis que estais obligados á mantener vuestra promesa. La ejecucion en tal caso , nos haria doblemente criminales. Agesilao , rey de Esparta (B. 25), cediendo á la importunidad de uno de sus vasallos , le prometió una cosa , que habiéndola reflexionado despues , no le pareció justa , por cuyo motivo iba difiriendo su cumplimiento ; y al fin instado por el espartano , le dijo que no podia otorgársela porque era injusta. Los reyes , le dijo entónces el espartano , nunca deben prometer lo que no quieren cumplir ; *y los vasallos*, replicó Agesilao , *nunca deben pedir á los reyes , sino lo que estos puedan concederles.*

Pero no la deis jamás

Inconsideradamente.

Mas si la probidad y la buena fé , deben corresponder á nuestra palabra , la prudencia y la sabiduria deben presidir siempre á nuestras promesas. No es propio de hombres sábios y prudentes , el ser fáciles en prometer , porque mil circunstancias imprevistas pueden hacerles arrepentir de promesas hechas sin reflexion y con ligereza. Es necesario saber lo que se promete , para no exponerse á tener que ser infiel ó criminal. Herodes (B. 26) en la embriaguez de la admiracion , prometió á la hija de Herodias , todo cuanto le pidiese. Pidióle ésta , lo que aquel no pudo concederle sin delito. Bastante culpable ya por su imprudencia , lo fué mucho mas aún por la mala vergüenza que le impidió negar su promesa y dió , aunque contra su voluntad , la sangrienta orden de cortar la cabeza al santo Profeta , á quien por otra

parte juzgaba digno de su estimacion y confianza (1).

Otorgad todo lo que habeis prometido ; pero no prometais mas que lo que podeis hacer , y prometed siempre menos de lo que estais en ánimo de dar. Es justo y bueno cumplir lo que se ofrece ; es discrecion y prudencia arreglar nuestras promesas, á nuestra posibilidad ; pero siempre es dulce y agradable conceder mas de lo que se ha prometido.

No hagais valer demasiado, ni pondereis mucho lo que prometais. La imaginacion de las personas, á quienes se promete alguna cosa buena ó extraordinaria, siempre excede al valor de lo que se les dá despues ; y así conviene que el dón sea siempre superior y no inferior á las esperanzas.

MAXIMA QUINTA.

**Sed con todos officioso ,
Complaciente , humilde , afable ;
Cortés y de genio igual ,
Y sereis sin duda amable.**

Si supiesen los hombres , cuán fácil les es hacerse amar , cuán dulce y delicado es serlo , no habria ninguno que no quisiese granjearse. No hay hombre alguno , por poco sensible que haya nacido , que no guste mucho de ser amado ; pero no es menos cierto , que hay pocas personas que lo deseen sinceramente , toda vez que no quieren adoptar el único medio de hacerse amar , que es el hacerse amables (2).

(1) Herodes enim metuebat Joannem , sciens eum virum justum et sanctum : et custodiebat eum , et audito eo multa faciebat , et libenter eum audiebat. — S. Marc. c. 6. v. 20.

Porque Herodes , sabiendo que Juan era un varon justo y santo , le temia y miraba con respeto , y hacia muchas cosas por su consejo , y le oia con gusto. — Sr Amat. — T.

(2) Si vis amari , ama. — T.

Si quereis pues, ser amados, observad la máxima llena de sabiduría que aquí se os presenta. Ella encierra todo lo que mas infaliblemente nos puede conciliar el amor de las personas con quienes hemos de vivir, y hacernos gustar por este medio de la felicidad mas dulce, mas pura y mas constante que puede haber en el comercio de la vida.

Sed oficioso. Aún cuando la razon y la Religion no nos hubiesen impuesto el precepto de hacer bien á todos portándonos con los demás, como quisieramos se portasen con nosotros; nuestro propio interés nos debería estimular á adquirirnos su amor por este medio.

Conviene servir à todos

En aquello que se pueda;

Pues se necesita à veces

Del mas pequeño que sea.

LA FONTAINE (B. 27).

Debe reputarse por muy malo el egoista que solo es bueno para sí; y es tan injusto como despreciable ciudadano, el que quiere aprovecharse de las utilidades y ventajas de la sociedad, sin contribuir á ninguna de sus cargas, ni poner nada de su parte, sin considerar que el Soberano Legislador, al establecer la sociedad, nos ha hecho los unos para los otros; verdad tan cierta y evidente, que los mayores filósofos de la antigüedad, particularmente Ciceron (1), la han cono-

(1) La Sociedad común es el vínculo universal que abraza á todos los hombres, el cuál es mas estrecho para con los de una misma nacion y aún mas para los que viven en una misma Ciudad. El hombre ha nacido para vivir en Sociedad y con sus semejantes, por lo cuál dijo Aristóteles, que si alguno puede vivir sin necesitar de otro, no debe ser contado entre los que forman la Sociedad, y sí, considerado ó como un Dios, ó como una bestia; porque para vivir solo, es preciso tener la estupidez del bruto que no piensa, ó un espíritu superior á todas las miserias humanas para bastarse á sí mismo.—T.

cido, con solo las luces de la razon natural, en medio de las tinieblas del paganismo.

Hacer bien á los demás, equivale las mas veces, á prestar dinero á interés y hacerse bien á sí mismo.

Lo que hizo decir á un antiguo poeta:

*Sin esperar recompensa
Haced siempre beneficios,
Pues sea tarde ó temprano,
Se coje el fruto debido,
Y de ordinario, en el tiempo
Que se echa mas en olvido.*

ESOPÓ (B. 28).

A un servicio que hizo graciosamente y sin esperanza de recompensa Alberoni (B. 29), debió despues toda su fortuna. El hecho fué el siguiente: viajaba el poeta Campistrón por la Italia, y al pasar por el ducado de Parma, fué acometido por unos ladrones que le robaron hasta los vestidos. Refugióse á toda prisa, medio desnudo, en una aldea inmediata, de la cual era cura el abate Alberoni. Campistrón, encontró todo el socorro que necesitaba, en la generosidad de este eclesiástico, quien le recibió con la mayor afabilidad, y le proveyó además de ropa y dinero para continuar su viaje.

Al cabo de algunos años, habiendo seguido al duque de Vandoma, en calidad de Secretario, en las guerras de Italia, pasó un dia por un camino inmediato á la Parroquia de su bienhechor; y como el Duque manifestase necesitar de una persona experta y práctica en el país, aprovechó el Poeta esta ocasion para hablarle en favor del cura Alberoni: hiciéronlo llamar efectivamente, y habiéndolo confirmado el buen concepto que Campistrón habia hecho formar al Duque, le admitió éste, y le hizo su limosnero. Alberoni, le siguió á España en donde supo ganarse la confianza de la

princesa de los Ursinos (B. 30), en cuyo servicio entró después de la muerte de Vandoma (B. 31), fué nombrado agente del duque de Parma, en la corte de Madrid, manejó el matrimonio de la princesa de Parma, con el rey Felipe V (B. 32), entró en el consejo de estado, llegó á ser Cardenal, y finalmente, primer ministro de España.

Lo que suele servir de pretexto, á muchas personas poco oficiosas, para no dispensar favores, es lo poco que se agradecen. Reina, dicen, hoy dia en el mundo tanta ingratitud, y acarrea tales desabrimientos el hacer bien, que casi siempre se arrepiente uno de haberlos hecho. Mas ¿quereis un medio para no arrepentiros nunca? Pues procurad colocar bien los beneficios, dispensándolos siempre al mérito y á la virtud, ó por mejor decir, nunca los hagais con otra mira, que la de agradar al padre comun de los hombres (1); á aquel que los derrama incesantemente sobre nosotros, y que en consideracion á los que hubiesemos hecho, nos reconocerá por sus hijos. Si teneis la desgracia de experimentar la ingratitud de parte de los hombres, estád seguros que nunca la experimentareis de parte de Dios. Hé aqui, el único y mas sólido motivo que debe estimularos á ejercitar la beneficencia.

La Religion sola puede empeñarnos eficazmente en ser oficiosos y benéficos; porque nos promete un eterno remunerador, generoso y reconocido, de todo cuanto hubiesen hecho los hombres, con la mira de agradarle. Este motivo es tambien mucho mas noble y mas sublime.

(1) Ut sitis filii patris vestri, qui in cœlis est: qui Solem suum oriri facit super bonos et malos: et pluit super justos et injustos.—S. Math. c. 6. v. 43.

Para que seais hijos *imitadores* de vuestro padre Celestial; el cual hace nacer su Sol sobre buenos y malos: y llover sobre justos y pecadores—Sr. Amat.—T.

El hecho siguiente prueba, que aún en los estados y condiciones mas olvidadas, se han visto rasgos de la cualidad ó virtud de que hablamos. Habiendo salido de madre el Adige, rio de Italia, en el estado de Venecia, se llevó el puente de la ciudad de Verona, á escepcion del arco del medio sobre el cual habia una casa. Hallábase en ella una numerosa familia, á la que desde la orilla veian levantar las manos al cielo, implorando socorro. Entre tanto, la violencia del torrente destruia á la vista de todos, los pilares del arco. En tan grave conflicto, el conde de Espolverini, ofreció cien ducados al que tuviese valor para ir en un barco á librar á aquellos infelices: se arriesgaba cualquiera á ser arrebatado por la rapidez de las aguas, ó á ser aplastado por las ruinas del arco si se colocaba debajo. El concurso de pueblo era grandísimo, y sin embargo nadie se atrevia á arriesgarse; pero acertó á pasar un sencillo aldeano, á quien instruyeron de la proyectada empresa y de la recompensa ofrecida. Al instante sube en el barco, llega á fuerza de remos al medio del rio, y esperando con la mayor serenidad debajo del poste, que toda la familia, padre, madre, hijos y viejos, se descolgasen por medio de una soga; luego que lo han conseguido, *valor exclama, ya estais salvos*. Rema, vence la corriente impetuosa de las aguas, y vuelve á ganar la orilla. El Conde lleno de júbilo, quiere entregar al aldeano la prometida recompensa: *yo no vendo mi vida*, le dice éste; *mi trabajo me basta para mantenerme con mi mujer é hijos: distribuidla entre ésta pobre familia que tiene mas necesidad que yo*.

Segun acabamos de ver, debemos amar y favorecer á todo el mundo en cuanto sea posible; pero es necesario ejecutarlo con prudencia, sino se quiere alguna vez ser engañado.

A cierto *Dómine* bastante sagaz y experimentado, que desde el pueblo tenia que pasar á la ciudad inme-

diata, le encargaron algunos de sus convecinos les hiciese varias compras. El *Dómine* ofreció hacerlas; pero cuando llegó á la ciudad, compró solo para la persona que le habia dado el dinero, y de vuelta á su casa le mandó lo que habia comprado. Todos los demás vecinos esperaban que el *Dómine* les mandase sus respectivos encargos; pero él, les manifestó que le habia sucedido una desgracia, á saber: que habiendo dejado las memorias sueltas sobre una mesa, las habia llevado el aire por una ventana, y caido en un rio que pasaba por debajo, á escepcion de la del convecino que habia envuelto en el papel su dinero, lo que fué causa de que no volase con las demás.

Complaciente. El hombre complaciente, es el que se aplica á estudiar el carácter, el génio, la índole y las inclinaciones de los otros, y á conformar con ellas las suyas propias. Sigue nuestros designios y gustos, y se aprovecha hasta de las mas mínimas ocasiones para agradarnos. Pero la complacencia, es virtud ó vicio, segun se use. Pongamos algunos ejemplos de una y otra.

Un amigo toma parte en vuestros placeres y diversiones: contribuye hasta cierto punto á ellos, pero nunca lisonjea ni fomenta vuestros vicios. No le causa molestia desenfadaros. Jamás ofende ni lastima vuestro amor propio, con la viva representacion de vuestros defectos; pero emplea toda su habilidad en hacer que los conozcais. Os ayuda con sus consejos, con celo, mas con prudencia. No os contradice sinó cuando debe; previene vuestros deseos, en cuanto está de su parte; estudia vuestro carácter al cual procura arreglar el suyo, sin mas objeto que hacerse útil y agradable; en suma, toda su conducta no conspira mas que á agradaros, sin miras bajas ni motivos viciosos. Ved aquí un modelo de la mas amable y preciosa complacencia.

Otro, al contrario, se une estrechamente con algun jóven desarreglado y libertino: se multiplica, por decirlo así, y toma mil formas segun la variedad de gustos y deseos de su amigo; se adhiere á todas sus pasiones; canta, ríe, y se impacienta con él; le copia el génio, los modales y hasta los defectos. Creerá tal vez ser un hombre complaciente; pero no es sinó un adulator abominable, ó un hambro pegadizo.

Estos espíritus débiles, que la complacencia, conduce comunmente á no tener costumbres, no tienen mas que un defecto, que es el de reunir en sí los defectos de todos; siendo capaces de todo lo bueno y todo lo malo que se exija de ellos. Su vida entera es una continuada deferencia y acomodamiento á las malas pasiones de los demás; y careciendo ellos, tal vez de vicios propios, no son sin embargo sinó unos verdaderos viciosos.

Se vén algunos, que atentos siempre á los pensamientos ajenos, y jamás á los suyos propios, parece que solo poseen el talento de la imitacion; nunca piensan ni juzgan por sí, lo hacen siempre por medio de otros; no alaban ni vituperan, sinó aquello que elogian ó censuran las personas á quienes intentan agradar. Se tienen por complacientes, y no son sinó unos monos rídiculos y despreciables; ecos repetidores y enfadosos de cuanto dicen y hacen aquellos á quienes quieren adular. Esta insípida complacencia que al pronto agrada, porque se desea el aplauso, repetida muy de continuo llega á ser molesta, y usada á la larga enteramente fatiga y causa. El orador Célio, hombre vivo é impetuoso, estando cenando con una persona de un carácter dulce y apacible, que aprobaba cuanto él decia, no pudiendo sufrir tanta y tan monótona deferencia: *por Dios*, exclamó, *niégame algo de lo que digo para que seamos dos.*

De todas las buenas cualidades, no hay acaso una,

que exija mas discernimiento que la complacencia. Faltando á ella se peca por grosería, y si nos excedemos, incurrimos en el servilismo y la bajeza. En un medio, pues, estriba como todas esta virtud. Es necesario tener buen corazon para querer complacer: es necesario talento para condescender con decoro á los gustos de los demás: es necesaria mucha paciencia, para conllevar sus humores, sus defectos, y tal vez sus caprichos, sin incomodarse. Es necesario ser muy íntegro, para no acceder jamás á lo que prohíbe el deber. Esto es lo que hace tan raros los hombres verdaderamente complacientes. En vez de acomodar, en todo lo que es permitido, sus gustos y sus ideas á las de los otros, sucede al contrario, que cada uno quiere ser escuchado con docilidad, sobresalir y dominar.

Sin embargo, todos los dias conocemos la necesidad de la complacencia para con los otros. ¿De dónde pues, dimana, que la mayor parte de los hombres, se esfuercen tan poco en serlo? Esto proviene á nuestro entender, en unos, de falta de educacion por no habérseles acostumbrado con tiempo á ceder de su génio y de su carácter; en otros, de flojedad, y del trabajo que les cuesta el saberse reprimir; y en la mayor parte, de un refinado amor propio, que hace que solo sean complacientes consigo mismos.

Humilde. La dulzura de carácter, es tambien una de las mas amables cualidades que podemos recibir de la naturaleza; de suerte, que si ella no nos la há dado, debemos nosotros hacer los mayores esfuerzos para adquirirla, cosa que no es imposible, pues no se necesita mas, que un buen ánimo y una decidida voluntad.

S. Francisco de Sales, nació con un carácter vivo y violento, mas luego que conoció este defecto, se

aplicó á corregirlo y á fuerza de trabajo y constancia, llegó á ser un modelo de humildad, como lo hizo ver en una ocasion. Un caballero jóven, que le aborrecia, se puso á mover un estrepitoso ruido, debajo de las ventanas de su casa, añadiendo á los ladridos de muchos perros, los desmánés é injurias de varios mozos insolentes. No contento con esto, tuvo el atrevimiento de subir él mismo al cuarto del santo Obispo, y allí vomitó todo lo mas ofensivo que pudo sugerirle su furor. El Prelado recibió á este loco y arrebatado jóven, con la mayor paz y tranquilidad; pero sin responderle una sola palabra. El jóven tomando por desprecio tanta moderacion, redobló su ira, llevando su insolencia hasta los últimos ultrajes, y al ver que sin embargo conservaba el santo Obispo toda su paciencia, hubo de retirarse furioso y despechado. Entónces, preguntaron á S. Francisco, cómo habia podido sufrir á aquel insolente, sin contestar una palabra siquiera á tantos denuestos. «Mi lengua y yo, respondió, hemos hecho un pacto, y nos hemos convenido, en que mientras mi corazon padeciere alguna emocion, mi lengua no dirá una sola palabra. ¿Podia yo enseñar á ese pobre ignorante, la manera, el modo de contenerse, y tener á raya sus pasiones; mejor que conteniéndome y enfrenando yo las mias? ¿Podia apaciguar mejor su cólera, que guardando un profundo silencio? ¿No debia inspirarme lástima un infeliz, fuera de sí y arrebatado de su violenta pasion?»

Se ama generalmente á una persona de carácter dulce, se la busca, y todo el mundo vive gustoso con ella. Al contrario, se evita y se huye de la que le tiene duro, violento, imperioso, é inflexible; y cuando uno hace huir, no tarda mucho en hacerse despreciar. El hombre duro é insociable, se queda solo: el imperioso, es detestado: el violento, irrita: el que disputa y contradice á todos, enfada: el inflexible, choca: el

regañon y caprichudo, se hace aborrecible: y al hombre brutal, todos le pagan en la misma moneda, es decir, con brutalidades é insultos. Cierta autor tan grosero como satírico, habia sufrido algunos palos en cambio de ciertos epigramas insultantes que habia publicado. Tuvo despues una disputa con un librero y le amenazó con que le haría morir á palos. *Mejor que yo sabeis*, le respondió friamente el librero, *que los palos no matan*.

Por odiosos é insufribles que sean en la sociedad, los caracteres de que acabamos de hablar, el del hombre colérico, es aún peor, porque es mas comun. Este es un defecto muy grande y muy deplorable, asi como el de las personas cuya bilis se exalta con facilidad, *¿quién es*, exclama Salomon, *el que puede vivir con un hombre que se irrita fácilmente?* (1)

Puesto que estamos destinados á vivir con los hombres, á tolerarlos, y á sufrirlos, debemos trabajar para adquirir la dulzura y la paciéncia, teniendo á raya nuestros naturales impetus de vivacidad y cólera. De esto nos ha dado un grande ejemplo, uno de los mayores principes, que han ocupado el trono de Francia. Habiendo ido Crillon (B. 33), á ver á Enrique IV, para justificarse de cierto cargo que se le hacia, pasó de las excusas á las contestaciones acaloradas, y de estas á los desacatos. El Rey irritado, le mandó salir de su cuarto, mas como Crillon volviese á poco rato á presentarse al Principe, y continuáse hablando en el mismo tono, notaron que al Rey se le mudaba el color, y llegaron á temer, que quitando la espada á alguno de los que estaban presentes, la di-

(1) Spiritus viri sustentat imbecilitatem suam: spiritum veró ad irascendum facilem quis poterit sustinere?—Eccles. c. 18 v. 14.
 El espíritu ó vigor del hombre sostiene su flaqueza; pero ¿quién podrá aguantar un ánimo fácil de irritarse?—Sr. Amat.—T.

rigiese contra Crillón. Sin embargo supo enfrenar su ira, y luego que marchó este, volviéndose á los circunstantes que habian admirado su longanimidad y paciencia, les dijo: « la naturaleza me ha formado colérico; pero despues que me conozeo, he procurado siempre ponerme en guardia contra una pasion tan peligrosa. Yo sé por experiencia que es muy mal consejero, y estoy muy satisfecho de tener tantos y tan buenos testigos de mi moderacion. »

En efecto, la cólera es una señora imperiosa y perversa. Recompensa siempre mal á los que la obedecen y vende muy caros sus perniciosos consejos. ¿A cuántos, excesos vergonzosos, indignos, mas de una vez irreparables, y siempre seguidos de crueles remordimientos, no nos arrastra? Ella hace que las personas del entendimiento mas cultivado, ó que por su calidad y nacimiento, deberian tener mejores sentimientos, digan y hagan mil cosas que siempre envilecen, y frecuentemente deshonran. El filósofo Demonax (B. 34), viendo á un Lacedemonio que montado en cólera maltrataba á su esclavo, le dijo: *deja de hacerte semejante á él.*

La cólera es quizá, entre todas las pasiones violentas, la que daña tambien mas directamente al cuerpo. Nada altera tanto la salud como sus arrebatos; corrompen la sangre, trastornan los humores, mudan totalmente la constitucion y conducen precipitadamente á la huesa (1). La envidia y la cólera, dice la Escritura, abrevian la vida. ¿Cuántos se han visto que han quedado muertos en un arrebato violento de cólera? El emperador Valentiniano I (B. 35), cuyas grandes cualidades atestigua la historia, y que siendo hijo de un miserable cordelero, llegó á elevarse al imperio, por

(1) Zelus et iracundia minuunt dies, et ante tempus senectam adducet cogitatus. — Eccles. c. 51. v. 26.

La envidia y la ira abrevian los dias, y las zozobras ó *afanes* aceleran la vejez antes de tiempo. — Sr. Amat. — T.

su valor, fué triste víctima de sus frecuentes movimientos de cólera, á que se entregaba con frecuencia en vez de procurar reprimirlos. Dádo un dia audiencia á los embajadores de los *Quados*, se puso tan enfurecido, que tuvo un vómito de sangre y murió. ¡Cuán terrible es comparecer en semejante momento en el tribunal del juez Supremo, á dar cuenta de todos los arrebatos é impetus de cólera, que se han tenido en esta vida!

Pero el que tiene el alma tan elevada como su calidad, creerá degradarse y envilecerse si se abandona á los impetus vergonzosos de la cólera. Mr. de Lauzun (B. 36), habló un dia á Luis XIV (B. 37), en tono muy destemplado y hasta insolente. *Si yo no fuese rey*, le dijo aquel gran príncipe, *te aseguro que me hubiese encolerizado.*

Él mostró una moderacion no menos asombrosa, en otra ocasion en que quizás fué mas difícil todavía contener los naturales impetus. Uno de sus ayudas de cámara, tuvo la desgracia de verter sobre la cara de su pie bastantes gotas de cera hirviente, y se contentó decirle con blandura; *otra vez procurad no ser tan desmañado.*

Es verdad, que el hacerse uno dueño de si mismo cuesta no poco trabajo; pero cuando se pone cuidado en reprimir las pasiones, su ferocidad se amansa poco á poco, y al fin vienen á ser como los animales domesticados, que habitan y viven en paz en nuestras casas y con nosotros. A cada victoria ó triunfo, sigue una proporcionada recompensa; y cuando calmada del todo la pasión, reflexionamos á sangre fria, hasta qué punto pudiera habernos conducido, nos sirve de muy dulce satisfaccion y consuelo, el que no nos haya hecho cometer cosa alguna contraria á la razon y á la sabiduría.

Procurad, pues, que penetrando todas estas reflexiones en vuestra alma, os dispongan y preparen para

el momento del combate; y estad seguros que venceréis siempre, si poneis para ello los verdaderos medios, y si sacais valor y fuerzas de los poderosos motivos y de los grandes ejemplos que os ofrece la Religion. En vano buscareis en otra parte remedios eficaces, contra la mas impetuosa de las pasiones.

Afable. Esta amable cualidad, que hace que el hombre de categoria y superior á los demas, reciba con amabilidad á los que recurren á él, debe ser característica, principalmente de los grandes y personas condecoradas. Quanto mas elevadas sean, ó por razon de su cuna, de su autoridad, ó de su empleo, tanto mas accesibles deben hacerse, y con tanta mayor dulzura y afabilidad deben tratar á todos. ¡ Oh vosotros los que aspirais á grangearos el amor de los hombres! procurad haceros humanos y accesibles; mostrad á todos aquel aire sencilló y noble de bondad que atrae los corazones; haced, que al separarse de vuestra vista, queden tan prendados de vuestra benévola acogida como contentos de si mismos. Un Alcalde de una pequeña ciudad de Francia, encargado de hacer una corta alocucion al Rey, al presentarle las llaves, le dijo: *Señor, el júbilo que tenemos, viendo á vuestra Majestad, es tan grande, que...* Turbóse entónces de manera, que aunque recurrió en vano á su memoria, solo pudo repetir tartamudeando las últimas palabras que acababa de pronunciar. *Sí, sí,* le dijo el Rey, con la bondad mas encantadora, *el júbilo que teneis es tan grande, que no lo podeis expresar.*

Si la afabilidad es un deber respecto de los grandes, en los funcionarios y empleados públicos, es tambien mas propia para granjearles la estimacion y el amor, que el que pueden conciliarse por su dignidad y categoria. El esplendor que los rodea, nos

ofusca ya bastante para no disgustarnos, y la elevacion en que se ven colocados, humilla y mortifica demasiado nuestro amor propio, para no encontrar en sus defectos y faltas, por livianas que sean, pretextos y motivos con que cohonestar nuestra envidia. Pero si los atractivos de la afabilidad, templan los rayos y resplandores de una gloria que nos deslumbra; si la dulzura en el trato hace, en cierto modo, bajarse hasta ponerse á nivel con los demás, al que parece tan superiormente elevado sobre la esfera de la condicion comun; desarma los celos, enfrena los ódios; y atrae á sí todos los corazones.

El emperador Trajano (B. 38), se hallaba bien convencido de esta verdad. Viéndole sus favoritos recibir con igual amabilidad á cuantos se le acercaban, se tomaron la libertad de indicarle, que olvidaba la Majestad del Imperio; *Quiero*, les respondió, *que mis vasallos encuentren en mí un Emperador, cual yo desearía tener uno si fuese súbdito.*

La afabilidad, como observa Massillón (B. 39), forma el carácter inseparable, y es la señal más segura de la grandeza. Los descendientes de esas ilustres y antiguas familias, á las cuales nadie se atreverá á disputar la superioridad del nombre y la antigüedad del origen, no llevan en su frente el orgullo de su cuna, y la dejarían ignorar enteramente si les fuese posible. No se conoce su elevacion, sinó por la noble sencillez y decoro de su porte. Cuánto mas huyen de los respetos y homenajes, mas respetables se hacen, y entre tantos titulos merecidos que las distinguen, la cortesía y la amabilidad con todos, son las solas distinciones que ambicionan. Al contrario, la falsa grandeza, es feroz è inaccesible, como si temiese, que vista muy de cerca, habia de perder mucho de lo que parece ser.

Cortés. La inclinacion á hacer bien y la decorosa

complacencia, son las partes principales de la urbanidad y cortesía; mas éstas solas no la constituyen, siendo necesario además tener lo que se llama *dón de gentes*, y así la cortesía consiste, no solamente en no hacer ó decir nada que no sea obsequioso; sino tambien en decirlo y hacerlo de una manera noble, fina y delicada.

Pudiera la cortesía llamarse la sal y el condimento de la bondad, es decir, la graciosa manera de un buen corazon. El hombre cortés, estudia siempre el modo de contentar á los demás, y siendo la pasión predominante de los hombres el ser estimados y considerados; la verdadera cortesía consiste en manifestarles consideracion y aprecio, y en saber manejar y lisonjear con arte y delicadeza su amor propio (1).

No es decir esto, que se emplee jamás la vil lisonja, ó la baja adulacion; ésta siempre es un vicio, y la verdadera cortesía y la severa probidad, se avergonzarian de servirse de ella.

Tengamos, en cuanto nos sea posible, aquella cortesania que se anuncia por las finas maneras; pero con preferencia á todo, usemos de aquella atencion y urbanidad, que revela al hombre de bien y cristiano. Con solo estar animados de un espíritu de verdadera caridad cristiana, sabremos usar con todos de aquellas atenciones, deferencias y respetos, que forman las delicias de la Sociedad, y que hacen á los hombres mil veces mas amables, que esa turba de gentes tan corteses y de tan buenos modales en la apariencia, como afectados y falaces en la realidad, de que por desgracia abunda el mundo.

(1) La palabra *lisonjear* no significa frecuentemente sinó hablar y tratar con el objeto de hacerse agradable. Cuando no se hace sinó con buen fin, y con ella no se mezcla la mentira, no se opone en nada á la sana moral, y en este sentido la tomamos aquí — A.

Inspirando, pues, á los jóvenes esa cortesía sincera y cristiana de que hablamos, tendrán las virtudes, que remeda y de que absolutamente carece la falsa cortesía, tendrán lo mas esencial y lo que constituye el fondo, por decirlo así, de esta virtud; y fácilmente podrán adquirir sus exteriores requisitos. El trato y la frecuente observacion con las personas corteses, les enseñarán lo que ellos tienen que hacer, y cómo deben ejecutarlo. Luego que lo sepan, procuren hacerlo con desembarazo, sin arte y sin estudio, porque la afectacion todo lo vicia y adultera; y no se harían menos ridiculos por los defectos propios de que adoleciesen, que por las buenas cualidades que afectasen tener.

Una gran parte de las faltas que se cometen contra la cortesía, procede de no saber contenerse en hablar y obrar, segun lo exige la urbanidad, ú al menos en callar, cuando no se puede hablar sin hacer traicion á la conciencia.

Los excesos mismos de la descortesía, pueden á veces servir para la adquisicion de la perfecta urbanidad; proporcionándonos ocasiones de practicarla; y muchas veces en lo que tiene, por decirlo así, de mas heróico. Es bastante fácil ser urbano y comedido con los corteses; pero es muy difícil usar de urbanidad con los que no la tienen con nosotros. En vano quizás, se le querrá persuadir á un joven, que jamás hay razon legitima para faltar á la cortesía; que es necesario usarla hasta con los mismos que no la tienen con nosotros; y que las faltas, sean cuales fueren, de los demas sobre este punto, nunca justificarán las nuestras. Tan bellas como provechosas lecciones, serán seguramente olvidadas á la primera descortesía que se les haga sentir y tanto mas les ofenderá, cuanto mas corteses sean los que reciben la ofensa; siendo casi imposible que

dejen de incurrir en la misma desatención y falta de cortesía con que se creen ofendidos.

No será, pues, del todo inútil el tropezar alguna que otra vez con gentes mal educadas y descorteses, para aprender á sufrirlas y no parecerse á ellas. Cuanto mas groseras sean sus faltas, mas disgustarán y mas se procurarán evitar. El conde Marivaux teniente general, al servicio de Luis XIV, hombre grosero, que en una acción de guerra habia perdido un brazo, y que sin embargo de haber recibido una gran recompensa, se lamentaba de continuo; hablando un dia con el Rey, le dijo bruscamente, «quisiera haber perdido los dos, para no servir mas á vuestra Majestad.» El Rey se contentó con responderle: *yo lo sentiría muchísimo, tanto por vos, como por mí.*

El hombre verdaderamente cortés, es muy fácil en perdonar las faltas que contra él se cometen, é ingenioso en excusarlas. Cuando el duque de Borgoña nieto de Luis XIV, mandaba el ejército en Flandes, un antiguo oficial ya muy viejo, que sabia mas de su oficio, que de las etiquetas y usos de la corte, se presentó en palacio y se sentó á la mesa del príncipe, sin haber sido convidado; le advirtieron esta falta, y él respetuosamente imploró el perdón de ella. Entónces el jóven príncipe, con la mayor amabilidad le dijo: *tanto mejor, amigo, comeremos juntos; yo te enseñaré los usos de la corte, y tú á mí el arte de la guerra.*

En la vida de Clemente XIV (B. 40), se refiere un pasaje, que honra mucho á este gran Pontífice. Cuando no era mas que un simple religioso Franciscano en Bolonia, encontró un dia en el claustro de su convento á un almibarado petimetre, recién llegado de Leon, que le dijo con gran soltura: «padre, me estoy aqui paseando para entre-

tener la ociosidad, pues no puedo sufrir á los frailes.»—Tal vez, señor, los soportariais en el refectorio, le replicó el padre Ganganelli, y en tal caso, yo os ruego que vengais á mi celda á refrescar. Aceptó el jóven el ofrecimiento; entró en conversacion con Ganganelli, y quedó tan prendado de su talento y fina urbanidad, y de la buena acogida que le habia merecido, que se detuvo dos meses en Bolonia, únicamente por tratarle; y á persuasion suya volvió á casa de sus padres, (que le amaban con la mayor ternura), de la cual habia huido por libertinaje.

Es, pues, la verdadera cortesía segun se vé, una cualidad muy excelente y propia para conciliar los corazones. Su imperio es tan dulce y poderoso, que gana tambien á los enemigos y alguna vez los desarma. El célebre Montagne (B. 41) autor de los *Ensayos*, durante las guerras civiles y religiosas que asolaban la Francia, en el reinado de Carlos IX, se habia retirado á su casa de campo en Perigod. Un dia se presentó un hombre delante de los fosos de la quinta fingiendo era perseguido de los religiosos. Acogido por Montagne, le refirió, que viajando con otros amigos suyos habian sido atacados por un peloton de gentes de guerra, que les robaron todo el equipaje, habiendo sido muertos los que quisieron hacer resistencia, dispersándose los demás. Montagne, no sospechó, ni por un instante, de la sinceridad y buena fé de este hombre, sin embargo de que era el capitan mismo que mandaba la partida, y habia convenido con su tropa valerse de esta estratagemas para introducirse en la quinta. Un momento despues fueron á avisar á Montagne, de que habian llegado otros dos ó tres caballeros mas, que reconocidos por el que acababa de ser admitido, aseguró que eran del número de los

camaradas que con él habian sido robados ; compadecido Montagne, tampoco tuvo dificultad en recibirlos. A estos siguieron otros muchos, de manera que, en breve se llenó el pátio de la casa de hombres y caballos. Entónces conoció su error Montagne ; pero el mal ya no tenia remedio. Sin inmutarse, pues, ni alterar en nada sus buenos modales, procuró agasajar á sus huéspedes, suministrándoles cuanto finjan menester : hizo se les sirviesen refrescos, los trató con tanta cordialidad y cortesía, que encantado el capitán de este proceder, no se atrevió á dar la señal convenida para robar la casa.

Si se ven tantos hombres groseros y descorteses, es porque no reflexionan bastante, todas las ventajas, y todo el precio de la cortesía ; desprecian el buen modo, teniéndolo por una cosa insignificante, y no saben que éste buen modo, es con harta frecuencia, lo que mas influye en que los hombres decidan bien ó mal unos de otros. No pudiendo penetrar el interior, se juzga por las apariencias, cuando acaso una ligera muestra de afabilidad y cortesía, bastaria para precaver los malos juicios. Poco se necesita para ser tenido por incivil, descomedido y altanero ; pero aún se necesita menos, para ser estimado por lo contrario. ¿Y quién puede ignorar, cuánto nos importa no enagenarnos las voluntades ajenas con nuestros malos modos, y cuán ventajosa es, aún para nuestro reposo y satisfacciones, sabernos grangear el amor y estimacion de nuestros semejantes, viviendo con ellos en aquella buena inteligencia, que solo se mantiene con la urbanidad y cortesía?

Podemos estar séguros de que se muestren reconocidos, aquellos cuyo amor propio lisonjamos ; y que se ofendan por el contrario, aquellos á quienes se les censura ó vitupera. Para manejar este amor propio,

tan sensible y delicado, procura el hombre cortés, con señales de estimacion y de consideracion hácia los demás, darles una buena idea de si mismo. A cualquiera que sea la persona que le hable ó le pregunte, tiene la atencion y cortesia de responderle, léjos de imitar á aquellos hombres fieros y groseros que, por que son superiores á nosotros ó creen serlo, apenas se dignan prestar atencion á lo que se les dice; y responden de una manera tan seca y desdeñosa, que no pueden dejar de ofender.

El hombre cortés no es de esos tiranos del pensamiento y de la conversacion, que quieren esclavizar todos los entendimientos, pretendiendo que todos vean las cosas, piensen y discurren como ellos; y asi todo el mundo le ama y busca su compañía. Preguntaban un dia á Mr. Fontenelle, uno de los mayores talentos y de los hombres mas finos de su siglo, ¿por qué medio se habia ganado tantos amigos, sin tener un solo enemigo? *con estos dos axiomas*, respondió, *todo es posible y todo el mundo tiene razon.*

Asi piensa el hombre cortés y de talento. Convencido de que casi siempre vale mas conservar la paz, que empeñarse en hacer conocer una verdad quizás indiferente; precave las disputas ó las corta cediendo con oportunidad á la opinion de los otros, siempre que ni su conciencia, ni la Religion, ni el honor del prójimo no queden lastimadas. Si alguna vez cree deber oponerse al dictámen ajeno, lo hace con tal urbanidad y moderacion, que al fin triunfa la verdad en sus lábios, y empeña á rendirse á ella, sin ninguna violencia del amor propio. En la mesa, en el paseo, en la conversacion, se le vé reir y chancarse pero sin ofender á nadie; porque sabe usar de sus chanzas sin exceder los límites de la urbanidad, ni degenerar en burlon y chocarrero. Se guarda muy bien de decir nada que pueda recordar algun suceso ofensivo y desagradable,

y si se le escapase inadvertidamente alguna expresion ó palabra que pudiera tomarse por alusiva, imitaria sin duda la conducta de Gayot de Pitabal. Este noble conocido en la república de las letras, por varios pasquines ingeniosos y algunas otras obrillas llenas de sal y agudeza, habiendo llegado á ser Procurador general del Parlamento de Metz (1), se portó tan malamente, que acusado ante los tribunales por delitos que merecian la última pena, fué privado de su empleo y reducido á prision, de la que en fin salió. Poco tiempo despues, jugando Pitabal al *juego del hombre con él*, faltó poco para hacerle perder, y le dijo sin reflexionar: *habeis rozado bien la cuerda*. El noble mudó de color y se avergonzó. Pitabal conoció su falta y no procuró repararla. «Cuando, añade él mismo refiriendo esta historia, se han tenido iguales inadvertencias, es necesario guardarse bien de excusarse, porque de lo contrario seria una segunda falta peor que la primera.»

El hombre cortés, léjos de querer ofender, busca al contrario todas las ocasiones de hacer un cumplimiento lisonjero, aunque nunca insipido ó ridiculo. Acomodándose á todo lo razonable, nada tiene de servil ni de baja su complacencia. Su cortesía no es afectada ni incómoda; pues él sabe anticiparse á los deseos de los otros. Empeña, pero rara vez estrecha; á nadie fuerza jamás, y en su casa se obra con la misma libertad, que cada uno desea tener en la suya propia. Es atento y oficioso; pero sin ceremonia ni aquellas pretensiones que desagradan; y en los favores que dispensa, mas parece que busca su satisfaccion que la de los otros.

Mide sus modales y sus palabras, segun la variedad de caracteres de las personas con quienes trata; atien-

(1) Ciudad de Francia, capital del departamento del Mosela á orillas de este rio y del Seille á 82 leguas N. E. de Paris.— T.

de á los tiempos y á las circunstancias para presentarse y despedirse oportunamente, retirandose siempre en el momento que conoce puede incomodar. ¡ Mas qué digo, un hombre cortés puede ser incómodo ó enfadoso! todo lo contrario. En todas partes se le desea; todos ansian sus visitas y se despiden con sentimiento de él. Todas las casas así como los corazones los tiene abiertos.

Superior á los talentos mas distinguidos; á las cualidades mas brillantes, que de ordinario producen mas envidiosos que amigos; la cortesía tiene siempre asegurados sus derechos sobre el amor de los hombres: agrada á todo el mundo; no hay nadie que no desee estrecharse con un hombre cortés, con tal que no lo sea excesivamente, porque, aunque con mas facilidad se perdona un exceso de cortesía que uno de inurbanidad, hay personas que por parecer mas atentas, son tan ceremoniosas y zalameras, que á fuerza de querer agradar mucho disgustan, hechan á perder lo bueno queriendo hacerlo demasiado bien; y serian mucho mas corteses si lo afectasen menos; cansan y molestan con sus cumplimientos excesivos, que malgastan con todo el mundo, sin agradar á nadie. Se hacen, no solamente insoportables sino odiosos, por la vanidad que de ordinario es el principio de su cortesía, por el aire de satisfaccion que manifiestan; y cuando mas satisfechos se muestran de si mismos, causan mas lástima á los demás.

Hay algunas personas que usan de mil atenciones y urbanidades, con aquellos á quienes desean agradar, ó cuyo trato y compañía lisonjea su vanidad; pero no tienen ninguna atencion con los demás, singularmente cuando son inferiores. El hombre verdaderamente civil, es urbano y atento con todo el mundo. El caballero William Gooesl gobernador de la Virginia, estando hablando en una de las calles de Wil-

liamsbourg, con un comerciante, vió pasar á un negro que le saludó, y á quien volvió el saludo.—¿Cómo dijo el comerciante, se baja V. E. hasta saludar á un esclavo?—«Sin duda, respondió el Gobernador, sentiría mucho que un esclavo se mostrase mas atento que yo.»

De génio igual. La dulzura de carácter, la complacencia, la amabilidad y la cortesía, os harán buscar de todos; pero si teneis un génio variable y desigual, no tardarán en huir y apartarse de vosotros. Los caprichos, las rarezas y desigualdades, comienzan por enfriar, al fin acaban por alejar para siempre á los que nos amaban. Hasta los sugetos mas dignos llegan á veces á hacerse insoportables: todos al fin se cansan de ser esclavos de su mérito, sus caprichos, extravagancias y fantasías, hacen pagar demasiado cáras, las ventajas de su trato y amistad, que al fin se deja por la de otro sugeto de carácter mas igual, aunque acaso valga menos.

Enfrenad, pues, vuestro génio desde la juventud y ahorrareis muchos sinsabores á los otros y á vos mismo. No puede darse pena mas cruel para un hombre de honor, que el verse generalmente aborrecido. En cualquiera situacion, ó edad que os halleis, procurad por todos los medios posibles, sobre todo sirviéndoos de los que hemos indicado contra la cólera, moderar vuestro génio, haciendolo tan apacible y tan igual, que no se esquite ni ménos se huya vuestro trato. Nunca digais, como dicen algunos, yo ya soy muy viejo para corregirme; pues cabalmente por esta misma razon, debeis trabajar en corregiros. La juventud es de suyo tan amable, que casi todos los hombres están dispuestos á excusarla y perdonarla muchas de sus faltas. Pero cuando el hombre llega á la edad viril, entónces necesita perfeccionarse, y volver á ganar con la igualdad de génio, y otras muchas prendas y buenas cualidades, lo que ha perdido

en la parte agradable. Los defectos del entendimiento, asi como los del rostro, crecen, se aumentan y parecen mucho mayores en la vejez.

Las personas más sujetas á este achaque, son ordinariamente las que por su clase, dignidad ó empleos, deberian estar mas exentas de él; pues á toda persona pública y constituida en autoridad, y especialmente á los Magistrados, conviene mas que á todos, conservar la mesura é igualdad de génio, que los hacen tan respetables y dignos del puesto que ocupan. Mr. de Harlay (1), primer presidente del Parlamento de Paris, la poseia en alto grado, como se verá por el hecho siguiente. Una Señora ilustre y de alta calidad, no habiendo podido obtener cierta gracia que le pedia, hubo de quedar muy picada. El Presidente, al despedirse quiso acompañarla hasta la puerta, mas ella se opuso y él fingió que se quedaba. Siguió su camino la Señora murmurando de este Magistrado, y aún profiriendo á media voz, algunas groseras injurias; pero habiendo vuelto la cabeza y notando que la seguia: ¡ah, Señor, dijo: todavía estais ahí! «Señora, le respondió él; decís tan bellas cosas, que no sabré como dejaros;» y la acompañó hasta el coche.

No se mostró menos impasible, Felipe II Rey de España, en una ocasion en que pocos habrian dejado de enfadarse. Habia pasado la noche escribiendo su correo; pues tenia la costumbre de hacerlo por si mismo, sia otro trabajo por parte de su secretario, que el de cerrar los pliegos y ponerlos sobres. Escritas todas las cartas, habia una en que estaba fresca aún la tinta; el secretario que estaba medio dormido quiso echarla polvos; pero en lu-

(1) Uno de los hombres que honraron mas la magistratura francesa, distinguiéndose por la extension de su saber, por la integridad de sus fallos, y sobre todo por su valor civil. Nació en 1536, y murió en 1616.—T.

gar de la salvadera, tomó el tintero y hechó la tinta sobre la carta, que se borró enteramente como todas las demás. El Rey, miró aquel destrozo sin alterarse, y se contentó con decir al secretario, mostrándole ambas piezas; *vé aquí el tintero, y aquí la salvadera*. En seguida, volvió tranquilamente à escribir de nuevo todas las cartas, sin otra demostracion.

Y sereis en todo amable. Si quereis ser amado de los hombres, manifestadles estimacion y amistad; aquel que de nadie gusta, à nadie tampoco puede agradar. Procuremos, pues, estar bien con todos en la sociedad, si queremos participar de sus placeres; porque siempre se está bien allí, donde se está con gusto; así como se está mal donde es uno mirado con desagrado. ¿Quereis que todo el mundo os aprecie, os estime y ame? Usad con todos de agrado, dulzura y cortesía, así ganareis y os atraereis todos los corazones. *El hombre, dice Salomón, que es amable en la sociedad, será mas amado que un hermano* (1).

Conoce muy mal sus intereses, quien no quiere agradar sino à ciertas personas. El que se hace amar de todo el mundo, emprende pocos negocios que le salgan mal; pues todos se esmeran en favorecerle, y se avergonzarían de causar ningun disgusto, à quien solo procura agradar à los demás. El ilustre Fenelón (B. 42) lo experimentó en su propia persona. Ciertos personajes envidiosos de sus virtudes (pues ningun hombre de bien podia dejar de amarle) habian enviado expresamente de Paris à Cambray, à un hombre de talento, que à pretext-

(1) Vir amabilis ad societatem, magis amicus erit quam frater.— Prov. c. 18. v. 24.

El hombre amable en el trato será mas estimado que un hermano.— Sr. Amat.

to de hacerle una visita , llevaba el encargo de examinar de cerca su conducta. Este sugeto, estuvo muchos meses en Cambray , tratando y visitando con frecuencia al insigne Prelado ; y al fin quedó tan prendado de su mérito, de sus modales afables , y de su edificante conducta , que un dia hablando con Mr. de Fenelón , le confesó con lágrimas , el misterioso objeto de su viaje, y regresó á Paris lleno de horror contra las personas que habian intentado perder á este ilustre Arzobispo , haciéndole sospechoso á la corte. Amado y reverenciado de sus diocesanos , los extranjeros mas distinguidos le tributaban con placer el homenaje de su amor. Durante la guerra de sucesion en España, el príncipe Eugenio, lo mismo que el duque Marlborough (B. 43), le obsequiaban con todo género de demostraciones. Enviaban destacamentos de Tropa para guardar sus praderas y trigos ; hicieron trasladar con escolta hasta Cambray , sus granos, para que no fuesen robados por los soldados que iban á buscar forrage. Cuando los enemigos sabian , que iba á visitar su Diócesis , le enviaban á decir , que no tenia necesidad de escolta francesa, sirviéndole ellos con la suya. El mismo obsequio le hacian los húsares de las tropas imperiales. Tal es el imperio, que ejercen sobre todos los corazones la dulzura , la amabilidad de carácter , y la verdadera virtud.

La felicidad de hacernos amar, depende sobre todo , de nuestras palabras, de nuestros discursos y conversaciones; y esto es principalmente lo que el libro de la sabiduria nos aconseja que busquemos (1).

(1) Sapiens in verbis seipsum amabilem facit: gratiæ autem fatuorum effundentur.—Eccles. c. 20 v. 15.

Hácese amable el sábio con su conversacion: mas los chistes de los tontos serán perdidos.—Sr. Amat.—T.

Los dones, y los buenos oficios, conquistan menos corazones, que las palabras comedidas y corteses. Las mujeres que se grangean mas respeto, consideracion y amor, no son ciertamente, las que están dotadas de mas hermosura y talento, sinó las que mejor saben conducir su lengua, y son mas sábias en sus palabras y discursos.

A primera vista, parece muy fácil hacerse amar; sin embargo, es bastante raro, porque en lugar de hablar de la manera que agradaria à los demás, solo queremos decir lo que cuadra à nuestro humor; preferimos ofender y trabar disputas, à contenernos en nuestras indiscreciones, ó al ménos à hablar siempre con bondad y cortesía. Conviene sacrificar el amor de sí mismo, y combatir las inclinaciones propias, acomodándose à los gustos é inclinaciones de los demás; y esto es muy difícil cuando no hemos adquirido desde niños la costumbre, ó no estamos animados del espíritu de la Religion, que quiere que seamos afables y complacientes con nuestros prójimos, en todo lo que es bueno para la edificacion, como el Apóstol lo recomendaba à los primeros fieles (1). Haciendo con nuestro buen porte, amable la virtud, y ganándole los corazones, tenemos la doble ventaja de ganarlos para nosotros mismos, y de recojer sus provechosos frutos.

(1) Debemus autem nos firmiores, imbecillitates infirmorum sustinere, et non nobis placere.

Unusquisque vestrum proximo suo placeat in bonum ad ædificationem.— Epist. ad Rom. c. 13. v. 1 y 2.

Y asi nosotros como mas fuertes *en la fé* debemos soportar las flaquezas de los menos firmes y no dejarnos llevar de una *vana* complacencia por nosotros mismos.

Al contrario, cada uno de vosotros procure dar gusto à su prójimo en lo que es bueno, y puede edificarle.— Sr. Amat.—T.

MAXIMA SEXTA.

**De cualquier pobre que os deba
Nunca aumenteis los cuidados;
Y al artesano pagad
El precio de sus trabajos.**

Si vuestro deudor viniere á total pobreza, ó no pudiendo pagaros, os pidiere alguna espera, no tengais el corazon bastante duro para negársela, y menos para despojarle de lo poco que le resta. El concederle algun respiro, no solamente es un acto de humanidad y beneficencia, sino interés propio y amor á nosotros mismos.

Hombres inexorables é interesados, ¿por ventura habeis olvidado, que sereis medidos con la misma vara con que midiéreis á vuestros hermanos? (1) Si sois semejantes al mal servidor, á quien su amo acababa de perdonar diez mil talentos, y que tuvo la crueldad de hacer poner en la cárcel á uno de sus compañeros, que le debia cien dineros: ¿no debeis temer excitar contra vosotros la indignacion de los hombres, y la cólera de Dios, que no es menos Padre que dueño y Señor de todo, y que se declara abiertamente aparcador y vengador del pobre y del desvalido?

Las almas nobles y generosas, no podrán dejar de leer con placer sumo, un hecho notable del Conde de Soyssons. Un caballero muy pobre, que le debia

(1) Nolite judicare, ut non judicemini.

In quo enim iudicio iudicaveritis, iudicabimini: et in qua mensura mensi fueritis, remetietur vobis. — S. Math. c. 7. v v. 1 y 2.

No juzgueis á los demás, si quereis no ser juzgados.

Porque con el mismo juicio que juzgáreis, habeis de ser juzgados: y con la misma medida con que midiéreis, sereis medidos vosotros. — Sr. Amat.—T.

una considerable suma, fué á entregarle una mitad, y le suplicó que le perdonase la otra. «Esta mitad no es ya mia, le dijo el Conde, despues que os habeis tomado el trabajo de venir á pedirmela; pero supuesto que me dejais libre la disposicion de la otra, tened á bien que yo os la dé.»

No proponemos un ejemplo tan generoso, sinó á aquellas personas que puedan imitarlo, sin arruinarse ó perjudicar gravemente sus propios intereses ó los de su familia. Sabemos que hay circunstancias lamentables en que está uno obligado, á pesar suyo, á concurrir á la desgracia ajena por evitar la suya propia. Pero exceptuando este caso, y cuando se puede obrar de otro modo, es una verdadera atrocidad, ostigar y oprimir á un pobre deudor, imposibilitado de pagar, como no sea quitando el pan á su familia, ó mal vendiendo lo poco que le queda y absolutamente necesita para vivir.

Si vuestro deudor es hombre de bien y honrado y por tal le conoceis ¿qué arriesgais en concederle algun respiro? Tarde ó temprano os pagará, y no tendreis el remordimiento de haber causado la ruina de un infeliz. Si es amigo vuestro, apremiándole vais á perder su amistad, y con ella mas que vale vuestro dinero. Si es un hombre de honor, creed que está tan aflijido y siente tanto como vos no poderos pagar. Concediéndole una espera, adquirireis lo que es mas precioso que todos los bienes, la estimacion de los hombres y un amigo reconocido. *La buena reputacion vale mas que las mayores riquezas; y la buena gracia, es mas estimable que la plata y el oro (1).*

A una pobre frutera, que no podia pagar el alqui-

(1) Melius est nomen bonum, quam divitiæ multæ: super argentum et aurum, gratia bona. — Prov. c. 22. v. 1.

Vale mas el buen nombre que muchas riquezas: la buena reputacion es mas estimable que el oro y la plata. — Sr. Amat. —T.

ler de su humilde habitacion, se le pusieron en venta todos sus trastos, á instancia de su inexorable casero, y no bastando su producto para cubrir la deuda y gastos de la venta, iba á verse reducida á la última miseria. Presenciaba, anegada en llanto, la venta de sus muebles, y creció mucho mas su dolor, cuando vió sacar á la subasta un pequeño cuadro de S. Gerónimo, descascarado y ahumado, que hacia algunos años tenia colgado á la cabecera de la cama, y á quien hacia oracion todos los dias. Un pintor, que le habia examinado, ofreció treinta sueldos; mas otro que sin serlo, conocia el mérito del cuadro, ofreció un escudo. El pintor creyó que para retraer á éste, bastaria alzar algo mas la postura;— un doblon dijo: á lo que, el aficionado, despues de haberle examinado nuevamente,— cincuenta libras, replicó: y el pintor, sin titubear contestó inmediatamente: — cien francos. El corazon de aquella buena mujer palpitaba de alegría, viendo que su deuda principal y los gastos de la almoneda, quedaban cubiertos con exceso, con el producto de su pequeño S. Gerónimo. Redoblóse mas su contento, al oir que el aficionado subia la postura hasta doscientos francos; pero lo que acabó de colmarla de júbilo fué, que siguiendo la competencia entre el pintor y el aficionado, alzó éste la postura hasta seiscientas libras; y no atreviéndose el pintor á pujar mas, bañado en lágrimas, le dijo á su contrario: «Sois harto feliz, señor, en ser mas rico que yo; porque de lo contrario os aseguro, que ó el cuadro seria mio, ó no lo hubieseis tenido por menos de dos mil libras.» El S. Gerónimo era un original de Rafael (B. 44).

**Y al artesano pagad
El precio de sus trabajos.**

«Cuando un hombre, quien quiera que sea, haya trabajado de tu cuenta, decía el virtuoso Tobias a su hijo, págale al instante lo que le debas, y no retengas un momento el salario al jornalero (1).» Es un gran delito contra la humanidad y la justicia, diferir, rebajar ó negar al artesano el justo precio de su trabajo. La santa Escritura lo equipara al homicidio. *El que derrama la sangre y el que priva al mercenario, del fruto de su trabajo, son hermanos* (2). Este es uno de los pecados, que clama venganza al cielo, y que la justicia divina deja rara vez impune, aún en este mundo.

Hombre bárbaro é injusto ¿hasta cuándo permitirás que esté en vano clamando á tu puerta ese infeliz artesano tu acreedor? Lo que le debes, le serviría para mantener su familia indigente, y continuar trabajando, ó para satisfacer á otro acreedor que le apremia. Pero te muestras insensible á sus clamores, porque tu calidad te pone al abrigo de sus instancias ó porque el temor de incurrir en tu desgracia, ó exponerse á tus resentimientos, le impide hacer valer contra ti sus derechos, ante los tribunales. Si en fin se vé precisado á compeleros en justicia, poneis en juego todos los resortes de vuestro crédito, y todos los ardidés y embrollos

(1) Qui aufert in sudore panem, quasi qui occidit proximum suum.—Eccles. c. 54. v. 26.

Quien quita alguno el pan ganado con su sudor, es como él que asesina á su prójimo.—Sr. Amat.—T.

(2) Qui effundit sanguinem, et qui fraudem facit mercenario, fratres sunt — Eccles. c. 54. v. 27.

Hermanos son ó corren parejas, el que derrama la sangre, y el que defrauda el jornal al jornalero.—Sr. Amat.—T.

del foro , para envolverle en un costoso litigio , y sustraeros de sus justas reclamaciones. Os haceis invisible á todos vuestros acreedores, ó engañais sus esperanzas , con vanas é infructuosas promesas de hoy , mañana , dentro de un mes , ó de un año , semejante á aquellas estâtuas huecas que nunca hacen sino repetir un mismo y vano sonido ; y aún felices cuando no los despedis cruelmente , con dureza y amenazas.

Enrique IV , ese buen rey , tan digno del Trono , que con tantos afanes y trabajos conquistó , dió á sus vasallos una leccion bien saludable. A la entrada de su ejército en Paris , algunos acreedores , hicieron embargar el equipaje de un oficial muy querido del rey , á quien acudió en queja. «La Nôve, le dijo el rey , á presencia de su Côte, es muy justo que cada uno pague sus deudas ; yo tambien pago las mías. En seguida llamándole aparte tomad le dijo , hé aqui todas mis joyas , entregadlas en prenda á vuestros acreedores y recobrad vuestro equipage.»

¿ Cuántos hay tambien , que nunca tienen dinero con que pagar las deudas de justicia , y lo tienen ó lo encuentran siempre para cubrir las que ellos llaman deudas de honor , contraidas en la disipacion y en el juego ? Como si el primer honor no consistiese en satisfacer lo que exige la mas estricta justicia , negándose á todos aquellos placeres que les impiden el exacto y cabal cumplimiento de sus verdaderas obligaciones.

Un caballero inglés , que no solia pagar con puntualidad á sus jornaleros , habia mandado construir una quinta , y en ella una capilla , que quiso que fuese bastante grande. Luego que estuvo concluida , ordenó á uno de los albañiles , que subiese al púlpito y pronunciasse algunas palabras , para que , colocado él á cierta distancia , pudiese juzgar del mérito

de la obra , respecto á oirse ó no la voz del predicador. El albañil subió , y principió su discurso diciendo : «Milord , hace seis meses que trabajamos , y aún no hemos visto vuestro dinero , ¿cuándo nos pagaréis? — Muy bien , muy bien , dijo el inglés , baja , baja ; ya he oido bastante : tú hablas con claridad , pero yo no gusto del tema que has escogido.»

¡ Cuántos grandes , lejos de considerar , una obligacion de rigorosa justicia , el pago de sus deudas , se hacen un falso honor , y una vergonzosa gloria , de no pagarlas ! Decianle á un caballero , que habia contraido muchísimas :— sin duda vuestras deudas deben traerlos inquieto ?— No por cierto , respondió : yo dejo ese cuidado á mis acreedores. Hablar de este modo , equivale á no tener ni probidad ni pundonor.

Muy de otra manera pensaba y obraba el gran Turena (1) Habiendo tomado el mando del ejército de Alemania , encontró las tropas en tan mal estado , que vendió su vajilla de plata , para vestir á los soldados , y remontar la caballería , sin querer jamás aceptar las considerables cantidades de dinero , que le ofrecian sus amigos , ni tomar á crédito de los comerciantes , por temor segun decia , de que si llegaban á matarle no perdiesen una buena parte. Todos los artesanos , que trabajaban para su casa , tenian orden de presentarle las cuentas antes que partiese al ejército , y eran pagados exactamente.

(1) Célebre general francés ; nació en Sedán , en 1611 de una familia que profesaba la religion reformada , sirvió cinco años á las órdenes de sus tíos Mauricio de Nassau y el príncipe Enrique ; hizo despues la guerra en Lorena é Italia , ascendió rápidamente y recibió de Mazarino el bastón de Mariscal.—Fué muerto por una bala de cañon en 1675 , peleando contra Montecúculi.—Era el primer táctico de Europa ; á sus talentos reunia todas las cualidades que deben adornar al hombre en la vida privada. — T.

MAXIMA SÉPTIMA.

**Buen Padre , Esposo y buen amo
Habeis de ser sin flaqueza ;
Honrad al Padre , y si es viejo ,
Aún con mayor reverencia.**

Quántas cosas dice esta importante máxima, y qué campo tan vasto no abre á la instruccion ! Las obligaciones de un padre , de un Esposo, de un amo y de un hijo , son inmensas. No pretendemos apurar la materia , y así nos limitaremos á lo mas esencial.

Buen padre. Ya se ha dicho varias veces, por muchos escritores que nos han precedido; pero debemos repetirlo en esta obra. Un Padre , debe alimentar, educar, instruir, y dar ejemplo á sus hijos ; debe darles estado, cuando llegue el tiempo. Si disipa su hacienda ó patrimonio, comete un hurto : si los escandaliza un parricidio; y si descuida su educacion, es un insensato, que algun dia causará su infelicidad y la de su familia. A veces , con el objeto de aumentar su caudal y bienes de fortuna , economizan los padres , los de su buena educacion y crianza; pero el daño que con esto les irrogan, es incomparablemente mayor , que todo el bien que les pueden hacer aumentando los bienes de fortuna.

Persuadido de que la eleccion de estado, es uno de los principales deberes de los padres , como que ella decide ordinariamente, de la felicidad ó infelicidad de toda la vida , no se descuidará en que sus hijos , la hagan tan acertada que jamas tengan motivo de arrepentirse : y para no tener él tampoco nada que reprenderse , y no engañarse en un nego-

cio de tanta importancia, tomará consejo de personas sabias, ilustradas y virtuosas. Ayudado de sus luces, y despues de haber examinado las disposiciones naturales è inclinaciones de sus hijos, les dirigirá y aconsejará (1); pero no violentará ni sacrificará jamás, su docilidad respetuosa, á la avaricia, al orgullo, ni á una ciega prevencion, como hacen tantos malos padres. En lugar de consultar el gusto y la vocacion de sus hijos, no consultan sinó sus propias ideas, sus inclinaciones ó conveniencias, y una colocacion brillante.

¿Queréis atraer sobre vuestra familia, los favores del cielo, y merecer la estimacion de los hombres? No tengais jamás injustas y odiosas predilecciones hácia ninguno de vuestros hijos; al contrario, amadlos á todos con igual afecto. Si alguna vez, es permitido manifestar mas ternura á uno que á otro, ó por mas jóven, ó por mas delicado, ó por mas humilde ó mas cariñoso; jamás es lícito poner todo el amor, ó dar todos los bienes á uno, en perjuicio de los otros, cuando no se han hecho indignos de ellos absolutamente. Mucho mas distinguireis y favoreceréis á vuestro predilecto, granjeándole el afecto de sus hermanos ó hermanas, que mejorándole en sus bienes.

Sed buen padre; pero no lo seais con exceso y hasta el punto de mostrar para con sus vicios y mala conducta, una criminal flaqueza, que indudablemente atraeria sobre ellos y sobre vos mismo, los

(1) «En estas materias tan delicadas (dice nuestro Molière español en su comedia del *Si de las niñas*,) los padres que tienen juicio no mandan. Insinúan, proponen, aconsejan: eso sí, todo eso sí; ¡pero mandar!... ¿Y quién ha de evitar despues, las resultas funestas de lo que mandaron?... ¿Pues cuántas veces vemos matrimonios infelices, uniones monstruosas, verificadas solamente porque un padre tonto se metió á mandar lo que no debiera?»—T.

castigos del cielo, como sucedió al gran sacerdote Heli, y á sus dos hijos. Mientras estén bajo la autoridad paterna, servios de toda la que Dios os ha dado, para precaver ó estorbar sus desórdenes, y si las palabras no bastan, emplead otros medios mas severos y eficaces,

El Matrimonio, cuando se ha hecho con pureza de corazon, preserva á los jóvenes de una multitud de escollos; pero la razon y la Religion, mas aún que la inclinacion, deben ser consultadas antes de formar una Sociedad, y contraer unos lazos, que han de durar toda la vida.

Buen amo. Debeis consideraros como el padre de vuestros domésticos, mirándolos como á hijos. Tres cosas, dice el sabio, se deben al siervo: el pan, el trabajo y la instruccion (1). El pan, porque éste es su derecho; el trabajo, porque esta es su condicion; y la instruccion, por ser este cargo y deber de su amo y Señor. Si este no cuida de instruir y reprender á sus criados, de ocuparlos, de pagarlos y de mantenerlos bien, se expone á tener en vez de domésticos y buenos servidores, criados corrompidos, inmorales y ladrones. Deben ser mantenidos, pues, sin profusion y sin avaricia, y pagados puntualmente; de lo contrario, no se puede exigir de ellos, con justicia, lo que sin razon y con injusticia se les niega; prescindiendo de que los criados mal pagados, siempre tratan de indemnizarse á costa de sus amos; ó bien robándoles, sirviéndoles mal, ó abandonándoles con cualquier motivo ó pretexto.

(1) Cibaria, et virga, et onus asino: panis et disciplina, et opus servo. — Eccles. c. 33. v. 25.

Pienso y palos y carga para el asno: pan y castigo y que trabajar para el siervo. — Sr. Amat.—T (*).

(*). Nótese, que aquí se habla de los esclavos propiamente dichos, y de ningun modo de nuestros sirvientes y criados domésticos, que deben ser mirados como amigos desgraciados. —T.

Haced de modo que todo el día esten ocupados, porque la ociosidad los haria perezosos y libertinos; y cuando no se hace nada, se aprende á hacer mal. *El trabajo continuado*, dice el Espiritu Santo: *hace humilde al que sirve, y le inspira inclinacion á su deber; procurale siempre cualquiera ocupacion, y que no esté jamás sin hacer nada; porque la ociosidad enseña mucha malicia* (1). Cuanto mas libertad tenga, mas querrá tener; y cuanto menos trabaje, menos querrá trabajar. No admitais nunca á vuestro servicio persona alguna, sinó teneis en que ocuparla todo el día. Una hora de ociosidad junta con otra, será muy bastante para inspirar, poco á poco al criado, primero aversion, y al fin odio al trabajo; acreditándo la verdad de que, «el que dá de comer á un holgazan, está muy próximo á tener dentro de su casa un traidor y un enemigo.»

En fin, tened gran cuidado de que vuestros criados estén bien instruidos en la Religion, y que cumplan exactamente todos sus deberes. Este cargo os incumbe principalmente, y de su falta de cumplimiento, sereis responsables en el tribunal de Dios (2). No obstante

(1) . . . Servum inclinant operationes assiduæ . . .

. . . Mitte illum in operationem, ne vacet: — Multam enim malitiam docuit otiositas.—Eccles. c. 33. v. 27, 28 y 29.

. . . Las continuas faenas amansan al siervo . . .

. . . Envíale al trabajo para que no esté mano sobre mano; pues es la ociosidad maestra de muchos vicios.—Sr. Amat.—T.

(2) En brevisimas y muy elocuentes palabras, resume el Sr. García Mazo, las obligaciones de los amos para con sus criados.—«De éstas, dice en su *Catecismo explicado*, unas pertenecen al bien corporal y otras al espiritual.—Por lo que toca á su bien corporal, deben alimentarse como á hombres que trabajan en adquirir ó proporcionar el alimento de sus amos, y pagarles sus soldadas ó salarios, cuidando mucho de que no esperen por ellos. Si enferman, la caridad clama en su favor con preferencia á los extraños; y si los amos pueden sobrellevar su asistencia y curativa, es un género de inhumanidad permitir que gasten en curarse, lo poco que han podido adquirir con su servicio, ó que tengan que acogerse á un hospital, ó á la compasion pública.—La ancianidad es tambien

aunque haya en una casa escándalo y ver gonzosos tra-
tos entre los domésticos, que del todo están olvida-
dos del servicio de Dios, con tal que cumplan con
exactitud el de sus amos, cierran estos los ojos á todo
lo demás; sin reflexionar, que los criados y domésti-
cos que no tienen temor á Dios, ni buenas costum-
bres, son capaces de todos los delitos. Un hombre de
talento decia: *yo temo á Dios y despues de Dios, solo
temo al que no le teme.*

una enfermedad y merece las mismas atenciones. En el estado de
sanos deben suavizar del modo posible su penoso destino, hacién-
doles llevaderos sus trabajos. S. Pablo empleó una de sus cartas en
recomendar y suplicar á Filemón por su criado Onésimo, que el
Apóstol había convertido á Jesucristo; y entre otras cosas le decia:
«que no le mirase ya como siervo, sinó como hermano carísimo.»
Porque en efecto, los criados cristianos tienen igualmente que sus
amos, la cualidad de hijos de Dios y hermanos de Jesucristo. ¡Qué
mal se compone esto con la conducta de algunos Señores y Señoras,
que miran á sus domésticos como personas de otra especie, que
les tratan con una altanería insoportable, y que apenas aciertan
á reprenderles sinó con términos injuriosos! ¡Qué proceder tan
opuesto á los sentimientos que inspira la religion del Hombre Dios,
que se hizo víctima del pecado, por redimir á éstos mismos Señores
y Señoras de la esclavitud del pecado!

Por lo que toca á su bien espiritual, deben los amos y señores
mirarse cada uno, segun la bella idea de S. Agustin, como un Obis-
po, y trabajar con la solicitud de un pastor celoso en conducir á
Dios sus hijos y domésticos; por consiguiente deben procurar su
instruccion en la doctrina cristiana, enseñándosela y explicándosela
en el modo que alcancen, particularmente en los días de fiesta, en
las noches de invierno, en la cuaresma y en otros tiempos desocu-
pados, pues en nada podrán ocuparlos, ni mas agradable á Dios,
ni mas provechoso á su familia. No deben permitir, en cuanto les
sea posible, que dejen de asistir á los sermones y explicaciones de
doctrina cristiana que se hagan, especialmente, en su parroquia.
Deben cuidar de que cumplan con exactitud los mandamientos de la
ley de Dios y de la Santa Madre Iglesia, y exhortarles á la prác-
tica de la piedad y de las virtudes, dándoles ellos el ejemplo. En
fin, deben velar sobre su conducta con mucha solicitud, teniéndolo
presentes estas terribles palabras del Apóstol: *si alguno no cuida
de los suyos, y mayormente de los domésticos, ha negado la fe
y es peor que un infiel.* — T.

Para vigilar mejor la conducta de los criados, conviene y es interés de sus amos, tener los menos que se pueda. Cuantos mas se tienen, se está peor servido. El Mariscal Vandoma, encontró un dia á Palaprat (1) su secretario, que castigaba á un criado, -y le reprendió con aspereza. —Señor, ¿cómo me vituperais, dijo Palaprat; sabéis acaso, que aunque no tengo mas que un lacayo, estoy tan mal servido, como vos que teneis treinta?

El gran número de criados, suele servir mas para la pompa y la ostentacion, que para satisfacer las verdaderas necesidades domésticas. El contribuye á mantener ociosos, que ordinariamente viven en el desorden ó en la discordia, y tal vez ocasionan mas embarazos y disgustos que servicios hacen. Cuentan, que estando en Roma, el célebre pintor de Francia Poussin (B. 45); fué á visitarle el prelado Massini, que despues fué cardenal. Habiéndose alargado la conversacion hasta ya cerrada la noche; el pintor con una vela en la mano, hubo al despedirse el Prelado, de ir alumbrando la escalera, y acompañarle hasta el coche, lo que causó tanta pena á Massini, que no pudo dejar de decirle: «os compadezco mucho señor Poussin, de que no tengais siquiera un criado.» — «Y yo, respondió Poussin, os compadezco mucho mas Monseñor, porque teneis un gran número.»

Por otra parte, los buenos criados son tan raros, que es necesario contentarse con los puramente necesarios. Entre un gran número, es muy fácil que se encuentre uno malo, y basta solo uno para viciar y corromper á los demás. Procurad escojerlos bien, para no veros precisado á mudar con frecuencia. Es difícil, que no padezca la opinion de aquellas casas

(1) J. de Bigot poeta cómico; nació en Tolosa en 1650; y murió en 1721; fué regidor de su ciudad natal, gefe del Consistorio y secretario del duque de Vandoma. —T.

en que se nota un continuo trasiego de criados y que se reciben hoy, para despedirlos mañana. Estas mudanzas continuas, desacreditan el servicio de una casa en que se abstendrán de empeñarse los criados honrados, y no entrarán en él, sino malos sugetos ó criados nuevos, que pronto se viciarán como los otros.

En general, con la suavidad, la bondad y la paciencia, se saca poco á poco de los hombres todo el partido que se desea. Sed buen amo y estareis bien servido. Con un amo severo y sin bondad, se cumple hasta cierto punto el deber; pero se cumple secamente, sin celo y sin amor. Como se le sirve por necesidad, y con la intencion de abandonarle luego que se pueda, no se hace rigurosamente todo lo que se puede; y quien mas pierde en esto es el amo, á quien se sirve mal y de mala gana. Cierta amo de carácter áspero, rijoso y antojadizo, que tenia la costumbre de prescribir á sus criados, todo lo que debian practicar durante el dia, y que al efecto les entregaba diariamente una memoria, á la que puntualmente debian ceñirse sin hacer mas ni menos de lo que en ella se mandaba, pena de ser castigados ó despedidos, hubo de emprender un viaje, y en el camino, el caballo, á quien tambien queria maltratar, no haciendo caso de sus fieros, le arrojó largo trecho, en un hoyo profundo. El amo, llamó entónces á su criado, que á pie le iba siguiéndo, pidiéndole con instancia que le socorriese; «esperad, Señor, le dijo el criado: voy á ver en la memoria si me habeis dado esta orden en la mañana; pero el caso es que por mas que la busco no la encuentro, con que asi, salios como podais;» y diciendo esto huyó á todo escape.

No injuriais ni maltrateis á vuestros criados. *No seas*, dice el Eclesiástico, como un leon en tu casa, siendo terrible para tus domésticos, y maltratándo á los

que te están sujetos (1). No los amenaceis nunca, como hacen tantos amos altivos, con que los echareis á la calle. Nada les inquieta mas, ni les hace perder mas pronto la aficion que pudieran tener á serviros. Si no os convienen, ó conoceis que son incorregibles, enviadles á sus casas sin titubear, y creed que vale mas despedirlos un mes antes, que sufrir un mes mas de impacencias. Pero si por el contrario juzgais que son susceptibles de correccion y enmienda, es un acto de caridad atraerlos á su obligacion, y debéis hacerlo; reprendedles con advertencias serias y firmes; pero mezcladas siempre con la mansedumbre y la dulzura: castigadlos tambien, si fuere necesario; pero nunca con impetu: (2) los excesos de vuestra cólera no los corregirán y os harán mas culpable que ellos. «Nadie se cree ser justamente condenado y castigado, dice Montagne, por un juez agitado de la ira y de la saña.»

Distinguid tambien la ignorancia y la fragilidad, de la mala voluntad y de la pereza. En este último caso, es flaqueza sufrir y tolerar; pero en el otro, excusad y perdonad facilmente. El Califa Mahadi, preguntaba un dia á uno de sus oficiales, de quien estaba descontento ¿cuando acabareis de cometer faltas? *Mientras que Dios os conserve la vida para nuestro bien*, le respondió el oficial; *toca á nosotros hacer faltas y á Vos, perdonarlas.*

Es necesario dejar pasar por alto, muchas pequeñas cosas á los domésticos, que son sumisos, afectos y fieles á sus amos; porque hay en el dia pocos de es-

(1) *Noli esse sicut leo in domo tua, evertens domesticos tuos, et opprimens subjectos tibi.* — Eccles. c. 4. v. 53.

No seas en tu casa como un león, aterrando á tus domésticos, y oprimiendo á tus súbditos. — Sr. Amat.—T.

(2) Nuestras leyes no permiten que los amos, con razon ni sin ella maltraten ni castiguen á sus criados.— T.

ta clase, y en las casas grandes aún menos que en las otras. *Si tienes*, dice el Sábio, *un criado fiel, has mucho caso de él, ámalo como á tu vida, y trátalo como hermano* (1). La Sabiduría eterna, que dispone de la servidumbre y de la libertad de los hombres, lo ha puesto en nuestras manos como un dón de su providencia y amor. Podeis descargar en él, todos los cuidados y pequeños pormenores de la casa, reservándoos solamente un trabajo que os indemnizará de muchos otros, á saber: el de inspeccionar y estar á la mira de todo lo que pasa. Ved lo que hacen vuestros criados, no para poner á prueba su fidelidad, sinó para impedir el que se hagan negligentes, ó que olviden su condicion; pues bien pronto la olvidarían, y os harían depender de ellos, si les dejáseis tomar demasiado ascendiente, y de buenos criados hariais malos amos. Tened cuidado de que no se acostumbren á querer adivinar vuestra voluntad, sinó que pregunten siempre, que es lo que deseais ó teneis que mandarlos.

Sobre todo, conservad con cuidado vuestra autoridad; pues no podeis perder cosa mayor que ésta, si llegais á perderla. Por mas sábiamente que se mande en una casa, y por mas acierto que se tenga en el gobierno de las cosas domésticas, siempre es muy vergonzoso para un amo, el no ser obedecido; y conoceria muy mal su derecho y sus verdaderos intereses, quien tratase de recompensar los largos servicios de un criado, sometiéndose él mismo á servirle manifestándo temerle.

Poned, en hora buena vuestros bienes y negocios en sus manos, si os ha dado pruebas de fidelidad y

(1) Si est tibi servus fidelis; sit tibi quasi anima tua: quasi fratrem sic eum tracta. — Eccles. c. 35, v. 31.

Si tienes un siervo fiel, cuida de él como de tí mismo: trátale como á tu hermano. — Sr. Amat.—T.

buen gobierno, pero acordaos que no conviene comunicarle el poder, sinó como el sol comunica su luz, dándola por entero; pero manteniéndolo al que la recibe en una perpetua dependencia. Sobre todo, exigidle cuentas exactas de lo que practique. Un criado, á quien todo se le confia, sin tomar nunca conocimiento de lo que hace, en breve se hará un bribon ó el amo de casa. Para evitar el que se convierta en tirano de los otros domésticos, permitid desde el primero hasta el último, que vengan á quejarse, y haced justicia á todos. ¿Acaso no sois vos el jefe de la familia y de los individuos de ella, que viven á expensas vuestras, y podriais llamaros su rey con mas propiedad, que el Principe á quien no conocen sus súbditos, y de quien apenas saben que dependen?

Que vuestro gobierno, pues, sea como debe serlo el gobierno de un estado, á saber: un feliz maridaje de condescendencia y de firmeza. La firmeza sin suavidad, es dureza que exaspera é irrita, y hace al fin sacudir un yugo que viene á ser intolerable. La dulzura sin firmeza, degenerando en debilidad, hace despreciable la autoridad y relaja los vinculos de la obediencia. No os dejéis nunca imponer la ley por vuestros domésticos, aunque todos se reunan y coliguen para dárosela: antes que recibirla debéis despedirlos á todos en un mismo dia; pues la autoridad que una vez se pierde, jamás se recobra.

«Habla poco á tus criados, decia S. Luis á su hijo, y no seas con ellos muy familiar, para que te teman y te amen como á su señor.» Este consejo es efectivamente muy sábio. El medio mas á propósito para haceros respetar en vuestra casa, y estar bien servido, es el de observar cierta seriedad y gastar poca conversacion con los criados, que en tanto os respetarán en cuanto los trateis con reserva

Sabed todo lo que hacen ; pero que ellos no sepan ni lo que haceis ni lo que pensais hacer. Un amo que lo vé todo en su casa , y que calla y observa es , por decirlo así , respetado como un Dios. Se tiembla sin que amenace ; y el temor solo de que hable , contiene á todo el mundo en el órden y en el deber.

Dad siempre vuestras órdenes en pocas palabras (1), en términos claros , y con un tono , que no siendo duro ni blando , participe algo del primero , si bien mezclado con alguna afabilidad para hacer mas llevadera á vuestros domésticos su suerte y humillacion. Si os hallaseis en su lugar , como pudiera ser muy bien , ¿ cómo querriais ser tratados? Miradles , pues , como unos amigos desgraciados ; pero ¿ cuántos amos no los consideran sinó como viles esclavos , destinados á servir sus caprichos?

La preocupacion de una mala educacion , y el orgullo y soberbia que la opulencia inspira , hacen que la mayor parte de grandes y ricos se crean dueños despóticos de los que viven á sus expensas , y á que apenas los traten como hombres. ¡ Ah ! se les pudiera decir ; ¿ quiénes sois vosotros amos soberbios y crueles , y quiénes son los que os sirven? Subid por un momento al origen de las cosas. La esclavitud , no es sinó el fruto de la violencia y de la injusticia , ó á lo mas de la aversion y de la miseria de que se aprovecha la crueldad. Todos nacimos libres , y la servidumbre voluntaria tampoco destruye la igualdad que la naturaleza ha puesto entre los hombres. Los que os sirven son vuestros iguales. ¿ Cuánto miramiento hácia ellos no debe inspiraros esta sola consideracion? Ella

(1) Esta es una regla tan general , que casi no admite excepcion ; porque como dice Horacio , á otro propósito , cuanto mas cortos sean los preceptos mejor se conciben y mejor se graban en la mente del que há de observarlos , ó de aquel á quien se dán. — T.

dice, con elocuente aunque mudo lenguaje, que un amo racional debe hacerse servir con la moderacion de un hombre que, no pudiendo llenar todas sus necesidades por si solo, tiene por precision que valerse de sus criados; que no debe exigir de ellos mas de lo que pueden; que lejos de tratarlos con altanería, debe hacerles mas llevadero su yugo mostrándoles una afecion sincera, y mirándolos hasta cierto punto, como hermanos.

Así pensaba el Príncipe Conti (1), que elegido Rey de Polonia, se mostró superior á los reveses é infortunios que le impidieron ceñirse una corona de que era tan digno. Tenia para con sus oficiales y criados una bondad y dulzura de carácter poco comunes en los grandes; jamás le vieron de mal humor, ni tampoco arrebatado por uno de aquellos ímpetus de vivacidad que tantos amos se permiten é intentan justificar. Mas bien parecia su amigo, que su señor. Los miraba como los compañeros de su fortuna, y no como los juguetes y ministros de su voluntad y de sus pasiones. Así todos le amaban entrañablemente, y su afecto precavía el abuso que pudieran hacer de su bondad. En suma, tenia buenos criados porque era buen amo.

Si vuestros criados tienen defectos, ¿debéis admiraros de ello, cuando vosotros que debisteis haber recibido mejor educacion, los teneis igualmente? No es permitido querer tener criados perfectos, sinó á un amo que sea completo en todo. Si ellos lo fueran, deberiamos nosotros servirles. ¿No es muchas veces en vuestra escuela donde han contraido los defectos y los vicios que les reprendeis? ¡Quizá sea vuestro ejemplo el que los

(1) Francisco Luis, hijo de Armando, príncipe de Conti, nació en 1664, y murió en 1709. Fué elegido rey de Polonia á la muerte de Sobieski; pero cuando llegó á este pais para tomar posesion del trono, lo encontró ocupado por Augusto II.— Massillon pronunció la oracion fúnebre de este príncipe, que como todas las otras de aquel grande orador, merece ser leida. — T.

ha viciado y corrompido! Testigos oculares, testigos continuos de cuanto haceis y decis, ¿no es muy natural que se acostumbren á imitaros en palabras y obras?

Entre los romanos, habia un mes, durante el cual los esclavos tenian libertad para decir á sus amos todo cuanto quisiesen. ¡Qué escenas se verían, si este uso estuviera establecido entre nosotros! ¡Qué retratos harían los domésticos de las costumbres y caracteres de muchos de sus amos! Pero, aunque hoy no disfrutan de semejante privilegio, usan de otro medio, bastante parecido en sus fines. El mayor consuelo de un criado, á quien su amo há reprendido, ó maltratado injustamente, es el de descubrir á la primera persona que encuentra las flaquezas, los defectos y aún los vicios verdaderos ó supuestos de su amo.

El gran Ciro (1) fundador de la Monarquía de los Persas, decia: «que no era digno de mandar á los otros hombres, quien no fuese mejor que aquellos á quienes queria dar la ley». ¡Cuántos amos y amas, deberian ser condenados á la pena de degradacion! Se quejan de que sus criados los desprecian, los desacreditan, siendo para ellos sus mas peligrosos enemigos. Pero bien se les pudiera contestar: ¿cómo queréis que os amen y respeten? Vosotros no les ocultais ninguna de vuestras flaquezas: se las descubris con tanta facilidad y seguridad, como si tuviesen obligacion de respetarlas: obráis delante de ellos sin pudor, sin modestia, y sin reserva, y esto hasta en momentos y ocasiones en que debiérais ruborizaros de vosotros mismos. En una palabra, vosotros os presentais á sus ojos tales cuales sois, es decir, frecuentemente despreciables. ¿Con

(1) Hijo de Cambises y de Mandana, nació por los años 599 antes de J. C. Dió la independencía á la Persia, que hacía largo tiempo gemía bajo el yugo de los Medos; se hizo nombrar rey; y engrandeció en poco tiempo su império que fué bien pronto el mas vasto del Asia.—Se ignora cuál fué el fin de este conquistador.—T.

qué motivo os quejais, pues, de ser despreciados?

Los amos, á quienes sus achaques y enfermedades, reducen á exigir servicios desagradables y penosos, deberían recibirlos con un reconocimiento mezclado de confusion, ó al menos con una bondad que suavizase el disgusto natural que causan. Pero, ordinariamente, son los tales enfermos los que se muestran menos satisfechos, y los que peor corresponden á los servicios de sus pobres criados. Seguramente, son indignos de vivir aquellos amos, cuyo mal humor y génio desabrido é ingrato, mas aún que su enfermedad, ofende al criado que á costa tal vez de su salud, se esmera en aliviarle y servirle. Una Señora, que á causa de una suma debilidad, apénas podia dar un paso sin que la sostuviese un criado, se la antojó un dia reñir sin motivo alguno al que la ayudaba á bajar la escalera de su casa, y le dió un bofetón. El criado al instante la dejó y echó á correr, y llamándolo entonces á grandes gritos para que la socorriese; «Señora la respondió: pasáos sin mi brazo si podeis, pues yo puedo pasarme sin vuestros bofetones.»

Es bien extraño que no conozcamos, cuánta sin razon es exigir, con dureza y con mal modo, los servicios ordinarios de que continuamente necesitamos. Esto es lo mismo que pedir limosna con una pistola en la mano. Muy distante estaba de obrar así Luis XIV, que en todo fué grande. Uno de sus ayudas de cámara, habia ido á buscar unos zapatos, y tardó en volver. El Duque de Montauzier (1), quiso reñirle. «¡ Ah ! Déjalo en paz, dijo el Rey, bastante siente el pobre no haber llegado mas pronto.» En otra ocasion un portero del parque de Versailles, que habia sido avisado que el Rey debia pasar por la puerta que guardaba, para ir á caza, no estaba en ella cuando llegó el Príncipe. To-

(1) Cárlos de santa Maura (Duque de): Par de Francia, nació en 1610, y murió en 1690. — T.

dos los cortesanos se apresuraron á buscarle, y al fin le encontraron; y aunque el pobre hombre corrió cuanto pudo y llegó casi sin aliento, le llenaron de injurias y de baldones. «¿Por qué le reñís con tanta acrimonia, dijo el Rey, creéis acaso que no está él bastante afligido por haber hecho esperar?»

Ocupado enteramente en vuestros negocios y placeres, os imagináis que los criados todo lo pueden hacer facilmente; que hallan siempre á la mano lo que buscan, y que todo debe salirles á medida de vuestros deseos. Gritais y os incomodais por cualquiera cosa que os falte ó está mal hecha; asi como de que vuestras ordenes no hayan sido exactamente ejecutadas, suponiéndolo sin mas averiguacion ni exámen, que los encargados de ejecutarlas, son los únicos culpables; y los accidentes mas imprevistos, y los contratiempos mas inevitables, asi como los males de que no está exenta la naturaleza humana, son siempre débiles é inútiles excusas.

Casi siempre proviene la dureza de corazon, de un exceso de flojedad; y las personas que atienden mas al cuidado de sí mismas, son precisamente las que menos se compadecen de los demás. Con frecuencia nos olvidamos de que es un hombre el que nos sirve; hombre sujeto á las mismas necesidades que nosotros, forzado por la naturaleza á comer, beber, dormir, y descansar; y sin embargo, estas necesidades son en mas de una ocasion, motivos de vituperio.

Quisiéramos estar servidos por ángeles, que no tubiesen necesidad de alimento ni de reposo. Este es el trato que dán muchos, á aquellos buenos sirvientes, de quienes se creen dueños; en cambio á veces de un ínfimo salario, con el cual pretenden algunos, que se vistan y calzen con mas decencia de la que pueden, y que, sin ahorros ningunos, durante su juventud, mueran sumidos en el desamparo y en la miseria cuando sean viejos. ¡Y cuántos años

hay, que les anticipan esta muerte, despidiéndolos indignamente, con los mas fútiles pretextos, cuando una enfermedad, la decrepitud, ó cualquiera accidente los imposibilita del todo, ó los hace menos útiles!

Con mucha mas equidad pensaba sobre este punto, Enrique IV Rey de Castilla (B. 46). Representándole un dia D. Diego de Arias, su tesorero, que el exceso de su liberalidad y recompensa, tenian exhausto el tesoro, le manifestó que era necesario reducir el gran número de sus oficiales y los sueldos de los empleados pasivos, asi como el de los que no estuviesen en estado de trabajar y servir sus respectivos empleos. Pero el Rey le respondió: « si yo fuese Arias, tambien tendria mas en cuenta el dinero, que la liberalidad. Tú hablas, como particular, y yo obraré como Rey. El deber de los Reyes, es dar á todos y hacer beneficios. Doy á los unos, porque son hombres de bien, y á los otros, para que no sean malvados; y en cuanto á los oficiales y empleados, de los cuales quieres conserve unos y despida á otros; te digo: que conserve los primeros, porque los necesito, y los últimos porque me necesitan á mí.»

No hay quizás, en ningun pais del mundo, un uso mejor que el que rige en españa (1). Una porcion considerable de las rentas, de la mayor parte de los dueños de grandes vínculos y mayorazgos, se destina á pagar las pensiones de los criados antiguos de la casa: los que sirven fielmente, y cumplen con exactitud; si se imposibilitan, por vejez ó enfermedad, pueden estar seguros de tener con que subsistir el resto de sus dias. Un criado antiguo sobrevive á su amo: éste al morir lo recomienda á su sucesor, quién creeria cosa indigna de un caballero abandonar á aquel criado, contra las intencio-

(1) Esto sucederia en tiempos mas felices, al presente es lo que se vé.—T.

nes de la persona á quien sucede; y así se ven muchas casas ilustres, con un gran número de antiguos domésticos viejos y enfermos también tratados, como si fueran útiles, sin mas oficio ni ocupacion que honrar la memoria, la bondad y la generosidad de sus amos. ¡Cabe mas noble empleo de las riquezas á los ojos de la humanidad benéfica! (1)

«Amad á vuestros criados, decia Madama de Maintenón, á la duquesa de Borgoña: encaminadlos á Dios: hacedles su fortuna; pero no se la hagais demasiado grande: no contenteis ni su vanidad, ni su avaricia, y poned sábiamente á sus deseos los limites y la moderacion, que deberian ellos mismos guardar.»

Hay muchos amos que no hacen bien á sus criados ó se proponen no hacérselo, hasta despues de la muerte. Esto es, esperar á ser amados, cuando ya no pueden gozar el mas dulce de los placeres, y reservar el medio mas poderoso de hacerse servir con celo, para cuando no tendrán ya necesidad de que les sirvan. Atacado cierto rico, de una enfermedad peligrosa, hizo varios legados á sus criados, con la precisa condicion de que no fuesen pagados, sinó en el caso de que recobrase la salud. Fué tal el esmero con que le asistieron y cuidaron, que curó perfectamente; y con efecto les pagó con puntualidad los legados. Y á la verdad, dejar un amo á sus criados algunas mandas, para el caso de que llegue á morir, ¿no es en cierto modo, incitarles á que ya que no maquinen contra su vida, estén muy de acuerdo, y hasta deseen su muerte? Sin embargo, como no somos inmortales, y es justo recompensar los

(1) No ciertamente; pero ni todos los antiguos grandes de España merecieron este nombre por sus virtudes, ni era tan comun como se supone en los títulos y mayorazgos, la gratitud y reconocimiento á los servicios ajenos, y tal vez ni el pago debido de justicia á sus legítimos acreedores. — T.

trabajos que nuestras enfermedades ocasionan á los que nos sirven; conviene cuando se puede, señalarles alguna pension para despues de nuestros dias.

Tened igualmente cuidado de ellos en las enfermedades, y os servirán con amor. Interesaós en todo lo concerniente á su establecimiento, y aumentos de su pequeña fortuna, y os conservarán siempre afecto. Haced tambien de manera que estén gustosos en vuestro servicio; que sean fieles y felices mientras permanezcan en vuestra casa, y que tengan con que vivir, si es posible, cuando salgan de ella. Nada honra tanto á un amo ni le atrae á sí mas á los criados, que saber recompensar á los que le han servido bien.

En una palabra, vivid con aquellos criados cuya aptitud y fidelidad tengais experimentada, como un amo que conoce los deberes de la humanidad, y como un cristiano que sabe que delante de Dios, todos somos iguales, á pesar de la desigualdad de condiciones. Dadles siempre buenos ejemplos y encaminadlos al bien; pues no hay otros mas fieles para con los hombres que, los que lo son para con Dios. Velad sobre sus costumbres, sin ser ni su tormento ni su espia, y atraéolos con vuestra dulzura y beneficios. ¿Hay cosa mas lisonjera, que el contribuir á la felicidad de las personas que nos rodean?

Aunque se debe huir de un extremo de flaqueza, que grangea desprecio, no obstante, vale mas pecar por demasiada bondad, que por excesiva dureza. Pero solamente merece el titulo de bueno, el que sabe armarse, cuando es necesario, de severidad contra el vicio, sin autorizarlo jamás; de otra manera, la bondad viene á degenerar en culpable flaqueza. De este defecto adolecia el duque de Vandoma. Uno de sus lacayos le fué á advertir, que uno de sus oficiales le robaba; «pues bien, le dijo el príncipe déjale, y róbase tú tambien.»

Mucho mas loable nos parece otra accion suya. Estaba en su cuarto , á mas de media noche, en conversacion con Palaprat. Este le hizo presente , que era ya tarde y debia acostarse; y queriendo llamar á los criados , « no, le dijo el príncipe; pero ved si han preparado mi gorro de noche. Lo encontró en efecto y continuó, no es necesario despertarlos, yo me entraré en la cama muy bien sin ellos.»

Habia heredado este carácter de bondad, de Enrique IV de quien descendia. Teodoro Agripa , señor de Aubigne , y abuelo de madama de Maitenón , estaba acostado al lado de la cama de Enrique, y creyéndole ya dormido, dijo á la Fórce , con quien estaba acostado : « nuestro amo es el mas villano y el mas ingrato que hay sobre la tierra.—La Fórce , oprimido de sueño, le preguntó: ¿qué dices, Aubigne?— El Rey, que aún estaba despierto , y todo lo habia oido, dijo en alta voz: la Fórce , « ¿no oyes lo que dice Aubigne? qué soy el mas villano é ingrato , que hay sobre la tierra.» Jamás volvió á hablar á uno ni á otro sobre este suceso.» Hubiera debido castigarlo , y lo hubiese hecho sin duda , á no estar muy seguro, de que tan imprudente como ofensiva expresion, no impedía que Aubigne , le tubiese la mayor fidelidad y adhesion. Un buen amo , sabe disimular las palabras indiscretas ó imprudentes de aquellos, de sus criados que por otra parte, sabe que le aman y le son fieles; mayormente si no las pronunciaron en público y delante de testigos ó extraños; pues el amo que sufre, que le falten públicamente al respeto, es tan culpable como el criado que se atreve á hacerlo , juzgándose tan mal de uno, como de otro.

Honrad al Padre, y si es viejo,
Aún con mayor reverencia.

Aunque el Supremo autor de la naturaleza, haya grabado este deber en el fondo de nuestra alma, ilustrándonos con las luces de la razón, todavía ha querido hacer de él un mandamiento expreso, con la particularidad de ser el único, á cuya exacta observancia se promete la recompensa en esta vida.

Nada há sido tampoco mas particularmente recomendado en las santas escrituras, y sobre todo en uno de los mas bellos libros de moral, (*El Eclesiástico*) lleno de preceptos admirables y de sábios consejos. « Escuchad, hijos, dice este sagrado autor, los consejos de vuestro padre, y seguidlos para que seais salvos; porque Dios ha hecho al padre venerable para los hijos, y ha asegurado sobre ellos la autoridad de la madre. El que honra á su madre, es como el que coje un tesoro: el que honra á su padre, recibirá él mismo la alegría de sus hijos, y será escuchado en el dia de los ruegos. El que teme al Señor, honra á su padre y madre, y servirá como á sus señores, á los autores de su vida» (1).

(1) *Judicium patris audite filii, et sic facite ut salvi sitis.*

Deus enim honoravit patrem in filiis; et iudicium matris exquirens, firmavit in filiis.

Qui diligit Deum, exorabit pro peccatis, et continebit se ab illis, et in oratione dierum exaudietur.

Et sicut qui thesaurizat, ita et qui honorificat matrem suam.

Qui honorat patrem suum, jucundabitur in filiis, et in die orationis suæ exaudietur.

Qui timet Dominum honorat parentes, et quasi Dominis serviet his qui se genuerunt. — Eccles. c. 3. vv. 2, 3, 4, 5, 6 y 8.

Escuchad, hijos, los preceptos de vuestro padre, y hacedlo así si quereis salvaros.

Porque Dios quiso que el padre sea honrado de los hijos, y vindica y confirma la autoridad de la madre sobre ellos.

Nosotros debemos á nuestros padres (1) el respeto, el amor, la obediencia y los servicios. Cualquiera que sea la dignidad ó puesto eminente, á que hayamos sido elevados, debemos tener siempre respeto á aquellos de quienes hemos recibido la vida; y es necesario mostrárselo con señales exteriores, saludándolos con honor, hablándoles con sumision, visitándolos con amistad, y previniéndoles con ciertas atenciones, que les lisonjearán tanto mas, cuanto serán homenajes libres y públicos.

Habiendo sido nombrado Lorenzo Celse, Dux de Venecia, y viéndo que su padre, que era del número de los senadores, no podia dispensarse de ir,

Quien ama á Dios alcanzará el perdon de los pecados, y se abstendrá de ellos; y será oido siempre que le ruegue.

Como quien acumula tesoros, asi es el que tributa honor á su madre.

Quien honra á su padre, tendrá consuelo en sus hijos, y al tiempo de su oracion será oido.

Quien teme al Señor honra á los padres y sirve como á sus señores á los que le dieron el sér.— Sr. Amat.—T.

(1) Nuestros padres son acreedores como Dios, la pátria, y los superiores á nuestra reverencia, nuestro amor y nuestro respeto. En ellos hemos de venerar la bondad de Dios, que por su medio nos echó al mundo, hemos de amar el interés de la pátria, pues sin ellos nunca fuéramos ciudadanos, y hemos de respetar la autoridad superior, pues la naturaleza nos sometió á su mandato. Nuestros padres, en cierta manera, son para nosotros Dios, pues nos dieron el ser, sér es: pátria, pues nos mantuvieron: superiores, pues nos educaron. Quién lleva á mal el amor á sus padres, merecedor es ciertamente de ser aborrecido de Dios y de los hombres. Y este amor ha de ser tal, que no se balancee mas al padre que á la madre, puesto que á ambos debemos el incomparable beneficio de la existencia. Si aviniere alguna discordia entre nuestros padres, no habemos de tomar partido por ninguno, sinó procurar reunirlos, acordándonos de que los hijos somos como eslabones de la cadena del amor de los padres, y así hemos de cuidar que permanezcan sin quebrarse.— Esta es doctrina del célebre Erasmo.—T.

como los otros, segun la costumbre , á ponerse de rodillas delante de él , puso sobre su gorra ducal, una cruz de oro , á fin de que su padre , pudiera tributar á la cruz el honor que era uso. Y éste es el motivo , porque desde aquel tiempo, lleva el Dux, una cruz sobre su gorra ó bonete.

Sería faltar al respeto que se debe á los padres, despreciarlos aún interiormente. ¿Qué será pues , si tienen la desgracia de llegar sus hijos á decirles palabras duras, injuriosas, ó de vilipendio; á mofarse de ellos , reprenderles con orgullo, descubrir sus faltas, ó burlarse de sus defectos? No será esto cargarse á sí mismos de oprobio, supuesto que el hijo adquiere su gloria del honor del padre , y que un padre sin honor , es la deshonra del hijo?

Amenazar á los padres , levantar la mano para darles ó pegarles , ni aún ligeramente , es un delito de los mas execrables , una especie de impiedad y sacrilegio (1) , que Dios castiga siempre , y frecuentemente de la manera mas terrible y estrepitosa. Se sabe cual fué el fin trágico y desgraciado del rebelde Absalón (2) , cuya memoria, será eternamente un objeto de execracion y de horror.

Esperad ser tratados como hubiéreis tratado á vuestros padres. Si les habeis tenido el respeto y honor que se les debe , recibireis á vuestro tiempo los mismos homenajes, con la admiracion y estimacion de

(1) En él se cometen, dice Ciceron, muchos pecados. Se ofende al que enjendró, al que crió, al que enseñó y educó; al que proporcionó asiento en la casa, en la familia y en la república. Excede esta ofensa á todas, y es por lo mismo digna de mayor castigo. — T.

(2) Hijo de David, asesinó en un convite á su hermano Amnon y se rebeló contra su Padre. Habiendo sido derrotado en el bosque de Ephrain, fué detenido en su fuga por las ramas de un árbol donde se enredó su cabellera. Joab, general de David le encontró en este estado y le dió un golpe mortal; 4050 años antes de Jesucristo. — T.

los demás hombres ; pero si los habeis despreciado y ultrajado ; no recibireis de vuestros hijos , sinó desprecios y ultrajes. Un padre echado indigna y violentamente fuera de su casa por sus propios hijos , al llegar al umbral de la puerta ; exclamo : « deteneos , hijos desgraciados , pues yo no arrastré á mi padre sinó hasta aqui. »

Estos castigos temporales , no son sinó una débil imágen de los que el autor y vengador de la autoridad paterna , reserva en la otra vida á los que la maltratan ó menosprecian , ahogándo en su corazon todos los tiernos afectos y los sentimientos de amor hácia las personas á quienes deberían amar más.

Pero si el cielo castiga á los hijos ingratos é inhumanos , tambien recompensa casi siempre , de una manera proporcionada , á los que dan pruebas de ternura y nobleza de sentimientos para con los autores de su vida. El padre de un jóven Chino , habia sido condenado á pena capital por delitos muy graves , cometidos durante su Magistratura. Su hijo , fué á echarse á los pies del gobernador , y le suplicó que aceptase la oferta que hacia de morir por su padre. El gobernador , hizo varias preguntas al jóven , para saber si su ofrecimiento era sugerido por otro , ó del todo libre y espontáneo. Luego que se aseguró de la sinceridad de sus sentimientos , dió parte al emperador , quien desde luego le envió el indulto ó perdon para el padre , y un título de honor para el hijo. Mas éste rehusó aceptar tal distincion , haciendo presente : que condecorado con aquel título , recordaría constantemente al público , contra su voluntad , la memoria del error de su padre. Admirado el emperador de tan noble modo de pensar , quiso tener á éste jóven en su corte , en la que cuidó de su educacion , con especial esmero : con el tiempo , sus personales méritos y servicios , lo elevaron á la dignidad de ministro de estado.

Se habia verificado en Argél el rescate de algunos esclavos cristianos. Cuando ya estaban prontos á partir, arribó un Corsario al puerto, con una presa Sueca. Entre los varios prisioneros, que habia hecho, iba el padre de uno de los cautivos que acababan de ser rescatados. Al momento se conocieron, y volaron á abrazarse el uno al otro bañados los ojos en lágrimas. El jóven, compadecido de la desgracia de su padre, que ya era viejo, y cuya esclavitud seguramente le abreviaria los dias, rogó á los Argelinos, «que le permitiesen quedar cautivo en lugar suyo. Yo soy mas robusto añadió, y mas propio para los trabajos que se exigen de los esclavos.» Consintieron en ello; pero habiendo llegado á noticia del Bey esta bella accion, no quiso que un hijo tan generoso quedase entre cadenas, y ordenó que se le pusiese inmediatamente en libertad y le enviasen con su padre.

Tal es el amor verdadero, que se dá á conocer por las obras, mas aún que por las palabras. Si amais sinceramente á los que os han dado la vida, en todas ocasiones les dareis tambien pruebas nada equívocas de vuestros sentimientos. A un semblante afable, y á unas palabras tiernas y cariñosas, unireis el celo de servirlos y favorecerlos en cuanto dependa de vosotros, siguiendo su voluntad con la sumision mas respetuosa. El único caso, en que podriais ó deberiais faltar á la obediencia, sería cuando os mandasen alguna cosa contraria á las leyes del primero de todos los padres. La Escritura que nos manda obedecerlos, nos advierte tambien, que nos perderemos irremisiblemente, si los amamos mas que á Dios. Pero en todo lo que no sea evidentemente opuesto á la voluntad divina, se debe á los padres la mas entera obediencia; recibiendo como preceptos y expresas órdenes, hasta sus simples insinuaciones y deseos. Alonso, hijo primogénito de Fernando, rey de Leon y de Castilla, dió un raro ejem-

plo de esta perfecta obediencia. Poco antes de morir el rey su padre, le rogó permitiese que Juan, su hijo segundo, heredase el reino de Castilla, «Padre mio, le respondió Alfonso: la gloria de obedeceros, será siempre mas apreciable para mí, que el derecho de mi primogenitura. Si juzgais que mi hermano, llenará mejor que yo vuestro lugar, desde luego consiento en que le deis todos vuestros reinos; me someteré á vuestras órdenes como á las del mismo Dios.» Estas palabras enternecieron tanto el corazon de Fernando, que murió derramando lágrimas de ternura sobre este buen hijo.

¿Sois acaso menos amado de vuestros padres, que los otros hermanos? No por eso os dejéis arrebatár de las quejas, ni les perdáis la sumision y el respeto, que les debeis tener (1). Tárde ó temprano vuestra paciencia y vuestra virtud os volverán á ganar su corazon. Juan Mosco (2), autor del siglo 7.º, refiere de un hombre que tenia muchos hijos, y no podia ver al mayor, porque amaba el retiro y la soledad. Encolerizábase á menudo contra él, y le reprendia frecuentemente, porque no hacia lo que sus hermanos. El hijo callaba y lo sufría todo con tal resignacion y paciencia, que se hacia amar de cuantos le trataban. Al fin el padre

(1) Contra un Padre no hay razon, dice el refran castellano, y el mejor remedio es callar y sufrir. Por lo comun los padres no se enfadan con los hijos sin que éstos dén algun motivo; pero aunque sea sin él, es necesario coserse la boca y bajar los ojos, respetando su mayoría, y creyendo que sus baldones no pueden injuriarnos, ni sus reprensiones llevar otro fin que nuestro bien, y que las palabras salen por la boca, y se desvanecen, y el amor queda en el corazon y siempre dura. —Ésta es doctrina de Erasmo.— T.

(2) Piadoso Solitario del Monasterio de S. Teodosio en Jerusalén; visitó los monasterios de Oriente y de Egipto, y estuvo en Roma con su discípulo Sofronio, á quien dedicó una obra célebre, escrita en griego titulada el *Prado espiritual*, que contiene la vida, las acciones, las sentencias y los milagros de los Monjes de diferentes paises.— T.

convencido de su mucha discreccion y prudencia, hubo de hacerle justicia, y en su testamento le nombró árbitro, con facultades absolutas, para partir toda la hacienda con sus hermanos, como lo juzgase mas conveniente, lo que efectivamente ejecutó segun todas las reglas de la mas exstricta igualdad y justicia.

S. Ambrosio (B. 47), en la bella explicacion que hace del mandamiento que Dios nos impuso, renovado por Jesucristo, de honrar á nuestro padre y madre, quiere que los honremos con nuestra sumision, teniendo cuidado de no ofenderlos, ni aún con la mas ligera muestra de mal semblante. «No basta, añade el Santo, honrarlos con vuestro respeto y obediencia; es necesario tambien, honrarlos con vuestra continua asistencia y servicios. Alimentad á vuestro padre, y dad de comer á vuestra madre, si tuviesen necesidad. Aún haciéndolo así, no la habreis pagado todo lo que ella ha sufrido y hecho por vosotros; pues la debeis cuanto teneis, supuesto la debeis lo que sois.»

«Hijo mio, decia Tobias (1): ten cuidado de tu Madre todos los dias de su vida, porque debes acordárte de cuánto ha sufrido, y á cuantos peligros ha estado expuesta por tí cuando te llevaba en su vientre.»

En la famosa erupcion del Vesubio, que ocasionó la muerte al naturalista Plinio (B. 48), su sobrino Plinio

(1) Audi, fili mi, verba orís mei, et ea in corde tuo, quasi fundamentum construe.

Cum acceperit Deus animam meam, corpus meum sepeli: et honorem habebis matri tuæ omnibus diebus vitæ ejus:

memor enim esse debes, quæ et quanta pericula passa sit propter te in utero suo.— Tob. c. 4. v. v. 2, 3 y 4.

Escucha, hijo mio, las palabras de mi boca y asiéntalas en tu corazon, como por cimiento.

Luego que Dios recibiere mi alma, entierra mi cuerpo, y honrarás á tu madre todos los dias de su vida:

porque debes tener presente lo que padeció, y á cuantos peligros se expuso por tí llevándote en su vientre.— Sr. Amat.— T.

el jóven (B. 49), residía con su familia en Mesina, ciudad poco distante del Volcán. Todos los habitantes buscaban su salvacion en la huida; solo Plinio, temiéndolo, poco el peligro personal que le amenazaba, no pensó mas que en salvar la vida de su madre. Rogábale ésta que sin llevársela, huyese de un lugar, en que casi era inevitable su pérdida; pues no pudiéndolo seguirle, á causa de su avanzada edad y achaques, la menor tardanza ó demora los exponía á perecer á entrambos. Sus ruegos fuéron inútiles, y Plinio prefirió morir juntamente con su Madre, antes que abandonarla en un peligro tan inminente; y asi muy á pesar suyo se la llevó á la fuerza. Ya la ceniza venia cayéndolo sobre ellos, y el humo y los vapores, oscureciéndolo el cielo convertian el dia en la mas tenebrosa noche. Andádo perdidos entre tinieblas, serviales de guia á sus inciertos y mal seguros pasos, la luz del fuego, que les amenazaba, y las llamas que los rodeaban por todas partes. Pero nada fué bastante á atemorizar el valor de Plinio, ni menos hacer que atendiese á ponerse mas prontamente en salvo, abandonádo á su madre. Por el contrario, la consoló, la sostuvo, la llevó en sus brazos, y su ternura le hizo capaz de los mayores esfuerzos. El Cielo al fin recompensó una accion tan loable, conservádo á Plinio una madre, para él mas preciosa que la vida; y á la madre, un hijo por todos títulos tan digno de su amor y maternal ternura.

En la vejez sobre todo, es cuando los padres tienen mas necesidad del socorro de sus hijos, y éstos deben redoblar su celo y aficion. «Hijo mio, dice el Sábio (1), ten cuidado de tu padre en su vejez, y no

(1) Fili, suscipè senectam patris tui, et non contristes eum in vita illius;

et si defecerit sensu, veniamda, et ne spernas eum in virtute tua: eleemosyna enim patris non erit in oblivione.

le entristezcas durante su vida. Si su razon flaquea sopórtale, y no le desprecies nunca. Porque la caridad que hayas usado con tu padre, no será echada en olvido, y Dios te recompensará por haber soportado los defectos de tu madre: te establecerá en la justicia, se acordará de ti en el dia de la afliccion, y tus pecados serán deshechos como se deshace la nieve por los rayos del Sol. ¡Qué mal nombre se adquiere el que abandona á su padre; y cuán maldito es de Dios el que exaspera á la madre!»

El verdadero amor es ingenioso y encuentra siempre recursos en si mismo, ó en los otros. Un viejo inglés, de casi cien años, y de oficio sastre, tenia doce hijos, todos soldados, y éstos sin otros medios para vivir que su escaso sueldo. Obtuvieron su licencia y se aprovecharon de ella para ir á ver á su padre. Le hallaron reducido á la mayor miseria, y sin un pedazo de pan con que mantenerse. «¡No tener pan, exclamó uno de ellos, y haber dado doce defensores á la Patria! Es necesario, que nuestro buen padre, á toda costa sea asistido.—Pero, cómo ¿no hay aqui un Monte de Piedad, dijo el mas jóven, despues

Nam pro peccato matris restituetur tibi bonum.

Et in justitia ædificabitur tibi; et in die tribulationis commemorabitur tui; et sicut in sereno glacies, solventur peccata tua.

Quàm malæ famæ est, qui derelinquit patrem: et est maledictus á Deo, qui exasperat matrem.—Eccles. c. 3. v. 14, 15, 16, 17 y 18.

Hijo, alivia la vejez de tu Padre, y no le des pesadumbres en su vida;

y si llegase á volverse como un niño, compadécele y jamás le desprecies por tener tú mas vigor que él; porque la beneficencia ó caridad con el Padre no quedará en olvido.

Por *sobrellevar* los defectos de la madre *en su decrepitud* recibirás tu recompensa.

Así la justicia será el fundamento de *tu casa* ó edificio; y en el dia de la tribulacion habrá quien se acuerde de tí y como en un dia sereno se deshace el hielo, así se disolverán tus pecados.

¡Oh cuán infame es el que á su padre desampara! ¡Y cómo es maldito de Dios aquel que exaspera á su madre!—Sr. Amat.—T.

de reflexionar un momento?— ¡Un Monte de Piedad, dijo el otro! ¿Qué se puede esperar de semejante establecimiento? Él solo sirve para acabar de arruinar á los infelices que recurren en sus extremas necesidades. Y por otra parte, ¿tenemos nosotros acaso alguna alhaja, que podamos llevar á empeñar? ¿De qué nos servirá pues, si allí nada se presta sin esta fianza?—Nada tenemos, es verdad, replicó el jóven, pero oid mi idea. Nuestro padre ha sido un buen sastre, y ha ejercido su oficio con crédito y por mucho tiempo. Sin embargo, se está muriendo de hambre, esto prueba su honradez y probidad.

Todos nosotros, hace ya algunos años servimos al Rey, sin que nadie nos pueda echar en cara, la menor cosa contra el honor. Ofrecámos pues, este honor en prenda, y ciertamente nos prestarán cincuenta libras sobre él. Esta idea fué aprobada por unanimidad, y los hermanos escribieron y firmaron el memorial siguiente: «Doce ingleses, hijos de un Sastre reducido á la mayor pobreza, en la edad de casi cien años; sirven todos doce al Rey y á la Pátria, con el mayor celo. Piden á la direccion del Monte de Piedad, la cantidad de cincuenta libras, á fin de socorrer á su degrañado Padre. Para seguridad de este préstamo, empeñan su honor y prometen devolver la cantidad en el término de un año.» La Direccion, no solo les prestó las cincuenta libras, sinó que rasgando el memorial, prometió acudir á las necesidades del viejo, mientras viviese. Apenas fué divulgado este hecho, cuando muchas personas distinguidas fueron á visitar al Sastre y nadie fué con las manos vacías. El viejo, añade el Diario de dónde hemos sacado este hecho, sucedido en Londrés en 1775, vive actualmente con comodidad y en estado de poder dejar despues de su muerte, un pequeño fondo, que servirá para recom-

pensar la generosidad filial de sus doce hijos.

Como nuestro método es, instruir con ejemplos, tanto como con preceptos, vamos á referir algunas bellas acciones de esta piedad filial, que quisiéramos inspirar á todos los hijos. A la vista de los grandes modelos, se aficiona el alma; y á la narracion de las bellas acciones se conmueve, enternese y se inflama.

Con efecto, ¿quién podrá leer sin el mayor enternecimiento, el rasgo de interesante sensibilidad, de aquel caballero jóven, de quien habla el autor del diccionario de la Educacion? Colocado en la escuela real Militar, se contentaba con comer la sopa, y muchos dias el pan á secas ó con agua. El Director advertido de esta singularidad, atribuyéndola á un exceso de devocion mal entendida, se la reprendió. Sin embargo, continuaba siempre el jóven sin revelar el motivo. Sabedor Mr. Páris du Verney (B. 50), de esta perseverancia, de que le dió parte el Director, hizo comparecer al jóven y le representó con dulzura, cuán necesario era evitar toda singularidad, y conformarse con el uso de la Escuela. Viendo que el muchacho no se explicaba acerca del motivo de su conducta, fué necesario amenazarle con que sino se corregia le enviaria á su casa. «¡Ay de mi! Señor, dijo entónces el muchacho, ¿queréis saber la razon porque obro de este modo? Vedla aquí: en casa de mi padre comiamos solo pan negro, y en poca cantidad; y ordinariamente lo mezclabamos solo con agua. Aquí tengo buena sopa, el pan es tierno, blanco y en abundancia; cómo lo suficiente, y no puedo determinarme á comer mas, afectado por el doloroso recuerdo del estado en que viven mis padres.» Mr. Páris du Verney y el Director, no pudieron contener las lágrimas, viendo la sensibilidad y la noble constancia de este muchacho.—Pues hijo, replicó Mr. du Verney, si vuestro padre ha servido ¿disfrutará sin duda al-

guna pension? — No señor, respondió el jóven. Durante un año la há solicitado, pero la falta de medios le ha obligado á abandonar su pretension; y para no contraer deudas en Versalles, ha preferido perecer de necesidad. — Pues bien, dijo Mr. Páris du Verney: si el hecho es tan cierto como decis, yo prometo obtenerle una pension de quinientas libras. Y puesto que vuestros padres están tan escasos de medios, verosimilmente no habrán provisto mucho vuestro bolsillo. Tomad para vuestros pequeños gastos, tres luises, que os regalo de parte del Rey; y en cuanto á vuestro padre, yo le enviaré adelantados los seis primeros meses de la pension que estoy seguro de lograr. — Señor, replicó el muchacho, ¿cómo podréis enviarle ese dinero? — No os inquieteis, respondió Mr. Páris du Verney, ya encontraremos medio. — «¡ Ah, señor! repuso entónces, supuesto que teneis esa facilidad; remitidle igualmente los tres luises que acabais de darme: pues yo aquí lo tengo todo en abundancia, y me serán inútiles; al paso que muy provechosos á mi padre para los otros hijos.»

La historia del Japón (1), tambien nos ha conservado un bellissimo ejemplo del cuidado que se debe tener de los padres, cuando están constituidos en la miseria; y aunque en él está llevado el heroismo, hasta un extremo que no se debe imitar enteramente, servirá mucho para confundir á los hijos que no cumplen como deben con sus padres, tomádo en este ejemplo lecciones de los idólatras.

Habia quedado viuda una mujer, con tres hijos pequeños, sin mas recursos que el trabajo de sus manos, que apenas bastaba para no morirse todos de hambre. El espectáculo, de una madre que amaban, constituida en el estado mas deplorable de

(1) Imperio de Asia.

miseria , les hizo concebir el mas extraño proyecto y resolucion. Habíase publicado algunos dias antes, un bando de la autoridad , por el que se ofrecia una suma considerable de dinero , al que aprehendiese al autor de cierto robo. Conviénense los tres hermanos, en que uno de ellos pasaria por ladron, y que los otros dos le presentarian al juez en concepto de aprehensores. Hechan suertes , y le toca al mas jóven representar el papel de ladron ; déjase maniar y conducir como un delincuente. El Magistrado le pregunta , y él contesta haber cometido el robo que se perseguia ; le manda poner preso , y entrega la cantidad prometida á los aprehensores. Entónces se les entornece el corazon , por el peligro de su hermano: se proporcionan medios para entrar en el calabozo , y creyéndolo no ser vistos de nadie , lo abrazan tiernamente y lo inundan de lágrimas. El magistrado que los habia percibido, y que no pudo menos de sorprenderse de un espectáculo tan nuevo , mandó á uno de sus criados, que siguiese á los delatores, con encargo expreso de no perderles de vista , sin poner antes en claro un hecho tan singular. El criado , desempeñó perfectamente su cometido , y refirió que: habiéndolo visto entrar en una casa á estos dos jóvenes, se habia acercado , y les habia oido contar á su propia madre , lo que por ella acababan de ejecutar: que la pobre mujer , al oír su narracion , habia prorrumpido en llanto y exclamaciones , mandando á sus hijos , que inmediatamente volviesen el dinero que les habian dado, diciendo resueltamente, que queria antes morir de hambre, que conservar su vida á costa de la de su amado hijo. El magistrado , pudiendo apenas creer lo que se le referia , hizo comparecer á su presencia al preso: le preguntó de nuevo sobre el robo, amenazándole

con el mas cruel suplicio, si confesaba ser su autor; pero todo fué en vano, pues el jóven persistió en declararse culpable. «¡ Ah! esto ya es demasiado, le dijo el magistrado, echándole los brazos al cuello, hijo virtuoso, vuestra conducta me admira.» Al instante fué á ponerlo en noticia del Emperador, quien encantado de una accion tan heroica, quiso ver á los tres hermanos; los llenó de caricias; señaló al mas jóven una pension considerable, y otra mediana á cada uno de los otros dos.

Unamos al ejemplo de los paganos, el de los animales, para confundir de este modo á los hijos desnaturalizados. El hecho que vamos á referir está apoyado en la fé de un testigo ocular. «Mr. Purdew, oficial aleman, sugeto veráz, y observador tan exacto como juicioso, escribiendo á uno de sus amigos lo que acababa de ver por sus propios ojos, dice: (segun el diccionario Enciclopédico de 1737), yo estaba esta mañana en mi cama, ocupado en leer, y de improviso me interrumpió un ruido, semejante al que hacen los ratones, que trepan por un tabique; miré con atencion y vi que asomaba un ratón sobre el borde de un agujero; reconoció en rededor el terreno, y luego se retiró. Un momento despues volvió á comparecer, casi arrastrádo de la oreja á otro ratón mas grande que él, y que parecia viejo. Habiéndole dejado sobre el borde del agujero, acudió otro pequeño, y juntos ambos, corrieron todo el cuarto, allegádo migajitas de bizcocho que se habian caido de la mesa, en la cena de la noche anterior, y las llevaron al ratón que estaba sobre el borde del agujero. Aquella atencion en estos animales me admiró mucho, y me puse á observar lo que hacian aún con mayor cuidado. Juzgué que el raton, á quien los otros dos llevaban de comer era ciego, porque no encontraba

sinó á tientas el bizcocho que le presentaban. No hé dudado que los dos pequeños fuesen sus hijos, y los proveedores continuos de un padre viejo é imposibilitado. Admiraba en mi interior la sabiduria de la naturaleza, que ha inspirado á todos los animales una ternura y un reconocimiento que casi se equivoca con la virtud. Mientras yo hacia estas reflexiones, y temia interrumpir en sus buenos oficios á estos animalejos, abrió nuestro cirujano mayor la puerta de mi cuarto: los dos ratoncitos dieron un grito como para avisar al ciego, y á pesar de su estupor, no se escondieron hasta que el viejo estuvo en seguridad; metiéronse en el agujero despues de él, sirviéndole por decirlo así de retaguardia. » Si este hecho es verdadero y exacto en todas sus circunstancias, como no se puede dudar, ¡qué leccion tan vergonzosa para el hombre!

Los hijos inhumanos, que olvidan enteramente lo que deben á sus padres, son mónstruos de ingratitud; pero por lo regular, á nadie deben imputarlo los padres y las madres, sinó á si mismos. Si los hijos estuviesen bien criados, y hubiesen recibido una educacion sábia y cristiana, serian mas tiernos y respetuosos con sus padres.

Sin embargo, la falta de los padres y madres, nunca puede servir de excusa, y menos de justificacion á la de sus hijos: y asi no puede escucharse sin horror la manera indigna con que fué tratado Mitridates (B. 51), por su hijo Farnaces. Se sabe que este rey, tan famoso por las guerras que con tanta gloria sostuvo contra los romanos, manchó sus grandes calidades con actos de suma crueldad, y con su desmedida ambicion que lo arrastró á dar la muerte á todos sus sobrinos, hijos del rey de Capadocia para apoderarse de éste reino. Por lo general, los padres encuentran en su fami-

lia misma, imitadores fieles de los malos ejemplos que ellos han dado. Mitridates, fué á su vez despojado de los estados que le quedaban, por su hijo Farnaces, que á fuerza de dádivas consiguió romper y ganar el ejército. Mitridates, desposeido de su reino, pidió á Farnaces le permitiese retirarse á un pais lejano para acabar en él sus dias; pero éste sin dignarse siquiera mirarle, tuvo la barbarie de decir que pereciese. Entónces Mitridates, traspasado de dolor le respondió: «¡Ojalá que algun dia oigas de la boca de tus hijos, lo que la tuya acaba de pronunciar contra mi!» En seguida, pasó furioso al cuarto de la reina, la hizo tomar un veneno, lo dió á sus hijas, y él mismo se mató con su propia espada. Farnaces, no gozó mucho tiempo desu delito; César marchó contra él; le venció y destronó, con tal celebridad y rapidez, que para expresarla con su elegante pluma, escribió al Senado: *Llegué, ví, y vencí.*

Hay personas, que en llegando á adultas, como que se avergüenzan de los que les han dado el nacimiento. Sordas á las voces de la naturaleza y de la sangre, los desdeñan y menosprecian, ¿ por qué no se avergüenzan de haber nacido? El orgullo ha fascinado sus ojos, y corrompido su corazon. No consideran que la verdadera grandeza, no consiste en haber nacido grande ó rico; sinó en elevarse por la generosidad de sentimientos, sobre las grandezas y riquezas de la tierra.

No olvidés, dice el Sábio, á tu Padre ni á tu Madre, porque estás en medio de los grandes, temiendo que Dios te olvide tambien delante de estos grandes; y que volviéndote insensato, por la mucha familiaridad que con ellos contraigas, vengas á caer en la infamia (1). Al contrario, el respeto y el honor que les

(1) *Memento patris et matris tuæ, in medio enim magnatorum consistis:*

tributáreis entónces recaerá sobre los mismos hijos. Un excelente oficial del regimiento Aubussón, llamado Duras, era hijo de un pobre labrador; habiéndolo ido á verle su padre, le presentó inmediatamente al Coronel, con los toscos vestidos, y calzados los suecos que traía. Informado Luis XIV, de la manera con que el oficial habia reconocido, recibido y honrado á su padre, á quien se tenia por descendiente de la antigua y nobilísima casa de Duras, le llamó á la corte, y dándole la mano le dijo: «Duras, estoy muy satisfecho de conocer al hombre mas de bien de mi reino. Desde luego te señalo una pensión de mil escudos: cástate, y yo cuidaré de tus hijos, pues mereces tener quien se te parezca.»

Si se debe honrar y asistir á los padres, durante su vida, no es menos necesario y obligatorio el no olvidarlos despues de muertos; pues quizá entónces tendrán mas necesidad de vuestros auxilios. Haced las exequias segun vuestra calidad y estado, para honrar su memoria; pero no os contenteis con esto: los magníficos funerales solo sirven á veces para satisfacer la vanidad de los vivos: únicamente las plegarias y las oraciones pueden aliviar y consolar á los difuntos.

No solamente se debe honrar al padre y á la madre, es necesario honrar tambien á los parientes, á proporción de los vinculos de sangre que nos unen con ellos. ¡Pero cuánto mas se debe honrar y respetar al soberano, que es el padre de todos sus súbditos!

ne fortè obliviscatur te Deus in conspectu illorum, et assiduitate tua infatuatus, impropèrium patiaris, et maluisses non nasci, et diem nativitatis tuæ maledicas. — Eccles. c. 23. v. v. 18 y 19.

Acuérdate de tu padre y de tu madre, aunque estés sentado entre los magnates:

para que no suceda que Dios se olvide de tí á vista de los mismos: y que infatuado con su familiaridad, tengas que sufrir tales oprobios, que quisieras mas no haber venido al mundo, y maldigas el dia de tu nacimiento. — Sr. Amat. — T.

Temed á Dios, honrad al Rey, decia el Principe de los Apóstoles (1) á los primeros fieles.

El Sábio quiere, no solamente que tributemos al rey, el respeto y honor que se le debe, no pasándonos jamás á hablar mal de su persona, sino que nos abstengamos de juzgar con ligereza de su conducta, y de condenarla aún interiormente. ¿Por qué os mezclais, decian á un filósofo, en censurar las leyes que dictan los magistrados para el buen orden, cuando no podeis establecerlo en vuestra casa, ni poner paz entre vuestra mujer y vuestra criada? En efecto; muchos que no saben gobernar ni arreglar su familia, se mezclan en censurar y criticar el gobierno del Estado. ¡Pero cuántas veces vituperan temerariamente lo mismo que alabarian, si supiesen los motivos secretos, que han impulsado á obrar á los que gobiernan! ¡Cuántos ignorantes y presuntuosos, quieren sentenciar y decidir sobre lo que no saben, ni pueden saber!

Si se debe honrar y respetar, no solamente á los principes de la tierra, sino también á sus delegados y representantes, con mayor razon se debe honrar á los ministros del Rey de los reyes, y respetar su carácter tan angusto, en expresion del Crisóstomo (B. 52), que es superior á la púrpura y á la dignidad real, puesto que da un poder, que los reyes no tienen, ni tampoco los Angeles. Mediadores entre Dios y los hombres, destinados á perdonar los pecados, á ofrecer el sacrificio incruento de la ley nueva, á anunciar la palabra divina á todas las criaturas, y tambien á las potestades de la tierra, son los vicarios de Dios, los enviados del cielo, y nuestros padres en

(1) Omnes honorate: fraternitatem diligite: Deum timete: Regem honorificate.— San Pedro. Epist. 1.^a c. 2.^o v. 17.

Honrad á todos: amad á los hermanos: temed á Dios: respetad al Rey.— Sr. Amat.—T.

la fé. El gran S. Atanasio (B. 53) en la vida que escribió de S. Antonio, refiere que este Patriarca de los cenobitas, que ni aún estaba tonsurado, queria que un simple clérigo, fuese en todo preferido á él, y se humillaba y bajaba la cabeza delante de los obispos y sacerdotes para pedirles su bendicion.

Sulpicio Severo (B. 54), discipulo de S. Martin, refiere tambien, que muchos obispos que estaban en Tréveris, córte del emperador Máximo, queriendo obsequiar á este Principe, envilecian su carácter á fuerza de bajezas y adulaciones, en vez de mantener ilessa su autoridad apostólica, como lo hacia S. Martin, (B. 55); que cuanto menos cortesano se mostraba, tanto mas se granjeaba el aprecio y la veneracion de Máximo. Habiendole convidado un dia, este Emperador á su mesa; el sacerdote que acompañaba á S. Martin, fué colocado en lugar honroso, y el santo obispo al lado del Emperador. En medio de la comida, el copero presentó la copa segun costumbre, al Emperador antes que á nadie. Este Principe, lleno de respeto hácia el santo Obispo, quiso que se la sirviese esperándo recibirla despues de su mano; pero S. Martin luego que bebió, pasó la copa á su sacerdote, como el mas digno de todos sus convidados, no creyendo tampoco que debia preferir el Emperador á un hombre condecorado con el sacerdocio de Jesucristo. Máximo y toda la córte, admiraron estos sentimientos; y alabaron al santo, por haber ejecutado en la mesa y á presencia del Emperador mismo, lo que otro obispo no se hubiera quizás atrevido á practicar, en la de otras personas de mucho menos autoridad y muy inferior categoria.

La emperatriz, manifestó por su parte todavia mas respeto á S. Martin, porque habiéndole convidado igualmente á su mesa, quiso ella preparar por sí misma cuánto debia servirle. Le colocó la silla, le puso el cubierto, le dió agua para las manos, y hasta le sirvió los

platôs que habia dispuesto. Tanta era la veneracion que se tenia en aquella córte á los ministros del Señor.

Faltar al respeto de los sacerdotes, es faltar al de Dios: ofender su sagrado carácter insultándolos, ó haciéndoles servir de juguete y burla, con mofas indecentes, es exponerse á ser castigados con la pena de los impios y sacrilegos; y esto aún cuando aquellos tengan la indigna complacencia de tolerarlo y suplirlo, y de reirse y burlarse de sí mismos; pues si los unos olvidan lo que deben al sacerdocio, los otros menosprecian la dignidad de su carácter.

El desprecio que se hace de los ungidos del Señor, recae sobre el Señor mismo: esto equivale á despreciar á Dios, y exponerse á atraer su justa indignacion, como sucedió a aquellos hijos impios, contra los cuales, dice la Escritura, envió dos osos que devoraron cuarenta y dos de ellos, porque se habian atrevido á mofarse del Profeta.

En fin, las personas que por su larga edad, se cree con fundamento, que deben tener, y generalmente tienen mas experiencia, juicio mas sentado, y mas sabiduria que los jóvenes, son tambien acreedores á la consideracion y al respeto de éstos. Guardáos, pues, de imitar á esa orgullosa é imprudente juventud, que creyendo saberlo todo, sin haber visto apénas ni aprendido nada, habla y decide de todo, con aire de suficiencia, y tono magistral, á presencia de los ancianos mas respetables é instruidos, á quienes se complace á las veces de poner en ridiculo, llevando su desprecio hasta el extremo de tratarles de necios y de chochos.

Independientemente del mérito personal, tened siempre con la ancianidad y las canas, aquellas consideraciones y respetos que les son debidos (1),

(1) En cuanto á los ancianos (dice el señor García Mazo, en su preciosísimo *Catecismo explicado*), hay una mayor obligacion á respetarles, porque así lo pide su edad, así lo quiere el Señor,

y que vosotros querriais se os guardasen si llegáseis á viejos. Un anciano de Atenas, entró en el teatro, y como no encontrase asiento, unos jóvenes que le veían le hicieron señal, como de ofrecérselo; mas habiendo ido allá se estrecharon más, y lo dejaron burlado. El pobre anciano hubo de dar una vuelta por todo el teatro, con no poco rubor, de ver que todos los jóvenes, en vez de darle asiento, hacían burla de él; pero los embajadores de la Lacedemonia, que también asistían al espectáculo; luego que lo advirtieron, se pusieron en pie, y llamando al anciano lo colocaron en medio y en sitio mas preferente. Y como todo el pueblo, con estrépitoso palmoteo aplaudiese aquella acción; el viejo ateniense, dijo en tono dolorido: «los atenienses saben lo que está bien, y lo que es justo hacer; pero los lacedemonios lo practican (1).»

y así lo tiene manifestado en repetidos lugares de los libros santos. Levántate delante de la cabeza encanecida y honra la persona del anciano, dice en el Levítico. Corona de dignidad es la vejez, añade en los proverbios, y dignidad de los ancianos sus canas. La grande honra que dispensó el pueblo de Dios al joven Daniel, por la defensa de la casta Susana, fué mandarle que se sentase entre los ancianos; porque Dios, le dijeron, te ha concedido el honor de la ancianidad. Y lo que hizo famoso al nonagenario Eleázaro, fué preferir la muerte á la ignominia de manchar con un delito su venerable ancianidad y sus nobles canas. —T.

(1) A Lisandro, lacedemonio, dice Ciceron, en su *diálogo de la vejez*, cuentan que se le oyó decir muchas veces, que en su ciudad tenían los viejos un domicilio muy hourado; que en ninguna parte se honraba mas á los de esta edad, ni era mas estimada. Y también sabemos por tradición, que habiendo entrado un hombre de muchos años en unas fiestas que había en el teatro de Atenas, estando todo lleno de gente, no le hicieron lugar sus conciudadanos en parte alguna; mas llegando á los Lacedemonios, que estaban como embajadores en lugar señalado, se levantaron todos, é hicieron sentar entre ellos al anciano. A los cuáles, como aplaudiese á una voz todo el teatro, dijo entonces uno de ellos, que los atenienses sabían bien lo que era justo, pero que no querían hacerlo. —T.

MAXIMA OCTAVA.

El bien que os hagan, tendréis

Grabado en el corazon ;

Y os mostraréis generoso ,

Muy humano y bienhechor .

El reconocimiento es un deber, no solamente respecto á nuestros Padres, que despues de Dios son nuestros primeros y mayores bienhechores, sinó tambien respecto á todos los que nos hayan hecho algun beneficio, y es gran vergüenza faltar á él.

No hay ciertamente leyes positivas que castiguen la ingratitud ; pero los antiguos la ponian en el número de aquellos delitos horribles, de los cuales era necesario dejar la venganza al cuidado de los Dioses, creyendo que los remordimientos y la ignominia que la siguen y acompañan, le servian tambien de justo castigo en esta vida. Un filósofo, á quien su discipulo queria ridiculizar, diciéndole que se parecia mucho á un animal sucio, replicó á este insolente: «yo no sé si me parezco á ese animal que citais ; pero sé muy bien, y todo el mundo convendrá conmigo, en que vos os asemejais á un ingrato, que es el mas despreciable y aborrecible de todos los animales.»

Sin embargo, la ingratitud es por desgracia un vicio tan comun como deshonroso. ¡Cuántas de esas serpientes odiosas se vén con frecuencia, que despues de haber recibido los socorros y servicios mas señalados, traspasan el seno de quien en él los abrigó, los alimentó, y les dió vida! Mónstruos horrendos, dignos de las venganzas del cielo y de la execracion de la tierra, que no dejan de atraer sobre sí, cuando llega á saberse, su delito. El emperador Miguel Cala-

fate, adoptado y colocado en el trono, por la emperatriz Zoé, pagó tan grande beneficio, con el destierro de esta Princesa. Irritado el pueblo de tan negra ingratitud se sublevó contra él; le sacaron los ojos, y le encerraron en un Monasterio.

La desgracia, dice la Escritura, *no saldrá jamás de la casa de aquel que retribuye mal por bien* (1). En la *historia general de los Viajes*, se cuenta que un rey de Mandoa, ciudad de las Indias orientales, habiendo caído en un río, fué salvado felizmente por un esclavo, que se echó á nado y le cojió de los cabellos. Su primer cuidado luego que volvió en sí, fué preguntar el nombre del que lo habia sacado del agua. Al instante le hicieron presente la obligacion que tenia respecto del esclavo, cuya recompensa nadie dudaba, seria proporcionada á la magnitud del servicio; pero el rey le preguntó como habia tenido la audacia de poner las manos sobre la cabeza de su príncipe, y sin escuchar razones le hizo morir al punto. Algun tiempo despues, estando este mismo príncipe, sobre la cubierta de un barco, al lado de una de sus concubinas, aunque muy embriagado, se cayó en el agua, sin que lo socorriese aquella mujer, que muy facilmente pudo evitarlo; y como todos la vituperasen por semejante accion; «yo me he acordado dijo, de la historia del infeliz esclavo.»

En la mayor parte de los hombres, la gratitud suele ser aparente y pasajera. El sentimiento vivo que tenemos del bien cuando lo recibimos, excita por de pronto en nuestro corazon cierto género de reconocimiento; pero se borra poco á poco con el recuerdo del beneficio. Preguntado un antiguo filósofo,

(1) Qui reddit mala pro bonis, non recedet malum de domo ejus.—Prov. c. 17. v. 13.

Quien retorna mal por bien, jamás verá su casa libre de desgracias.—Sr. Amat.—T.

¿qué cosa era la que envejecia mas pronto en el hombre? respondió : *el beneficio recibido* (1). La reflexión de Madama des Houliers (2), sobre la ingratitud, es tan verdadera como humillante.

¡ Oh como todos se jactan
De ser muy agradecidos !
¡ Y qué pocos en efecto
Se acuerdan del beneficio !
Cuando esperan un favor,
Todos se muestran rendidos ;
Pero apenas lo reciben ,
Cuando lo echan en olvido.
Es importuna la vista
De aquel que nos ha servido ;
Y es vergonzoso deber
Los socorros y el auxilio ,
Que en medio del infortunio ,
Sin vergüenza recibimos.

No pensaba así Sixto V (B. 56). La primera vez que fué á Roma , era tan pobre , dice Mr. de Thou , que se vió obligado á pedir limosna. Habiendo juntado algun dinero , iba entre si discurriendo , sobre si lo emplearia en matar el hambre que principiaba á sentir , ó se compraría un par de zapatos , de que tenia absoluta necesidad. En esta duda y agitacion

(1) Por eso suele decirse comunmente , que los agravios se esculpen en mármol , y los beneficios se escriben en la arena. — T.

(2) Antonieta du Ligier de Lagarde , viuda de Guillermo de la Fón (Sr. de) : nació en Paris en 1634 , y murió en 1694. La naturaleza habia reunido en su persona los talentos del espíritu con las gracias de su hermosa figura. Poseía el latín , el italiano , el español , y la enseñó á hacer versos el poeta Hesnaus. Sus idilios son de los mejores que posee la lengua francesa , y muy superiores á sus églogas , odas , epigramas , canciones y madrigales. — T.

interior, se pintaban en su semblante los encontrados movimientos de su alma. Notando un mercader su embarazo, le preguntó la causa ó motivo. Sixto V se la confesó ingenuamente; pero al mismo tiempo lo hizo de una manera tan agradable, que encantado el mercader, lo llevó á su casa, dióle bien de comer, y de esta suerte resolvió sus dudas. Sixto V llegó á ser Papa; no se olvidó de su bienhechor, y le recompensó como príncipe con esplendidez, el servicio que de él habia recibido.

Hasta los mismos animales nos dan frecuentemente ejemplos de sincero y afectuoso reconocimiento. Hé aqui uno, contado por el autor de la *historia de las Cruzadas*. Godofredo de la Tour, distinguido por su valor é intrepidez, oyó cierto día los ruidos espantosos de un Leon, que al parecer se hallaba aquejado de un gran mal. El intrépido Godofredo, por un movimiento de su natural generosidad, se metió desde luego en el interior del bosque, á pesar de la resistencia de sus compañeros, que lo querian detener; y dirigiéndose hácia el lugar ó sitio, de donde al parecer salian los ruidos, á poco de haber andado vió, que una serpiente horrible y de prodigiosa magnitud, enroscada al cuerpo y brazos del Leon, le tenia imposibilitado de defenderse y al mismo tiempo vibraba contra el Leon su emponzoñada lengua y venenosos dardos. Conmovido á la vista del peligro del Leon, y sin pensar que, salvándole se exponia á ser victima de su furor, y perecer entre sus garras, sacó la espada, y traspasando con ella á la serpiente, pero sin ofender al Leon, cortó los lazos que tan cruelmente lo tenian aprisionado. Entónces este pobre animal, viéndose libre, y reconociendo el autor de su libertad, vino á darle gracias de la manera mas sumisa y expresiva, lamiéndole y acariciándole los pies. Desde

aquel momento se le aficionó como á su generoso defensor, á quien debia la vida, sin querer abandonarle y siguiéndole á todas partes, como el perro mas fiel, sin atacar jamás á otras personas, fuera de aquellas, que su amo le señalaba como enemigos; pues no se separaba un punto de su lado tanto en los combates como en las cacerías, proveyéndole tambien diaria y abundantemente de caza. Pero lo mas admirable de este noble y generoso animal fuè, que concluida la cruzada, no habiendo querido el capitan del barco, que conducia á Francia á Godofredo, ni tampoco ninguno de los otros viajeros, que se embarcase el Leon, desesperado este pobre animal de verse separado violentamente de su bienhechor; se arrojó al mar y siguió nadando en pós del barco, hasta que faltandole del todo las fuerzas hubo de ahogarse.

No os avergonceis jamás de ser agradecidos ni de parecerlo; sedlo públicamente cuando conviene ó es necesario; pues ordinariamente, el agradecimiento que no quiere tener testigos, es una verdadera ingratitud (1).

No faltan personas que pagan al momento los servicios que se les hacen, para no tener el trabajo de pensar mas en ellos; y viene á convertirse en ingratitud, el que parece ser pronto reconocimiento. Y es que les causa molestia, y les es importuna la memoria de la deuda que contrajeron, y asi se apresuran á pagarla en el plazo mas corto posible.

Asi como el hombre ingrato, tiene sus razones para olvidar los beneficios, al interesado no le faltan tam-

(1) Conviene acordarse del beneficio recibido y olvidarse del dado. De aquel que hace el favor, es el disimular lo que hizo, no parezca que quiere humillar recordándolo. El que le recibió es quien debe publicarlo en todas partes para no caer en la nota de ingrato ú olvidadizo. — *Erásmo*. — T.

bien las suyas con que aparentar que se acuerda de ellos, ó á lo menos afectar un reconocimiento que no tiene. La gratitud es una virtud muy estimada y se mira con horror á los que no la poseen. El que es vano ó estima en algo su reputacion, no tiene reparo en manifestarse reconocido. Esto sirve tambien admirablemente á las miras del interés, porque de este modo se atraen nuevos beneficios. Vulgarmente se dice, que es un placer hacer bien á las personas que saben ser agradecidas. Por consiguiente esta virtud refluye, aunque de una manera delicada, sobre el que la practica, y es la parte mas sublime del interés pròpio. Luis XI Rey de Francia (B. 57), habia recibido un regalo de diez mil escudos de oro, y dijo á algunos de sus cortesanos que estaban presentes, « no quiero que esta cantidad entre en mis cofres. Los que me han servido bien, pidan lo que quieran.» Todos hablaron; todos lo hicieron á cual mejor, sin dejar cada uno de ellos de exagerar sus servicios. El Cancillér, que no siendo menos interesado que los otros, era mas sagaz y mas fino que todos, dijo con aire de modestia: «que estaba mas penetrado de su reconocimiento, que de lo que cumplia á sus deseos; y que ambicionaba menos obtener nuevos beneficios, que hacerse digno si era posible, de los muchos con que S. M. le habia colmado.» Esta respuesta agradó tanto al Rey, que le valió diez mil escudos.

Semejantes á estos deudores que pagan, no porque es justo que lo hagan, sinó por encontrar con mas facilidad quien les preste, la mayor parte de los hombres no son agradecidos, sinó para tener nuevos motivos de serlo. Asi es, que no se encuentran ingratos mientras que se está en estado de dispensar beneficios; y el falso reconocimiento como la falsa amistad, solo se dan á conocer cuando ya no hay esperanza de recibirlos. Pero el hombre que piensa con nobleza,

se muestra reconocido con quien debe serlo, por los que recibió, y aunque no tenga ya que esperar nada y aún cuando la mayor parte de los beneficios sean tan interesados, que al parecer no merezcan gratitud, nunca se debe atender á la intencion del que los hizo, sinó al bien que produjeron al que los recibió.

El Cardenal Wolsey (B. 58), ministro y favorito de Enrique VIII rey de Inglaterra (B. 59), habiendo perdido la gracia de su amo, se vió de repente y como sucede de ordinario, despreciado de los grandes y aborrecido del pueblo. Fist-Williams uno de sus protegidos, fué el único que se atrevió á defender su causa y á hacer elogio de los talentos y grandes cualidades del ministro desgraciado. Hizo mas: ofreció su casa de campo á Wolsey, y le rogó que á lo menos fuese á pasar en ella un dia. El Cardenal reconocido á este celo aceptó el convite y fué á casa de Fist-Williams, quien le recibió con las demostraciones mas inequivocas de respeto y de reconocimiento. Instruido el Rey de la acogida que aquel no habia temido dar en su propia casa, á un hombre que habia incurrido en su desgracia; hizo comparecer á Williams y le preguntó con tono irritado, ¿ cómo habia tenido la audacia de admitir en su casa al Cardenal acusado y declarado culpable del delito de alta traicion?—« Señor, respondió Williams, yo tengo á vuestra Majestad la sumision mas respetuosa, y no soy ni mal ciudadano ni infiel vasallo. No es ni el ministro desgraciado, ni el reo de estado, á quien he recibido en mi casa, es mi antiguo y respetable amo, mi protector, el que me ha dado el pan; y á quien debo la fortuna y tranquilidad de que disfruto. Si hubiera abandonado en su desgracia á este amo generoso, á este magnifico bienhechor, ¡ ah, Señor! permitidme... entonces hubiese sido el mas in-

grato de los hombres.» Sorprendido y lleno de admiracion el Rey, concibió desde aquel instante la mas alta estimacion por el generoso Williams, le hizo en el acto caballero, y algun tiempo despues le nombró su consejero privado.

En cuanto al Cardenal, mandó el Rey que fuese llevado á la torre de Lóndres. Murió en el camino de edad de sesenta años, y pocas horas antes de morir, dijo estas bellisimas y memorables palabras: «¡Ay de mí! Si hubiese servido al Rey del cielo, con la misma fidelidad, que he servido al Rey mi amo en la tierra, no me abandonaria ni me trataria en mi vejez, como lo hace mi Príncipe.»

El Caballero Forbin, célebre capitán de Marina, en el reinado de Luis XIV, del que nos ha dejado unas curiosas memorias, refiere: que habiendo encargado aquel Monarca al almirante Duquesne, que bombardease la ciudad de Argél; desesperados estos corsarios porque no podian alejar de sus costas la escuadra enemiga, tomaron en venganza la horrible resolucion de atar á la boca de los cañones los prisioneros franceses, cuyos miembros habian de ser esparcidos como otras tantas balas contra los sitiadores. Un capitán argelino que habiendo caido prisionero, habia sido tratado por los franceses con la mayor humanidad, reconoció entre los muchos que estaban destinados á sufrir el espantoso tormento, inventado por la rabia y por la desesperacion de los sitiados, al oficial francés de quien habia recibido mayores atenciones y beneficios. En el momento que lo reconoce, pide, ruega é insta para obtener la conservacion de su bienhechor. Todo fué inútil; iban á dar fuego al cañon, á cuya boca estaba atado el oficial francés, cuando el argelino, arrojándose á él, le abraza estrechamente, y dirigiendo la palabra al artillero, le dice: «dispara, ya que no puedo salvar á mi bienhe-

chor tendré al menos el consuelo de morir con él.» El Dey, que estaba presente à una escena tan tierna, conmovido de este rasgo le otorgó la gracia que le pedia, y la vida del oficial francés.

**Y os mostraréis generoso ,
Muy humano y bienhechor.**

¿Quién duda, que el primer deber del hombre en la sociedad, es tener generosidad, humanidad y beneficencia? Estas tres virtudes son hermanas y nos conducen igualmente à hacer bien à nuestros semejantes. Pero es oportuno considerarlas aqui, cada una en particular, y despertar con ejemplos admirables esa sensibilidad que la naturaleza nos ha dado para los demás hombres. La vista ó la narracion de acciones virtuosas, conduce à la virtud por el camino mas corto; pues inflaman el ánimo y excitan à imitarlas. ¡Ojalá que los buenos ejemplos que mezcláremos con nuestras reflexiones, produzcan este feliz efecto y estimulen à la imitacion!

Generoso. La generosidad eleva en cierto modo al hombre sobre si mismo; pues le hace preferir los intereses agenos à los suyos propios. Danés (1) obispo de Lavaur, en el Langüedoc, fué à Paris diputado por el clero de su provincia. Quisiéronle asignar para gastos del viage mil libras, cantidad muy considerable en aquellos tiempos; pero él la rehusó diciendo: «la renta de mi obispado me basta. Lo menos que yo pue-

(1) Pedro Danes y no *Danés*, nacido en Paris en 1497, de una familia ilustre, discípulo de Budeo y de Juan Láscaris, fué preceptor y confesor de Francisco II, despues de haber ocupado por espacio de cinco años una plaza de profesor de lengua griega en el colegio real. Enviado al concilio de Trento, en el que pronunció un bellissimo discurso, fué nombrado obispo de Lavaur, cuya mitra renunció al cabo de algunos años, y murió en Paris en 1577.—T.

do hacer por mi iglesia y por las iglesias vecinas, es emprender cualquier viaje á mi costa para servir las, porque ya padecen bastante á causa de la calamidad de los tiempos, y de las vejaciones de los herejes.»

Nada era comparable con la generosidad de Sixto V, cuando se trataba de aliviar la miseria del pueblo; porque sobreponiéndose al fausto, y sacrificando el aparato de la grandeza personal á los intereses de los infelices, de tal manera se trataba á sí mismo, que hasta llevaba las camisas rotas y viejas, que con frecuencia tenian que remendárselas. Y cómo un dia le representase su hermana Camila, que era vergonzoso que un soberano Pontífice llevase malas camisas, la dijo riéndose: «nuestra elevacion, no debe hacernos olvidar el lugar de dónde procedemos: las piezas y los remiendos son las primeras armas de nuestra casa y los primeros titulos de nuestra nobleza.»

La generosidad consiste menos en dar mucho, que en dar á tiempo. La que tiene por objeto socorrer á los necesitados, es sin duda la mas laudable, aunque no sea siempre la mas ruidosa. En el reinado de Enrique III rey de Francia (B. 60), habiendo muerto un judío muy rico, sin dejar herederos, regaló este Principe veinte y cinco mil escudos de esta herencia que pertenecia al Fisco, á Godofredo Camus de Pontcarre. Este generoso ciudadano, los repartió al instante á tres comerciantes consócios suyos, á quienes un incendio acababa de arruinar.

Lo que se llama liberalidad, suele ser con mas frecuencia una vana ostentacion que preferimos á lo mismo que damos. Una persona verdaderamente liberal ó generosa, no lo es nunca por vanidad, sinó por grandeza de alma. La verdadera generosidad es siempre indicio de un buen corazon y de un alma noble. Un gran corazon, decia un rey de Persia, recibe pequeños presentes con una mano y los hace grandes

con la otra. Mr. de Turenne era muy inclinado à la liberalidad. Esta virtud, que no es ordinariamente la de la vejez (1), era en él tan natural que en los últimos años de su vida, expendia el dinero con la misma facilidad que lo habia hecho desde muy jóven. Estando un día uno de sus amigos en conversacion con él sobre las riquezas, le dijo Turenne: «yo no he podido comprender jamás qué placer pueda sentir el hombre en guardar sus cofres llenos de oro y plata. Por lo que à mi hace puedo decir, que si al fin del año me quedase un sobrante considerable de dinero, creeria que me habia de corromper el corazon y perjudicar tanto, como si al salir de un espléndido banquete, me volviesen à servir una grande comida.»

Se debe amar el dar; pero es necesario saberlo hacer con prudencia (2) y consultando cada uno sus facultades. Es bueno ser generoso; pero no es permitido ser pródigo. Y no se debe llevar la liberalidad mas allá de lo que racionalmente se puede. Cuando todo se ha derrochado, solo queda la vergüenza de haber faltado à lo que prescribe la sabiduria y granjeándose quizas muchos ingratos. Esto es lo que hizo conocer un dia cierto amigo fiel, à un sugeto de condicion y muy rico, que tenia el defecto de abrir su bolsillo indistintamente à todos cuantos se suponian amigos suyos, con lo que bien pronto se vió sin un real como es fácil presumir. Para curarle este defecto, y evitar su total ruina, supuso

(1) *Multa Senem circumveniunt incomoda; vel quòd Quærit, et inventis miser abstinet, ac timet uti.*

Se afana el viejo por buscar tesoros,

De que à usar no se atrevè si los halla. — Horacio. — T.

(2) Al que no mira à mañana, se dice vulgarmente, llegaràle su mala semana. Pocas veces siguen los hombres un justo medio entre la liberalidad y la parsimonia y economía. Unos derraman con profusion sus haberes, y otros al contrario, atorran y guardan como si hubieran de ser eternos. — T.

el amigo verse en un gran conflicto, y que para salir de él necesitaba irremisiblemente de doscientos doblones. Este hombre, á quien su indiscreta liberalidad habia dejado sin dinero, ofreció dar algunos pasos, è interponer sus buenos oficios con todos los amigos á quienes habia favorecido para proporcionarle aquella suma. Al efecto los fué visitando uno á uno, y despues de afanarse toda una mañana no pudo reunir mas de cuatro doblones; siguió trabajando por la tarde, pero fué inútil su diligencia, y vano todo su afan; pues ni en aquella noche, ni en los dos dias siguientes pudo recojer mas de diez doblones; de suerte que sus amigos tan frios para socorrer su urgencia, como ingeniosos en excusas, le hicieron sufrir la vergüenza de tener que faltar á su palabra. Fué pues, á ver al amigo por quién tan sin fruto se habia afanado, y le refirió cuánto habia ocurrido poseido del mayor sentimiento; pero su fiel amigo le consoló diciéndole: «tranquilizaos, yo no tengo necesidad de los doscientos doblones que os pedi, ni de cantidad alguna; me vali sin embargo de esta ficcion para abriros los ojos, y convenceros por vuestra propia experiencia, de que no debeis ser tan fácil en prodigar vuestro dinero ni prestar á cuantos os lo piden.»

El avaro que huye de un escollo, se precipita en otro. No dá nada, por temor de empobrecerse ó de ser pagado con ingratitud. ¡ Mas cómo podrá ser bueno para los otros quien no lo es para sí mismo! (1). Si le sucede alguna vez verse forzado por las circunstancias, á ser liberal, ¡ qué penas no le cuesta su falsa generosidad! ¡ Y cuántas veces se la re-

(1) Qui sibi nequam est, cui alii bonus erit? et non jucundabitur in bonis suis. — Eccles. c. 14. v. 5.

¿ Para quién será bueno el que para sí mismo es mezquino, y no sabe gozar de sus bienes? — Sr. Amat.—T.

prende en secreto! Tampoco puede, en mas de una ocasion ocultarse su avaricia; pues se descubre por algunas acciones mezquinas que comete imprudentemente y quitan todo el mérito á su liberalidad. Su reputacion misma depone contra él. El Abate Regnier (1), secretario de la Academia francesa; recojía un dia en su sombrero un doblon que cada uno de los académicos habia ofrecido dar para los gastos comunes. No habiendo advertido este Abate que el presidente Roses, que pasaba por muy avaro, lo habia echado en el sombrero, se lo presentó segunda vez; pero el presidente al ver que se detenía aseguró que lo habia dado ya. «Así lo creia yo dijo el abate Regnier, pero no lo he visto.» Y Mr. de Fontenelle que estaba á su lado añadió «yo lo he visto, pero no lo creo.»

No os granjeéis nunca una reputacion tan ridicula: veinte rasgos de liberalidad no bastarán á borrar la mancha de uno solo de avaricia. Sed generosos en todas las ocasiones en que conviene serlo; pero acordaos, que esto no debe ceder en perjuicio de nadie sea quien fuere. La generosidad deja de ser virtud, cuando no tiene la justicia por compañera. Así como todas las demás virtudes, tiene la liberalidad su regla, que debemos observar con el mayor cuidado. Las que nos dá Ciceron, en su incomparable *tratado de los Oficios*, están llenas de sabiduria (2).

Nada es mas conforme á la naturaleza del hombre, nos dice, que una inclinacion benéfica y liberal; pero pide muchas precauciones. No debe ser

(1) Claudio Francisco Regnier, Doctor de la Sorbona, nacido en la Auvernia en 1718, abrazó el estado eclesiástico y siguió sus estudios en el seminario de San Sulpicio de Paris, del que fué director. Sus obras son muy estimadas: murió en el año 1790. — T.

(2) Singularmente en los capitulos 15, 16, 17 y 18 del libro 2.º — T.

nociva ni á aquellos á quienes queremos hacer bien, porque antes sería hacerles mal; ni á los demás, porque sería injusta, y no hay verdadera generosidad sin justicia. Debe ser también proporcionada á nuestros medios. Los que quieren ser mas generosos que lo que permiten sus bienes, ó son crueles para si mismos, quitándose lo que les es necesario á la conservacion de la vida, ó se hacen culpables de injusticia con respecto á su familia, haciendo pasar á los estraños lo que sería mas equitativo dar ó dejar á sus prójimos.

En fin, continúa el juicioso Moralista que epilógamos, nuestra generosidad debe ser arreglada al mérito; y así en los beneficios es necesario preferir la gente honrada, y excluir los malvados (1), porque éstos son indignos de ellos. Para mantener perfectamente la sociedad que une á los hombres, se debe dar la preferencia á los parientes, á los amigos, á los compatriotas, y sobre todo á los bienhechores, porque, no hay deber mas indispensable que el reconocimiento. Pero si se trata de favorecer á alguno ó de hacer algun beneficio, debemos en igualdad de circunstancias, preferir á aquel cuya necesidad es mas grande.

Humano. La humanidad nos conduce á mirar á todos los hombres como á hermanos y á hacerles todo el bien que podamos cuando necesitan de nosotros. Esta amable virtud, está fundada sobre la naturaleza, que nos inclina á interesarnos en favor de nuestros semejantes. Basta que una persona parezca agitada ó afligida, para conmovernos y enternecernos en su favor. Las lágrimas de un desconocido, nos mueven á compadecerle aun antes de

(1) Porque segun dijo muy bien el poeta Enio:

Mal hace ántes que bien, en mi concepto,

Aquel que el beneficio mal emplea.—T.

saber la causa; y los gritos de un hombre, á quien ningun vinculo une con nosotros, fuera del de la humanidad, nos hace correr en su socorro por un movimiento natural, que precede á todo acto de liberado.

Un corazon humano se compadece mas, en cierto modo del mal ageno, que del suyo propio. Despues de la batalla de Dettingen (1), un mosquetero francés, peligrosamente herido, fué llevado á una tienda inmediata á la del duque de Cumberland (2), hijo del rey de Inglaterra. Faltaban en aquel momento cirujanos, ya porque estaban ocupados en otros puntos, como porque iban á curar al principe á quien una bala habia herido una pierna. «Comenzad, dijo, á socorrer á ese oficial francés, porque está mas mal herido que yo, y podrá llegarle mas tarde que á mí el socorro.» Esta bellissima accion no honró menos á aquel principe, que la victoria que acababa de obtener.

Alfonso el grande, rey de Aragon (B. 61), dió tambien un ejemplo poco comun en los principes, de la tierna y compasiva sensibilidad que excita la vista de los infelices. Una galera cargada de soldados y marineros se iba á pique. El rey mandó que la socorriesen; pero viendo que nadie ejecutaba sus órdenes por temor al peligro, se embarcó en una falúa para ir volando á su socorro; y como le representasen el gran riesgo á que se exponia, contestó: «mas quiero ser compañero, que simple expectador de su muerte.»

(1) Lug. de Baviera, circ. del Main-inferior, situado en la márgen derecha del Main. En 1745 los ingleses y austriacos, bajo el mando de Jorge II, ganaron una batalla á los franceses á las órdenes del mariscal de Noailles. — T.

(2) Jorge II, célebre general ingles, nació en 1721 y murió en 1765. — T.

Procurad, pues, descubrir con tiempo y dirigir hácia el amor de los demás hombres ese carácter de ternura y de sentimiento que hemos recibido de la naturaleza, y perfeccionadlo en vuestro alumno con lecciones proporcionadas á su edad, y con un frecuente ejercicio que le haga contraer un hábito feliz; porque todo, todo, hasta el hábito de la virtud se adquiere con la práctica.

Para nutrir y aumentar en los demás esta preciosa sensibilidad, que se interesa vivamente en la suerte de los que padecen; no hay medio mas eficaz, que el de visitar juntamente con ellos los asilos y mansiones de la miseria humana, y mezclar las lágrimas con los infelices que las habitan, consolándolos en sus trabajos é infortunios. No ha mucho tiempo, que en Suecia, en los estados del reino, un Senador le dijo al que estaba encargado de la educacion del heredero de la corona: «Conducid al Príncipe á la cabaña de la indigencia laboriosa; hacedle ver de cerca á los infelices, y enseñadle que no se han hecho los pueblos de la Europa para servir á los caprichos de una docena de Soberanos.»

De todos los seres dotados de razon, el mas inútil y despreciable es el insensible.

La insensibilidad convierte al hombre en un sér salvaje y aislado, que rompe la mayor parte de los lazos que debian unirle al resto del universo, para ocuparse de sí solo. En lugar del amor benéfico y equitativo hácia nosotros y á nuestros semejantes, que nos conduce á no querer ser felices sinó contribuyendo á la felicidad comun; le inspira un amor propio, injusto y exclusivo, que haciéndole el centro de cuanto le rodea, le hace tambien buscar su propia felicidad á costa de los otros.

No es decir esto que, en igualdad de circunstancias, no se deba manifestar mas benevolencia á los que

están mas estrechamente unidos á nosotros, con los vinculos de la sangre, del parentesco, de la amistad, de la pátria y de la Religion; porque la ley de la caridad, léjos de destruir el órden lo establece y perfecciona. Pero cuando no hay concurrencia, ó se puede igualmente socorrer á todos, nadie debe ser excluido. En la necesidad, todos los hombres son hermanos: la humanidad destruye todas las vallas y muros de separacion, sin diferencia de amigos ó enemigos. El duque de Orleans (B. 62), Regente de Francia durante la menor edad de Luis XV, despues de la batalla de Stein Kerque (1), que los franceses ganaron á los aliados, dispuso que todos los heridos, tanto del Ejército vencedor como del vencido, fuesen conducidos en unos mismos carros. Terminado el combate, dijo: «ya no hay enemigos en el campo de batalla.»

El que tiene el alma sensible padece viendo padecer; y si concurre á la infelicidad agena es siempre forzado y á pesar suyo. Bien sabida es aquella hermosa palabra de Neron (B. 63), cuyo comienzo de reinado fué tan prudente y feliz, como ódioso y detestable su acabamiento. Presentáronle un dia para que la firmase, una sentencia de un reo condenado á muerte; y dijo conmovido: «quisiera no saber escribir». No revela menos bondad y clemencia esta otra respuesta del Emperador Carlos V (2). Dierónle parte que cierto reo de estado, se hallaba oculto muy cerca de una poblacion por donde pasaba de tránsito. «Mucho mejor hubiese sido, dijo el Emperador:

(1) Lugar de Bélgica, prov. de Henao, dist. y á 4 leguas N. N. E. de Mons. Situado cerca de la márgen izquierda del Senne.—T.

(2) Ignoramos si el autor atribuye este rasgo á Carlos V de Alemania y I de España, ó al rey de Francia del mismo nombre, apellidado *el Sábio*, hijo mayor del rey Juan, que nació en 1554, gobernó el reino en calidad de Regente durante el cautiverio de su padre, le sucedió algunos años despues y murió en 1580.—T.

haberle dicho á él donde yo estoy, que decirme á mi donde él está.»

Pero si se encuentran entre los principes y grandes, almas bien nacidas que realzan la gloria de su calidad, con los mas nobles sentimientos; hay tambien no pocos entre ellos, á quienes una orgullosa educacion, y una adulacion vil y rastrera hace inhumanos. ¡Cuántos tiranos y monstruos coronados, se han hecho horriblemente célebres, por sus crueldades, cuya narracion no podemos leer sin estremecernos!

Tal fué Mahomet II (1), que obscureció el esplendor de sus victorias con sus inauditas crueldades. Podrá juzgarse de todas ellas, por la siguiente. Habia cultivado por sí mismo un campo de melones, que parecia haber distinguido el sol, sazónándolos mucho antes que los otros. El Sultán, mandó al jardinero que tuviese gran cuidado de ellos: mas á pesar de su esmerada vigilancia, no pudo impedir que uno de los pajes de palacio, que era apasionadísimo á esta fruta, cogiera cuatro y se los comiese con afán. Habiendo el jardinero notado el hurto, y conjeturando que nadie podia haberlo hecho sino los pajes, únicos que tenian entrada en el jardin, fué al instante á noticiarlo al Sultán, añadiendo que el hurto no habia mucho tiempo que se habia efectuado. Irritado Mahomet de semejante atrevimiento, hizo llamar inmediatamente á todos los pajes y mandó que se descubriese el culpado: pero como nadie se declaróse, ordenó que uno

(1) A la edad de 21 años en 1451, sucedió á su padre Amurates II; hizo á Constantinopla capital de su imperio, cuyos límites extendió con muchas y brillantes victorias, uniendo tambien á la gloria de las armas la de las letras. La historia imparcial, sin embargo le censura por varios actos de repugnante é inaudita crueldad. — T.

trás otro se fuese abriendo el vientre á todos hasta dar con el culpable; y en efecto, se hallaron los melones medio dijerridos en el estómago del undécimo cuarto. Pero basta de horrores, volvamos ya á la humanidad que nos llama; y para consolarla acabemos refiriendo algunas bellas acciones inspiradas por ella á otros corazones sensibles y benéficos.

Yendo Julio César (B. 64) de viaje, y sobreco- gido en el camino por una tempestad, se vió obli- gado á refugiarse en la casa de un paisano pobre y estrechamente alojado. Supo, á poco de haber en- trado, que en el cuarto que se le preparaba para dormir, único que habia en la casa, se hallaba á la sazón una persona enferma, y rehusando tomar- lo para sí: «si es necesario, dijo, ceder siempre los lugares mas decorosos á los grandes señores, es tambien un deber sagrado ceder los mas cómodos á los enfermos;» y marchándose en seguida, pasó la noche en una choza inmediata.

Mr. de Turenne, se granjeó el título de padre de los soldados, por sus repetidos actos de humanidad. Re- feriremos uno solo. Ejecutaba el ejército francés una penosísima retirada, durante la cual estaba Mr. de Tu- renne en movimiento dia y noche, para poner sus tro- pas á cubierto de los insultos de los imperiales. En el curso de esta marcha notó que un soldado, desfalleci- do y sin fuerzas para sostenerse, se habia echado al pie de un árbol esperando allí la muerte. Al instante echó pie á tierra el general, ayudó al soldado á levan- tarse y á montar en su propio caballo, y él mismo le acompañó á pie, hasta que alcanzaron los carros donde le hizo colocar. Esta humanidad, que tanto realzó el esplendor de sus virtudes militares, le conquistó tambien el amor de todo el ejército.

Una coleccion de acciones semejantes á la que vamos á referir sería un libro de oro. Este hecho

que Boursault (B. 65) refiere en sus cartas, y aunque tantas veces citado, merece ser repetido.

En mil seiscientos sesenta y dos, afligió á Paris el azote de una hambre cruel. Al anochecer de uno de los largos días de verano, volviendo de paseo Mr. de Sallo (1), consejero del departamento, y primer autor del diario de los Sábios, el primero y mas antiguo de todos, iba acompañado de solo un lacayo. Al volver de una esquina le acometió un hombre con una pistola en la mano y le pidió el bolsillo, aunque al parecer temblando; «os habeis equivocado, le dijo Mr. de Sallo; yo no os puedo hacer rico, no tengo mas que tres doblones, y esos os los doy voluntariamente.» Tomólos el agresor, y marchó sin decir una palabra. Luego que partió, Mr. de Sallo mandó á su lacayo que le siguiese con disimulo, que observase donde se retiraba, y que volviese á darle cuenta de todo. El lacayo le siguió por tres ó cuatro callejuelas y le vió entrar en casa de un panadero donde compró un pan. A diez ó doce casas mas allá, se entró en un pasadizo y subió á la cuarta habitacion. Luego que entró en su cuarto, arrojando el pan á presencia de su mujer é hijos, «comed, les dijo: ved aquí un pan que me cuesta bien caro; acallad el hambre. Un dia de estos me ahorrarán, y vosotros habreis sido la causa.» Su mujer, anegada en lágrimas, le tranquilizó lo mejor que pudo, y levantando del suelo el pan, lo distribuyó entre cuatro hijos pequeños que se morian de hambre. El lacayo, que habia tomado sus precauciones para no ser visto, enterado ya de todo lo que deseaba saber, volvió á referírselo á su amo, habiendo to-

(1) Nacido en Paris en 1626 y murió en 1669. Además del *diario de los Sábios*, publicó un tratado del origen de los legados. — T.

mado bien las señas de la calle y casa. A las cinco de la mañana siguiente, fué Mr. de Sallo, á donde le condujo su lacayo, y se informó en la vecindad de quién habitaba en el cuarto piso. Le respondieron que era un zapatero, buen hombre y muy trabajador, pero cargado de familia, y pobre hasta no mas; subió Mr. Sallo á su cuarto y llamó á la puerta; luego que le abrieron quedó asombrado del cuadro que se ofreció á su vista. Una mujer escuálida, cubierta con unos malos arapos; cuatro hijos pequeños y desnudos tendidos sobre unas pajas que les servian de cama, y un hombre cuyo semblante pálido, y vestido hecho giras, anunciaba su triste estado y abatimiento. Este infeliz reconoce desde luego al que habia robado la noche anterior; se arroja á sus pies, se los besa, le pide perdon, y le suplica que no le pierda. Confíesale francamente, que habiéndole faltado el trabajo habia mal vendido todo su ajuar, hasta la cama, vestidos y camisas para alimentar á su mujer é hijos; y que viéndose á canto de morir todos de hambre, habia ejecutado, por primera vez en su vida, el robo de la noche anterior. «No metais ruido, le dijo Mr. de Sallo, yo no vengo á perderos; sé que sois zapatero, hombre de bien y laborioso: tomad, ved aquí treinta doblones que desde luego os doy: comprad cordoban y trabajad para dar de comer á vuestros hijos; pues yo no os abandonaré mientras sepa que trabajais y teneis buena conducta.»

Benéfico. La beneficencia es una dulce inclinacion, una virtud celestial que nos conduce á favorecer á nuestros semejantes, á servirlos y hacerles bien. Nada acerca mas á un mortal á la Divinidad, que el ser benéfico; pues es la mas fiel imágen de Dios, que no cesa de derramar sus beneficios sobre los hombres. Los mejores presentes que el cielo ha hecho á los mortales,

decia Pitágoras (B. 66); son, «decir la verdad, y hacer bien á los otros; porque estas dos cosas son las obras de Dios(1).» Perseguidos los Scitas por Alejandro (B 67) hasta el centro de los bosques y rocas que habitaban, dijeron á este conquistador, que queria pasar por hijo de Júpiter Ammón: «Tú no eres Dios, pues haces mal á los hombres.» Se sabe la respuesta que dió un pirata á este Príncipe, que habiéndole preso, le preguntó ¿qué derecho tenia para infestar los mares? «El mismo, le dijo aquel con atrevida libertad, que tú tienes para robar al universo; pero porque yo lo hago con una pequeña embarcacion, me llaman pirata; y á tí que lo haces con una grande escuadra te llaman conquistador.»

Muy diferente del vencedor del Asia, é infinitamente mas digno del titulo de hijo de Dios, el augusto fundador de la Religion cristiana no se señaló sobre la tierra sino por sus beneficios (2). Sincero y generoso amigo de los hombres, los amó tanto como se puede amar á sí mismo é hizo mas, pues se sacrificó para hacerles bien. Siempre enternecido á la vista de los que padecen, su ternura no se limitaba jamás á una compasion estéril, pues no veia los infelices, los afligidos y los enfermos, sino para socorrerlos, conso-

(1) Del mismo modo de pensar era Ciceron, quien decia que, «en ninguna cosa se parecen mas los hombres á los Dioses que en hacer todo el bien posible á sus semejantes.»— T.

(2) Vos scitis quod factum est verbum per universam Judeam. incipiens enim á Galilæa, post baptismum, quod predicavit Joannes.

Jesum á Nazareth: quomodo unxit eum Deus Spiritu Sancto, et virtute, qui petransit benefaciendo et sanando omnes opressos á diabolo, quoniam Deus erat cum illo. — Act. Apost. c. 10. vv. 37 y 38.

Vosotros sabeis lo que ha ocurrido en toda la Judea: habiendo principiado en Galilea, despues que predicó Juan el bautismo.

La manera con que Dios ungió con el Espíritu Santo, y su virtud á Jesus de Nazareth, el cual ha ido haciendo beneficios por todas partes por donde ha pasado y ha curado á todos los que estaban bajo la opresion del demonio, porque Dios estaba con él.—Sr. Amat.—T.

larlos y sanarlos. La doctrina que vino á anunciar es una prueba aun mas grande de la bondad de su corazon. Su moral es tan pura, tan benéfica y tan propia á hacer la felicidad de la sociedad, que solo la aversion ó la prevencion mas ciega pueden negarla (1) ó ponerla en duda. « ¡ Cosa admirable, dice el célebre au-

(1) «Yo os confieso, dice el *Ciudadano de Ginebra*, que la majestad de las escrituras me admira: la santidad del Evangelio habla á mi corazon. Veo los libros de los filósofos con toda su pompa: oh, ¡cuán pequeños son, si los comparamos con éste! ¿Se puede creer que un libro tan sublime y tan simple sea obra de los hombres? ¿Puede acaso ser que aquel, cuya historia nos refiere, no sea sinó solo un hombre? ¿Es aquel tono el de un entusiasta ó el de un ambicioso sectario? ¡Qué dulzura! ¡Qué pureza en sus costumbres! ¡Qué gracia tan afectuosa en sus instrucciones! ¡Qué elevacion en sus máximas! ¡Qué profunda sabiduría en sus discursos! ¡Qué presencia de espíritu, qué finura, y qué justicia en sus respuestas! ¡Qué imperio sobre sus pasiones! ¿Dónde está el hombre, dónde está el sábio, que sepa obrar, sufrir y morir sin debilidad y sin ostentacion? Cuando Platón pinta á su *Justo Imaginario* cubierto de todo el oprobio del crimen y digno de todo el premio de la virtud, delinea rasgo por rasgo á Jesucristo; la semejanza sorprende en tal disposicion que todos los padres la han conocido, y no es posible equivocarse en ella. ¡Qué preocupacion, qué ceguedad no es necesario tener para atreverse á comparar al hijo de Sofronizo con el hijo de María! ¡Qué distancia del uno al otro! Sócrates muriendo sin dolor, sin ignominia, sostuvo fácilmente hasta el fin su personaje, y si ésta fácil muerte no hubiese honrado su vida, se dudaría aún si Sócrates con todo su talento habia sido otra cosa que un Sofista. Inventó, se dice, la moral: otros antes que él la habian puesto en práctica: no hizo pues, mas que decir lo que aquellos habian hecho, y colocar en lecciones sus ejemplos. Aristides habia sido justo antes que Sócrates hubiera dicho lo que era justicia: Leonidas habia muerto por su pais antes que Sócrates hubiese hecho un deber el amar á su patria: Esparta era sóbria antes que Sócrates hubiera elogiado la sobriedad: Antes que él hubiera definido la virtud, la Grecia abundaba en hombres virtuosos. Mas ¿de dónde Jesus tomó de entre los suyos esa moral elevada y pura, de la cual él solo ha dado las lecciones y el ejemplo? Del seno del mas furioso fanatismo se hizo escuchar la mas alta sabiduría, y la sencillez de las mas heróicas virtudes honró al mas vil de todos los pueblos. La muerte de Sócrates, filosofando en me-

tor del *Espiritu de las leyes* (B. 68). La religion cristiana, que parece no tener otro objeto que la felicidad de la otra vida, hace aún en esta nuestra dicha. Si, nos atrevemos á decirlo, las máximas del Evangelio, fielmente seguidas, reunirian á todos los hombres por los deberes mas amables y mas dulces, y harian de todas las naciones un pueblo de hermanos y de amigos.» ¿Debe, por ventura causar sorpresa, el que Jesucristo se haya dado el titulo de enviado é hijo de Dios, y que lo haya sostenido y confirmado con los mas incontrastables y resplandecientes milagros? Aunque no hubiese sido sinó un puro hombre, hubiera merecido la admiracion y el amor del universo. El primer fundador de los Cenobitas, el ilustre Abad Pacomio (1), habia nacido en Egipto, de padres idólatras. Educado desde muy jóven para servir en el ejército de Constantino el grande, fué hecho prisionero de guerra á la

dio de sus amigos, es la mas dulce que se puede desear: la de Jesús espirando en los tormentos, injuriado, burlado y perseguido por todo un pueblo, es la mas horrible que se puede temer. Sócrates al tomar la copa emponzoñada, bendijo al que se la presentaba y lloraba; Jesús en medio de su suplicio horroroso, ruega por sus verdugos encarnizados. Si la vida y la muerte de Sócrates son de un sábio; la vida y la muerte de Jesús son de un Dios. ¿Diremos que la historia del Évangelio está inventada á satisfaccion del inventor? Amigo mio, no es así como se inventa: y los hechos de Sócrates, de quien nadie duda, están menos atestiguados que los de Jesucristo. En el fondo esto es retrasar la dificultad sin desvanecerla y destruirla; seria mucho mas inconcebible que muchos hombres de acuerdo hubiesen fabricado este libro, que no el que uno solo haya dado el motivo y la moral. Jamás los autores judíos hubieran hallado ni ese tono ni esa moral, y el Evangelio tiene caracteres de verdad tan grandes, tan evidentes y tan perfectamente inimitables que el inventor seria aún mas admirable que el mismo héroe.»

(1) Nació en la alta Tebaida, hacia en el año 292, y murió en 348; fué soldado, se convirtió al cristianismo, y se hizo discípulo del santo solitario Palemon, con cuyo ejemplo y lecciones ejerció tanta influencia que cuando falleció se contaban ya en Tebaida 5000 Cenobitas de que era jefe. — T.

edad de solos veinte años y conducido á una ciudad donde residian muchos cristianos; se apresuraron éstos á prestarle tanto á él, como á sus compañeros de cautiverio todos cuántos socorros necesitaban. Enamorado de una caridad tan oficiosa abrazó desde luego una religion fundada en el amor á los hombres y que inspiraba además tan tierna humanidad para con todos, aún los mas extraños. Si quereis que se hable bien de vos, practicadlo. Los beneficios son trofeos que se erigen en el corazon de los hombres. Si éstos tienen alguna vez la flaqueza de conceder su admiracion y sus elogios á esos famosos devastadores de la tierra que solo elevan el idolo de su grandeza sobre ruinas y destrozos, tambien estiman y aman despues de su muerte, á los que han querido mas ser las delicias de la tierra que el terror del mundo.

El ingenioso autor del libro de las Máximas (B. 69) dice : « que no es tan peligroso hacer mal á la mayor parte de los hombres como hacerles demasiado bien.» Sin embargo , no tomemos jamás esta máxima como regla de conducta, sinó para evitar los excesos y para procurar colocar bien los beneficios, porque no basta querer hacer favor , ó alargar voluntariamente una mano caritativa , á los que tienen necesidad de ella, sinó que es preciso que la inclinacion benéfica sea ilustrada por la prudencia , y sobre todo dirigida segun las cualidades de las personas á quienes se favorece. Un antiguo Poeta ha dicho muy bien.

*El beneficio que es mal colocado,
Yo nunca beneficio le he juzgado (1).*

(1) Un beneficio hecho fuera de tiempo , mas es una mala accion , que beneficio. Haz el bien ; pero atiende á la persona á quien le haces. *Benefacta male collocata , male facta existimo.* — Phormio , Act. 5.º Scen. IX.

Si haces bien, dice tambien el Sábio, sabe á quien lo haces; y el bien que hagas agradará mas: haz bien al justo y recibirás una grande recompensa; sinó de él, á lo menos del Señor (1).

Si queremos, pues, que nuestros beneficios sean aprobados por Dios y por los hombres, y nos sean infinitamente útiles á nosotros mismos, procuremos derramarlos sobre la gente honrada, sobre las personas que están mas necesitadas, sobre los desgraciados que las enfermedades, una numerosa familia, y accidentes imprevistos, han reducido al mas triste estado, y que á pesar de su trabajo y buena conducta, padecen los rigores de la espantosa pobreza. Cuanto menos dignos sean de nuestra compasion, mas debemos apresurarnos á darles los socorros, y escusarles la pena de que nos los pidan. Frecuentemente los detiene la vergüenza, y hasta que el hambre está ya para devorarlos, no se atreven aún á levantar la voz para hacernos la humilde confesion de su miseria. Ved aqui lo que es necesario buscar, y procurar descubrir. ¡Qué mas feliz momento para vos, que aquel en que podreis enjugar sus lágrimas, y derramar la alegria en su corazon! ¡Qué bendicion, qué accion de gracias, y qué verdadero reconocimiento de parte de los que asi han sido socorridos y consolados! ¿Hay sobre la tierra un placer mas delicioso ni mas digno del hombre, que ganar los corazones de los otros hombres, y recibir los dulces testimonios de ellos?

«Un ministro, dice el poeta Saadi (B. 70) era benéfico:

(1) Si benefeceris, scito cui feceris et erit gratia in bonis tuis multa.

Bene fac justo, et invenies retributionem magnam; et si non ab ipso, certè à Domino. — Eccles. c. 12. v. 4 y 2.

Si quieres hacer algun bien mira á quien lo haces; y tendrás mucho mérito en ello.

Haz bien al justo, y lograràs una gran recompensa, si no de él, á lo menos del Señor.— Sr. Amat —T.

Un día con motivo de haber disgustado al príncipe, fué reducido á prision; pero el pueblo solicitó al instante su libertad; los guardias le hicieron tolerable la carcelería; los cortesanos hablaron también al rey de sus virtudes, y éste en fin le perdonó. «Vended, añade Saadi, el jardín de vuestro padre para comprar un solo corazón. Quemad hasta los muebles de vuestra casa si os falta leña para preparar la comida á vuestro amigo. Haced bien á vuestros enemigos, y no amenaceis al perro que ladra, antes bien echadle un pedazo de pan.»

Esto es cabalmente lo que hizo el emperador Carlos IV (B. 71). Supo que uno de sus oficiales, seducido por el dinero de los enemigos, meditaba asesinarle ó envenenarle. Al instante le hizo comparecer y le dijo: «he sabido con dolor, que no tienes medios para casar á tu hija que ya es nubil: toma mil ducados para su dote.» Fácil es conjeturar la sorpresa que causaría á este traidor, quien desde aquel momento renunció para siempre su criminal designio.

Los hombres se atraen con los beneficios, los cuáles ganan á los enemigos y aficianan á los amigos. Sobre todo, se debe ser benéfico con estos últimos. Amar á cualquiera es quererlo bien: un amor estéril no es verdadero amor. *Haz bien, dice el sábio, á tu amigo, antes de tu muerte* (1): el tiempo de las verdaderas liberalidades es la vida. No aguardes, pues, á hacer partícipe á tu amigo de los bienes de que eres dueño cuando ya no te halles en estado de serlo. La amistad no solo hace herederos, sinó que forma compañeros y amigos, comunicando con ellos lo que posee. El duque de

(1) Ante mortem benefac amico tuo, et secundum vires tuas ex porringens da pauperi. — Eccl. c. 14 v. 15.

Antes de morir haz bien á tu amigo, y alarga tu mano liberal hácia el pobre segun tu posibilidad. — Sr. Amat. — T.

Longueville, permitia entrar á cazar en sus posesiones á todos sus vecinos, diciendo: «que queria infinitamente mas tener amigos que liebres.»

Creed asimismo, que es mas glorioso ser amado que ser rico; y mas ventajoso tener buenos amigos que abundancia de oro. Si teneis en vuestros cofres dinero, sin el que podais pasar, destinadlo al servicio de vuestros amigos, cuando necesiten de él. Abridles vuestro corazon ofreciéndoles aún mas de lo que os pidan. Mostrad mas celo y placer en darles, que ellos puedan tener en recibir.

Mientras razonablemente se pueda, no conviene negarse á servir á los amigos en las ocasiones que se presenten. Se pierde con muchas personas todo el mérito de los beneficios pasados cuando no se quieren continuar. El que pudiendo seguir favoreciendo no lo hace, dá lugar á creer, ó que há favorecido por interés, ó que no ama ya. La amistad así como el fuego, se extingue por falta de pábulo.

La historia griega nos ofrece una accion igualmente instructiva que interesante. Periclés (B. 72) habia tenido por maestro al filósofo Anaxágoras (B. 73), á quien por ser muy pobre suministraba Periclés, lo necesario para vivir. Al cabo de algunos años, obtuvo Periclés el gobierno de Atenas, y sus grandes y multiplicadas ocupaciones, hicieron se olvidara de su antiguo amigo. Anaxágoras, se afligió tanto de este olvido que resolvió dejarse morir de hambre, y al efecto se echó en tierra y se tapó la cabeza con su manto. Avisado Periclés de esta resolucion, se fué inmediatamente á su casa, y le rogó encarecidamente se conservase para su discipulo, pues necesitaba mas que nunca de sus consejos. Entónces Anaxágoras, levantando la cabeza, le dijo con dulzura: «cuando se tiene necesidad de la luz de una lámpara, es necesario tener cuidado de echarla aceite.»

Quando sepais que vuestros amigos están necesitados, no esperéis que recurran á vos: ahorrades la vergüenza de confesar su estado, y la pena de pedir: Buscad tambien, si podeis, cualquier medio honesto para tener condescendencia á su sensible delicadeza, como hizo Despreaux (B. 74), con Patru (1) su amigo. Este célebre abogado, que habia tenido menos cuidado de su fortuna que de su gloria, se vió reducido al fin de sus dias á tan extrema indigencia, que estaba á punto (para satisfacer á un acreedor que le apremiaba) de vender á un precio muy bajo sus libros, únicos bienes que le quedaban. Despreaux lo supo, y fué al instante á ofrecerle casi un tercio mas. Pero habiendo contado el dinero, puso en el contrato una condicion que sorprendió agradablemente á su amigo: ésta fué « que guardase sus libros como antes, y que su biblioteca no seria sinó herencia para Despreaux.»

La verdadera amistad no se limita á hacer bien á los amigos durante su vida, estiende alguna vez tambien beneficios hasta mas allá del sepulcro. Las lágrimas no bastan para pagar á los amigos que perdemos. Nosotros somos deudores á su nombre, á su gloria y á su familia. Deben vivir en nuestra memoria por el recuerdo, en nuestra boca por los elogios, y en nuestro corazon por los sentimientos de benevolencia hácia sus hijos si los deja necesitados. Un magistrado perdió un amigo, que muriendo, dejó deudas y dos hijos de corta edad sin bienes. Este magistrado minoró al instante su tren y equipaje, y se fué á vivir á un pequeño arrabal, desde donde


(1) (Oliveros) abogado de Paris; nació en 1604 y murió en 1681. Adquirió gran reputacion en el foro, y fué admitido en la Academia, en donde introdujo el uso de los discursos de gracias; vivió pobre, especialmente en la vejez. Era amigo de Boileau y de Racine, á quienes debe su celebridad.— T.

todos los dias venia á pie á palacio. Sospechado de avaricia por unos, y acusado de mala conducta por otros, fué el blanco de todas las calumnias. Pasados dos años volvió á aparecer en el mundo.

Habia ahorrado una cantidad de veinte mil francos; empleó una parte de ella en pagar las deudas de su amigo, y otra invirtió en provecho de sus hijos. Esta accion de amistad y beneficencia es sublime.

MAXIMA NOVENA.

**Dad siempre con mucho agrado,
Porque una bella manera
Añade al don mayor precio,
Que aquel que en sí mismo encierra.**

uien dá luego, dá dos veces (1); pero es hacer un presente mas de cien veces, haciéndolo con buena gracia. Mr. Maupertuis (B 75), que acompañaba al Rey de Prusia en la guerra, fué hecho prisionero en la batalla de Molwitz (2), y conducido á Viena. El gran Duque de Toscana, que fué despues emperador bajo el nombre de Francisco I (3), quiso ver á

(1) Bis dat qui citó dat.

Un beneficio que se tarda en hacer pierde casi todo su valor. Tardum beneficium ingratum est.—T.

(2) Lugar de los estados Prusianos, provincia de Silecia — T.

(3) Francisco I emperador de Alemania; nació en 1708, era hijo de Leopoldo, duque de Lorena, heredó el ducado de su padre y le cambió por el de Toscana, que dejaba vacante la muerte del último de los Médicis. Casó con Maria Teresa hija del emperador Carlos VI. A la muerte de este príncipe disputó la corona imperial al elector de Babiera, y no logró hacerse reconocer emperador de Alemania hasta 1745.

un hombre que tenía tan grande reputación. Le trató con estimación, y le preguntó si no le pesaba haber perdido alguno de los efectos que le habían quitado los husares. Maupertuis, después de muchas instancias, confesó que hubiera querido salvar un excelente reloj de Graham (1), de que se servía para las observaciones astronómicas. El gran duque tenía uno del mismo relojero, pero guarnecido de diamantes, y dijo al matemático Francés: «Esta es una chanza que los husares han querido hacer, pues me han traído vuestro reloj; vedle aquí, yo os lo vuelvo.» No era posible hacer un regalo de una manera más ingeniosa y obligatoria.

Es una necedad dar con mala gracia. Lo más difícil es dar: pues ¿qué cuesta añadir al don una sonrisa? Haciendo bien, no hagais reprensiones; y cuando hagais un favor que vuestro semblante y vuestras palabras obliguen aún más. La tristeza del que dá, ofende al que recibe, y quita el precio al beneficio. Algunos se quejaban de que el Cardenal Mazarino (B.76) daba sin gracia. «Se quejan sin razón, dijo el conde de Bussi, pues se debe estar más obligado á este ministro que á los otros; porque dando releva del agradecimiento.

Los modales duros é impolíticos de ciertas personas corrompen todo el bien que hacen. *Hijo mio*, dice el Sábio, *no mezcles las reprensiones con tus beneficios, y no añadas jamás á tus dones palabras tristes ni acerbas. La*

(1) Relojero y mecánico de Londres, nació en Horsgills en 1675, murió en 1751; inventó el «escape de Cilindro,» y ejecutó excelentes instrumentos de astronomía y de matemáticas principalmente el «sector,» con cuyo auxilio ha hecho Bradley nuevas observaciones sobre las estrellas fijas: y un planetario conocido con el nombre de «Orrery,» porque fué hecho para el conde de este nombre. — T.

dulzura de las palabras vale mas que el dòn mismo (1).

Mr. Thopsom (B. 77), autor del excelente poema de las estaciones del año, se veia apremiado por un acreedor. Habiéndolo sabido Mr. Quin, fué á buscarle y le dijo: «que él era deudor suyo de cien libras esterlinas (2) porque habia resuelto hacer legados á sus amigos y á los que le habian proporcionado algun provechoso y agradable pasatiempo: he leído vuestro hermoso poema con indecible placer, y creo que vale mas pagaros vi- viendo yo, y cuando teneis necesidad del legado, que esperar á hacerlo despues de mi muerte.»

Esta delicada manera de hacer bien, equivale á un segundo beneficio: Luis XIV la solia practicar, añadiendo casi siempre alguna fineza á las gracias que concedia. Cuando dió el obispado de Nimes, al célebre Abate Flecher (B. 78), le dijo: «no te admires de que haya tardado en recompensar tu mérito, pues temia privarme del placer de oírte predicar si te hacía obispo.» Luego que vacó la rica Abadía de San German, nombró para ella al cardenal de Estrees (3) y le dijo: «apenas he sabido la muerte del cardenal de Furstemberg (4) no he querido darte tiempo para pedir su Abadía, ni aun para desearla.»

(1) Fili, in bonis non des querelam; et in omni dato non de tristitiam verbi mali.

Nonne ardorem refrigerabit vos? sic et verbum melius quam datum.—Eccles. c. 18. v v. 13 y 16.

Hijo, no juntes con el beneficio que hagas la reprension: ni acompañes tus dones con la aspereza de malas palabras.

¿No es verdad que el rocío templá el calor? pues así tambien la buena palabra vale mas que la dádiva.— Sr. Amat.

(2) La libra esterlina vale cerca de 25 francos ó sean 94 reales y 4 maravedises.— T.

(3) Personage distinguido de la antigua y noble familia del mismo nombre, nació en 1628, y murió en 1714; que con su carácter conciliador trabajó por pacificar la Iglesia, y mereció por su talento ser admitido en la academia francesa.— T.

(4) Hombre instruido y dotado de cualidades muy apreciables, obtuvo la rica abadía de San German en Paris, donde murió en 1704.— T.

Si vuestra dignidad os pone en el caso de dispensar gracias, procurad tambien hacerlo con agrado. Cuando podais dar en el mismo momento no permitais que se solicite: ceder á la importunidad, no es ser liberal, es comprar su reposo. Es dar á medias cuando no se dá en el momento mismo en que se puede. Con la dilacion en dar parece como que se gana tiempo para encontrar medios de no conceder nada, ó por lo menos se manifiesta que no se dá con placer.

A veces valdria mas negar redondamente y de contado lo que se pide que no hacer esperar el beneficio. Un hidalgo fué á la corte de Juan II rey de Portugal (1), á pedirle una gracia. El príncipe se la negó á la primera audiencia, y el hidalgo con la mayor efusion de su corazon le dió las gracias. Creyendo el rey, que no le habia comprendido, le preguntó, ¿si acaso habia entendido que le habia negado lo que pretendia? « Sí señor, le respondió el hidalgo; y por esto mismo doy gracias á vuestra Majestad; pues negando desde luego mi pretension, me dispensa el tener que permanecer por mas tiempo en la corte, para solicitar inutilmente lo que al fin no habia de obtener.» El príncipe se sonrió al oír esta aguda é inesperada respuesta, y le concedió lo que le pedia.

Es igualmente laudable el negar con razon que el dar á propósito. Sinó podeis conceder lo que se desea, haced ver al menos que sentis negarlo. Minorad la

(1) Juan II rey de portugal, apellidado el *Perfecto*: hijo de Alfonso V, subió al trono en 1481, y murió en 1495. Hizo condenar á muerte al duque de Braganza, cuñado de la reina, y mató con su propia mano á Viseo, hermano de la reina, por conspiradores. Despues empleó toda su atencion en los descubrimientos. Diego Cam, descubrió los reinos de Benin y de Congo, y exploró el cabo de las Tempestades, al cual Juan II dió el nombre de cabo de Buena Esperanza; pero este príncipe incurrió en la misma falta que otros monarcas, de haber rechazado la empresa de Cristoval Colón. — T.

vergüenza de la denegacion con palabras graciosas, y dulcificad lo que tiene de amargó con la pena que parece os cuesta á vos mismo. «Las bellas palabras, dicen los italianos, valen mucho y cuestan poco.» Esperaba un magistrado que Leopoldo, duque de Lorena (1), saliese de su cuarto para pedirle un empleo, del cual no sabia que ya se habia dispuesto en favor de otro. El duque, para evitarle el disgusto de una negativa, le dijo: «alégrate Mr., pues tu amigo acaba de obtener el empleo que venias á pedirme para él.»

Pidiendo un hombre de condicion, cierta gracia á Enrique IV, para un sobrino suyo, que habia cometido un asesinato, le dijo el principe, con urbanidad: «siento mucho no poderte conceder lo que me pides; á tí te está bien obrar como tio, y á mí como rey. Yo escuso tu pretension con que asi escúsame tú la negativa.»

Los que están en posicion de conceder mucho, se ven en la necesidad de tener que negar con frecuencia; pero una palabra fina y cortés es una gracia de que nunca deben ser avaros, pues que siempre son dueños de concederla.

(1) Leopoldo duque de Lorena, heredó los derechos de su padre Carlos IV, que habia sido expulsado de sus estados por Luis XIV; al celebrar la paz de Ryswik, le fué restituida la posesion de su ducado, vivió tranquilamente con todos sus vecinos y murió en 1729. Habiendo encontrado la Lorena arruinada y despoblada, la repobló y enriqueció, ocupándose solamente de hacer la felicidad de sus súbditos. Su hijo el duque Francisco III, se casó con Maria Teresa, y llegó á ser emperador con el nombre de Francisco I. — T.

MAXIMA DECIMA.

**No echeis en cara un servicio
Que hagais: tened entendido
Que el beneficio, por esto
Es beneficio perdido.**

Una alma generosa no pierde jamás la memoria de los beneficios que ha recibido; pero se olvida de los que ha hecho. Ella cree que le está prohibido pensar en ellos para echárselos en cara, ó para recordarlos á la persona á quien los hizo; y creeria haber perdido el mérito y la gloria del beneficio, si lo pusiese á la vista de un amigo; pues este recuerdo no es decoroso ni pertenece sino á él.

Si efectivamente es mas dulce hacer bien á los que tienen reconocimiento, hay mas virtud y grandeza de alma en hacerlo á aquellos de quienes nada se espera. La mayor recompensa del hombre benéfico está en su corazon. Jamás es engañado por un ingrato, porque tiene en sí mismo siempre el testimonio de haber hecho su deber, y practicado una virtud. Además, si ha dispensado un favor sin esperanza de recompensa de parte de los hombres, no por eso ha renunciado al premio que el cielo ha prometido á la beneficencia. Leopoldo, duque de Lorena, habia colmado de beneficios á una persona que le fuè ingrata. Hablaron de ello al principe, y respondió: «yo no debo quejarme de su ingratitud; pues no le he favorecido sinó por mi.»

Quando socorramos á los infelices, sea solo el deseo de aliviar á nuestros semejantes el motivo que nos estimule á ello, y de ningun modo el interés ni la esperanza de la gratitud, sinó queremos ser frecuentemente engañados en nuestras esperanzas. Pen-

semos solo en obrar bien: coloquemos nuestros beneficios lo mejor que nos sea posible, y dejemos á los que los reciben el cuidado del agradecimiento. No hagamos tampoco de él mucho caso, pues el mundo está lleno de ingratos. Pero como dice muy bien la Bruyere (B.79), «vale mas esponerse á la ingratitud, que faltar á los miserables.»

El temor de hacer ingratos no debe, pues, impedirnos abrir en favor de los indigentes la mano de la beneficencia. Por ventura ¿debemos esperar ser tratados mejor que Dios mismo? ¿Sus mas grandes beneficios no hacen tambien los mas grandes ingratos? ¿y no son de ordinario aquellos que mas de lleno los hán recibido, los que mas abusan de su bondad y le sirven peor? La ingratitud que los hombres nos tengan podrá llegar á sernos mas ventajosa que su reconocimiento, purificando nuestra virtud y haciéndonos mas agradables y semejantes á Dios (1). Aunque la ingratitud es un móstruo que nace como de sí mismo en el corazon del hombre, y produce en él los sentimientos mas odiosos, tambien es necesario confesar, que si se pudieran penetrar las intenciones de la mayor parte de los que hacen beneficios, se veria con frecuencia que las quejas de

(1) Et si mutuam dederitis his, á quibus speratis recipere; quæ gratia est vobis? nam et peccatoribus fænerantur, ut recipiant æqualia.

Veruntamen diligite inimicos vestros: benefacite, et mutuam date, nihil inde sperantes: et erit merces vestra multa, et eritis filii Altissimi, quia ipse benignus est super ingratos et malos.—S. Luc. c. 6. v v. 34 y 35.

Y si prestais á aquellos de quienes esperais recibir *recompensa*; ¿qué mérito teneis? pues tambien los malos prestan á los malos, á trueque de recibir de ellos otro tanto.

Empero vosotros amad á vuestros enemigos: haced bien, y prestad, sin esperanza de recibir nada por ello; y será grande vuestra recompensa, y sereis hijos del Altísimo, porque él es bueno ó *benéfico* aún para los *mismos* ingratos y malos.—Sr. Amat.—T.

ingratitude que ponderan, son tan mal fundadas como sus derechos al reconocimiento. ¡Cuántos hombres son ellos mismos, los autores principales de la ingratitude de que se quejan! La beneficencia pura y desinteresada es casi tan rara como la verdadera gratitud.

No es esto pretender escusar á ningun ingrato; pues de cualquier modo que nos hagan bien, debemos agradecerlo; pero ¿queréis que os manifiesten reconocimiento? favoreced con celo, con afecto, y con la mira de agradar. Mostrad alegría, y estimacion, y os mostrarán gratitud. Sobre todo, tened cuidado de no perder el fruto ni el mérito del bien que hagais con malos tratamientos, tanto en el acto, como antes y despues de hacer el beneficio.

El que echa en cara à otro sus beneficios y servicios, muestra claramente que no los ha dispensado sinó por vanidad ó interés. Hay gentes que os repiten eternamente, que os han hecho lo que sois, ¿puede darse cosa mas cruel, y no se manifestaria uno mas obligado si nada les debiese? Echando en cara uno à otro que le debia todo lo que era; replicó éste: «eso era verdad un momento há; pero al presente ya no lo es.»

Si frecuentemente es dureza y poco honor echar en cara el bien que hemos hecho; alguna vez es permitido recordarlo para estimular al reconocimiento que se debe tener, y que ha llegado á sernos necesario. Un romano iba á ser juzgado por el emperador, y le dijo: «señor, ¿reconocería vuestra majestad al soldado, que para apagar el ardor de vuestra sed, os llevo agua de una fuente à costa de gran trabajo? —Si, respondió el emperador, pero ese no eres tú. —Teneis razon en no reconocerme, porque despues de aquel dia hé perdido un ojo en vuestra defensa.» Habiéndole mirado entónces el emperador, con mas atencion, reconoció sus facciones, y lo recompensó.

MAXIMA ONCE.

Nunca publicueis las gracias
Que alguna vez habeis hecho ;
Pues deben estar ocultas ,
Como negocios secretos.

El gran Corneille (B. 80), dice lo mismo en una de sus piezas.

*Si un beneficio dán, en publicarlo
Pierde toda su gracia : quien quisiere
Que de él se acuerden, deberá olvidarlo.*

La verdadera beneficencia ama el secreto. Procurad que aquel á quien habeis socorrido lo ignore, si es posible. No imites á aquellos bienhechores orgullosos, que publican por todas partes cualesquiera actos de generosidad, que la ostentacion les ha estimulado á hacer, y tocan la trompeta, á fin de que todo el mundo sepa el bien que han hecho á los infelices. ¡Cuán tremendos y tal vez humillantes beneficios produce su necio orgullo! Que aprendan del excelente hecho que se sigue, la manera con que las almas verdaderamente generosas aman hacer bien. Grimaldi (1) célebre pintor y grabador italiano, tan distinguido por la nobleza de sus sentimientos y generosidad benéfica, como por su talento, supo el estado

(1) Juan Francisco Grimaldi: pintor, grabador y arquitecto italiano, nació en 1606 en Bolonia, de donde tomó el sobre nombre de bolonés, adoptó los principios del *Correggio* y del *Albano*. Llamado á Francia por el cardenal Mazarino, pintó algunos frescos en el Louvre, y en seguida lo empleó Inocencio X en pintar varios frescos en los palacios del Vaticano y Quirinal en Roma: murió en 1680.—T.

miserable de un caballero siciliano, vecino suyo. Fué muchas veces á echarle secretamente dinero en su cuarto. Pero habiendo acechado el caballero á su bienhechor, y habiéndole sorprendido, se arrojó á sus pies lleno de reconocimiento. Grimaldi le dijo levantándole: «yo hubiera gustado doblemente el placer de haberos favorecido, si hubiera podido ahorrarnos la pena de serme deudor.»

Esto no es decir que convenga siempre cubrir con el velo del secreto los frutos de la beneficencia. Se debe, para edificacion y ejemplo, dejarlos alguna vez, por decirlo así, penetrar por sí mismos, y comparecer á la luz. Es ser doblemente benéfico empeñar á los otros a serlo. Pero lo que principalmente se debe evitar es la ostentacion, que todo lo quiere hacer con estrépito, sin discernir las circunstancias, en la misma liberalidad requiere ser conocida, de aquellas en que se escusa á los infelices la vergüenza de recibir. ¿Queréis saber como es necesario dar? poneos en lugar del que recibe. El famoso Médico du Moulin (1) fué llamado á un convento por una señorita jóven, muy noble, pero muy pobre, y le confesó temblando su pobreza, con el temor de que sinó le pagaba no volveria mas. Sin embargo, volvió y dejó á la enferma un cucurucho de luisas de oro, á fin de que con una parte de este dinero le pudiese pagar, y los asistentes no percibiesen la escasez de medios de la enferma.

(1) Santiago Molin, ó du Moulin: médico, nació en 1676 en el Gevandán, murió en 1763: fué profesor de anatomia en el jardin del rey; primer médico de los ejércitos, médico de Luis XIV y de Luis XV, hizo muchas curas maravillosas y reunió un gran capital. Recomendaba la sangria, el agua, la dieta, y el ejercicio. Se cree que fué él á quien Lesage ha designado en su novela de Gil Blas de Santillana con el nombre del doctor Sangredo — T.

Es bueno y grande no querer ser loado por el bien que se ha hecho, ni tampoco sufrir las justas gracias de él, por mas delicado que sea este placer, que parece ser la mas inocente recompensa del beneficio. Habiendo ofrecido Enrique II rey de Francia, (B. 81), el empleo de abogado general á Mr. de Mesme, este magistrado se tomó la libertad de representar á S. M. que aquel puesto no estaba vacante. «Lo está, replicó el rey: porque yo estoy mal contento del que le obtenia.—Perdonadme, señor, respondió modestamente Mr. de Mesme, despues de haber hecho la apologia del acusado; «mas quisiera yo cavar la tierra con mis uñas, que entrar en este empleo por semejante puerta.»

El rey tuvo consideracion á su representacion, y dejó al abogado general en su puesto. Habiendo ido éste la mañana siguiente á dar las gracias á su bienhechor; Mr. de Mesme tuvo mucha pena en sufrir que le diese gracias por su accion, que era decia él, un deber indispensable, al cual no hubiera podido faltar sin deshonorarse á sí mismo para siempre.

La mayor parte de las personas benéficas esperan á lo menos este ligero tributo del reconocimiento, y tienen tal vez la flaqueza de quejarse cuando no satisfacen á su amor propio. Esto es, que la vanidad, este enemigo oculto de la virtud, se mezcla de ordinario aún á pesar nuestro, en el bien que hacemos para alterarlo ó corromperlo. El oro mas puro siempre tiene alguna mezcla. Hay pocas personas capaces de hacer una buena accion sin esplendor ó sin testigo, y frecuentemente la beneficencia seria muy corta sinó la acompañase la vanidad. Esta se desliza tambien en las liberalidades mas santas, pues no es molesto que los hombres sepan lo que se hace por Dios, y se consideren casi por perdidas las limosnas ignoradas. Melania (B. 82), virtuosa dama romana, habiendo oido ha-

blar de un Santo Abad, fué á verle, y le llevó trescientas libras de vagilla de plata, que le rogó se dignase recibir, como una parte de las riquezas que Dios la habia dado. El Santo Abad se contentó con responderla: «Dios quiera recompensar vuestra caridad;» y volviéndose hácia su mayordomo, le dijo: «tomad esto, y distribuidlo entre los monasterios mas pobres.» Viendo Melania que no la decia una sola palabra para manifestar el aprecio que hacia de un presente tan considerable, le dijo: «Padre mio, yo no sé si haceis atencion á que lo que os he dado, asciende á trescientas libras de plata.—Hija mia, la respondió el Santo Abad, aquel á quien habeis hecho este presente, no tiene necesidad de saber cuanto pesa, porque pesando tambien los montes, los collados y los valles en sus balanzas divinas, no puede ignorar cual es el peso de vuestra plata. Si hubiera sido á mí á quien lo hubieseis dado, tendrias razon de decirme su valor; pero habiéndolo ofrecido á Dios, que no se ha desdenado de recibir dos óbolos (1) de mano de la viuda del evangelio, y los ha preferido tambien á los presentes de los ricos; no hableis de ello mas.» Melania le dió gracias por esta leccion, y se aprovechó de ella.

La beneficencia es semejante á los perfumes preciosos, que se evaporan luego que los descubren. Vos haceis bien, ¿queréis hacerlo mejor? Procurad que yo no sepa que haceis bien, ó que yo no sospeche á lo menos que me lo habeis dado á entender. ¿Por qué llamar en confianza un tercero entre vos y la tierra? Leopoldo ese Principe benéfico, de quien ya hemos hablado varias veces, amaba el hacer bien sin que se supiese. Un caballero que nunca le habia pedido nada, aunque se halló muy necesitado, jugaba con él, y ganaba mucho. Señor jugais muy infelizmente, le dijo al Principe; y ¿no

(1) Moneda ínfima entre los Griegos, que dicen equivalia á seis maravedis nuestros. — T.

será éste acaso, un defecto de vuestra bondad? «Jamás, le respondió Leopoldo, me ha favorecido mas la fortuna, pero solo yo debo percibirlo.»

La fiesta que la Ciudad de Paris hizo el año de 1770 en la Plaza de Luis XV (B. 83), con motivo del matrimonio del Delfin Luis Augusto, con Antonia de Lorena, Archiduquesa de Austria, se concluyó, como se sabe, con un desastre espantoso, en que perecieron ciento treinta y dos personas, y un gran número quedaron heridas. En el mismo momento en que hicieron al Delfin relacion de este funesto accidente, le llevaron las seis mil libras que el Rey le daba todos los meses para sus diversiones. Uno de sus ayudas de cámara iba á encerrar este dinero. El Principe le mandó que lo pusiese en una cajita, y que llamase á un page. Escribió al instante algunas lineas, y despues de haber cerrado su billete, le dió con la cajita al page para que lo llevase en diligencia á Mr. de Sartine (1), intendente general de policia, y le dijo «que guardase sobre esta comision el mayor secreto, y que le trajese á él solo la respuesta del magistrado.» El Principe le escribia que habia sabido la desgracia ocurrida por su causa, que estaba compadecido de ella, y que le remitia para socorrer á los mas infelices lo que el rey le daba todos los meses para sus diversiones, no pudiendo disponer sino de esto. Luego que volvió el page con la respuesta de Mr. Sartine, el Delfin, despues de haberla leído, la rasgó, arrojó los pedazos al fuego, y se entró en su gabinete. ¡Oh, felices los principes que piensan tan noblemente! ¡Oh, mas felices aún los pueblos que tienen tales principes!

(1) Magistrado integro Superintendente general de policia en cuyo empleo se distinguió por su celo, sagacidad y vigilancia con que atendió á la seguridad individual y al ornato público de Paris. Aunque descendiente de una familia francesa, nació en Barcelona en 1729 y murió en Tarragona en 1801.— T.

MAXIMA DOCE.

**Prestad siempre con placer,
Pero no indiscretamente;
Recompensad si es preciso,
Mas hacedlo dignamente.**

Es necesario prestar voluntaria y gratuitamente á los que estan necesitados, pues es un acto de caridad cristiana; pero es preciso hacerlo con prudencia. Es un defecto el prestar con mucha facilidad á toda suerte de personas, porque se halla uno frecuentemente engañado. «Muchos, dice el Sabio, han considerado lo que les prestaban como si lo hubiesen hallado, y han causado disgusto á los que los habian socorrido. Ellos besan la mano del que les presta su dinero, hasta que lo han recibido, y le hacen varias promesas con palabras humildes y sumisas; pero cuando es necesario volverlo, piden tiempo, y tienen discursos llenos de tédio y murmuraciones (1).»

Si alguno cuya presencia é importunidad os fastidia y fatiga, os pide le presteis cualquiera cosa, aprove-

(1) Multi quasi inventionem æstimaverunt fœnus, et præstiterunt molestiam his qui se adjuverunt.

Donec accipiant, osculantur manus dantis, et in promissionibus humiliant vocem suam;

Et in tempore redditionis postulavit tempus, et loquetur verba tœdii et murmurationum, et tempus causabitur. — Eccles. c. 29. v v. 4, 5 y 6.

El dinero prestado le reputaron muchos como un hallazgo; y dieron que sentir á los que los favorecieron.

Hasta tanto que han recibido, besan las manos del que puede dar y con voz humilde hacen grandes promesas;

Mas cuando es tiempo de pagar piden espera, y dicen cosas pesadas, y murmuran; y echan la culpa al tiempo.— Sr. Amat.— T.

chaos de la ocasion , prestádsela de buena gana , y estado seguro de que no lo vereis en mucho tiempo.

Sin embargo , la ingratitud é injusticia de algunos no debe hacernos duros , ni exponernos á ser injustos nosotros mismos , negando generalmente el prestar . Hay casos en que la caridad obliga á hacerlo cuando se puede , pues es una verdadera limosna socorrer de este modo á los necesitados . « Muchos , dice el autor sagrado del Eclesiástico , evitan el prestar , no por dureza , sinò por el temor que tienen de que los engañen . Por lo que hace á tí , usa bondad con el miserable , y no dilates el concederle la gracia que te pide . *Asiste al pobre , porque Dios lo manda , y no le despidas con las manos vacias , pues está constituido en la miseria . Pierde tu dinero por tu hermano y por tu amigo , y no lo encierres en tus gavetas , en donde estaria mucho mas perdido para tí . Emplea tus tesoros en cumplir los mandamientos del Altísimo , y te aprovecharán mas que todo el oro del mundo* (1) .

(1) Multi non causa nequitie non fenerati sunt , sed fraudari gratis timuerunt .

Veruntamen super humilem animo fortior esto , et pro eleemosyna non trahas illum .

Propter mandatum assume pauperem ; et propter inopiam ejus ne dimittas eum vacuum .

Perde pecuniam propter fratrem et amicum tuum , et non abscondas illam sub lapide in perditionem .

Pone thesaurum tuum in præceptis Altissimi , et proderit tibi magis quam aurum . — Eccles. c. 29. v. 40, 41, 42, 43 y 44 .

Muchos dejan de prestar , no por dureza de corazon , sinò por temor de ser burlados injustamente .

Sin embargo sé tú de alma mas generosa con el humilde , y no le hagas esperar *dias y mas dias* por la limosna .

En cumplimiento del mandamiento *de Dios* socorre al pobre , y en su necesidad no le despidas con las manos vacias .

Pierde *ó gasta* el dinero por amor de tu hermano ó de tu amigo , y no le escondas debajo de una losa para que se pierda *y con él tu alma* .

Emplea tu tesoro segun los preceptos del Altísimo , y eso te valdrá mas que no el oro . — Sr. Amat. — T .

Prestad graciosamente y sin ningun interés, este es el hermoso y noble precepto del Evangelio. Los que obran de otro modo, ni tienen honor ni religion. Insensibles á la ruina de los desgraciados, á quienes la necesidad ó la suerte, obligan á recurrir á su generosidad, lo son todavia mas á los gritos de su conciencia.

No obstante, hay dos reglas que observar para prestar con prudencia, como con caridad. La primera es, no prestar sinó de lo que os s6bre despues de cubiertas vuestras necesidades y precisas obligaciones, ó si en algunos casos particulares tomais de lo que os es preciso, que no sea sinó en corta cantidad, y de manera que ni os arruineis ni os veais en la necesidad de tener que tomar prestado.

La segunda regla que prescribe la prudencia, es el tomar seguridades con vales, con tratos, empeños y cauciones. Asi lo practicó con Gabelo el sábio y virtuoso Tobías (B. 84), lo que debe servirnos de ejemplo. Por mas convencidos que estemos de la honradez de una persona, puede suceder, ó bien que èsta varíe en su conducta, ó que la muerte cambie el estado de las cosas, poniéndonos en el caso de tener pleitos con unos herederos discolos, y siempre es desagradable exponerse por hacer un favor, á disgustos que se hubieran podido evitar con sábias precauciones.

Prestar así su dinero á unos hermanos infelices, que están necesitados, aún cuando se corriese el riesgo de no volverlo á ver jamás, no es perderlo; antes al contrario, es prestar á interés, porque Dios lo volverá con usura (1). «*J6ven he sido*, dice tambien el

(1) Qui facit misericordiam, feneratur proximo suo; et qui praevallet manu, mandata servat.— Eccles. c. 29. v. 1.º

Quien es misericordioso, da prestado á su prójimo; y el que tiene abierta la mano para dar, observa los mandamientos del Señor.— Sr. Amat. — T.

Real Profeta, *que ya soy viejo, y jamás he visto al justo abandonado, ni á sus hijos mendigando el pan.* Siempre dispuesto á socorrer las necesidades de sus hermanos, con sus limosnas y sus préstamos, atrae perpetuamente las bendiciones del cielo sobre su posteridad. Es pues, emplearlo tan ventajosamente, que no hay ganancia alguna en la tierra, que pueda igualar á una tal pérdida; bien que suceda, se ha hecho uno agradable al Señor, ha ejercido la beneficencia, y ha practicado la caridad. Y la satisfaccion que acompaña á esta virtud, ¿no es preferible á todas las riquezas?

Esta bella máxima, no es por cierto la de aquellos hombres interesados, que se aprovechan de la miseria de los otros para enriquecerse con sus despojos, de lo que por desgracia tenemos muchos ejemplos; mas para confundirlos, opondremos un rasgo de virtud del Cardenal de Amboise (B. 85). Habia éste, hecho construir una magnífica casa de campo, y como por todas partes estaba rodeada de posesiones ajenas, un gentil hombre del Cardenal, creyó congraciarse con su amo, estimulando á uno de sus amigos á venderle una tierra vinculada, que contribuia á dejar mas cerrada la quinta. Al efecto, fué convidado á comer; despues de la comida, habiéndole conducido el Cardenal á su gabinete, le preguntó, ¿por qué motivo queria venderle su tierra?— «Señor, respondió el caballero; por tener el gusto de proporcionaros una ventaja que tanto contribuye á dar mayor valor á vuestra posesion. — Conservad vuestra tierra, replicó el Cardenal: es la herencia de vuestros padres; el primer título de un nombre ilustre, que os han traspasado, y debéis conservar á vuestros descendientes. Ademas yo prefiero un vecino como vos, á todas las comodidades y ventajas de mi quinta. — Señor, repuso el caballero: para mí ha tenido siempre un gran precio de afeccion la herencia de mis mayores;

y lo que os habeis servido hacerme observar me la hace, si cabe, todavía mas preciosa; pero tengo una hija, con quien quiere casarse un caballero de estas cercanias; su carácter y prendas personales, su buena reputacion en el pais, y los cuantiosos bienes de fortuna de que disfruta, todo contribuye á hacer recomendable este enlace; mas pide una crecida dote que de ninguna manera puedo darle. Hé creído, que vendiendo mi tierra podría hacer á la vez la felicidad de mi hija, dotándola decentemente, y aún reservarme algun sobrante para mi. — Este proyecto nada tiene de injusto replicó el Cardenal; pero ¿no habria algun medio de casar á vuestra hija como deseais y conservar vuestra tierra? ¿No podríais, por ejemplo, tomar prestada, de alguno de vuestros amigos, la cantidad que necesitais, sin interés y devolviéndola á plazos muy largos economizando todos los años alguna cosa de vuestro gasto, de modo que cumpliéseis casi sin echarlo de ver?— ¡Ah, Señor, exclamó el caballero! ¿En dónde se encuentran hoy los amigos, que presten sin interés semejante cantidad, reintegrable á plazos tan largos?— Tened mejor opinion de vuestros amigos, repuso entónces el Cardenal, alargándole la mano: contadme á mi en el número de ellos, y recibid la cantidad que necesitais, con la condicion que acabo de explicaros.» Arrojándose entónces, el agradecido caballero, á los pies de su bienhechor, no pudo responder sinó con lágrimas, á un procedimiento tan noble; y el Cardenal nunca se mostrò tan contento, como en adquirir un amigo en lugar de una tierra.

Hay personas, de quienes algunas veces es tan difícil cobrar lo que se les ha prestado, que se ganaria mucho haciendo con ellos lo que hizo un dia S. Francisco de Sales, con un hombre que conocia por mal pagador, y que habia ido á pedirle prestados

veinte escudos ; « tomad diez , le dijo el Santo : en lugar de prestároslos , os los doy , con lo cual vos ganais y yo tambien. »

No es necesario obrar con menos prudencia en hacer préstamos , que en el exigir fianzas . Si el Sábio dice que el hombre de bien responde por su prójimo , y que el que no tiene sentimientos abandona á su amigo , no queriendo salir fiador por él en su estrema necesidad , añade tambien que el empeño de fiar inoportunamente , ha perdido á muchos que iban bien en sus negocios , y que no debemos jamás olvidar el favor que nos hace el que sale por fiador nuestro , porque se expone á un gran peligro (1).

Seria en efecto , una horrorosa ingratitud el menospreciar tal favor ; y solo los mónstruos son capaces de dejar entre conflictos y embarazos al que ha tenido la bondad de salir fiador por ellos . Bien seguro es , que no encontrarán semejantes amigos , al paso que el que mantenga su palabra , y corresponda fielmente á los que le hayan favorecido , encontrará siempre lo que necesite . Pero , si engañamos á los que han creído poderse fiar de nosotros , no lo volverán á hacer segunda vez , y mereceremos probar desaires humillantes y vergonzosos .

El conde Luis de Canosse , obispo italiano , tenia en Roma una hermosa vagilla de plata en la que se veian varias piezas primorosamente labradas . Entre ellas habia una taza cuyas asas estaban hechas en forma de tigre , y cuya labor era admirable . Un caballero conocido del prelado , envió un dia á suplicarle se la prestase por poco tiempo

(1) Gratiam fidejussoris ne obliviscaris : dedit enim pro te animam suam . — Ecles . c . 29 . v . 20 .

No te olvides del beneficio que te ha hecho tu fiador , pues ha espuesto por tí su hacienda y aún quizá su vida . — Sr . Amat . — T .

á pretexto de que queria mandar hacer otra igual; pero habiéndola tenido en su poder mas de tres meses, se vió el Prelado en la necesidad de mandar por ella. Algun tiempo despues, el mismo caballero, envió á pedirle prestado un salero que tenia la figura de un cangrejo; pero el Conde le dijo con burlesca sonrisa, al paje recadero: « id y decid á vuestro amo, que si el tigre siendo el mas ágil de todos los animales, ha tardado tres meses en volver, me temo mucho, que el cangrejo que es el mas pesado no vuelva en otros tantos años; que me dispense pues, de que no se le envíe »

Recompensad, si es preciso;

Mas hacedlo dignamente.

En materia de recompensa, el que teme ser generoso, está muy cerca de ser injusto. Se habia señalado un soldado en una batalla sangrienta de cuyas resultas le amputaron los dos brazos. Le presentaron á su coronel, el cual no le ofreció sinó una pieza de veinte y cuatro sueldos. « ¿Creéis vos, mi coronel, le dijo con franqueza el soldado, que yo no he perdido sinó un par de guantes? »

Las recompensas deben ser dispensadas por las manos de la justicia, y en cuanto es posible, proporcionadas á los servicios, pues son su premio legitimo. Preguntábanle á cierto grande, ¿cuándo pensaba hacer algo en favor de un hombre de mérito, que habia estado por muchos años consagrado á su servicio? «Cómo respondió: todos los dias le veo y le recibo con la mayor amabilidad.»

Esta manera de recompensas tan singular, como poco sólida, parece á la de Enrique IV. No siendo aún este príncipe, sinó rey de Navarra, se contentó con dar su retrato á d' Aubigne, que le habia hecho unos servicios importantes. Este señor,

que era de tan bello entendimiento como gran capitán, puso debajo del retrato estos versos:

*De estraña naturaleza
Es este principe nuestro ,
No acabo de comprender
Qué diablo ha podido hacerlo ,
Pues recompensa en pintura
A quien le sirve en efecto.*

Sin embargo, Enrique IV pensaba otras veces bien sobre este punto. Ved aquí una prueba, que no hace menos honor á la rectitud, que á la generosidad de su alma. Un oficial tuerto, cojo y manco, que se habia distinguido en el servicio de este principe, le presentó un memorial, en que le pedia alguna recompensa, y esponia el número de heridas que habia recibido. Enrique IV, despues de haber leído el memorial, dijo; «veremos.»—Señor, respondió el oficial cuando yo he sido mandado para el servicio, de V. M. si hubiera dicho *veremos*, no tendria un ojo, una mano y un pie de menos.» El Rey al pronto se indignó de esta falta de respeto, pero su bondad en breve lo desarmó en favor de un oficial mutilado en su servicio; juzgó que un hombre que le habia sacrificado sus miembros tan amados y preciosos, habia espiado esta falta anteriormente, y le concedió la recompensa que merecia.

Luis XI, que fué un compuesto caprichoso de buenas y malas cualidades, sabia asimismo recompensar noblemente el valor; y lo prueba lo que hizo con Raoul Lannói. Habiendo subido este capitán al asalto, por entre el hierro y el fuego en el asedio de Quesnoi (1), Luis XI, que habia sido testigo de su ardor, le puso

(1) Ciudad de Francia cabeza de cantón (N) á tres y media leguas N. O. de Avesnes. Fué tomada por Luis XI, á los Borgoñeses, en 1477.

al cuello una cadena de oro , diciéndole : « Por la pascua de Dios , amigo mio (este era su juramento ordinario) tú eres muy furioso en un combate ; es necesario encadenarte , porque no quiero perderte deseando servirme de tí muchas veces . »

Despues de los servicios el mérito es el que principalmente deberian los principes y los grandes aficionarse á recompensar , porque éste es el mas noble uso que pueden hacer de su poder y de sus riquezas . No hay medio mas seguro de transmitir á la posteridad su nombre colmado de gloria y elogios . Sin hablar de Augusto (B. 86) , de Mecenas (B. 87) , de Leon X (B. 88 .) , de los Médicis (1) , y tantos otros que han estimado recompensar el mérito , porque ellos mismos lo tenian , y eran grandes ; por esto Luis XIV , ha hecho su reinado tan célebre y fértil en grandes hombres de todas clases , pues se complacia en animar con sus recompensas el mérito y los talentos . Tuvo la felicidad de ser ayudado en esto por uno de los mas grandes ministros que ha tenido la Francia , el ilustre Colbert (B. 89) . Ved aqui de ello un ejemplo que escogemos entre mil .

Carlos II rey de Inglaterra (B. 90) , habia enviado á Luis XIV , dos relojes de repeticion , y eran los primeros que se habian visto en Francia . No se podian abrir sinó por medio de un secreto : precauciones de artifices ingleses para ocultar la nueva construccion ,

(1) Familia ilustre de Florencia , que los genealogistas hacen remontar hasta Carlo Magno ; pero cuyo verdadero gefe fué Evrardo , confalonier ò gefe de la república de Florencia , á principios del siglo XIV . A mediados del mismo fueron reemplazados en el poder por la familia de los Albizzi ; pero no tardaron muchos años en hacerse poderosos por sus riquezas y en volverse á poner á la cabeza de los negocios de Florencia , siendo el primero Juan de Médicis , nombrado tambien confalonier , quien á su muerte á principios del siglo XV , dejó dos hijos , Cosme y Lorenzo , que tuvieron una posteridad ilustre , pues del primero , han descendido entre otros Leon X y Clemente VII (Véase la Biografía de Leon X) . — T .

y asegurarse la gloria y el provecho de ella. Los relojes se descompusieron, y habiéndoselos entregado á Martinot, relojero del rey, no pudo abrirlos, ni trabajar en ellos. Pero le dijo á Mr. Colbert, que no conocia sinó un jóven carmelita que fuese capaz de abrir los relojes, y que si éste no lo hacia, seria necesario resolverse à remitirlos á Inglaterra. El Carmelita, de quien Martinot hacia un elogio tan glorioso para si mismo, era el Padre Sebastian (1), que tenia un talento muy raro para la mecánica. En efecto abrió los relojes muy prontamente, y los compuso sin saber cuan importante era por las circunstancias, la obra que se le habia encargado. Algunos dias despues fué una órden de parte de Mr. Colbert al P. Sebastian, para que se presentase, sin decirle nada mas. Presentose, turbado y temblando. El Ministro, acompañado de dos miembros de la academia de las Ciencias, le habló de los relojes, elogió su habilidad, y le manifestó para quien habia trabajado: le exhortó á cultivar su talento; le recomendó trabajase á la vista de aquellos dos académicos que le dirigirian; y para animarle mas y hablar mas dignamente como Ministro, le dió seiscientas libras de pension cuyo primer año le fué pagado el mismo dia. No tenia entónces mas que diez y nueve años, con este estímulo ¿qué deseo de hacer adelantos no debió animarle? Llegó á ser el mas hábil maquinista de su siglo.

(1) Juan Truchet; célebre mecánico, nació en Lion en 1637, murió en 1729; entró en la órden de los Carmelitas, en donde tomó el nombre de Padre Sebastian. Le impulsó Colbert para que se dedicase con exclusion al estudio de la hidráulica; tuvo mucha parte en los trabajos de conduccion de aguas á Versalles; fué consultado para todos los canales que se construyeron despues en Francia, y dirigió por sí solo el de Orleans; inventó la máquina llamada diablo para el trasporte de los árboles, y fué admitido en clase de honorario de la academia de Ciencias.—T.

Leon X, de quien acabamos de hablar, recompensó de otra manera á un químico que se lisonjaba de tener derecho á sus beneficios, por haber encontrado, le decia él la piedra filosofal. El Soberano Pontifice le hizo dar un gran bolsillo vacío, añadiendo, «que supuesto sabia hacer oro, no tenia necesidad sino de una bolsa para echarlo.»

Este gran Papa, que fué el protector celoso de las artes y de las ciencias, y el restaurador de las letras en Italia, era muy sábio y muy ilustrado para honrar con sus recompensas á los charlatanes y visionarios, pues creia con razon que debia reservarlas al verdadero mérito.

Aunque mas grandes y dignas recompensas que las de la tierra están destinadas á la virtud, sin embargo, debemos concederles las que dependan de nosotros. El principe de la Tour de Taxis, director general de postas del imperio de los Países Bajos, estando en Nivelles (1), fué á pasearse con una dama canonesa á la feria que habia allí entónces. Él la preguntó, qué era lo que podia comprarla que le diese gusto. Se acercaron á una tienda, y el Principe pidió los mejores abanicos. Se los mostraron, diciendo que el precio era dos luises. «Esto no es lo que yo quiero,» dijo él. Fué á otro mercader, que se los presentó de cinco luises. El principe le dió la misma respuesta. Este mercader comprendió el pensamiento, y le dijo que aún tenia otros abanicos, pero mucho mas caros: se los manifestó y dijo que no eran menos de veinte y cinco luises. Pero no llevando tantos en el bolsillo, dijo al mercader que fuese á la posta por ellos cuando quisiese. Habiendo ido el mercader declaró al maestro de la posta, que el abanico que habia vendido al Principe, no valia sino cinco luises como los otros, y

(1) O Nivelles, ciudad de Bélgica (Brabante meridional), capital de Distrito, á 5 leguas S. de Bruselas. — T.

que últimamente le habia pedido tan considerable suma , porque habia juzgado que el Principe estaba muy deseoso de hacer un regalo que fuese de mayor precio; pero que su conciencia no le permitia tomar por el abanico mas que su justo valor. Instruido el Principe del procedimiento de este honrado mercader , le hizo presentar y le dijo: «Si vuestro abanico no vale mas que cinco luises, vuestra integridad vale veinte: recibid los veinte y cinco , pues los mereceis.»

MAXIMA TRECE.

**Del prójimo no envidicis ,
La suerte ó felicidad ;
Ni lo que os han confiado
Vayais luego á divulgar.**

Si es un hombre de bien y honrado , es digno de su felicidad , y debéis aplaudirla. Si es un malvado y hombre poco honrado , la Escritura os advierte que no envidieis la gloria ni las riquezas del pecador (1). Su prosperidad se desvanecerá como un sueño , y se secará como un torrente; ó si su felicidad , lo que es raro, dura tanto tiempo como su

(1) Noli æmulari in malignantibus: neque zelaveris facientes iniquitatem.

Quoniam tanquam fenum velociter arescent, et quemadmodum olera herbarum citó decident.— Salmo. 36. v v. 1 y 2.

No envidies *la prosperidad* de los malignos, ni tengais celos de los que obran la iniquidad; porque como heno se han de secar muy presto, y como la tierna yerbecilla luego se marchitarán. Sr. Amat —T.

No codicies la suerte

De los malos , ni envidies la grandeza,

A fuerza de maldades adquirida.

En las flores advierte

Y en las yerbas del campo la presteza,

Con que mustia la vega mas florida

Se secan una à una ,

Y esa es la duracion de su fortuna.—Sr. Carvajal.—T.

vida, esta felicidad le hará la muerte mas amarga y mas terrible. Además lo que posee le ha costado muy caro, pues ha sacrificado su reposo y reputacion, y menospreciado la probidad y la conciencia. ¿Quisiérais comprarla á este precio?

No envidieis, pues, la felicidad de los malvados, ni os dejéis deslumbrar por la prosperidad pasajera del rico orgulloso. Él vive en la abundancia; parece que no participa de las miserias humanas; y engreído con su grandeza y poder, no piensa sinó en gozar de los bienes de la tierra. Tiene entrañas de hierro para el pobre que gime bajo el peso de sus males, y no le dá ni aun las migajas que caen de su mesa espléndida y delicada. Pero esperad un momento: todo vá á cambiar de aspecto. Su gloria desaparece como un relámpago, y á sus placeres suceden los mas espantosos tormentos. El pobre al contrario, el justo miserable que él ha despreciado, está colocado en el seno de la gloria, y bebe tranquilamente un torrente de delicias que cae del trono de Dios.

Las riquezas, la gloria, y los honores de los otros, son sin embargo, uno de los mas ordinarios alimentos de la envidia; los mismos grandes, no están siempre exentos de esta baja pasion. Ella divide en la corte y en los ejércitos á los que el interés comun, el bien público, el amor al príncipe y á la patria, debería reunir. Procuran destruirse á costa del estado: y ¡cuántas veces las infelicidades públicas no han tenido su origen en sus celos particulares!

No hay cosa, por mas sagrada que sea, para un corazón, que no exaspere é infecte la envidia. Ella condujo al celoso Cain (1), á manchar sus manos

(1) Hijo de Adam y el primer fraticida del mundo, pues mató á su hermano Abel, por envidia de su virtud. Dios le maldijo y á toda su posteridad, lo condenó á vivir errante sobre la tierra, y le marcó la frente con un signo de reprobacion.—T.

en la sangre de su hermano : ha escitado la saña homicida de Saul (1), contra los hèroes de Israel, á quienes éste príncipe no podia reprender sinó el haber servido muy bien á la pátria y haber obtenido elogios muy justamente merecidos, y ha hecho cometer el mas grande de todos los delitos, *el deicidio*. Son capaces de todo cuanto pueden serlo, enemigos del mérito y de la inocencia.

Se puede tal vez imponer silencio á la envidia con tratamientos honestos y con beneficios ; pero no se cambiará , pues vivirá tanto como subsistiere el mérito que la ha hecho nacer. Parece que la elevacion de los otros abate al envidioso, que le privan de las alabanzas que les dan y que los honores que aquellos reciben , son unas injurias que le han hecho. Asi es , que no hay cosa que no haga para derramar sobre las buenas cualidades ajenas unos colores que las alteran. Encontrará tachas en lo que todo el mundo admira ; disputará en público las cualidades loables que está precisado á confesar en secreto , y se esforzará á lo menos en disminuir el esplendor , sinó puede llegar al punto de oscurecerlo. Cuando aquel célebre navegante , á quien debemos el descubrimiento de la América, anunciaba un nuevo hemisferio, sostenian que no podia existir; y cuando lo descubrió, pretendieron que lo habia estado mucho tiempo antes. Los que no le negaban este descubrimiento , procuraban disminuir su mérito, representándole como fácil. Colón (B. 91) propuso á sus envidiosos , para confundirlos, hacer man-

(1) El primer rey de los Israelitas, ungido por el profeta Samuel , con quien dividió el poder por algun tiempo , hasta que habiéndole irritado por sus continuos actos de desobediencia, fué abandonado del Señor , y pereció con cuatro de sus hijos en la batalla de Gelboe , contra los Filisteos , 1040 años antes de Jesucristo. (Véase la historia Sagrada y la enciclopedia universal Eclesiástica).— T.

tenerse un huevo derecho sobre un plato. No habiéndolo podido hacer ninguno de ellos, cascó la punta del huevo, y lo ejecutó. « Esto era muy fácil, dijeron los concurrentes. — Pues ¿ cómo no lo habeis hecho, replicó él? »

La envidia, incapaz de todo mérito, no puede sufrirlo en los otros, y tan ciega como injusta en sus juicios, antes que reconocerlo y atribuirle sus felices sucesos, dará todo el honor á las causas mas lastimosas y ridiculas. Un oficial de un ingenio muy mediano, envidioso de la gloria de un capitán, que habia hecho una bella acción, escribió á Mr. de Louvois (1), que este capitán era hechicero. El ministro le respondió: « Mr., yo he dado parte al Rey del aviso que me habeis dado: S. M. me ha dicho sobre ello, que si ese capitán es hechicero, por lo que hace á vos, que no lo seais.» Procuremos obrar mejor que los que obran bien, pues ésta es la mas bella y gloriosa venganza que podemos ejercer contra los que pueden ser el objeto de nuestros celos. La noble emulacion fué siempre permitida y loable; la envidia no lo fué jamás. La primera, es un sentimiento valeroso, que enaltece el alma: la segunda, es una pasión baja, que no pudiendo llegar á la altura de los otros, procura rebajarla. Se deprime lo que no se puede hacer, porque es mas fácil depreciar que sobrepajar ó igualar.

Así es, que la envidia tiene un no se qué de vergonzoso, que hace se le oculte á sí misma. Con frecuencia vemos á muchos que hacen vanidad de sus pasiones mas delincuentes, de sus excesos y de sus vicios, y que se vanaglorian de ellos, porque están tan ciegos que se coronan de su propia afrenta; pero la envidia es

(1) Ministro de Luis XIV, nació en París en 1644; se hizo notable por la severidad excesiva que desplegó contra los Calvinistas, y llevó su orgullo y crueldades á punto de indignar al rey cuya gracia iba á perder cuando murió de repente en 1691.—T.

una pasión que no se atreven á confesar jamás. Se avergüenzan de tenerla, y aún mas de manifestarla, porque significar la envidia, es reconocer su inferioridad ó hacer ver el temor que tienen de ser oscurecidos, pues es una confesion de la dicha ó el mérito de los otros, y un homenaje secreto que se les tributa. La envidia, hace honor al que es objeto de ella; pues bajo de un desprecio aparente oculta una estimacion efectiva. Si se deben quejar alguna vez los que excitan los celos, porque pueden llegar á ser la víctima de ellos, se deben frecuentemente quejar aún mas los que los excusan, porque no perdonan sinó al vicio y á la oscuridad. Temistocles (B. 92), decia, «que no envidiaba la suerte de quien no tenia envidiosos.»

La envidia, no es solamente una de las mas vergonzosas pasiones, sinó tambien una de las mas crueles. Ella misma, es un suplicio. Los talentos, la reputacion y la prosperidad de los otros, son otros tantos gusanos que roen á un hombre envidioso, y lo devoran en secreto. Cuanto mas crece la gloria y la fortuna ajena, mas se fortifica y enciende su aversion. Ella llega á ser dentro del envidioso, como un veneno que lo abrasa, y comunica la amargura á toda su vida. Así, todo hombre que nace envidioso, es naturalmente triste, y Rousseau (B. 93), tiene razon de decir hablando de la envidia:

*Cruel monstruo, enemigo con porfia
De los tristes mortales, y del dia,
Que siempre de si mismo ensangrentado
Es eterno verdugo desgraciado,
Y viviendo en un triste abatimiento,
Solo toma alimento
De la hiel que le mata y envenena.
A mi me causa pena
Ver sus ojos confusos y turbados,
Siempre de fuego oscuro muy cargados:*

*En vez de sangre, corre por sus venas
(Si es que circulacion conserva apenas)
Un impio veneno,
Que le yela y abrasa el triste seno.*

Es necesario ser muy ingenioso para atormentarse á sí propio, para formarse una pena de los progresos de otros, y para no volver contra sí lo que les es favorable. Sin embargo, esto es lo que hace el envidioso: se aflige de lo que alegra á los otros, y se alegra de lo que los entristece y contrista.

¡Cuántos se ven, que enfadados tambien de la buena opinion que ciertas personas tienen de sí mismas, y celosos de la satisfaccion que ellas gustan, sienten un placer maligno en desengañarlos, y hacerles perder aquella idea que les lisonjea, y á nadie perjudica! ¡Cuántos tienen el alma tan mal formada, que envidian á los otros hasta los placeres mas necesarios é inocentes!

El duque de Lauzun, habiendo sido puesto en prision por órden de la Côte, habia encontrado el secreto de divertirse con una araña, á quien habia hecho familiar. Ella venia á comer á su mano, y despues se volvía á su agujero, donde habia estendido su tela. Se habia puesto gorda, rellena, y formaba todo el placer del Duque. La mostró un dia al gobernador del Castillo en donde estaba arrestado, y éste habiéndola dejado caer en tierra, espachurró el insecto con una alegria maligna. El Duque se irritó, y luego que salió de la prision, se quejó al Rey de la accion del Gobernador, que calificó de bárbara. El Rey juzgó que un hombre capaz de envidiar á un preso semejante placer, debia ser de un mal carácter, y le depuso de su empleo.

Ni lo que os han confiado
Vayais luego á divulgar.

Si alguno os manifiesta tanta confianza, que deposite su secreto en vuestro pecho, debeis lisonjearos de ello y es necesario guardarlo mas escrupulosamente, que lo que os interesaría é importaría ocultar con mas cuidado (1). Unos cortesanos decian al privado de un principe: ¿Qué hay de nuevo, y qué os ha dicho hoy el Rey, pues no se fia sino de vos? «Siendo así como decis, les respondió, ¿por qué me lo preguntais?»

De todos los secretos, los que se deben guardar con mas cuidado son los del estado é intereses públicos ó de familias, porque su violacion tiene de ordinario las mas grandes consecuencias, y siempre es á lo menos una imprudencia el preguntarles á los que son depositarios de ellos. Aulo Gelio (2), nos ha conservado en esta materia una bella respuesta, que merece ser sabida de todos los jóvenes.

Era en otro tiempo uso en Roma, dice, que los senadores llevasen con ellos al Senado, á aquellos hijos suyos, que vestian tambien la pretesta, ropa

(1) Revelando un secreto, se falta á la promesa que hizo el que ofreció callar lo que se le confió: se falta tambien á la justicia, haciendo comun á otros, aquello de que solo era dueño el que confió el secreto, y queria que estuviese reservado para sí solo, y se pervierte el orden de la sociedad humana. Son gravísimos, pues, los daños que se siguen de no guardarle, por eso dice Plauto, en una de sus comedias: «que, el que es fácil en comunicar lo que debe tener reservado, contribuye á que sus enemigos le hagan mal con lo mismo que él pensaba librarse de ellos.» — T.

(2) Célebre gramático latino; vivia en Roma por los años 150 de J. C., bajo el reinado de Adriano y sus sucesores. Se conserva de él aunque incompleta una obra que tituló *noches áticas*, por haberla compuesto en Atenas, durante las tardes de invierno; y es una coleccion en que se encuentran preciosas reseñas sobre la antigüedad, muchos fragmentos de autores antiguos poco conocidos, y discusiones críticas y gramaticales. — T.

bordada de púrpura, que traian solamente hasta la edad de catorce años. Un dia que trataron un negocio importante, y que fué necesario remitirlo á la mañana siguiente, convinieron en no hablar de él hasta que fuese decidido. El jóven Papirio, habia asistido en este dia al Senado con su padre. Su madre le preguntó de qué cosa se habia tratado.—El niño respondió que le estaba prohibido el decirlo.—La madre quedó con mas curiosidad de saberlo.—Cuánto mas el niño insistia sobre la necesidad de callarlo, mas irritaba sus deseos. En fin, estrechado al extremo, tomó ingeniosamente el partido de decirle otra cosa diversa. « Ha habido disputa en el Senado, la dijo, sobre decidir si era mas útil á la república el permitir á los hombres casarse con dos mujeres, ó á las mujeres casarse con dos hombres.» Esta novedad sorprendió estrañamente á la madre, la cual salió al instante de su casa, y fué á contarselo á sus amigas. A la mañana siguiente el Senado fué cercado de damas, que rogaban con lágrimas que no se concluyese nada sin oirlas. Los senadores muy atónitos, preguntaron, ¿qué locura era la de aquellas mujeres, y qué querian?—El jóven Papirio, se adelantó en medio de la asamblea, y refirió las instancias que su madre le habia hecho, y lo que la habia respondido. El Senado alabó su constancia y entendimiento, y dió un decreto que prohibia á los senadores llevar de alli adelante á sus hijos al Senado, escepto solamente Papirio.

Tened mas constancia y prudencia, que nada en el mundo os empeñe á hacer traicion jamás á la confianza que han hecho de vos. Sed fiel á los que os han creido que lo sois. Acordaos que el secreto debe ser colocado en la clase de las cosas mas sagradas: que una de las primeras leyes de la sociedad, es la de callar lo que no se debe revelar; y que no tenemos dere-

cho para disponer de un bien , del cual no somos sinó unos depositarios. Guardad tambien inviolablemente los secretos de la amistad. « El que descubre los secretos de su amigo , dice el sábio , pierde su confianza , y no encontrará jamás amigos segun su corazon.» Sedle fiel en la conexion que teneis con él. Si revelais sus secretos , es en vano que procureis volverlo á recuperar : iriais inútilmente tras de él, porque está ya muy lejos, y se ha escapado como una cabra que se liberta de la red ; porque su alma está herida. Se puede uno reconciliar aun despues de las injurias ; pero cuando un hombre es tan infeliz que revela los secretos de su amigo , no le queda alguna esperanza de lograrlo (1).

Un hombre infiel al secreto no será jamás amado ni estimado de nadie , y aún los que le hacen hablar, serán los primeros que le desprecien. Las mínimas faltas en este género son , por decirlo asi, delitos irremisibles, y se castigan de la manera mas sensible en una persona que no ha perdido todo sentimiento, ésta es no dejarle jamás ocasion para que recaiga en ellos. Luego que dejais salir de vuestros lábios los secretos de vuestro amigo , creed que la amistad, la felicidad, el honor, la sabiduria y la justicia, salen de vuestra alma en el mismo tiempo.

Estad , pues , siempre con mucho cuidado para no decir ni aun hacer nada que pueda descubrirlo, porque se puede faltar á un secreto en muchas maneras. Hay gentes que prometen el secreto, y que lo revelan sin saber lo que hacen : no lo dicen, y se lee en su frente y en sus ojos. Otras no dicen espresamente la cosa que se les ha confiado, pero hablan y obran de manera, que la descubren por si misma.

(1) Qui denudat arcana amici , fidem perdit , et non inveniet amicum ad animum suum.—Eccles. c. 27. v. 17.

Quien descubre los secretos del amigo ; pierde el crédito , y no hallará un amigo á su gusto. — Sr. Amat. —T.

Frecuentemente, es tanto faltar al secreto, como dar á entender que lo guardan, ó que son depositarios de él. No conviene tampoco que se sepa que hemos tenido una cosa bajo de secreto, ó que la tenemos aún. Un secreto sospechado es mas que medio revelado.

Hay algunos que imaginan no haber faltado al secreto, porque no lo han dicho sinó á una persona, y aún esta amiga. Pero no se lo habian confiado con el permiso de decirlo á esta persona, y será cosa muy rara que esta suerte de confianzas no pase aún mas adelante. Uno, fué á referir á otro, una cosa que le habian dicho bajo secreto, y le recomendó que no hablase de ella: «Estad tranquilo, contestó, pues yo seré tan discreto como vos.»

No basta tener oculto lo que nos ha sido confiado bajo la condicion del secreto. El trato y la sociedad, requieren una convencion general y tácita, que obliga á callar todo lo que en algun modo puede ser perjudicial á quien lo haya dicho. Esta era la bella máxima del conde de Shaftesbury, que tuvo una excelente ocasion de ponerla en práctica. Este señor, tan célebre en la historia de Inglaterra, por la gran parte que tuvo en los movimientos, que agitaron el reinado de Carlos II, habia llegado á ser, de ministro de este Principe, su mas peligroso enemigo, adhiriéndose al partido del Parlamento. Algun tiempo despues acusaron en él á Mr. Hollis, sobre unas negociaciones secretas que habia tenido con el Rey. Nada faltaba para perderle sinó testigos. Contaban encontrar uno de ellos, como deseaban en la persona del Conde, que se habia hallado en el caso de poderlo saber todo. Tenian tanto menos motivo de dudar que declarase, cuanto mas veian que era para él una bella ocasion, y tal, que se presentaba por sí misma para arruinar á un antiguo enemigo. Con este pensamiento, citaron al Conde, le interrogaron, y respondió: «que no podia resol-

verse á hablar, porque seria confesar, que si sabia alguna cosa contra Mr. Hollis, habia recurrido á este medio infame para vengarse de un enemigo.» Los que le habian hecho comparecer le exhortaron, le estrecharon, y hasta le amenazaron; pero todo fué inútil. Le mandaron retirar, y varios miembros del Parlamento propusieron con tanto calor el encerrarle en la Torre, que sus amigos asustados fueron á solicitar, que cediese á las instancias de la Cámara. Mas se mantuvo firme en su resolucion, y tuvo la felicidad que merecia su generosa accion, que fué la de encontrar bastantes amigos para sacarle del aprieto. Mr. Hollis fué á darle gracias en términos llenos de reconocimiento y estimacion. El Conde le dijo, «que no pretendia imponerle obligacion alguna por la accion que acababa de hacer, que se debia á sí mismo la conducta que habia tenido, y que hubiera hecho lo mismo por cualquier otro: que sin embargo conocia el mérito de Mr. Hollis, y el precio de su amistad, para estar pronto á aceptarla como un insigne favor, si lo juzgaba digno de él.» Atónito Mr. Hollis, de este discurso, tanto como de lo que habia dado motivo á él aseguró al Conde de su afecto sincero y celoso. De este modo una antigua desavenencia entre dos hombres generosos, opulentos y vecinos, se cambió en una verdadera y sólida amistad.

Aunque el secreto debe ser ordinariamente inviolable, sin embargo, hay casos en que se puede, y se debe revelar (1). Si debe dañar al inocente, ó arrastrar al

(1) Si la cosa sobre que se encarga el secreto, es perjudicial á la Religion, á la pátria, ú opuesta á los principios eternos del derecho natural y de gentes, claro es, que no hay obligacion de guardarle; porque nadie puede obligarse, ni se entiende que se obliga, á encubrir cosas tan injustas y tan dañosas á la sociedad. Y si las leyes imponen á los hombres la obligacion de guardar el secreto, porque asi conviene á la conser-

delito, no temais descubrirlo á la persona que llegaría á ser la víctima de él, ó á los que pueden estorbarlo. Enrique III, rey de Francia, habia hecho prender al rey de Navarra, que despues fué Enrique IV. Habiendo encontrado este príncipe medio para escaparse de la prision, se sospechó que Fervasques habia tenido conocimiento de esta fuga, y culpa en no haberle avisado. Furioso el Rey juró, en el impetu de su cólera, que Fervasques pagaría con su cabeza esta traicion, y añadió que cualquiera que le avisase á este traidor, le responderia de su fuga. Crillon y varios cortesanos estaban presentes; y como conocian á Enrique III, capaz de hacer perecer á un inocente, Crillon se enfureció al oírle jurar la muerte de un hombre de calidad, buen oficial, y de un valor á toda prueba, y resolvió librarlo del inminente peligro en que lo veia; vá á buscar á Fervasques, le avisa de lo que acababa de suceder, y le exhorta á evadirse del peligro. Instruido Enrique, por la mañana, de que Fervasques habia desaparecido, entra en una cólera espantosa; su imaginacion está por algunos momentos errante, acerca de las personas que habian oido su juramento; pero pronto se fijaron sus sospechas sobre Crillon, combatiéndolas y apoyándola á un mismo tiempo el afecto que le profesaba; y con una mirada furiosa, le dijo á Crillon: «Fervasques acaba de escaparse de mi venganza, y solo me deja la esperanza de ejercerla de una manera mas terrible, con aquel que le ha quitado de mi vista, ¿le conoces tú?—Sí señor, respondió Crillon. — Pues bien, replicó el Rey con viveza; nómbramelo.— Yo no seré jamás delator de nadie sinó de mi mismo, repuso Crillon; pero el justo temor de que

vacion del órden público, y al sostenimiento de aquella, cuando cesan estos fines, ó resulta lo contrario de mantener el secreto, cesa la obligacion; ó por mejor decir, se peca contra aquellas, sinó se revela.— T.

algun inocente sea víctima del resentimiento de V. M., me prescribe el entregaros al culpable: Si, Señor, yo soy el único á quien debeis castigar. ¿Qué se hubiera creído del asesino de Fervasques, si hubiese guardado un secreto que le hubiese costado la vida?—Admirado el Rey, se quedó mudo por un momento, y fijos sobre él los ojos; después rompiendo el silencio dijo: «como no hay mas que un Crillon en el mundo, mi clemencia en su favor, no ofrece tampoco un ejemplo de impunidad peligroso.»

MAXIMA CATORCE.

Sin que seais familiar

Tened un aire gracioso:

Y nunca decidais nada,

Sin pesarlo escrupuloso.

Este aire gracioso, que anuncia una esmerada educacion, se adquiere, asi como la cortesia, mas con el uso del mundo, y frecuentando las buenas compañías, que con los discursos y lecciones. Hay algunos que lo tienen naturalmente, y que sin artificio ni estudio, presentan gracias infinitas en todo cuanto hacen: en estos, todo es fácil; todo natural. Hay otros por el contrario que son naturalmente torpes, limitados, embarazados; no saben ni hablar, ni callar, ni hacer ni recibir un cumplimento: tienen un aire grosero que afea cuanto hablan y ejecutan.

No es fácil adquirir este aire gracioso, cuando la naturaleza no lo ha dado; pero vale mas ser lo que cada uno es, que afectar ó fingir lo que no tiene. Queriendo de ordinario pasar por mas agradable, se presenta mas ridiculo; y hasta las gracias dejan de serlo cuando se descubre en ellas afectacion.

No es menos difícil evitar la timidez, la cual no se corrige con simples consejos, y menos aún con burlas y reprensiones. Por mas dulcemente que se intentase no seria bastante: es necesario alabar, animar y lisongear aquel orgullo desconfiado, que teme desconceptuarse con los demás ó descubrirse á sí mismo. Porque, aunque la timidez tenga todas las apariencias de la modestia, no es frecuentemente sinó una vanidad secreta y mas refinada. Muchos solo son tímidos porque quieren agradar demasiado, y son muy sensibles á los juicios que pueden formar de ellos. No hablan sinó temblando, porque no saben cómo se recibirá lo que dicen, y si es propio para darles honor. Es peligroso dejar tomar á los jóvenes demasiada confianza de sí mismos; y lo es tambien no dejarles tomar bastante. Una osadía, ó una timidez escesivas, son igualmente contrarias á la verdadera cortesía, que quiere se hable y obre con un aire modesto y gracioso, para no chocar ni incomodar á nadie. La presuncion produce el desprecio de los otros, y la falta al respeto que les es debido. El defecto de una justa confianza de sí mismo, produce un pudor necio, y un encogimiento ridiculo.

Pero, aunque la timidez sea un defecto, se perdona mas fácilmente que la presuncion; pues aquella, lisonjéa el orgullo de los otros, en lugar de que ésta, lo mortifica y humilla. Vale mas, pues, ser un poco tímido, que demasiado atrevido. La sobrada audacia en un joven, es el preliminar del descomedimiento y se puede creer con fundamento, que pasará en breve á la desvergüenza. El aire gracioso si llega á ser demasiado libre, como de ordinario sucede, pronto degenera en familiaridad y conduce al desprecio (1). El respeto que se tienen unos hombres á otros, contribuye mucho á con-

(1) Una de las partes mas principales del decoro, consiste en la seriedad, ó facilidad con que se han de tratar las gentes. Regla general: la demasiada gravedad, ofende á todos, y la

servar entre sí la estimacion reciproca, que es uno de los mas seguros vínculos de la sociedad. Los amigos, deben tambien respetarse, si quieren serlo mucho tiempo; pero particularmente con las dâmas conviene á un jóven no parecerse nunca familiar. Debe tratarlas sin encogimiento; pero siempre con una modesta reserva mezclada de respeto.

Se puede tratar sin cumplimientos, con los iguales; pero no conviene jamás hacerlo con los superiores, como lo hizo entender un dia el emperador Augusto, á uno de sus cortesanos. Permitia este Príncipe, que sus ministros le hablasen y tratasen sin grande etiqueta; pero habiéndose permitido uno de ellos hacerlo sin ninguna clase de ceremonia, le dijo Augusto: «Yo no creía que los dos fuésemos tan familiares.»

Es necesario, pues, que nuestro trato, con los superiores, sea tambien respetuoso. Se acusa, tal vez con justicia, á los franceses, de que faltan á él con frecuencia (1). Y así, el Cardenal Mazarino,

mucha familiaridad desautoriza á quien quiera que la usa. Ciceron, dijo muy bien, que la mansedumbre y clemencia de los que tienen á su cargo el gobierno, debe ir siempre mezclada con cierta gravedad y severidad, que ni les permita familiarizarse mucho, ni entonarse ó engreirse demasiado; y Tácito, notó con razon, que la demasiada familiaridad disminuye y rebaja la majestad de los príncipes. Y así es, que no solo á estos, sino á cuantos hayan de sostener con decoro su autoridad, conviene no vulgarizarse; porque de otro modo, vendrán á ser despreciados.—T.

(1) No suele ser frecuente en los príncipes y grandes, el vicio de la familiaridad; mas comun es en ellos caer en el extremo de la demasiada seriedad y entonamiento: vicio tan perjudicial en aquellos para el público, como frecuente en los que ejercen mando ú autoridad, á nombre del Monarca. Nadie ignora lo que le sucedió á Filipo, padre de Alejandro, con una vieja que pidiéndole la oyese sobre cierta súplica que tenia que hacerle, habiéndole aquel respondido, «que no podia detenerse á oirla», le replicó ella: «pues no tengais tiempo para reinar, sino le teneis para oír.»—T.

en las máximas ó lecciones, que daba á Luis XIV, le recomendaba este punto: «no os familiariceis demasiado con vuestros cortesanos, le decia, no sea que os pierdan el respeto.» El Rey se aprovechó de este consejo, y jamás Principe alguno tuvo un aire mas sério, mas imponente y majestuoso que este Monarca; quien sabia, sin embargo, desde los primeros años de su reinado, templarlo con una gran bondad. Un dia, que habia dado audiencia á los diputados de los estados de Borgoña, el Cardenal Mazarino, dijo á Mr. Villeroy (1): «Mr. Mariscal ¿habeis advertido que el Rey escucha como Señor, y habla como padre?» Él era el primero para animar á los que su presencia habia intimidado. Un prelado muy elocuente, sin embargo de estar muy acostumbrado á hablar en público, se turbó en un discurso que hizo á este Monarca, y estuvo titubeando algun tiempo. Este Principe, dulcificando entónces aquella noble majestad que resplandecia en su semblante dijo con uno de aquellos tonos de voz, que se introduce en el corazon, y que sabia tomar tan oportunamente: «Debemos agradecerle, amigo, que nos dé lugar á admirar las bellas cosas que nos dices.» El Prelado se recobró, y continuó su discurso con felicidad.

(1) Nació en 1645, fué educado con Luis XIV, que le profesó grande amistad, y le creó Duque. En su juventud, únicamente se dió á conocer por sus galanterias, apellidándole las mujeres «el encantador.» Como Mariscal cometió grandes faltas, y su inactitud fué funesta á la Francia en la guerra de sucesion de España: otras muchas derrotas que sufrió obligaron á Luis XIV á quitarle el mando; pero al mismo tiempo le colmó de favores. Murió en Lion en 1750. — T.

**Y nunca decidais nada ,
Sin pesarlo escrupuloso.**

Los mas prontos en decidir , son casi siempre los que no deberian decidir nunca ; pues cuanto menos saben , con mas ligereza y precipitacion deciden. Esto vemos todos los dias en asuntos científicos , y hasta en materias de religion. Hombres vanos y superficiales , que apenas tienen conocimiento de nada , sinó un poco mas de temeridad que los otros , cortan y deciden magistralmente , sobre puntos , que para ser bien examinados y profundizados , pedirian un estudio detenido , y unos conocimientos sólidos , que no poseerán jamás.

En todas materias , es mucho mas fácil juzgar y sentenciar , que pesar y examinar las razones del juicio y del fallo , sin embargo de ser esto lo que prescribe la razon y la sabiduria. Cuanto mas importante es el objeto , y mas peligrosas sus consecuencias , tanto mas se deben someter á un exámen detenido y maduro.

Jueces de la tierra , magistrados , que teneis en vuestras manos la vida , el honor , y los bienes de los hombres , á vosotros , especialisimamente conviene la máxima de no decidir nada sin haberlo examinado y pesado bien antes. Vosotros , no debeis sentenciar con precipitacion ni ligereza , ni condenar á nadie sin las mas claras y evidentes pruebas del delito ; y si lo contrario hiciéreis , sereis responsables en el Tribunal de aquel que juzga las justicias. Sin embargo , ¡ cuántos , ó distraidos , ó cansados quizás de prestar una atencion sostenida , juzgan casi á la aventura , sin tomarse despues la pena de resarcir los daños y perjuicios que haya causado su negligencia ! Séanos permitido proponerles dos bellos ejem-

plos , cuya imitacion seria de desear fuese menos necesaria.

Mr. de Faluere, consejero en el parlamento de Bretaña, habiendo sido nombrado Relator de cierta causa, despojó, por efecto de su precipitacion y falta de exámen, á una honrada y pobre familia, de los únicos bienes que la quedaban. Algunos meses despues, firmada y ejecutoriada la sentencia, hubo de reconocer su error, y habiendo hecho comparecer á su presencia á las infelices victimas de su negligencia, las obligó á aceptar de su propio dinero la cantidad que les habia hecho perder.

Gayot de la Rejasse, era uno de aquellos jueces rectos, íntegros é incorruptibles, que siguen en sus juicios las reglas mas puras de la equidad. Sentado en el Tribunal, estaba siempre con la mayor precaucion para no dejarse sorprender. No obstante, vencido un dia del sueño, se durmió en una audiencia, y esta fué la unica vez en su vida. Para reparar esta falta, atendió á las opiniones, y no omitió nada para instruirse de la causa. El Presidente le dijo de ella lo preciso. Gayot en su consecuencia dió su voto. En las opiniones estuvieron vacilantes; y el que ganó la causa tuvo la ventaja de un voto solamente. Despues de la sentencia sospechó Gayot que podia haber juzgado mal. Hizo traer á su casa los autos, y despues de haberlos examinado con grande escrupulosidad, vió que su sospecha era bien fundada, y juzgó que su voto habia inclinado la balanza en favor del que habia ganado el pleito. Llamó á su contrario, y le reembolsó del principal y de las costas considerables en que habia sido condenado.

Hay otros tribunales diversos en que se decide aún mas frecuentemente, con mucha ligereza, y sin conocimiento de causa. Estos son aquellos tribunales particulares en donde se acusa la conducta y accio-

nes de otros, y en donde se pronuncian tantas sentencias tan injustas como precipitadas. Cada uno tiene derecho á su reputacion y á la estimacion general, y no puede perder este derecho, sino por hechos ciertos é indubitables. Pero nuestra ligereza no quiere tomarse la pena de examinar: nuestro orgullo, que procura siempre levantarse mas alto que los otros, estima el encontrarlos viciosos ó culpables, y nuestra malignidad natural gusta de suponer que lo son. Se juzga, se sentencia, y se condena sobre las mas ligeras apariencias, sobre la relacion de una persona, las mas veces mal instruida, ó enemiga, ó prevenida, ó celosa, y se olvida aquella bella máxima dictada por la sabiduría y por la equidad natural: *Guardad un oido para el acusado*. Esto es lo que el abate des Fontaines, dió un dia á entender á un magistrado, que no pensaba ventajosamente de su persona. Queriendo él justificarse, le dijo el Magistrado: «si se escuchase á todos los acusados, no habria ningun culpable.» «Si se escuchase á todos los acusadores, replicó el Abate, no habria ninguno de ellos inocente.»

Justificándose un hombre acusado delante de Augusto, dijo á este Príncipe: «No oigais sobre los asuntos de los hombres de bien, sinó á los que son semejantes á ellos.

No vituperes á nadie, dice el Sábio, antes de estar bien informado (1).

Condenad rara vez antes de haber oido á la parte interesada, y suspended siempre el juicio antes que esteis plenamente instruido de la verdad. Sinó podeis escusar la accion, escusad al menos los motivos de ella,

(1) Priusquam interrogas, ne vituperes quemquam; et cum interrogaveris, corripes juste.— Eccles. c. 11. v. 7.

A nadie reprendas antes de informarte; y en habiéndote informado, reprenderás con justicia.— Sr. Amat.—T.

y exponéos antes á engañaros en favor del prójimo que en perjuicio suyo. ¿De cuánto consuelo sirve á la hora de la muerte poderse dar el testimonio que se daba á sí mismo cierto hombre de bien? El vió llegar su última hora con una tranquilidad y alegría que á todos causaba admiracion; preguntáronle la causa. «Consiste respondió: en que yo no me acuerdo de haber hablado mal jamás, ni juzgado temerariamente de nadie, y Jesucristo nos ha prometido en el Evangelio, que si nosotros no juzgamos no seremos juzgados (1).»

¿No nos erigimos frecuentemente en jueces orgullosos hasta de las obras de Dios mismo, y de su conducta sobre los hombres? ¿No nos propasamos hasta querer reformar la Religion? A pretexto de despojarla de todo lo que la credulidad ó las preocupaciones han podido añadirla, no creemos sinó lo que queremos creer, y somos menos cristianos que filósofos.

Porque casi siempre el interés secreto y vergonzoso de las pasiones, es el que decide de los juicios que se hacen contra la Religion. Ya se ha dicho varias veces: si la Religion no propusiese sinó misterios superiores á la razon, sin añadir á ellos máximas y verdades que incomodan; la incredulidad seria rara. Los mas incrédulos han creído al principio como los demás hombres; y solo han empezado á dudar cuando han querido gozar tranquilamente de sus placeres, y librarse de un censor importuno. Su modo de pensar ha mudado con sus costumbres, y de muchos de ellos

(1) Nolite judicare, ut non judicemini.

In quo enim iudicio iudicaveritis, iudicabimini; et in qua mensura mensi fueritis, remetietur vobis. — S. Math. c. 7. v v. 1 y 2.

No juzgueis á los demás si quereis no ser juzgados.

Porque con el mismo juicio que juzgáreis, habeis de ser juzgados: y con la misma medida con que midiéreis, sereis medidos vosotros. — Sr. Amat. — T.

puede decirse, que el entendimiento ha sido el que ha engañado al corazón.

Los espíritus fuertes, llamados así según la Bruyere por ironía, determinados á negar todo lo que puede hacer honor á la Religión, se burlan de su religiosa creencia. Pero ¿tienen ellos acaso mas luces y sabiduría que los demás, ó se han puesto en estado, por medio de un estudio profundo y sério, de sentenciar sobre esta materia, con un perfecto conocimiento de causa? Y ¿no son éstos en su mayor parte, unos écos subalternos de la impiedad, que ocupados exclusivamente de sus placeres, sentirán el tener algunos momentos sobrantes para examinar con atención lo que no hacen caso de conocer? Ellos han tomado un camino mas corto, mas cómodo y que en concepto suyo hace mas honor á su juicio, á saber: decir que no creen ningun milagro, porque no los ha habido jamás.

Pero, para sostener una paradoja tan asombrosa, es necesario un temple de alma, que los mas estraños absurdos no pueden desconcertar. Es necesario pretender que los Evangelistas y el autor de las actas de los apóstoles, han sido al mismo tiempo los mas insensatos y los mas hábiles de todos los hombres. Porque si los milagros que atribuyen á Jesucristo y á sus primeros discipulos, no eran incontrastables cuando los escribían, ¿qué locura puede ser comparada á la suya! Publicándolos en medio de Jerusalem, en donde afirmaban, que la mayor parte habian sido hechos públicamente, ¿no es claro que se habrían espuesto al desprecio y á la irrisión de todos los que sabían lo contrario, ó que podían tan fácilmente saberlo? Y si son los artifices de la mas grosera impostura que puede imaginarse, ¿qué habilidad no han necesitado para hacerlo creer á todo el universo! ¿Cabe esto tambien en el orden de las cosas naturales y posibles?

MAXIMA QUINCE.

**Observad siempre fielmente
Los puntos de Religion,
Pues no será hombre de bien
Quien falte á esta obligacion.**

Esta importante máxima no será ciertamente del gusto de nuestros filosofistas, y de los que á su ejemplo, proclaman una orgullosa independencia y una infeliz libertad de pensar. Alucinados por sus presuntuosas luces, no pueden sufrir que se les pida el sacrificio de ellas. Ensoberbecidos con la razon que el cielo les ha dado, no quieren que ninguna autoridad, ni aún la Divina, intente someterla en las cosas, que sin serle opuestas, son superiores á ella.

Filósofos insensatos, vosotros os negais á creer los misterios de la Religion, porque no los podeis comprender; pero ¿acaso comprendeis mejor los de la naturaleza? ¿Cuántos misterios tiene ésta, donde vuestro entendimiento se pierde, y que son para vosotros otros tantos abismos impenetrables? Todo el universo está lleno de verdades, que son al mismo tiempo tan indubitables como incomprendibles. Nosotros conocemos los efectos, pero frecuentemente las causas son otros tantos misterios, que la naturaleza nos oculta bajo sus velos augustos; y ¿os mostrais sorprendidos de que su divino Autor los encierre en su propio seno, y que excedan los límites de vuestra inteligencia? ¿Queréis por ventura, estenderlos hasta el sér Supremo, cuando no podeis conocer la esencia de un grano de arena, que á cada momento pisais con vuestros pies? ¿Seria Dios, sería un sér Infinito, si los séres limitados alcanzasen á conocer todo lo que es? *Vos seriais Señor, muy peque-*

ño, decia, con candorosa sencillez, S. Francisco de Sales *si pudierais ser comprendido por un entendimiento tan pequeño como el nuestro.*

Escuchad tambien la sábia respuesta que trescientos años antes del establecimiento de la religion Católica, dió un célebre Matemático á un sofista que le preguntaba, de qué naturaleza eran los Dioses. « Todo lo que yo sé respondió Euclides (1) : es que aborrecen mucho á los que tienen la curiosidad de penetrar los misterios que los ocultan.»

Pero lo que debe sorprender aún mas, es que aquellos presumidos espíritus fuertes que insultan á los verdaderos fieles, como á unas máquinas, á unas almas débiles, ó á unos entendimientos llenos de preocupaciones, son tal vez los mas sometidos al imperio de la preocupacion. ¿Cuántos de ellos creen por autoridad, que no se debe creer, y prefieren la de los hombres á la de Dios? Nos acusan de que vamos arrastrándo bajo del yugo, y que nos dejamos arrebatar por la corriente de las opiniones recibidas. Mas por ventura ¿ellos mismos no se dejan sojuzgar casi todos por algun hombre de talento superior al suyo?

Que se halle entre ellos uno de aquellos ingenios superiores, que nacido con una imaginacion fuerte y dominante quiera proclamar unas opiniones nuevas, unas paradojas singulares, y les preste toda la seducion de un cierto candor, que engaña aún mas que su estilo varonil, y vigoroso. ¿Cuántos al instante recibirán sus decisiones absolutas como oráculos, y adoptarán sin exámen sus sistemas incomprensibles,

(1) Célebre géometra Griego, que enseñó las matemáticas en Alejandría en tiempo de Tolomeo : hijo de Lago, 520 años antes de J. C., y tuvo al mismo rey en el número de sus discípulos. Cuentan que este cansado de las dificultades que le ofrecia el estudio de la geometria, le preguntó si por ventura habia otro medio mas fácil para aprenderla. No, le respondió el maestro: no hay camino real en Matemáticas.— T.

que han fabricado en su imaginacion acalorada, como el verdadero sistema de la naturaleza?

Que se encuentre uno de aquellos hombres atrevidos, que nuevo Erostrato (1), desesperando el poder inmortalizarse sinó por unos sacrilegios, ó queriendo mas, como César, ser el primero en una aldea que el segundo en Roma, levanta osadamente el estandarte de la impiedad, y se ponga al frente de los enemigos de la Religion; que un hombre semejante á la ambicion de erigirse Gefe del partido, de hacerse memorable por la guerra impia que declara á Dios, reuna un entendimiento vivo y fácil, una imaginacion brillante y pintoresca, en breve llegará á ser el oráculo de nuestros *bellos espíritus* y de nuestros petimetres, que son ó demasiado ligeros y superficiales para poder profundizar nada, ó demasiado corrompidos y viciosos para querer hacerlo. Aunque sea historiador sin buena fé, filósofo sin raciocinio, y moralista sin principios, será el idolo de sus admiradores, que se dejarán deslumbrar por el colorido de su pincel, por la osadía de sus decisiones, por la dulzura y comodidad de su moral. Un tropel de discipulos correrá á su delicioso retiro á escuchar sus lecciones de impiedad, ó se apresurará á ir á tomarlas en sus obras. Su nombre y su autoridad, que tendrán en ellos lugar de pruebas, ejercerán sobre sus sentimientos un poder despótico que los dominará, y los sojuzgará sin resistencia.

Y despues de esto se atreverán aún á tratarnos de entendimientos débiles y serviles, que creen ciegamente los misterios mas incomprensibles, aunque lo creemos sobre el testimonio infalible de Dios mismo!

(1) Natural de Efeso, de un oscuro nacimiento, que queriendo adquirir celebridad, por cualquier medio que fuese, quemó el templo de Diana, que era mirado como una de las siete maravillas del mundo. Este acontecimiento se verificó 356 años antes de Jesucristo.—T.

Porque lo que merece observarse aquí es, que no se trata de exclamar sobre que nuestros misterios son incomprensibles; no se disputa sino el saber, si totalmente impenetrables, como son en efecto, tienen de su parte la autoridad de la revelacion Divina. Este es el punto decisivo de la Religion. Si ella lo puede probar, como lo prueba invenciblemente, entónces, cualquiera que sea la profundidad de sus dógmas, es preciso y necesariamente que la soberbia de la razon se abata y humille delante de ellos: es necesario que consienta en creer lo que no comprende, á menos que no pretenda que Dios, que es la verdad por esencia, ha querido autorizar el error y engañarnos él mismo: lo que seria introducir una monstruosa contradiccion en la idea que debemos tener de Dios.

Jóven, á quien yo trato de instruir aquí, supongo que no eres del número de esos espíritus frivolos ó corrompidos, que no leen sinó con repugnancia cuanto concierne á la Religion, indicio demasiado cierto de que no la aman, ya que no la aborrezcan en secreto, porque los enfrena ó los condena. Quiero por el contrario persuadirme, que mirándola con razon, como la cosa mas importante del mundo, le sois de veras y sinceramente adicto y que lees y relees siempre con placer las sólidas pruebas que confirman mas y mas en la dulce y satisfactoria persuasion, de que la Religion que teneis la dicha de profesar es verdaderamente Divina. Los que pudiendo estudiarla no quieren tomarse este trabajo, dan muestras de poca Religion, y aún de una secreta disposicion á la incredulidad, ó de una indiferencia criminal respecto al mas necesario de todos los conocimientos. ¡Oh vosotros, los que no estais aún prevenidos contra ella, por las lecciones de la impiedad, estudiadla con deseo sincero

de conocerla, y bien pronto os convencereis de que la Religion está marcada con el sello indefectible de la Divinidad!

Esto es lo que sucedió á dos sábios ingleses milord Littleton y Mr. Gilbert-Werts. Despues de haber hecho por largo tiempo profesion del Deismo, estudiaron en fin la religion Cristiana con la aplicacion que merece un negocio de esta importancia. Bien pronto probaron ambos lo que con mucha frecuencia han repetido despues, á saber: que todo hombre de bien que la estudia sériamente, no tarda en reconocer la debilidad de las objeciones que se han hecho contra ella, y la solidez de las pruebas en que se afianza. La luz brillo á sus ojos, los nublados de las preocupaciones se disiparon, y lo que será siempre el fruto de las investigaciones en esta materia, y de la rectitud del corazon, al fin reconocieron y abrazaron la verdad.

Pero ¡cuán rara es esta rectitud del corazon! Procuran menos instruirse, que asegurarse en el partido vacilante y molesto de la incredulidad. ¡Cuántas personas para vivir mas tranquilamente en sus desórdenes, y para entregarse mas impunemente á sus pasiones, quisieran que la Religion fuese falsa, y buscan por todas partes dudas que gusten tomar por verdades!

Aplauden todos los tiros que se disparan contra ella. Devoran con una especie de deleite todos aquellos venenos reanimados que encuentran en los libelos impios de que el público está inundado, mientras que cada uno de ellos casi no se digna dar una ojeada sobre las excelentes obras escritas, para defender la Religion. Allí verian que no la acometen sinó con la mentira, con la mala fé y con miserables sofismas que sus adversarios no dejan de repetir, aunque se les ha respondido

cien veces victoriosamente. Allí verian, que las pruebas que dá de su divinidad son no solamente invencibles sinó tan claras y fáciles de comprender, que no hay persona alguna que no pueda convencerse de su certeza.

Tal es sobre todo el portentoso milagro de la *Resurreccion de Jesucristo* (1). Como no hay sinó la omnipotencia Divina que pueda arrancar á la muerte sus víctimas, y volver la vida á los que la han perdido, no hay sinó un Dios hecho hombre que pueda resucitarse así mismo. Nunca ha tenido la locura ningun impostor de anunciar que despues de su muerte saldría vivo del sepulcro. Jesucristo es el solo enviado de Dios, que se ha atrevido á hacer una predicacion semejante, y darla como la señal mas cierta de la autenticidad de su mision (2). Esta prediccion, habia llegado á ser tan pública y conocida, que la mañana siguiente á su muerte, los príncipes de los Sacerdotes y los fariseos fueron juntos á casa de Pilato, y le dijeron: «Señor, nosotros nos hemos acordado de que este

(1) Este es el milagro por excelencia, cuyo esplendor resalta sobre todos los demás y es el centro en dónde terminan todas las partes del cristianismo. El fiel puede impunemente, y sin que su fé padezca, ignorar muchos milagros consignados en nuestros libros santos; pero no le es lícito ignorar el prodigio de Jesus libre hasta entre los brazos de la muerte, y su salida triunfante de la lobreguez del sepulcro: quien crea este milagro debe ser cristiano, y no puede serlo, el que no le crea. Asi se explica el elocuente Fraissinous en su conferencia sobre este portentoso prodigio.—T.

(2) Qui respondens ait illis: Generatio mala et adultera signum quærit: et signum non dabitur ei, nisi signum Jone prophete.

Sicut enim fuit Jonas in ventre ceti tribus diebus, et tribus noctibus; sic erit Filius hominis in corde terræ tribus diebus, et tribus noctibus—S. Math. c. 12. v v. 39 y 40.

Mas él les respondió: Esta raza mala y adúltera pide un prodigio; pero no se le dará *el que pide*, sinó el prodigio de Jonás profeta.

Porque así como Jonás estuvo en el vientre de la ballena tres días, y tres noches; así el hijo del hombre estará tres días y tres noches en el seno de la tierra.— Sr. Amat.—T.

seductor ha dicho aun estando vivo: *Yo resucitaré despues de tres dias*. Mandad, pues, que se guarde su sepulcro hasta el tercero dia, no sea que sus discipulos yendo á robar el cuerpo, digan al pueblo que ha resucitado, y que así el último error no sea peor que el primero (1).»

Si, pues, la resurreccion de Jesucristo, no es mas que una pura fábula; si las pruebas en que se apoya son equivocadas é inciertas, rompamos sus estátuas y derribemos sus altares. Pero si verdaderamente ha resucitado, segun lo habia predicho, y si las pruebas que de ello tenemos, rayan en el mas alto grado de certidumbre, que los hombres pueden tener jamás; es necesario que á su nombre se doble toda rodilla, y que se le reconozca por el Señor Soberano de cielos y tierra. Ahora bien, este prodigio único é inaudito hasta entónces, está probado por un gran número de testigos oculares, por la confesion de sus enemigos, y por el testimonio del mismo Dios. No ha habido, nunca, por consiguiente, un acontecimiento mejor atestiguado, y la certeza que de él tenemos, es la mas grande que se puede tener.

(1) Altera autem die, quæ est post Parasceven, convenerunt principes sacerdotum et Pharisæi, ad Pilatum,

Dicentes: Domine, recordati sumus, quia seductor ille dixit adhuc vivens: Post tres dies surgam.

Jube ergo custodiri sepulcrum usque in diem tertium: ne fortè veniant discipuli ejus, et furentur eum, et dicant plebi: surrexit à mortuis: et erit novissimus error peior priore. — S. Math. c. 27. v v. 62, 63 y 64.

Al dia siguiente, que era el de despues de la preparacion *del sábado*, ó *el sábado mismo*, acudieron juntos á Pilato los principes de los Sacerdotes y los Fariseos,

Diciendo: Señor, nos hemos acordado que aquel impostor, estando todavia en vida dijo: Despues de tres dias resucitaré.

Manda pues que se guarde el sepulcro hasta el tercero dia: porque no vayan quizá de noche sus discipulos, y le hurten, y digan á la plebe: Ha resucitado de entre los muertos: y sea postrer engaño mas pernicioso que el primero. — Sr. Amat.—T.

La manera maravillosa con que esta Religion se estableció, no prueba menos invenciblemente, que tiene á Dios solo por autor. Viniendo Jesus al mundo, anuncia el designio mas grande y mas inaudito que jamás hombre alguno se ha atrevido á concebir. Toda la tierra estaba sumergida en las tinieblas de la idolatría, y solamente la nacion Judaica despreciada de todas las otras, tenia algun conocimiento del verdadero Dios. La mayor parte de los hombres estaban entregados á las mas vergonzosas pasiones, y á las supersticiones mas ridiculas. Aparece Jesucristo, y declara que es el Mesias de Dios, y su enviado para arruinar los idolos, abatir los templos consagrados á las falsas divinidades; convencer de locura la falsa sabiduria de los filósofos, ilustrar á todos los hombres, mudar la creencia y las costumbres de las naciones, destruir las preocupaciones, abolir la supersticion general, y reunir todos los pueblos de la tierra bajo una misma ley. Al formar una empresa semejante no ignora, que no hay cosa mas dificil que la mudanza de Religion, pues los hombres son naturalmente inclinados á seguir y respetar la que han recibido de sus padres, y en la que han sido criados. Sabe que las naciones á las cuales quiere hacer anunciar el evangelio, aferradas á sus errores y sumergidas en la corrupcion mas infame, están sometidas á una Religion fácil y cómoda, que léjos de violentar las pasiones, las autoriza y las consagra. Sabe, que tendrá que combatir contra su propia nacion, infinitamente apegada á su ley, y soberbiamente embriagada en la lisongera esperanza de que un Mesias triunfante y glorioso debia restablecer el pueblo de Israel en todo su esplendor. Conocia todos estos obstáculos, los preveia, y sin embargo nada le detiene. Se debe convenir en que es imposible que lo logre, ó es necesario que tenga unos medios muy poderosos. Si, los tiene ciertamente;

pero muy diferentes de los que hubiera empleado la sabiduría humana. Que se lea lo que los historiadores nos refieren, y se verá que Jesucristo hizo, humanamente hablando, todo lo que era mas á propósito para no conseguirlo. Nacido en un rincón de la Judea, de padres pobres y sin crédito, permaneció oculto durante treinta años; al cabo de ellos, sale de su retiro para comenzar su grande obra. Llama á sí doce hombres rudos y sin letras, sin autoridad, sin educación, sin bienes, sin el talento de la palabra, ni otra profesion ú oficio que la pesca. Ved aquí los grandes instrumentos que destinó en el mundo á obrar una revolucion tan estupenda. ¿Qué hizo para atraérselos? Les dice que le sigan, y le siguen, aunque le ven pobre y sin distincion alguna. No solamente no los atrae con promesa alguna humana, sinó que les hace entender claramente que no tienen que esperar mas que persecuciones. *Os echarán de la Sinagoga, les dice, os harán sufrir todo género de tormentos, y la muerte misma, á causa de mi nombre* (1). ¿Se puede creer que semejante promesa fuese muy atractiva? Sin embargo, estos doce hombres se aficionan á él, y le siguen por todas partes hasta su muerte.

Muere como malvado en el suplicio mas infame; espira y le ponen en el sepulcro. Sus discípulos tímidos y dispersos, parecen abatidos y sin esperanza. Su proyecto parece sepultado con él. Pero no, cuando de todo se desespera, entónces va todo á comenzar. Este mismo hombre, cuyo nombre parecia estermi-

(1) Tunc tradent vos in tribulationem, et occident vos: et eritis odio omniibus gentibus propter nomen meum. — S. Math. c. 24. v. 9.

En aquel tiempo sereis entregados á los Magistrados para ser puestos en los tormentos, y os darán la muerte: y sereis aborrecidos de todas las gentes por causa de mi nombre por ser discípulos míos. — Sr. Amat.—T.

nado de la superficie de la tierra, vá á cumplir la grande obra de Dios. Habia dicho á sus apóstoles, que despues de su muerte seria cuando los enviaria á predicar su Evangelio por todo el mundo, á establecer por todas partes su Religion, y atraer á todas las Naciones al conocimiento del verdadero Dios. Pero les habia prometido al mismo tiempo revestirlos de la virtud de lo alto; darles una fuerza y sabiduria á la cual nadie podria resistir, para obrar por sí mismo los mas grandes prodigios, para formar con sus trabajos una sociedad numerosa de verdaderos creyentes y adoradores, y conservar la hasta el fin de los siglos, sin permitir que las puertas del infierno prevaleciesen contra ella (1).

Ahora bien: yo pregunto á los deistas (2), ¿estas promesas no han sido enteramente cumplidas? No lo pueden negar. La faz de la tierra se ha mudado del todo; la religion Cristiana ha sido reconocida por la sola y única verdadera, y ha sido abrazada en todas las partes del mundo conocido. La luz ha brillado á los ojos de las naciones que andaban perdidas entre sombras y tinie-

(1) ...et ecce ego vobiscum sum omnibus diebus, usque ad consummationem sæculi.

... et portæ inferi non prævalebunt adversus eam. — S. Math. c. c. 28 y 16, v. v. 20 y 18.

... y estad ciertos que yo mismo estaré continuamente con vosotros hasta la consumacion de los siglos.

... y las puertas ó poder del infierno no prevalecerán contra ella. — Sr. Amat. — T.

(2) Así se llaman los que admitiendo la existencia de Dios, niegan, sin embargo, su Providencia; y por consiguiente ni esperan la recompensa de sus virtudes, ni temen el castigo de sus malas acciones despues de esta vida. No creyendo tampoco en la verdad de la Revelacion. — T.

blas de muerte (1). Y los que no adoraban sino vanos ídolos, han adorado al verdadero Dios: llegando las costumbres á ser tan puras como su doctrina. Esta es la obra de los apóstoles, los cuales han hecho lo que no habia podido hacer toda la filosofia del paganismo, cuya antorcha no ha ilustrado pais alguno, cuyo celo no ha derribado ídolo alguno, y cuya elocuencia no ha mudado la faz de ningun pueblo. Platon (B. 94), con todo el crédito y la estimacion que le grangearon, en el mundo su ciencia y sus talentos, no pudo atraer un solo pais de la Grecia á vivir segun las leyes de la nueva república, cuyo plan habia trazado; y doce hombres oscuros y groseros reducen las provincias y los reinos á la obediencia del Evangelio.

Persuaden á los Judios, que Dios acaba de abolir su religion, y que un nuevo culto ha sucedido á sus sacrificios. Les hacen reconocer como el Mesías prometido por sus profetas con tanta pompa, á aquel que ha vivido entre ellos pobre y despreciado. Les hacen adorar como Dios á aquel que acaban de crucificar como un impio y malvado. Les hacen recibir á los ídólatras una religion absolutamente contraria á la suya; una religion que proscribete todo lo que ellos mas aman; sus usos, sus fiestas, sus espectáculos, y una religion severa que exige de los que la abrazan la mayor pureza de costumbres. Predican unos misterios inauditos hasta entónces, unos dógmas que parece chocaban á la razon humana, y los creen. Anuncian una

(1) Asi lo habia profetizado el Santo Zacarías por aquellas palabras de su cántico:

Illuminare his, qui in tenebris, et in umbra mortis sedent; ad dirigendos pedes nostros in viam pacis.—S. Luc. c. 1.º v. 79.

Para alumbrar á los que yacen en las tinieblas y en la sombra de la muerte: para enderezar nuestros pasos por el camino de la paz.— Sr. Amat.—T.

moral absolutamente opuesta á las inclinaciones de la naturaleza, y la reciben por todas partes, y aún los grandes, los sábios y los filósofos, abrazan la doctrina de éstos pobres, de estos hombres sin letras y destituidos de todo humano socorro. ¡Milagro increíble, si los primeros predicadores del cristianismo, no hubiesen confirmado sus predicaciones con las maravillas mas extraordinarias, con los signos mas estupendos, y con unos prodigios evidentemente señalados con el sello de Dios! ¿Qué hará, pues, aquí el deísta? Confesará estos prodigios que son mil veces mas notorios y mas constantes, que los hechos mas averiguados de la historia profana? De este modo viene á confesar, que la religión Cristiana tiene por autor á Dios. ¿Tomará el partido desesperado de negar la verdad de estos prodigios? ¿Pero no sería un milagro mas grande todavía que los que no quieren creer el haber convertido al mundo sin milagros, el haber persuadido de tantas cosas imposibles á los incrédulos, y el haber sometido tantos hombres diferentes al yugo de una Religión semejante?

Porque es incuestionable que esta Religión, ha sido abrazada por un gran número de judíos, y por una infinidad de idólatras. Tertuliano (B. 95) en el segundo siglo de la Iglesia, sostenía que el imperio de Jesucristo, estaba ya mas estendido que el de Alejandro y el de los romanos (1). San Justino (2), que vivía

(1) «¿Son mas los Mauros (decía en su apologético), los Marcomanos, los Partos que debeló Severo, que los cristianos de todo el mundo? Estos bárbaros numerosos son; pero estan encerrados en los límites de un reino: los cristianos habitan provincias sin fronteras. Ayer nacimos y hoy llenamos el imperio, las ciudades, las islas, los castillos, las villas, las aldeas, los reales, las tribus, las decurias, el palacio, el senado, el consistorio. Solamente dejamos vacíos los templos para vosotros.—T.

(2) Llamado el filósofo; doctor de la Iglesia; nació en la Palestina por los años 103, fué primero pagano y adoptó la secta de

en el mismo siglo, cita innumerables naciones sometidas al Evangelio. Cien años despues Origenes (B. 96), y Arnobio (1), dicen que el Cristianismo está estendido por todas partes á donde el sol lleva su luz.

Segun las profecías, todas las naciones han tenido un gran sacudimiento. Se las vió derribar sus idolos , arruinar sus templos, renunciar á todas las supersticiones y formar este pueblo santo, este pueblo nuevo que se ha engrandecido y estendido á pesar de todas las potestades del siglo, que se esforzaban á esterminarlo. Roma misma, la soberbia Roma, despues de haber jurado la ruina del nombre cristiano, y haberse embriagado con la sangre de los mártires, al fin, ha sufrido el yugo de este hombre crucificado, cuyos discípulos perseguia con tanto furor.

Estas persecuciones han sido tan universales y violentas, que la sangre de los mártires corria por las calles, y los rios estaban teñidos de ella. Ha durado mas de trescientos años, y al fin de este tiempo se ha encontrado estendida la religion Cristiana por toda la tierra. ¿Qué otra Religion se ha aumentado asi, á pesar de los mayores obstáculos, sin otras armas, sin otros medios que las virtudes de sus hijos, que el valor y la sangre de sus mártires? Cuánto mas se derramaba, mas fecunda se hacia, semejante á la tierra que la reja del arado fertiliza desmenu-

Platon. Recibió el bautismo á la edad de treinta años, y pasó á Roma donde abrió una escuela de filosofia cristiana. Calumniado por el filósofo cínico Creencio, fué condenado á muerte, y sufrió el martirio por los años de 167. Es uno de los primeros apologistas de la religion Cristiana —T.

(1) Cèlebre Apologista de la religion Cristiana; nació á mediados del siglo 3.^o en Sicca en la Numidia. Enseñó la literatura y la filosofia pagana, se convirtió al cristianismo hácia el año 500, y en prueba de su nueva fé escribió un tratado contra los gentiles. — T.

zándola. Cuanto mas se enfurecian los tiranos para destruirla, mas los mismos idólatras se apresuraban á reemplazar los que el cuchillo les quitaba. Además, ¿en dónde se han visto los verdugos todos llenos de sangre de sus victimas, mudar improvisamente de sentimiento, y mezclar su sangre con aquella que acababan de derramar?

Celebren, enhorabuena, la idolatría, el ateismo, y otras sectas, el valor de un pequeño número de sus sectarios que han dado pródigamente la vida por sus creencias: la religion Cristiana sola, puede contar millones de personas de todas edades, de todos sexos y de todas condiciones, que han derramado su sangre para sostener la ley de Jesucristo. En vano Dodwel Bayle (1), y otros posteriores á ellos, han querido disminuir el número de estos generosos atletas, que han sellado con su sangre la divinidad de la Religion, que nos vanagloriamos de profesar. Su asercion, desmentida por los testimonios de Plinio, de Suetonio (B. 97), de todos los paganos que han escrito despues del nacimiento del cristianismo, de todos los autores eclesiásticos, de todas las inscripciones y de todos los monumentos, no pueden sostenerse á la vista de la verdad; y solo el aborrecimiento de la Religion puede agregarle aún partidarios. A despecho de su audáz critica, el universo equitativo respetará siempre estos monumentos auténticos que conserva la Iglesia, en donde encontramos mas de diez millones

(1) Pedro Bayle, escritor francés, nació en Carlat, en el Condado de Foix, el año 1647; fué educado en el protestantismo del cual le hicieron abjurar los Jesuitas en su juventud; pero volvió á abrazarlo muy pronto. Enseñó la filosofia á los protestantes, primero en Sedan y despues en Rotterdam. Murió en 1706; escribió varias obras; pero la que mas celebridad le ha dado, es su *Diccionario histórico critico*, en el que sostiene las opiniones mas paradójicas, y el mas exaltado escepticismo, singularmente en materias religiosas.— T.

de mártires que han dado testimonio de Jesucristo. Todas las sectas juntas ¿podrán igualar en este punto á la religion Cristiana? ¡Y qué prueba mas convincente de su Divinidad! Porque es preciso necesariamente, ó que tantos millones de personas que han derramado toda su sangre en los mas crueles suplicios por esta nueva Religion que acababan de abrazar, hayan visto en ella evidentemente alguna cosa sobrenatural y divina; ó que todos hubiesen perdido absolutamente el juicio, y que se hubiesen vuelto locos hasta la demencia. Pero suponer que tantos hombres se hayan vuelto locos ó insensatos, ¿no es de todas las suposiciones la mas necia y extravagante?

El impostor Mahoma (B. 98), que nuestros impios se atreven á comparar con Jesucristo, ha podido ciertamente seducir los pueblos, y fingirse profeta por unas pretendidas revelaciones, que no ocultaban sino su flaqueza. Pero él no ha probado su mision con alguna señal estupenda y divina, ni jamás se han atrevido sus discipulos á atribuirselas. Ha muerto sin resucitar; y la supersticion que honra su sepulcro, afirma ella misma lo que piensa de él. Una ignorancia grosera, un silencio político, prescrito por el legislador mismo, sumergen en las densas tinieblas el absurdo de los dógmas musulmanes, y confunden en una noche oscura á sus ciegos discipulos.

Es necesario sin duda que esta ceguedad sea muy profunda, porque el testimonio de su profeta deberia bastar para hacerles abrir los ojos. Se le podria creer si el error estuviera menos acostumbrado á contradecirse. Mahoma mismo confiesa en su Alcorán, que Moisés fué desde luego enviado de Dios, y que despues de Moisés, vino el Mesias, á quien llama el Verbo. *El Mesias Jesus, hijo de Maria, dice, es profeta y apóstol de Dios, su Verbo y su entendimiento.* Luego si Jesus es profeta y apóstol, Mahoma

no lo es, porque ha establecido una religion enteramente opuesta á la de Jesucristo; y Dios no podria estar en contradiccion consigo mismo. Mahoma es, pues, un falso profeta y un impostor.

Además, la religion musulmana, no tiene mas pruebas de su revelacion que el testimonio de Mahoma; pues no ha sido ni anunciada por los profetas, ni confirmada con los prodigios. Mahoma mismo decia, que él no hacia milagros, y que habia venido á fundar su religion con las armas. «Cree que nuestro profeta ha hablado al ángel Gabriel, ó yo te mato.» Ved aqui, dice d' Alembert (B. 99), uno de nuestros filósofos, toda la prueba del mahometismo, y la razon de sus progresos. Los soldados de Mahoma han sido sus apóstoles: en vez de que los apóstoles de Jesucristo han sido mártires.

Pues ¿quién podrá seriamente comparar el establecimiento de la religion mahometana con el de la religion Cristiana? Aquella no ha tenido que vencer sinò unos obstáculos ordinarios, y los ha superado con los medios mas naturales y mas propios para asegurar la empresa: este es uno de los sucesos que no tienen nada que nos pueda causar mucha admiracion; al contrario, el establecimiento del cristianismo, comenzado por unos medios naturalmente incapaces de conseguirlo, continuado, á pesar de mil obstáculos insuperables en lo humano, y coronado por el éxito mas estenso, ¿no tiene por si con que excitar la universal admiracion, y no obliga á conocer el dedo de Dios?

¿Se quiere aún otra prueba no menos sensible y siempre permanente de la verdad de la religion Cristiana? Nuestros mas antiguos enemigos la presentan bien clara á nuestros ojos. Tal es la del estado de los judios, su dispersion, y su conservacion asombrosa despues de tantos siglos.

Desde los primeros tiempos han visto cumplirse en ellos esa terrible maldición que fulminaron contra si mismos, cuando en el tribunal de Pilato se atrevieron á clamar á voz en grito, maldiciendo á Jesus; «su sangre caiga sobre nosotros y sobre nuestros hijos (1).» Ellos han visto, segun les habia sido predicho, destruidos desde sus mas profundos cimientos, y sin quedar piedra sobre piedra, los muros de Jerusalem y su famoso templo, que Juliano (B. 100) intentó reedificar con mas magnificencia, para de este modo acreditar mas cumplidamente la prediccion de Jesucristo, relativa á su total destruccion. Él excitó á los judios á reedificar su templo, les dió sumas inmensas y les ayudó con todas las fuerzas del imperio. Oid, dice el ilustre obispo de Meaux (B. 101), cual fué el resultado de este acontecimiento, y ved como Dios sabe confundir á los principes soberbios. Los Santos Padres y los historiadores eclesiásticos lo refieren unánimemente; pero era ademas necesario que el suceso fuese atestiguado por los paganos mismos. «Mientras que Alipio (B. 102), dice Ammiano Marcelino (B. 103), oficial y celoso defensor de Juliano el apóstata, auxiliado por el gobernador de la provincia, trabajaba con ardor en la obra de la restauracion; horribles torbellinos de llamas, salidos del centro de la tierra, como de un volcan, abrasaron á un gran número de trabajadores, sufriendo la misma suerte cuantos quisieron ó intentaron reemplazarles, y en brevẽ quedó tan asolado y desierto todo aquel lugar, que hubieron de abandonar la empresa.»

(1) Videns autem Pilatus quia nihil proficeret, sed magis tumultus fieret, accepta aqua, lavit, manus coram populo, dicens: Innocens ego sum á sanguine justis hujus; vos videritis.

Et respondens universus populus, dixit: Sanguis ejus super nos, et super filios nostros.—S. Math. c. 27. vv. 24 y 25.

Con lo que viendo Pilato que nada adelantaba, antes bien que

Frustadas, pues así, las últimas esperanzas de los judios, han visto, por sus propios ojos ejecutarse en ellos con mas rigor, y sin recurso, las amenazas de sus profetas, que les anunciaron que andarian errantes sin gefes, sin pátria, sin templos, sin sacerdotes, sin altares, y sin sacrificios. Y con efecto, vemos que esta desgraciada nacion, vagando por la tierra de pueblo en pueblo, y conservando en todas partes una existencia precaria, despues de tantos siglos, en todas lleva consigo la prueba manifiesta de su crimen y reprobacion, demostrando al mundo entero la divinidad de aquel Jesus, de quien se atrevió á blasfemar.

Y sinó podemos, sin renunciar á las luces mas puras de la razon, poner en duda la autenticidad de los libros del antiguo testamento, porque los hemos recibido de los mismos judios, nuestros mas encarnizados enemigos, que nos los han transmitido con la mas inviolable fidelidad, y que aún hoy dia los miran y respetan como divinos; ¿podremos dudar con mayor fundamento de la certidumbre de los hechos consignados en el nuevo testamento, en los que se apoya, y sobre los cuales descansa la verdad de la religion Cristiana?

Los libros que componen el nuevo testamento, son la obra de ocho autores contemporáneos (1) de

cada vez crecia el tumulto, mandando traer agua, se lavó las manos á vista del pueblo, diciendo: Inocente soy yo de la sangre de este justo: allá os lo veais vosotros.

A lo cual respondiendo todo el pueblo, dijo: Recaiga su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos.— Sr. Amat.— T.

(1) Que son: San Mateo, San Marcos, San Lucas, San Juan, San Pablo, San Pedro, Santiago y San Judas. De estos, cinco, á saber: S. Mateo, S. Juan, S. Pedro, Santiago y San Judas, eran discípulos de Jesucristo, con quien vivieron, y por consecuencia fueron testigos oculares. « Lo que oimos, lo que vimos, con nuestros propios ojos, dice S. Juan, y contempla-

los cuales, unos nos han dejado escrito lo que vieron con sus propios ojos, y otros, lo que oyeron referir á testigos oculares. ¿Qué otra historia ofrece tantos fiadores, y fiadores tan auténticos de su verdad?

Una multitud de pueblos, diferentes en carácter y costumbres, han recibido estos escritos, y los han traducido á poco de haber sido escritos, conviniendo todos en señalarles unos mismos autores. Ni el famoso filósofo Celso (1), que casi desde el origen del cristianismo, atacó nuestros libros sagrados con malicioso artificio, ni Juliano el apóstata, que nada omitió tampoco de cuanto pudiese contribuir á desacreditarlo, ni ningun otro pagano, ha sostenido que fuesen supuestos ó fingidos estos libros. Para creerlo era necesario admitir, que todos los pueblos convertidos al cristianismo se habian unido y confabulado con el objeto de fingirles y propagarles bajo nombres supuestos, ó que ellos mismos habian sido seducidos y engañados. Mas ¿cómo millones de hombres habrian podido ponerse de acuerdo para acreditar y estender por todo el mundo una impostura? ¿Cómo hombres que abrazan una Religion, que aborrece y detesta la mentira, y que por su causa se

mos, y palparon nuestras manos tocante al verbo de la vida... Esto que vimos y oimos es lo que os anunciamos (Epist. 1.^a, v. v. 1.^o, 2.^o y 5.^o). — Y quien lo vió es el que lo asegura, y su testimonio es verdadero. — Evang. c. 19. v. 35. Los otros tres á saber: S. Lucas, S. Marcos y S. Pablo, eran coetáneos, nacidos en las regiones de la Judea, en que habia vivido el hijo de Dios, y habian oido millares de veces referir su vida, sus actos y portentosos milagros, á los apóstoles y á otros muchos testigos de vista. — T.

(1) Filósofo Epicúreo, que vivió en el siglo II, en tiempo de Trajano y sus sucesores; compuso una obra en griego atacando al cristianismo naciente, la cual no ha llegado á nosotros; pero se encuentran de ella varios trozos en la refutacion que escribió Orígenes. — T.

exponen á las más violentas persecuciones , á los más crueles tormentos , y hasta la muerte misma, sin interés y sin motivo , habían de convenir en el criminal proyecto de engañar á todos los siglos, vendiendo como obra divina la de sus propias invenciones, ó la del impostor , cuyo testimonio se atrevían á invocar en favor de millares de hechos, cuya falsedad les constaba; sin que las divisiones surgidas entre las iglesias particulares, ni la diversidad de intereses , de caractéres , de una multitud innumerable de cómplices, hubiese inducido á persona alguna, á descubrir el fraude , y á desengañar la tierra? En verdad que seria honrar demasiado semejante suposición , el combatirla sériamente (1).

Tampoco es verosímil , que los escritos de los apóstoles hayan podido ser alterados ó corrompidos. En todos los tiempos los ha mirado la Iglesia Católica como la obra del Espíritu Santo, estando persuadida de que nada se les puede añadir ni quitar sin grande impiedad y sacrilegio. De aquí , esa atención religiosa , con la cual no cesa de velar sobre la pureza de este sagrado depósito. Fuera de esto, ¿cuántos obstáculos , casi invencibles , no hubiese encontrado el designio de corromper ó alterar la historia del Evangelio? Un sin número de copias se hallaban esparcidas por toda la tierra. Y este

(1) Si busco (dice el sábio y elocuente Frayssinous) una época en que un falsario pudiese intentar con fruto componer nuestros Evangelios , no la encuentro : si pregunto á los enemigos naturales de estos libros , los halló á favor de su antigüedad : si consulto las tradiciones universales de las iglesias apostólicas , y á los escritores que aparecieron desde el principio , veo la misma aprobacion : luego la autenticidad de nuestros Evangelios tiene el mas alto grado de certidumbre histórica. Señálese la obra que se quiera del siglo de Augusto , y se verá que su autenticidad , aunque nadie dude de ella , no está mejor apoyada que la de aquellos sagrados libros. — T.

sagrado libro andaba en manos de todos los fieles. Era incesantemente leído en las familias, en las casas particulares, y en las asambleas públicas y religiosas. Unos escritos tan públicos, y en tan alta estima tenidos por los cristianos, ¿podrían sufrir la menor alteracion, sin que de todas las extremidades del mundo se levantasen mil voces para reclamar contra la falsedad? ¿Y del conjunto de todas estas circunstancias, no resulta claramente que los libros del nuevo Testamento han llegado hasta nosotros sin ninguna alteracion importante?

Hay mas todavía. Asi como los apóstoles no han podido ser engañados, acerca de los hechos que nos refieren, puesto que, ó han sido testigos oculares de ellos, ó han intervenido como instrumentos principales; es igualmente cierto, que tampoco han querido engañarnos. Porque, prescindiendo de las muchas otras pruebas que nosotros tenemos de su sinceridad y de su buena fé, la muerte que todos ellos han sufrido, imprime á su testimonio el sello irrefragable é indeleble de la verdad. Y lo que importa sobre todo considerar aqui, lo que hace invencible la prueba que sacamos del sacrificio de los primeros mártires, y la que los pone fuera de todo parangon, con los que nos oponen los incrédulos es, que á diferencia de los fanáticos de todas las sectas, los mártires del cristianismo naciente, han sufrido el martirio por hechos y no por opiniones.

Que un hombre cualquiera obstinado y temerario, sacrifique su vida por defender lo que él cree verdad lo concebimos bien, puesto que su conciencia, aunque errónea, es la que le guia é ilumina; pero que unos impostores sin interés y sin motivo, ó por la sola satisfaccion de hacer triun-

far la impostura , arrostrén á la vez y desafíen el rigor de los tormentos , los horrores del sepulcro , el grito de su conciencia y las amenazas del cielo , sin esperar nada de su loca obstinacion , antes por el contrario , con la cabal certidumbre de ser sus víctimas ; es una especie de delirio contrario á las leyes generales de la naturaleza , y del cual no hay un solo ejemplo en la historia. Pues bien , los apóstoles todos , han sacrificado su vida por atestiguar hechos públicos , solemnes , que no dejaban lugar á dudas ni á sospechas ; tales como la multiplicacion milagrosa de los panes en el desierto , la resurreccion de Lázaro y otros dos muertos ; la de Jesucristo mismo , y su ascension triunfante y gloriosa á los cielos , á vista de un gran número de discipulos. Todos estos hechos son incuestionables , y prueban no solo la divinidad de la religion Cristiana , sinó la de su fundador.

Y así , lo que forma la tranquilidad y la alegría de todos los verdaderos cristianos , es el estar asegurados de que nada tienen que temer por la verdad de la Religion , porque si fuese falsa , seria Dios mismo quien los habria engañado.

Dejemos , pues , á los impíos é incrédulos procurar engañarse á sí mismos , y seducir á los demás con las dificultades que inventan contra la Religion. Si hay algunas que parecen bastante especiosas , no debemos por esto dejarnos deslumbrar. Querer responder á los eternos sofismas y paralogismos de los impíos es hacerles demasiado honor : el mas absoluto desprecio es lo único que merecen.

La obra de los hombres se destruirá por sí misma ; pero la obra del cielo , hecha para la eternidad , reaparecerá siempre con nueva gloria.

**Pues no será hombre de bien
Quien falte á esta obligacion.**

Es un lenguaje bastante comun hoy en dia, el que se puede ser hombre de bien aunque no se tenga Religion (1); pero la mayor parte de los que así hablan, solo lo hacen por haberlo oido á otros, y porque jamás han profundizado los deberes que impone la calidad de hombre honrado. Consisten

(1) Se nos dice que basta ser hombres de bien aunque se prescindan enteramente del cristianismo y de las creencias de la religion Cristiana. Pero ¿no es el primer deber del hombre (responde á este argumento el elocuente obispo de Hermópolis ya citado) obedecer al que ha hecho al hombre? ¿Tiene la criatura derecho para sacudir el yugo de su Criador? ¿Puede dispensarse de pagar un tributo de adoracion y de amor á aquel de quien todo lo ha recibido? Y habiéndose dignado este Señor, por un puro efecto de su bondad incomprendible, pues que es infinita, manifestarnos su voluntad santa, darnos una religion positiva, y revelarnos lo que debemos creer y obrar, ¿podremos despreciar impunemente este beneficio, y dictarle la ley en lugar de recibirla? ¿No es Dios el rey de los espíritus, como el de la materia? ¿No tiene derecho para mandar á nuestro entendimiento que se adhiera á las verdades que nos revela, y á la voluntad que se someta á los preceptos que le impone? Sí, tan imposible nos es sustraernos de su imperio como á sus miradas. Si esta revelacion nos fuese del todo desconocida, y si su luz no hubiese brillado para nosotros, no seriamos, ciertamente culpables por ignorarla, pues la ignorancia de la verdad no es criminal cuando es enteramente involuntaria. El soberano Juez no nos pedirá cuenta sinó de las luces que nos haya comunicado; y el que inculpablemente no haya conocido el Evangelio, no será juzgado por el Evangelio; pero no por eso deja la verdad de conservar el derecho de someter los entendimientos, y de exigir sus homenajes desde el momento que los ilumina. El hombre debe estar siempre sinceramente dispuesto á abrazar la religion verdadera cuando se le manifiesta: esto no es una cosa arbitraria, es un deber: podremos ignorarla sin ser culpables, pero nunca podremos sin serlo, ni desecharla cuando se presenta con títulos suficientes para subyugar nuestro entendimiento, ni abandonarla despues de haberla conocido. — T.

sin duda estos deberes, en vivir según las leyes de la más exacta probidad: pero, la primera de estas leyes, ¿no es la de pagar fielmente todo lo que se debe á los demás hombres, y aún mucho más al Soberano Señor de todos ellos? El ser Supremo, ¿no tiene derecho para esperar de sus criaturas los justos homenajes que le pertenecen? ¿y no debemos nosotros tanto por reconocimiento como por justicia, dar gracias, orar y honrar á aquel de quien tenemos todo lo que poseemos, y todo lo que somos?

¿Pues qué se debe pensar de aquellos discursos tan comunes: «Excepto que no tiene Religión, este es un hombre de bien?» Es decir, que es un hombre muy honrado, excepto que falta al deber más esencial del hombre, que es el de reconocer á su criador y servirle. Es un hombre muy de bien, excepto que tiene unos principios que no son propios sino para arruinar la probidad hasta sus cimientos.

Porque hablando con toda exactitud, ¿qué es un hombre sin Religión? Es un hombre que no tiene otra regla de conducta que sus pasiones, ni más ley que la de sus inclinaciones y afectos, ningún freno sino el temor de la autoridad, ni otro Dios que á sí mismo. Un hombre semejante, podrá ciertamente tener algunas veces la máscara y apariencias de hombre de bien; pero no una honradez sólida y á prueba. Jamás será lo que el mismo mundo llama un hombre de bien, cabal y perfecto; porque ¿á quién se debe dar este nombre? Sin duda á aquel que no hace daño á nadie; que sigue inviolablemente las leyes del honor y de la probidad, y que nada en el mundo podría obligarlo á faltar á ellas. Un hombre en cuya discreción y rectitud se puede descansar con toda seguridad, sin que se teman de él, ni traiciones, ni picardías, ni astutas malicias, ni sordas ú ocul-

tas intrigas y maquinaciones: que servirá fielmente y con sinceridad á los otros, y no trabajará en su provecho á costa de los demás. Un hombre, en fin, que no conoce, ni los caminos torcidos, ni los pérfidos artificios, ni las exterioridades impostoras.

Tal es el hombre de bien, aún según el lenguaje del mundo; pero solo á la Religion toca el formarle. Sin ella, la probidad puramente humana, no teniendo sólidos fundamentos, se derrumbará al primer choque que sufra algo violento, y arrastrará consigo al pretendido hombre honrado. ¿Cuántas críticas circunstancias, cuántos contratiempos delicados, cuántas situaciones embarazosas, no triunfarán de su débil virtud, sinó está apoyada en el robusto cimiento de la Religion? ¿Cómo podrá resistir ella sola, á los multiplicados ataques que tendrá que sostener en el curso ordinario de la vida, y mas particularmente en ciertos estados y condiciones? Un Magistrado, por otra parte, amigo tierno, fiel y complaciente, debe cuando juzga, atreverse á sentenciar aún contra lo que mas ama, é imponer silencio á su corazón, para no oír ni hacer hablar sinó á la justicia (1). Un comerciante, un hombre de crecidos caudales, debe resistir al aliciente que le ofrece el momento decisivo de una rápida fortuna, con la esperanza aún mas seductora, de ocultar á la vista del público, el misterio de su repentina opulencia. En esta lucha, en este peligroso combate de deberes y de deseos, ¿qué es lo que podrá sostener al

(1) ..«É que nin por amor, nin por desamor, nin por miedo, ni por dón que les den, ó les prometan dar, non se desvien jamás de la razon é del derecho.» Tal es el deber moral del Juez y del Magistrado íntegro, y el precepto que impone á todos el sábio rey D. Alonso, en el código inmortal de las Partidas.—T.

hombre frágil en el borde del precipicio? ¿Qué motivos bastante poderosos, para cumplir con fidelidad todo lo que ordena la integridad mas severa, tendrá el que há sacudido el yugo de la Religion?

¿Será acaso el interés personal, que es el gran móvil de la conducta de los hombres? Pero ¿no es este interés tambien padre de los delitos, y el que hace los infractores y delincuentes, cuando no está sometido á las leyes de la conciencia y de la Religion? Verdad es, que el interés puede hacer guardar ciertas exterioridades que engañan; porque no guardándolas, se arriesgaría la fortuna ó la reputacion propia; pero es fácil hacer ver, que esta especie de probidad, á la cual no presta su apoyo la Religion, es una probidad vacilante é incierta, una probidad casi toda aparente y exterior.

Porque si es, precisamente el interés el que me conduce, ¿no me solicitará el mismo en mil ocasiones, á engañar al uno, á suplantar al otro, á desacreditar á éste, y á elevarme sobre las ruinas, ó enriquecerme á costa de aquél? Todas las vias decorosas, regulares y honestas, que no me alejarán de mi fin, serán de mi aprobacion; yo las respetaré: yo tendré cuidado de hacer sonar muy alto mi probidad, mi desinterés; pero tambien pondré en práctica todos los manejos ocultos que me abrevien el camino, y me aseguren el éxito. El honor queda á cubierto; la impunidad está asegurada; la fortuna es brillante; la pasion viva, el placer atractivo, el medio infalible. Un poco de mala fé me bastará para sorprender la sencillez, y seducir la inocencia; un poco de maledicencia, para desbancar á un rival terrible y dejarme libre el camino del favor y de los empleos; una complacencia ilicita, pero necesaria, para asegurarme un protector poderoso, y granjear un criminal apoyo; y un poco de rodeo y

de hipocresía, para llegar al colmo de mis deseos. ¿Lo haré? No, me dice la probidad; no, me dice también el honor. ¡Ah! Débiles voces. En medio de tantos atractivos, de tan fuertes tentaciones, ¿seréis escuchadas, si la Religión no os apoya?

En tan críticas coyunturas, en unos pasos tan resbaladizos, ¿quién es el que podrá sostenerse, sinó el hombre instruido y penetrado de estas grandes máximas de la Religión? A saber: que la luz de Dios, penetra todos los velos de la iniquidad; que llegará el día en que la obra de la intriga, mas hábilmente conducida á los ojos del universo, aparecerá como la obra criminal de una negra hipocresía; y que las fortunas temporales no pueden recompensar la pérdida de una eterna bienaventuranza.

S. Agustín (B. 104), nos há conservado un bello ejemplo en la persona de Alipio su amigo. Era éste un Magistrado tan recto, y que desempeñaba los deberes de su encargo con tal integridad y desinterés, que sus cólegas no podían dejar de celebrarlo, y él por su parte admiraba mucho mas que no pudiese proceder de otro modo, y que se encontrasen gentes que hiciesen menos caso de la probidad, que del dinero ó del favor. Su integridad fué espuesta á una grande prueba. Un senador muy poderoso, que se habia conciliado muchas personas con sus beneficios, y aún muchas mas por el temor, intentó hacer una cosa que las leyes no permitian, pero á la que no creía que un hombre como él debiese encontrar el menor obstáculo. Alipio sin embargo se opuso abiertamente. Le ofrecieron regalos: los refutó con desprecio. Llegaron á las amenazas: se mofó de ellas. Todo el mundo admiró una alma de un temple tan poco comun, y que no podia ser conmovida ni por el deseo de tener por amigo, ni por el temor de tener por enemigo, á un hombre que tenia tantos medios para hacer bien y mal. El in-

tendente mismo, de quien Alipio era adjunto, no atreviéndose á resistir abiertamente al senador, echaba toda la culpa á su cólega, diciendo que le ataba las manos, y decia la verdad, por que si él por su parte hubiera cedido, Alipio ciertamente hubiese renunciado su empleo. Fué despues obispo de Tagaste en Africa, y puesto en el número de los Santos que honran la iglesia.

Por mas hábil que sea el interés en contrahacer y fingir la probidad, y á despecho de todos los ardidés de la impiedad interesada en disfrazarse, la probidad del hombre sin Religion, se reputa comunmente por una probidad sospechosa. Y ¿cómo no lo será, cuando todos los principios del hombre irreligioso conspiran á destruirla?

Por mas que se busquen, se mediten é inventen sistemas, no se encontrará otro mejor apoyo para la probidad, que el de la Religion. Y así, los mas sábios legisladores del Egipto, de la Grecia y de Roma, creyeron deber emplear sus amenazas y sus promesas, sus castigos y sus recompensas para asentar sobre ellas, como sobre el fundamento mas sólido, el edificio de la felicidad pública. Creyeron, y con razon, que solo la Religion podia formar una probidad constante y universal; porque ella sola puede influir tanto sobre las acciones privadas y ocultas, como sobre las mas públicas y ruidosas, enseñorearse de todos los corazones, y sojuzgar todas las pasiones.

Pero tanto como supera la verdad al error, tanto aventaja la probidad inspirada por la religion cristiana, á la que pueden dar las demas religiones; porque ninguna entra en relación tan exacta de los deberes de la sociedad, ni tiene moral mas severa, ni unas venganzas mas terribles. Ella domina sobre todos los estados, y sobre todas las

condiciones; sobre las dignidades mas elevadas, y sobre las mas bajas, haciendo ver continuamente un Señor supremo que castigará en los príncipes, así como en los súbditos, las mas mínimas infracciones de las leyes de la probidad. Y así no se encontrará en ninguna parte exactitud y delicadeza sobre este punto, que en las personas animadas de su espíritu.

Habiendo tenido S. Luis, necesidad de algun dinero para la expedicion de la tierra Santa, hizo publicar antes de su partida por toda la Francia, que estaba pronto á resarcir de sus propias rentas todos los agravios que sus oficiales hubiesen hecho á los particulares, y que los satisfaria con este respeto á todos los que los reclamasen. Habiendo sido hecho prisionero de guerra, por los Sarracenos, trató con ellos de su rescate, y del de sus principales oficiales. Instruido de que los enemigos se habian engañado en diez mil libras, y que se querian aprovechar de esta trabacuenta en su favor, no lo permitió de ningun modo, é hizo pagarlo todo antes de partir.

Habiendo dado Dagoberto I, rey de Francia (B.105), á S. Eloy (B.106), una bella casa en Paris, éste la convirtió en un monasterio de Religiosas. No le faltaba sinó un pequeño sitio que pertenecia al Rey. Lo hizo medir para saber justamente la extension que tenia, y despues lo pidió á Dagoberto. No tuvo dificultad en obtenerlo; pero habiendo advertido despues que se habia errado en la medida, y que hallaba un pie mas de lo que habia declarado al príncipe, se afligió tanto, que hizo cesar la obra en la misma hora, y fué corriendo á palacio á pedir perdon. El Rey muy sorprendido de una delicadeza tan grande de conciencia, dijo á los señores de su Corte y á otras personas que estaban presentes: « Ved cual es la fidelidad de los que siguen á Jesucristo. Mis gobernadores y oficiales no hacen ningun escrúpulo de usurparme las tier-

ras y los dominios enteros ; y este siervo de Dios que veis , no se ha atrevido á ocultarnos una pulgada de tierra mas de la que le habiamos dado.» Dagoberto quiso al mismo tiempo recompensar una integridad tan grande , porque le aumentó al doble la donacion que le habia hecho , y despues le nombró su tesorero , persuadido de que , un intendente hombre de bien , es una joya mas preciosa , que todos los tesoros que se le confian.

En el tiempo que Eloy no era aún sinó un simple platero , Clotario II (1) padre de Dagoberto I , informado de su habilidad , puso los ojos en él para ejecutar una nueva especie de silla de oro enriquecida de pedrería , que queria mandar hacer. El Rey le hizo dar para ello una gran cantidad de oro y piedras preciosas , que no recibió sinó despues de haberlo hecho pesar todo. Trabajó sobre el modelo que le habian dado ; pero en vez de una silla sola , hizo dos. No presentó de pronto sinó una á Clotario , de lo que quedó muy contento. Le presentó despues la otra. El príncipe , que no lo esperaba , quedó muy sorprendido , y no pudiéndose persuadir que lo que habian entregado á Eloy , hubiese sido suficiente para hacer dos sillas , fué necesario convencerlo por el peso , que se halló justo con el que le habian dado : lo que hizo ver cuán lejos estaba este santo platero de la mala fé de muchos artifices. El Rey , añade la historia de su vida , encantado de la probidad y rectitud de Eloy , le manifestó que despues de una fidelidad semejante , se podia fiar de él en cosas mas importantes.

¡ Qué ventaja tan inapreciable sería para la socie-

(1) Rey de Francia , hijo de Chilperico y de Fredegunda ; habiéndose apoderado de la Austrasia , reinó sobre toda la Francia , ocupándose en hacer reinar la justicia y la abundancia en sus estados. Murió en 628. — T.

dad el que todos los hombres , igualmente guiados por el espíritu de la Religion , fuesen tan fieles á las leyes de la probidad !

¿Pues por qué nuestros filósofos , que se jactan de ser tan celosos por el bien de la sociedad , y por la felicidad de los hombres , quieren quitando el freno de la Religion, privarle de aquello precisamente que constituye su seguridad , y su dicha ? ¿ Esta antigua religion , que tratan de supersticiosa , este pretendido error de que quieren desengañar los entendimientos , no es mil veces mas útil al mundo , que las quiméricas verdades que pretenden enseñarle ? Ellos mismos convienen , con uno de los mas famosos impios que ha producido la Inglaterra (1) , que aún suponiendo , por via de hipótesis , que el cristianismo hubiese sido una invencion de los hombres , ha sido la mas útil y provechosa para el género humano , que jamás pudo ser imaginada , y reconocen con el célebre autor *del Espíritu de las leyes*, que la religion Cristiana , que á primera vista parece no tener otro objeto , que la vida futura , forma nuestra felicidad en la presente , siendo el garante mas seguro de la probidad y de las costumbres ¿ Por qué se esfuerzan , pues , en destruir la excelente obra de la sabiduría humana , y en perturbar el estado , minando y socabando los fundamentos sobre que reposa ? ¿ Pues qué , dicen ellos , las luces de la razon , los remordimientos de la conciencia , no bastan para suplir , y aún para reemplazar la Religion ? Pero si la Religion es una quimera , únicamente propia para espantar á los simples y á los entendimientos débiles , segun se atreven á afirmar nuestros filósofos materialistas , ¿ de qué sirve entonces la antorcha tan decantada de la razon ? ¿ De qué los gritos de la conciencia ? Burlémonos , dirá

(1) Bolingbroke.

un impío consecuente , de esta ley interior, de esta razon tirana , de esta conciencia importuna , instinto engañoso , obra de las preocupaciones y de la educacion ; sacrificuémoslo todo á nuestro propio interés.

Y así , como observa sábiamente Masillon , toda la virtud de los impíos se reduce á ocultar con estudio , la profunda corrupcion de su corazon.

Ellos afectan las apariencias de la sabiduria y de la regularidad , y ostentan moderacion y filosofia , por que conocen muy bien que su vida les acarrearía el oprobio del público si fuese conocida. Se jactan de unas virtudes exteriores , que honran á la sociedad ; quieren pasar por amigos fieles , por rígidos observadores de sus promesas , y hacen un vano alarde de rectitud ; pero no hay ninguno de ellos que en secreto no esté consagrado á todos los vicios , ninguno que no sea perjuro y engañador , cuando lo puede ser á mansalva , y sin que su gloria padezca ; ninguno en fin , que se abstenga de cometer un crimen útil ó agradable , cuando no pueda ser conocido sinó de él solo.

MAXIMA DIEZ Y SEIS.

Los engañadores dogmas :
Del impío , detestad ;
Porque la mente seducen
Y arrastran á la impiedad.

Para juzgar sana y rectamente de la doctrina de nuestros filósofos incrédulos , es necesario no dejarnos deslumbrar por el brillante barniz de un estilo seductor , por algunas máximas magistrales y por

algunas burlas malignas y sarcásticas, con que sus principales Gefes han cuidado de cubrirlas, para mejor seducir y engañar á los espíritus frívolos, superficiales é ignorantes. Es necesario penetrar en el fondo de las cosas, é investigar las causas secretas que las inspiran ó las han hecho adoptar, examinando los efectos y consecuencias que deben naturalmente producir.

La religion Cristiana, dice el autor de la *Instrucion Pastoral*, ya citada, tiene por objeto ilustrar y convencer nuestro entendimiento y reformar nuestro corazon. No solamente nos propone misterios profundos, que creer, sinó que nos prescribe además deberes penosos y virtudes sublimes que practicar. Si Jesucristo es Dios, y su doctrina es verdadera, es forzosamente indispensable el obedecer sus leyes, ó aguardar á sufrir los terribles castigos con que amenaza á sus transgresores y rebeldes. ¿Y cómo podrán mirar semejante alternativa los hombres á quienes domina el orgullo y esclaviza el deleite, y que no conocen otra felicidad mayor que la de los sentidos? ¿Quién no vé el interés que tienen en combatir y rechazar una religion que ó les arrebatara, ó les envenena todos sus placeres? Y estando tan interesados en creerla falsa ¿deberemos admirarnos de que con tanta facilidad se persuadan que lo es? Pondérense en hora buena, cuanto se quiera sus luces y sus talentos, serán enemigos mas peligrosos; pero no jueces mas integros é imparciales. Con efecto, en el hombre dominado por las pasiones, la sagacidad, la penetracion y el talento, es un origen mas fecundo de extravios, porque solo sirve para proporcionarle mas medios de cubrir y aún de cohonestar sus errores y de hacerse ilusion á si mismo.

Exageren pues, nuestros impíos las dudas que pueden ofrecerse acerca de las verdades de la religion Cristiana. Ellos no podrán menos de reconocer que

hasta el presente, por mas que la hayan combatido, no han podido demostrar su falsedad; antes al contrario, la vida y la muerte admirable de su autor, la santidad y sabiduría de sus preceptos, la autoridad y la sublimidad de las Escrituras, el testimonio de los apóstoles, la sangre de tantos mártires, el cumplimiento de tantas profecías, la voz portentosa de los milagros, la conversion del mundo entero, la perpetuidad é inalterable firmeza de la Iglesia, y tantas otras pruebas que deponen en favor del cristianismo, son al menos de un gravísimo peso á la razon.

¡Oh, cuán bien sabe Dios, vengar las injurias hechas á la Religion, abandonando á los entendimientos apasionados por la gloria, á las ilusiones de su vanidad, y á toda la debilidad de su razon! Sus oráculos parecen mas admirables y mas divinos cuando se les compara con los de los incrédulos. En los de Dios, á medida que se les examina, mas se descubre el carácter majestuoso de una suprema inteligencia, y la Religion nada tiene que temer sinó el no ser bien comprendida y profundizada. En los de los incrédulos el primer golpe de vista presenta desde luego un tegido de sueños y de visiones, hermoséado si se quiere con las gracias del estilo, pero sin sustancia y sin realidad. Solo ofrecen un conjunto de ideas, muchas de ellas extravagantes, que chocan hasta con el buen sentido y la razon mas vulgar; decisiones atrevidas, conjeturas arbitrarias, y suposiciones gratuitas en lugar de pruebas. Son, pues, unos seductores que tratan de inculcarnos sus ideas quiméricas, en vez de darnos verdades inconcusas: y sus discipulos unos imprudentes, fáciles de contentar en el negocio mas importante, y en que es tan esencial el no engañarse. Los primeros, es decir, los maestros, son unos insensatos; y los discipulos que creen en sus discursos, lo son todavia mas. El famoso Muncer (B. 107), Gefe

de los Anabaptistas (1) y entusiastas, habiendo sublevado con sus discursos y sus doctrinas sediciosas un sin número de países de Alemania, vino al fin á sufrir una completa derrota y cayó prisionero en poder de los Católicos. Preguntáronle entónces por qué habia seducido á tantos desgraciados, y respondió sonriéndose: «¿y ellos por qué me creían?» ¿No vale infinitamente mas someter la razon á la autoridad de Dios, que es la sabiduría y la verdad por esencia, que á la autoridad de los pretendidos filósofos, que á causa de los absurdos y contradicciones en que continuamente caen, muestran claramente que nada, nada hay menos seguro que su doctrina, ni menos infalible que su testimonio?

Si estuviésemos seguros de que despues de esta vida, nada hay que temer ni esperar; el partido de la incredulidad sería algun tanto disimulable. Pero á fuerza de soñar, de delirar, y de querer profundizar lo que es superior á la razon, solo se consigue fluctuar entre dudas de «podrá ser, quién sabe.» Así lo reconoce el Patriarca de los modernos impíos, el famoso Bayle. «Mi talento, dice, consiste en suscitar dudas, pero dudas para mí solo.» Filósofos profundos de nuestros dias, talentos raros y sublimes, que habeis nacido para iluminar la tierra, ved en que vienen á parar todas vuestras laboriosas investigaciones, y vuestras meditaciones profundas; en llenarnos de dudas é incertidumbres. Pero aún en la duda de lo que sucederá despues de esta vida, ¿querá el hombre sábio arriesgar la pérdida de una felicidad

(1) Es decir rebautizantes: herejes, que desapruban el bautismo dado á los niños, no confieren este Sacramento sinó á los que han llegado á la pubertad, ó vuelven á bautizar á los que lo fueron ya demasiado jóvenes. No se sabe á panto fijo quién haya sido el fundador de esta secta, unos creen que es Carlostad, otros Zuinglio, Melanchthon ó Tomás Munzer.

sin fin, y exponerse á encontrar en la venidera los males mas terribles; la mano de un Dios vengador, de un Dios, que despues de haber sufrido largo tiempo con admirable longanimidad los insultos y blasfemias del impío, debe á su justicia castigar con penas eternas los atentados enormes de los hombres?

En vano se esforzará el incrédulo en alejar de si este pensamiento de la eternidad, que irremisiblemente le aguarda, y que no conseguirá extinguir por mas que en él no piense. Solo se parecerá al insensato que avanzase riendo hácia un precipicio espantoso donde infaliblemente habria de perecer. ¿No es una prueba evidente de la mas insigne estupidez y locura, el quererse exponer á unos males eternos en cambio de un goce pasajero, de un placer frívolo que no deja trás de sí, mas que amargura y remordimientos?

Por el contrario, ¿qué es lo que arriesga en creer el verdadero cristiano? Una vida corta, pasada en la observancia de la ley, en el cumplimiento de sus deberes, y en la práctica de una Religion, que nada prescribe que no sea justo y razonable. Si esta Religion es falsa, lo que de todo punto es imposible, segun habemos demostrado, «ved ahí, segun la sabia reflexion de la Bruyere, sesenta años perdidos para el hombre de bien, para el cristiano virtuoso, á esto se reduce todo el riesgo que corre.» Pero si la Religion es verdadera, entónces es una desgracia, una calamidad espantosa para el incrédulo y para el libertino. La idéa de los males que se prepara, la eternidad del abismo en que corre á precipitarse, hace estremecer y temblar á la humanidad entera.

Se notará quizás, que hemos acumulado demasiado nuestras reflexiones sobre este asunto; pero ¿conveniria guardar un infame silencio mientras la incredulidad repite incesantemente sus ataques contra la Reli-

gion con sacrilega audacia? Y en una obra consagrada á las buenas costumbres, ¿ se nos perdonaria el no haber alzado nuestra voz con todas nuestras fuerzas, contra esa temeraria doctrina que bajo el respetable título de filosofía, tiende nada menos que á minar los fundamentos de las costumbres, y á destruir los de la Religion? Y si la verdad, de la cual esos pretendidos filósofos se jactan de ser órganos é intérpretes, no puede ser dañosa á los hombres, como sin cesar repiten, ¿ no es una grande prueba de que lo que ellos afirman, no es la verdad?

Desconfiad de sus engañosos discursos, que á tantos otros ha seducido, porque desgraciados de aquellos, que abandonando la Religion, arrojan la antorcha pura de la verdad, en cambio de los engañosos resplandores de una falsa filosofía. ¿ Podrán estos conducirlos sinó al último y al mas profundo de los precipicios, porque es muy raro volver á salir de las sendas tortuosas y extraviadas de la impiedad, el que una vez entró en ellas? La edad debilita las otras pasiones; pero el orgullo de la incredulidad se fortifica con los años, y solo á la muerte es cuando se le vé desmentirse. El impío, en el vigor floreciente de su salud, se jacta de un valor á prueba, contra los terrores del porvenir; pero frecuentemente le abandona á la vista del sepulcro, que está para recibirle. Entónces se aclaran y disipan sus dudas, se desmiente su fiereza, tiembla y se aterra. ¿ Es por ventura, porque un rayo de luz, salido de las profundidades de la eternidad, le há revelado en un instante el secreto de los misterios, contra los cuales se levantó su orgullosa razon? No. Los dogmas impenetrables de la fé, permanecen todavía á sus ojos rodeados y envueltos en las mismas tinieblas; pero espiran sus pasiones y al fin acaban juntamente con sus dias. Sus encantos desaparecen delante de la noche y de los horrores del sepulcro; la

Religion recobra su autoridad á medida que aquellos pierden su imperio, y las decisiones del entendimiento han variado enteramente con las del corazon.

¡Cuántos héroes de la incredulidad lo son todo menos lo que representan! Tienen la Religion en el fondo de sus corazones, y creen haberla ahogado. Se engañan. Ella existe, y volverá á aparecer cuando las pasiones huyan y la hagan lugar. Es un fuego oculto entre cenizas cuya actividad sienten de vez en cuando, sobre todo á la vista de algun peligro inminente; entónces les vereis temblando y aterrados mas que el comun de los hombres. El recuerdo de haber manifestado un desprecio hácia la Religion, que en realidad no sentian, y de haber procurado sustraerse interiormente á su yugo, redobla su inquietud, como lo declara con mucho candor, y tal vez de experiencia propia, el Patriarca de los incrédulos modernos.

Y si se encuentra algun impio bastante perfinaz y obstinado que haga alarde de su irreligion en el momento mismo en que la muerte vá á cortar el hilo de su vida, y decidir de su destino eterno, no tendrá por cierto muchos que le imiten. Pero aún cuando este pretendido heroismo fuese menos raro de lo que realmente es, ¿probaria otra cosa que la fuerza de una pasion envejecida, de la prevencion, del respeto humano, y del poder que ejerce sobre nosotros la vergüenza de una retractacion? ¿No sabemos tambien que la cólera de Dios no se manifiesta siempre y á cada instante, y que por un efecto de sus inescrutables juicios sobre los hijos de los hombres, deja vivir en un mortal letargo y en una paz falsa y mentida á muchos que le han olvidado, ó tal vez afectado no conocerle?

Sin embargo, es necesario convenir, que una indiferencia tan deplorable sobre su suerte eterna es

harto rara. Se vén, como hemos dicho, á los umbrales de la muerte la mayor parte de los incrédulos, poco firmes en sus principios, estar sobrecogidos de terror y caer tal vez en la desesperacion. ¡Qué ejemplo mas estupendo que el que nuestro siglo acaba de tener en la persona del cabeza de nuestros impíos! ¡Qué accesos horribles de turbacion, de rabia y de furor no tuvo poco tiempo antes de morir! Parece que el cielo, justamente irritado, largo espacio de tiempo por sus blasfemias, aguardó á hacer resplandecer su venganza hasta el momento en que, vuelto á su pátria aquel infatigable apóstol de la impiedad, por los ardientes votos de sus discípulos y sectarios, le hubiesen elevado al colmo de la gloria, tributándole honores casi divinos en medio del delirio y de la embriaguez de su admiracion. En aquel momento fué, cuando herido por el rayo de la cólera del cielo, se presentaba como la victima mas digna de la divina justicia. «Yo quisiera, escribió el mismo dia de su muerte un famoso médico del Rey, que aquellos á quienes han seducido sus obras hubiesen podido ser testigos de su muerte. Pues nada mas se necesitaria para desengañarlos.» Le oyeron mas de una vez esclamar ya moribundo. «Dios me abandona asi como los hombres.» ¡Qué infelicidad es no confesar el error sinó cuando sienten el brazo del Todopoderoso que se agrava sobre ellos! ¡Qué miseria es no reconocer á un Dios que tiene sus castigos!

MAXIMA DIEZ Y SIETE.

Todo herético principio

Huireis con interés ;

Pues no es perfecto cristiano

Quien Católico no es.

Si entre tantas sectas en que hoy dia están divididos los cristianos , pudiesen haber sido todas fundadas por Jesucristo y por los apóstoles , seria sin duda muy indiferente abrazar y seguir aquella que mas agradase. Pero como todas ellas se diferencian en puntos muy esenciales , y aún contradictorios , que Dios no puede igualmente haber revelado ; faltaria algo á la obra divina , y la sabiduria eterna se hubiese faltado á si misma , sinó hubiese impreso á la Religion emanada de ella ; caractéres de verdad tan distintivos y luminosos , que hasta los hombres mas simples no puedan dejar de reconocer.

Y puesto que Dios ha revelado una Religion á los hombres , y les ha impuesto una obligacion indispensable de creerla y practicarla , es necesario que la haya hecho tan visible y tan brillante , que aventaje á las otras , y que tenga señales mas inequívocas de que es la Religion verdadera. ¿Y dónde se encontrarán fuera de la Religion Católica , Apostólica Romana ?

En efecto , ella es la única que subsiste sin variacion alguna desde Jesucristo hasta nuestros dias , por una série continuada de obispos y de soberanos Pontífices. En vano intentan los sectarios remontarse hasta los apóstoles ; siempre quedan muchos siglos vacios ó interrumpidos , en que en

ninguna parte se conocia la Religion, ó mejor dicho, sabemos exactamente el origen y comienzo de todas estas sectas; no ignoramos el nombre de sus autores, ni el de sus principales sectarios; su misma novedad depone contra ellas. Habiéndose restablecido de una enfermedad capital cierto embajador de Francia en Inglaterra, algunos señores de la Corte le preguntaron si hubiera sentido mucho morir y ser enterrado entre ellos. «No por cierto, respondió, hubiese mandado únicamente que me abriesen la sepultura un poco mas hondo, y asi me hubiese encontrado con los míos.»

Todas las otras sectas han salido de la Iglesia Romana á consecuencia de divorcios escandalosos; pero la Iglesia Romana no ha salido de ninguna otra anterior á ella, porque no reconoce otro origen que á Jesucristo y a sus apóstoles, habiendo antecedido á todas las sectas y a todas las herejias; al paso que los heresiarcas antes de su apostasia, todos fueron católicos romanos. Simon Mago (B. 108), primer autor de la herejia, habia recibido el bautismo y abrazado la Religion de S. Pedro, primer Papa, nombrado por el mismo Jesucristo. Arrio era un presbítero de la Iglesia Romana; Lutero (B. 109), monge; Calvino (B. 110), canónigo; Zuinglio (B. 111), archipreste; y Enrique VIII, el hijo y el defensor de la iglesia.

¿Qué mision tuvieron todos estos, ó por mejor decir, qué otra que la que ellos mismos se tomaron, y puede cada uno tomarse para sí? ¿Dónde están los milagros que ha obrado Dios, mediante su ministerio, para autorizarlo? Por el contrario, ¿no han fundado y estendido su secta, por medio de intrigas, de facciones, de guerras civiles, y á fuerza de armas? ¿Cuántos millones de hombres no ha degollado en Europa la secta de Lutero? Solo en el

reino de Francia han dado, los sectarios de Calvino, diez y siete batallas campales contra sus legítimos soberanos, ¡qué Religion! ¡Qué reforma! ¡Qué Evangelio! Todas las sectas, que no han sido bastante poderosas para levantar ejércitos y dar batallas, han sucumbido casi desde que nacieron. Mas ¿quién no admirará la incontrastable firmeza de la Religion Romana? Ella ha sido atacada á un tiempo por todas las potestades de la tierra, y del infierno. Los emperadores paganos, nada olvidaron ni dejaron de poner en práctica, para ahogarla en su cuna. Muchos principes han entrado varias veces á saco en la ciudad de Roma, y degollado ó desterrado á sus Papas, y mas de doscientas sectas han combatido en diferentes tiempos á la Iglesia Romana. ¿Y de qué han servido todos estos ataques, sinó de hacerla mas invencible? Con efecto, la vemos sobrevivir á todos esos errores, atravesar con seguridad todos los siglos, y en medio de esa agitacion, universal de las cosas humanas, subsistir siempre, sin que ni el poder de los hombres, ni la malicia de los demonios, ni las empresas de los novadores, que han querido dividirla con sus cismas, ni los artificios de los herejes, que han intentado alterar la pureza de su fé, ni los vicios de un gran número de sus propios hijos, y algunas veces de sus cabezas, que la han deshonorado con sus escándalos, hayan sido poderosos para abatirla ó conmoverla.

Fijad por el contrario vuestra vista sobre esa multitud de sectas diversas, que sucesivamente han aparecido sobre la tierra, y que falsamente se jactan de ser la verdadera Iglesia de Jesucristo, y ved como despues de haber hecho mas ó menos ruido, segun que han sido mas ó menos protegidas, han vuelto á caer, en el abismo de la nada y del olvido, para no salir de él jamás. Las que se han levan-

tado en estos últimos siglos , despues de haber hecho los mayores estragos y desolaciones en su curso , de repente se han secado como torrentes, y no han hecho progreso alguno. Solo se han conservado en algunos paises particulares , en que tambien los Católicos Romanos , mezclados con ellas , asi como con casi todos los pueblós del universo , subsisten juntamente á pesar de sus ódios y de sus persecuciones , conservando el hermoso nombre de Católico , que los mismos sectarios se han visto obligados á darles, para distinguir la Iglesia Apostólica de todas las otras. Reunidas todas y conjuradas contra ella , porque no pueden llevar en paciencia su superioridad , sus esfuerzos combinados, y siempre infructuosos , de nada sirven sinó para confirmar mas y mas el oráculo de su divino Autor , que las puertas del infierno no prevalecerán contra ella.

¡ Qué consuelo para los verdaderos fieles , y qué conviccion tan fuerte de la verdad, ver la Religion Cristiana y Católica, al través de diez y nueve siglos, triunfante de todos los errores y subsistiendo siempre la misma , conservar un gran número de prosélitos en los paises mismos que la han abandonado, y adquirir con ventaja en nuevas Regiones, lo que el espíritu de error y de cisma le hizo perder en otras; de suerte que la desgracia , refluye mas sobre los que la abandonan , que sobre la Religion misma; y las ramas secas que se desgajan y caen de este corpulento árbol , no le impiden el levantarse hasta el cielo con las que le quedan !

Este carácter de permanencia , y de indestruccion, único y propio de la religion Católica , ¿ no es un milagro siempre vivo en favor de los que no han podido ser testigos de los innumerables que ha obrado el brazo del Todo-poderoso á los ojos del universo , para fundarla y extenderla, y una demostracion

palmaria contra todas las sectas que caen á los pies de esta Iglesia triunfante, de la cual se han separado?

Y así, sus mayores adversarios tampoco pueden dejar de reconocer su superioridad. Se oyó, en Estrasburgo, á dos ministros Luteranos, que regresaban de ayudar á bien morir á uno de sus enfermos, decirse el uno al otro: «ved aquí; una persona á quien acabamos de enviar al infierno.»

Todavía podemos citar un testimonio mas decisivo. La princesa Isabel Cristina de Volfembutel, estando ya próxima á casarse con el archiduque Carlos de Austria, que fué despues el emperador Carlos VI, creyó deber consultar, para la tranquilidad de su conciencia, á los mismos luteranos. Congregados los doctores protestantes en Helmstod, respondieron: «que los católicos no están en error por el fondo de su doctrina, y que se pueden salvar en su Religion.» La princesa abrazó la Religion Católica Romana. El duque, su padre, fué del mismo parecer, diciendo que el partido mas seguro en una materia tan importante, seria siempre el partido mas sábio.

Pudiéramos acumular otras muchas pruebas, que aseguran invenciblemente á la Iglesia Romana, el título glorioso de verdadera Iglesia de Jesucristo. Pero creemos haber producido bastantes para convencer á todo entendimiento sano y racional, que ella es la verdadera Religion revelada por Dios á los hombres, y la única verdadera Iglesia que Jesucristo ha fundado sobre la tierra.

MAXIMA DIEZ Y OCHO.

Amad el dulce placer

De hacer bien y afortunados;

Aliviad principalmente

Al virtuoso desgraciado.

El primero, el mas natural de nuestros sentimientos, aquel que nace y muere con nosotros, es el deseo de nuestra felicidad. Pero el autor de la naturaleza, que nos destinaba á vivir en sociedad, ha querido sábiamente que nuestra propia felicidad estuviese ligada á la de los otros. La misma mano que ha puesto en nuestra alma el amor á nosotros mismos, ha impreso en ella un sentimiento de benevolencia hácia nuestros semejantes. Y así, los corazones bien dispuestos y generosos, prueban la satisfaccion mas pura en hacer bien á los otros hombres.

Haced felices, y lo sereis. La satisfaccion mas pura es el contribuir á la ajena, contentar un corazon y llenar una alma de alegría.

En efecto, ¿qué placer no debe sentirse en aliviar á los que padecen, en reinar sobre los corazones, y en merecer el dulce tributo de sus acciones y de gracias? ¿Y qué mayor delicia para la Majestad del trono, que el poder hacer mercedes, y dispensar beneficios? ¿Qué uso mas dulce y mas lisongero, (decia á la corte mas brillante de la Europa el ingenioso y elegante Massillon), pueden hacer los grandes de su elevacion y opulencia que el hacer á otros felices? Que empleen segun les parezca, sus bienes y su autoridad en todos los usos que el orgullo pueda inventar; es-

tarán saciados, pero no quedarán satisfechos; la alegría que experimenten no llegará á penetrar hasta su corazón. Al contrario, que los empleen en hacer afortunados, en hacer la vida mas dulce y mas soportable á los desgraciados, quienes los excesos de la miseria han reducido quizás, á desear, que el dia que les vió nacer hubiese sido el mismo de su sepulcro; entónces sentirán el placer de haber nacido grandes, y gustarán la verdadera dulzura de su estado: este es el único privilegio que los hace dignos de envidia.

Los que se ejercitan en la beneficencia, prueban sensiblemente la verdad de esta bella máxima de Jesucristo: *Que es mucho mas feliz el dar que recibir* (1). Si, aunque piensen lo contrario los hombres duros é interesados, la alegría de hacer bien es otro tanto mas dulce, que la de recibir. ¡Qué placer es comparable al de encontrarse con los ojos de la persona á quien se há hecho feliz! ¡Qué sonido de voz mas penetrante que la de un desgraciado á quien se ha colmado de alegría, y que no sabe como espresar su reconocimiento! Si se ha dicho de la alabanza, que era la mas agradable de todas las músicas, se puede decir tambien que de todas las alabanzas, la mas grata es la que se ha merecido por la beneficencia. Los únicos elogios, de que los grandes y los ricos tienen motivo de no desconfiar, son los elogios que obtienen del reconocimiento: cualquiera otra alabanza puede dirigirse á su fortuna, aquella no se dirige sinó á su persona.

¡Qué espectáculo mas placentero, que el de verse amado! Todos los objetos que se ofrecen, son agra-

(1) Oportet meminisse verbi Domini Jesu, quoniam ipse dixit Beatius est magis dare, quam accipere —Act. Apost. c. 20. v. 35.

Conviene acordarse de las palabras del Señor Jesus, cuando dijo: mucho mayor dicha es el dar, que el recibir. — Sr. Amat. — T.

dables: todos los movimientos que experimenta el corazón, son deliciosos. ¿Queréis gustar estas delicias tan puras, tan inefables y tan dignas de una bella alma? Vivid para los otros. Vivid sobre todo para atender al mérito, para proteger la inocencia, para socorrer al hombre que padece. Introducid la alegría en los corazones afligidos por la adversidad. Entrad en la casa de los miserables, como una divinidad tutelar que preserva de la muerte. Estudiad todas las ocasiones de evitar el mal á los otros, ó de procurarles el bien. Derramad las gracias oportunamente sin ser solicitado, y excusad un pudor tímido que las compra siempre muy caras, cuando se le obliga á pedir las. Gustareis una satisfacción mas dulce y mas lisonjera, que el mismo que habrá sentido los efectos de vuestra humanidad. Si no la encontráis así, si probáis la mas mínima amargura por el recuerdo de una buena acción, si os la reprendéis, yo consiento en ello, no volvais nunca á practicarla.

Los hombres se acostumbran á la prosperidad y llegan á ser insensibles; pero sienten siempre la alegría de ser los autores de la ventura de otro. Cada beneficio, lleva consigo este dulce y secreto tributo de nuestra alma. Los placeres demasiado repetidos, endurecen el corazón; pero el que resulta del hábito de la beneficencia lo hace cada día mas sensible.

Si abundais en riquezas, ¿qué empleo mas útil y ventajoso podeis hacer de ellas, que comprar corazones? La alegría sombría y siempre inquieta, de la avaricia, al contemplar sus montones de oro y de plata, tan inútiles para ella misma como para los otros, ¿podrá jamás compararse á la que experimenta una alma generosa que se hace amar por sus beneficios? Un Califá que hacia encerrar oro en las arcas de su palacio exclamó: « Plegue al cielo que yo viva tanto, que pue-

da llenarlos.» A estas palabras un valido suyo que alli se hallaba, hizo un movimiento de indignacion y quiso separarse. El Califa le detuvo, y ¿á donde vas le dijo?—Perdonadme Señor, respondió el privado: yo me he acordado de haber acompañado á vuestro abuelo á este propio sitio. Su Padre, habia hecho como vos, llenar estos cofres: al verlos suspiró, se le cayeron las lágrimas de sus ojos, y dijo: ¡Oh Dios de Mahoma! Hacedme vivir bastante para emplear estas riquezas en hacer felices á mis vasallos.

Un hombre, es ciertamente digno de su felicidad, cuando ama el hacer participes de ella á los otros. Asi era Enrique II duque de Montmoreney, que por sus bellas cualidades se adquirió la estimacion de toda la Francia. Viajando por el Langüedoc (1), divisó en un campo cuatro labradores que comian á la sombra de unos matorrales. «Acerquémonos á esta buena gente, dijo á tos que le acompañaban, y preguntémosles si se creen felices.» Tres de ellos respondieron que, «limitando su felicidad á ciertas comodidades propias de su condiceion, que Dios les habia dado, nada mas deseaban en el mundo que lo que tenían.» Pero el cuarto confesó francamente, «que faltaba una cosa para su dicha, y era poder adquirir una cierta heredad que sus padres habian poseido».—Y ¿si tubieras esa heredad, dijo Montmoreney, estarias contento?— Tanto como puedo estarlo, replicó el paisano. — Cuanto vale?— Dos mil francos. «Que se le dén, contestó el Duque, «y que se pueda decir que yo he hecho un hombre feliz en mi vida.»

(1) Antigua provincia del Sur de Francia, comprendida entre los rios Ródano y Garona: confinante al N. E. con el Leonés; al O. con la Auvernia, la Guyena y la Gascuña, al S. con el condado de Foix y el Rosellon, al S. E. con el Mediterraneo, y al E. con la Provenza, el condado Venesino y el Delfinado.—T.

En la vida del caballero Bayardo (B. 112), leemos un pasage que nos parece todavia mas hermoso, porque este guerrero no tenia ni los medios ni la fortuna del Duque de Montmorency. Durante las guerras de Italia, supo Bayardo, que un tesorero francés se iba á pasar á los enemigos llevando consigo una suma considerable. Resuelto, pues, á echarse sobre él y sobre su tesoro, marchó con veinte hombres á prepararle una emboscada; disponiendo que Tardiu, uno de sus mas valientes oficiales, saliese tambien con veinte y cinco hombres, aunque por distinto camino, á fin de que el Tesorero viniese á caer en manos de uno ó de otro. En efecto, pasó por donde estaba Bayardo, quien con su gente cayó sobre él. El Tesorero y su escolta, creyendo que un ejército entero iba en su alcance, huyeron precipitadamente y sin volver la vista atrás. Alcanzado y preso por Bayardo, fué conducido á la ciudad, donde se hallaba este de guarnicion, encontrándole en la caja quince mil ducados.

A este tiempo llegó Tardiu, quien deslumbrado á la vista de tanto oro, lamentaba que la fortuna no le hubiese dado la preferencia sobre Bayardo.— Mi camarada, le dijo, tambien yo tengo mi parte en lo que hay en esa arca, como que he sido de la empresa.— En efecto, habeis sido de la Empresa, replicó Bayardo, pero nó de la aprehension; y aún cuando lo fuéis, habeis estado á mis órdenes.— Tardiu se puso furioso al oir esta respuesta, y fué á dar sus quejas al general francés, que adjudicó la presa al caballero Bayardo. Éste para divertirse á costa de Tardiu, puso todos los doblones amontonados sobre una mesa. «Camarada, le dijo: ved aquí unos hermosos confites, ¿qué decis?— Digo respondió, dando un gran suspiro, que son muy ricos; pero que yo no les cataré. Sin embargo, la mitad de ellos me hubiese bastado

para pasar con comodidad el resto de mi vida.—¿No te falta otra cosa, amigo mio, repuso Bayardo, para ser feliz lo que te queda de vida? No sintais, pues, el no haber puesto la mano antes que yo; lo que la casualidad no ha querido daros, os lo regalo yo de muy buena gana: la mitad de todo esto es vuestro.

Tardiu, creyó que el caballero seguia todavia chancéandose, mas cuando vió contar y partir el dinero, y que Bayardo ponía la mitad en sus manos. ¡Oh mi querido Gefe, amigo mio, exclamó echándose á sus pies, y derramando lágrimas de alegría! ¿cómo podré yo pagar el bien que me haceis? — No hablemos de tan poca cosa, mi compañero, replicó Bayardo; es lo menos que yo quiero hacer, y de lo que en realidad haria por vos si pudiese.»

Si los hombres se nombrasen los Soberanos, no serian ni los mas nobles, ni los mas valientes los que elegirian, sinó los mas tiernos y mas humanos; unos soberanos tales, como fué particularmente uno de los mas ilustres reyes de Francia, Luis XII (B. 113). Luego que este principe fué elevado al trono, disminuyó los impuestos mas de la mitad, y nunca los restableció. Amó á sus vasallos, y manifestó durante todo su reinado un extremo deseo de hacerlos felices. Y asi, todos los franceses le amaban como se ama á un buen padre. Por todas partes por donde pasaba salian á recibirle, y le seguian á su partida hasta tres ó cuatro leguas. Un caballero de la comitiva del Rey, preguntó un dia á un anciano labrador, que corria cuanto podia, á dónde iba, y por qué se incomodaba en correr tanto. El buen viejo le respondió «que corria para ver al Rey, á quien acababa de ver al paso, pero sin embargo le via siempre con tanto gusto que jamás se cansaba de verle.» Estos son los términos de la historia contemporánea. A su muerte cada uno creyó

perder su padre y le honraron en su funeral con el titulo mas glorioso que jamas ha tenido soberano alguno, pues fué proclamado á son de trompeta: *Padre del pueblo.*

Despues de Luis XII, ninguno de sus sucesores mereció mejor este bello nombre que Enrique IV. ¿Qué no hubiera hecho, si una mano sacrilega no hubiera cortado los dias de un principe que merecia no morir jamás? Habiendo cometido un desórden en Champagne, unas tropas que enviaba á Alemania, y saqueado varias casas de paisanos, dijo á los capitanes que se hallaban aún en Paris: «Partid en diligencia, dad vuestras órdenes, y vosotros me responderéis de ellas ¡qué! si se arruina á mi pueblo, ¿quién me alimentará? ¿quién sostendrá los tributos? ¿quién pagará vuestras pensiones? ¡Vive Dios! Atreverse á mi pueblo es atreverse á mí.

Aliviad principalmente

Al virtuoso desgraciado.

Entre los pobres que pueden ser el objeto de vuestra beneficencia, debeis preferir mas particularmente á los que, teniendo virtud y buena conducta no merecen su mala fortuna, de los que se encuentran muchos.

Entre ellos inclinaos con preferencia á los viejos, á los enfermos, á los pobres vergonzantes, y á aquellas personas desgraciadas á quienes vuestra caridad podrá sacar del crimen ó impedir que caigan en él. Una mujer muy pobre, pero que tenia el consuelo de tener una hija amable, cuyas gracias modestas anunciaban la honestidad y el recato, se presentó con esta jóven á la audiencia del Cardenal Farnesio, y le espuso, que estaba próxima á ser despedida con su hija, de un pequeño cuarto

que habitaban en casa de un hombre muy rico , porque no podian pagarle cinco escudos que le estaban debiendo. El tono ruboroso con que le representó su miseria ; hizo comprender fácilmente al Cardenal, que habia caido en ella porque amaba mas la virtud que las riquezas. En el acto escribió un billete y se lo dió , encargándole que lo entregase á su Tesorero. Habiéndole abierto este , contó al instante cincuenta escudos. «Señor , le dijo, esta honrada mujer : yo no he pedido tanto á su Eminencia, quien seguramente se ha engañado.» Para tranquilizarla fué necesario que el Tesorero mismo fuese á hablar al Cardenal, quien volviendo á tomar su billete dijo : es cierto , yo me he equivocado , el procedimiento de esa señora lo prueba , y en lugar de cincuenta escudos escribió «quinientos,» que obligó á aceptar á la virtuosa Madre , para casar á su hija.

Una de las caridades mas loables , es sin duda la que tiene por objeto al alma , con preferencia al cuerpo , es decir la que mantiene al hombre en el amor al trabajo ; pues la limosna que nutre y fomenta el vicio ó la holgazaneria , no merece este nombre. Un jóven rey de Persia , movido de compasion hácia un pobre , le hizo dar una cantidad considerable. Algun tiempo despues se le quejaron del desórden en que vivia el pobre á quien habia enriquecido , y no tardó el mismo Rey en verlo á las puertas de su palacio cubierto de arapos y pidiendo limosna. Mostrándole el Rey , á uno de los sábios de su corte , le dijo : «ved , los efectos de la bondad. Tú me has visto colmar de riquezas á este pobre ; vé ahí el fruto de ellas : mis beneficios le han corrompido , pues han sido para él el origen de nuevos vicios y de una nueva miseria.— Eso es muy cierto , le respondió el sabio : porque

habeis dado á la pobreza lo que solo debisteis dar al trabajo.»

Se cuenta de el Sr. Launay (1), célebre abogado de Paris, que rara vez negaba la limosna á los pobres; pero al dársela siempre les mandaba trabajar para ganar la vida. «Yo me levanto, ¡les decia, todos los dias á las cinco de la mañana para ganar la mia.»

Pero, aunque la caridad y la beneficencia, no estén nunca mejor empleadas, que cuando sirven para mantener en el amor al trabajo, para sostener el resto de una vida lánguida y enferma, para aliviar la virtud desgraciada, ó bien para sacar del desorden á las personas que la indigencia ó el libertinage habia precipitado en él; sin embargo, no se debe reusar el extender hácia los otros infelices una mano compasiva y generosa. Tampoco conviene cerrarla enteramente, á los que por otra parte, serian indignos de ella, cuando se ven constituidos en una verdadera necesidad. Reprendian á un filósofo porque hacia limosna á un malvado: «Yo la hago á la humanidad, respondió: y no al individuo (2).»

Los abusos inseparables de la mendicidad pública, y los vicios, de que de ordinario está acompañada, no son, pues, una excusa legitima para negar todos los socorros á los mendigos. No seríamos menos

(1) (Francisco de): Aventajado Jurisconsulto. Nació en Angers, en 1615, y murió en 1681. Se distinguió tanto por su saber, por sus vastos conocimientos en la jurisprudencia, como por sus costumbres, sólida piedad y beneficencia.—T.

(2) Reprendieron á Aristóteles por haber dado limosna á un hombre malo, y respondió: «Cuando le di la limosna no atendí á sus costumbres, sinó á su miseria». «Non mores inquit sed hominem commiseratus sunt.» Creía, y con razon, este sabio pagano, que aún á los malos es obligacion el socorrerlos en sus estremas necesidades.—Jamin.—T.

culpables delante de Dios de su muerte, si pereciesen por nuestra culpa, ni menos responsables á la sociedad de los delitos á que el hambre los conduciría.

Una de las madres mas liberales de los pobres que existieron jamás, fué la emperatriz Leonor. ¡Cuántas veces salia de su palacio, encontraba una tropa importuna de mendigos que la aguardaban, y apenas bajaba de su carroza, la rodeaban á porfia! Veiase la permanecer tranquila en medio de aquel tropel, que sin miramiento alguno la aturdia con sus gritos, la estrechaba, la tiraba del vestido, y casi la arrebatava la limosna de las manos. Para sustraerse de tan importunos encuentros, solia salir como particular, sin ningun acompañamiento, ni llevar consigo sino las limosnas ordinarias; pero con frecuencia solian los pobres rastrear sus pasos y adivinar su marcha como si la vendiese su misma caridad, y no la permitiese permanecer oculta por mucho tiempo. Disgustada entonces de verse sola y sin dinero, y conmovidas sus entrañas al oír los clamores de los desgraciados, pedia prestado algun dinero al primero que se le presentaba, para distribuirlo inmediatamente por sus propias manos. No tiene nada de extraño que, en tan grande concurrencia de pobres, como se agolpaban para pedirla limosna, se metiese tambien algun pícaro que abusase de su bondad. Un dia, entre otros, encontró cinco soldados, á su parecer miserables, y les dió á cada uno una moneda de oro. Pocos momentos despues, tuvieron la osadia de volverse á presentar aunque disfrazados con otro vestido, y la Emperatriz fingiendo no reconocerles, les dió para todos una moneda de oro, usando de un exceso de bondad, que le hacia con frecuencia mirar con disimulo esta especie de supercherías, con que á veces se cubrian las verdaderas miserias.

«Tomad, hijos míos, les dijo: tomad esta moneda mas; pero acordaos que yo tengo muchos pobres verdaderos á quienes alimentar». Habia persona que para engañarla, se le presentaba veinte veces en un mismo dia, aunque con distinto traje. Otros fingian ser recién convertidos, hombres de calidad; ó arruinados por la guerra; y lo que era peor que todo esto, no faltaba quien emplease sus limosnas en fomentar su libertinaje. Informada Leonor de estos desórdenes, y viendo que las representaciones que se le hacian tendian á disminuir su caridad, decia suspirando: «¡Ay de mí, yo no puedo distinguir los verdaderos pobres, de los que no lo son! ¿Deberé castigarlos á todos, privando de mis limosnas á los malos, en perjuicio tambien de los buenos? Dios que vé la rectitud de mis intenciones, me lo tomará en cuenta.

«Acaso el Señor, ¿no hace salir todos los dias el sol, sobre los buenos y los malos?»

Jamás se ha hablado tanto de *humanidad* como en nuestro siglo, pero al sustituir aquella hermosa palabra á la de *caridad*; es decir, una virtud pagana á una virtud cristiana, han querido nuestros filósofos, á ejemplo de los mas hábiles sectarios, cubrir con el barniz de unos colores seductores la negrura de su doctrina, prestando al menos al error la mascara de la verdad. Ellos han preconizado y exaltado la humanidad y la beneficencia; pero si tal vez han podido escitar en algunos corazones sentimientos tan naturales, inclinándoles hácia algunos actos de beneficencia en favor de los desgraciados, nos atrevemos á decir, para gloria de la Religion, que esos bellos sentimientos no germinarán, ni arraigarán con seguridad y rapidez en los corazones humanos, sinó cuando los vivifique la caridad cristiana.

¿Qué Religion ha recomendado con mas fuerza el amor al prójimo, y el cuidado de los pobres? y sobre todo, ¿qué otra que la de Jesucristo ha dado al mundo mas heróicos ejemplos de estas virtudes? ¡Cuántos pudiéramos citar! Los anales eclesiásticos y la historia de los Santos, están llenos, de estos grandes retratos de caridad, y si se quiere de humanidad y de beneficencia; que la persuadirán siempre mejor que todas las brillantes y áridas maximas de la filosofia. En efecto, ¡quién no se siente estimulado á socorrer á los pobres, al ver un Serapio (1), que tambien lo era, desnudarse de sus vestidos para abrigar á un desgraciado que moria de frio! Preguntado ¿quién le habia despojado de aquella manera? «enseñando el libro del Evangelio, respondió:» Éste otro dia vendió este precioso libro, única cosa de valor que le quedaba para poder hacer limosna, y dijo á su discípulo: «en verdad, hijo mio, que habiéndome dicho, si quieres ser perfecto, vende cuanto tengas y dálo á los pobres; lo he efectuado así, á fin de que en el día de la gran cuenta, tenga yo un motivo mas de confianza en la misericordia de Dios.» En otra ocasion, añade el autor de su vida, habiéndole pedido limosna una pobre viuda, cuyos tiernos hijos se morian de hambre, y no teniendo nada que darla, se vendió él mismo á unos griegos cismáticos, que movidos de una accion tan generosa, abrazaron pocos dias despues el Cristianismo.

Quando hagais limosna, hacerla prontamente, y con buen corazon. Hacerla con enfado ó desagrado, y solo para librarse de la importunidad, es querer perder todo su mérito. Pero, ¿qué se deberá pensar de aquellas caridades bárbaras, precedidas de miradas altaneras? de aquellas limosnas

(1) Serapio ó Serapion, (San)...

arrojadas con mano desdeñosa, y acompañadas de palabras tan ofensivas que hasta el beneficio mismo es un ultrage? Ricos soberbios y orgullosos, ¿dais limosna, ó comprais el derecho de insultar? *Pero el pobre es importuno*—¿debería importunaros? ¿debería tampoco pedirlos? ¿Es acaso que su miseria no habla bastante? Si fueseis sensibles; si fueseis hombres, ¿tendría necesidad de haceros la humilde confesion de ella? Permitidle á lo menos que os esponga su triste estado, ya que no pensais en él, en medio de vuestra abundancia.—*¡Pero él engaña con males simulados, con miserias fingidas!*—¿Por qué le obligais vosotros á llegar á este estremo?—Dejad de reprehenderle un artificio á que vuestra dureza le há obligado á recurrir; él sería menos impostor, si vosotros fueseis mas caritativos.

Si Dios os há dado muchas riquezas, manifestadle vuestro reconocimiento, partiéndolas con los pobres, y no temais sinó el no dar bastante. Aunque no tengais mucha hacienda, sed tambien caritativo: los menos ricos pueden socorrer á los que están necesitados. No son necesarios grandes tesoros para ser benéfico. ¡Cuantas personas tienen necesidad de una recomendacion, de una palabra consoladora, de un bocado de pan...! «Hijo mio, decia el virtuoso Tobias, haz limosna de tu hacienda, y no desvies nunca tus ojos de ningun pobre, pues así merecerás que los ojos de Dios no se alejen nunca de ti. Sé misericordioso segun la extension de tu poder. Si tienes mucho, dá mucho: si poco, dá poco; y dalo voluntariamente. Este será un tesoro que acumularás, y una gran recompensa que prepararás para el dia en que la necesites. Porque la limosna espia todos los pecados, libra de la muerte eterna, é impedirá al alma caer en las tinieblas. La limosna llegará á ser para todos los que la hacen,

el motivo de una grande confianza delante del soberano Dios (1).»

Y en efecto, en aquel dia formidable en que el Juez Supremo debe juzgar á cada uno segun sus obras, y sobre todo, segun las obras de misericordia que habrá hecho ú omitido, ¿con qué seguridad creéis que un hombre caritativo debe presentarse á su tribunal? Escoltado de sus limosnas, acompañado de los afligidos, cuyas lágrimas ha enjugado, de los presos que ha visitado, de los enfermos, cuyos dolores ha aliviado, en medio de este magnifico y numeroso cortejo caminará mas bien como un vencedor que vá á ser coronado, que como un reo que vá á escuchar su sentencia.

Esto es lo que inflamaba la caridad de Madama

(1) Ex substantia tua fac eleemosynam, et noli avertere faciem tuam ab ullo paupere: ita enim fiet ut nec á te avertatur facies Domini.

Quomodo potueris, ita esto misericors.

Si multum tibi fuerit, abundanter tribue: si exiguum tibi fuerit, etiam exiguum libenter impertiri stude.

Premium enim bonum tibi thesaurizas in die necessitatis.

Quoniam eleemosyna ab omni peccato et á morte liberat, et non patietur animam ire in tenebras.

Fiducia magna erit coram summo Deo eleemosyna omnibus facientibus eam. — Tobías. c. 4, v. 7, 8, 9, 10, 11 y 12.

Haz limosna de aquello que tengas, y no vuelvas tus espaldas á ningun pobre: que así conseguirás que tampoco el Señor aparte de tí su rostro.

Sé caritativo segun tu posibilidad.

Si tuvieres mucho, dá con abundancia: si poco, procura dar de buena gana aún de esto poco que tuvieres: pues con esto te atesoras una gran recompensa para el dia del apuro.

Por cuanto la limosna libra de todo pecado, y de la muerte eterna, y no dejará caer el alma en las tinieblas del infierno:

Sinó que será la limosna motivo de gran confianza delante del Soberano Dios para todos los que la hicieren —Sr. Amat. — T.

Dacier (1); esta señora tan estimable por la vasta extension de sus conocimientos, y mas aún por las cualidades de su corazón. Su compasion con los pobres, era tan grande, que se reducía frecuentemente á la estrechez para socorrerlos. Representándole un día su marido, que se debería moderar y tener consideracion al estado de su fortuna, le respondió: « No son los bienes que tenemos los que nos harán vivir: son las limosnas que hagamos: ellas nos harán amigos de Dios, y contribuirán á borrar nuestros pecados.»

Los tiempos, decis vosotros, son malos ó pueden llegar á serlo.—Ricos inhumanos; si los tiempos son malos, ¿para quien lo son? ¿lo son para vosotros, que en todas épocas de nada careceis, ó para el pobre á quien casi siempre falta todo, y que es tanto mas digno de compasion, cuanto mas infelices son los tiempos? ¿todo el rigor no cae sobre él, que es su víctima? Y supuesto que hay un gran número de gentes constituidas en necesidad, ¿no debeis vosotros por lo mismo usar pródigamente de vuestras liberalidades mas que nunca? ¿No es en los tiempos calamitosos, cuando está mas expresa la obligacion del precepto, en los que debeis ahorrar, economizar, y tambien cercenar, para estar en estado de poder dar mas?

Temeis sin embargo, ó aparentais temer los reveses ulteriores de la fortuna. Mas estos excesivos temores, injuriosos á Dios, y á su providencia, cuyos

(1) Hija del sábio Tanneguy Lefevre, y compañera de estudio, bajo la direccion de su propio padre, del célebre Andrés Dacier, de quien llegó á ser esposa. Nació esta literata en 1651 y murió en el 1720.— Cuando se casó ya se habia adquirido un gran nombre con varias obras; pero se dió á conocer sobre todo por sus traducciones de *la Iliada* y de *la Odysea*. Boileau hacia grande aprecio de esta mujer, á la que creía superior en talento á su marido, á cuyos trabajos literarios cooperó en gran parte.— T.

cuidados benéficos no olvidan á las avecillas del aire ni á los animales de la campiña, ¿no son ordinariamente los temores hipócritas de la avaricia, oculta bajo la máscara engañosa de la prudencia? En efecto, no sirven sinó para paliar la codicia sórdida, que hace su Dios de su tesoro, ó para satisfacer otras pasiones. Temen el porvenir cuando se trata de socorrer las necesidades de los pobres y no lo temen cuando se trata del juego, del lujo, ó de la corrupcion, que arruinan tan frecuentemente las fortunas mas brillantes.

Pero, añadís vosotros: ¿no debe cada uno sostener su calidad y su rango?—Y yo á mi vez os pregunto, ¿cual es vuestra primera calidad, y vuestro estado esencial? ¿no es el de hombre y el de cristiano? Esta última cualidad sobre todo, es muy superior á todas las otras, y es lo que debeis sostener con mas celo, y ¿la sostendréis si no teneis una caridad benéfica para con unos hombres infelices que son vuestros hermanos, aún mas segun el órden de la Religion, que conforme al de la naturaleza? ¿Su vida no debe ser preferida á todas las necesidades, frecuentemente imaginarias, y casi siempre exageradas de vuestro estado?

El pobre insistis no tiene derecho sinó á lo superfluo del rico, y yo no lo tengo. No; vuestra ansia de adquirir, vuestra ambicion, vuestra sensualidad no tienen nada supérfluo. Pero, poned freno á vuestro furor de atesorar, á vuestros proyectos ambiciosos de elevacion, á vuestros gastos excesivos, á vuestras intemperancias; y vuestra hacienda os proveerá hasta de lo superfluo. Cercenad vuestros adornos, ese fausto importuno, odioso á los otros, y pesado para vosotros mismos; ese juego excesivo, que os arruinará mas seguramente que la limosna, y esas mesas (diré cubiertas de oro, ó de sangre de los pobres que dejáis perecer) en donde gastais pródigamente

unas cantidades, que podrían bastar para alimentar mucho tiempo un gran número de familias indigentes. Cercenad esos banquetes suntuosos, que dais frecuentemente por vanidad, y en que la ambicion de esceder á los otros os hace cargar vuestras mesas de platos tan multiplicados como inútiles; de manjares, cuya rareza, carestía y novedad le dá todo el precio; de vinos extranjeros, y licores mas lisongeros al paladar que á la salud. ¿Qué diré yo en fin? Disminuid vuestros excesos, vuestros crímenes, vuestros necios gastos, y tendréis supérfluo.

Un Señor de la Côte de Alejandro IX, duque de Saboya, tenia un número excesivo de perros, que alimentaba únicamente para los placeres de la caza. Un dia, que conversaba con el príncipe sobre el grande gasto que le ocasionaban estos animales, el rey indignado de un dinero tan mal empleado, le dijo con un tono severo: «sabad que no conviene alimentar otros perros que los pobres; pues á lo menos sirven para ganar el cielo.»

Y así se ha visto al célebre cura de S. Sulpicio Mr. Langüet (B. 114), vender en un tiempo de carestia sus muebles, sus pinturas, y otros efectos raros y curiosos, que habia acumulado con mucho trabajo. No tuvo despues de este tiempo sinó tres cubiertos de plata; ninguna colgadura, y un simple lecho de sarga, que una Señora le prestó á fin de que no le vendiese para los pobres, como habia hecho con todos los que habia tenido. Su patrimonio, que era considerable, lo tenia ya vendido y empleado el valor en obras de caridad. ¡Qué ejemplo, para los que tanto por su estado, como por la naturaleza de las rentas eclesiásticas que gozan, están aun mas obligados que los ricos y los grandes del mundo, á ser los primeros padres que alimenten á los pobres!

El archiduque Fernando, siendo gobernador de

la Lombardia Austriaca, dió un dia á los grandes, en una ocasion semejante, un ejemplo de sensibilidad para los desgraciados tan digno de su imitacion, como de nuestros elogios. Durante las diferentes fiestas que se hicieron con motivo de su matrimonio, le manifestaron en presencia de la Emperatriz Reina, los diseños de una iluminacion soberbia que habian resuelto hacer en Schombrunn, la antevíspera de regresar á su Gobierno, y que hubiera costado mucho. El jóven Principe consideró estos diseños atentamente, se quedó pensativo, suspiró, y le cayeron algunas lágrimas de sus ojos. La Emperatriz, atónita é inquieta de esta conmocion, le preguntó vivamente la causa. «Madre mia le dijo el Principe: ¡despues de tantas funciones que me han hecho, todavia una iluminacion! ¡ésta, costará tanto! ¡y es un placer tan poco durable, caso que lo sea! La carestia de los granos, y calamidades del tiempo, han reducido á muchas familias honradas, á la última miseria. Se podia emplear el dinero que costaria esta iluminacion en aliviar á los mas indigentes.» La Emperatriz, encantada de hallar en su hijo esta humanidad y beneficencia, que formaba su carácter, le abrazó estrechamente, derramando con él lágrimas de ternura, y le hizo dar una cantidad considerable de dinero. Todo el dia se empleó en distribuirlo con el mayor secreto; y á la mañana siguiente, el Archiduque se presentó delante de la Emperatriz, rebosando su rostro de alegria, la abrazó, y la dijo con el entusiasmo de una bella alma transportada del placer de haber hecho una buena accion ¡*Ah madre mia!* ¡*Qué fiesta!*

FIN DEL TOMO PRIMERO.

BIOGRAFIAS

que por el orden numérico se citan en este tomo primero de la Escuela de Costumbres.

1.^a *Rousseau* (Juan Jacobo): escritor célebre que nació en Ginebra en el año de 1712, y murió en Ermenonville (lugar de Francia en el departamento del Oise) en 1778. Obtuvo una celebridad casi igual á la de Voltaire, debida á la belleza de su estilo, á la viva sensibilidad que reina en sus escritos, y mas quizá todavía, á lo atrevido de sus opiniones paradójicas. Como filósofo habia adoptado por divisa *Vitam impendere vero*. Desde sus primeras obras se habia declarado el adversario de la civilizacion, y en aquel camino persistió toda su vida; en su *contrato social* proclamaba la igualdad absoluta, y fundaba la sociedad en un pacto imaginario; en el *Emilio* proponia un sistema de educacion impracticable, en la que el discípulo no hubiera tenido mas maestro que la naturaleza; en la *Eloisa* trató las cuestiones mas elevadas de la moral, con una elocuencia admirablè; pero sostenia en ella con igual fuerza opiniones contradictorias. Con todo, emitió sobre la educacion y la política, algunas ideas sanas que fueron acogidas con entusiasmo, y que ejercieron una poderosa influencia sobre su siglo. En religion profesaba el *deísmo*; su moral, basada únicamente en las inspiraciones de la conciencia, era enteramente opuesta á las doctrinas de egoismo que dominaban en su tiempo. — T.

2.^a *Buffon*, (J. L. Leclerc conde de): célebre naturalista, nació en 1707 en *Montbard*, en la Borgoña, y murió en 1788, con la satisfaccion de poder ver antes de morir, colocada su estatua á la entrada del museo de historia natural de París, con esta inscripcion: *Majestati nature par ingenium*. Honor debido á su historia natural: obra que le colocó en el primer rango de los escritores y de los sábios, y que le ha grangeado justamente el sobrenombre de *Plinio francés*. — T.

5.^a *Galeno*, nació en Pérgamo el año 131 de Jesucristo, fué hijo de Nicón, hábil arquitecto, que le dió el sobrenombre de Galeno (dulce), sin duda en razon á la suavidad y dulzura de su carácter. Se dedicó primero á la filosofía, con especialidad á la de Aristóteles; despues estudió la medicina, y viajó mucho para perfeccionarse. A los 34 años de su edad pasó á Roma, y se distinguió tanto por sus conocimientos, que fué sucesivamente médico de los emperadores Marco Aurelio, Vero y Cómodo. — Galeno es reputado por el primer médico de la antigüedad despues de Hipócrates; y sus escritos han sido durante muchos siglos el oráculo de las escuelas. — T.

4.^a *Epicuro*, célebre filósofo griego, nacido en *Gargettos*, cerca de Atenas, el año 544 antes de J. C., hijo de un maestro de escuela. Desde muchacho se aficionó apasionadamente á los escritos de Demócrito, y habiendo estudiado en seguida los principales sistemas que se enseñaban en su tiempo, bien pronto se creyó en estado de fundar una nueva secta. Enseñó primero en *Lampsaco*, y despues trasladó su escuela á Atenas, en cuya ciudad compró un jardín, donde se reunían sus discípulos que hacian vida comun. Murió el año 270 antes de la era vulgar. Hacía consistir el *soberano bien* del hombre en el goce de los placeres, así del espíritu y del corazon como de los sentidos: explicaba la formacion del mundo por el concurso casual de los átomos: no admitia la inmortalidad del alma y negaba la Providencia. Su moral tenia, á mi corto juicio, muchos puntos de afinidad con la de los modernos *utilitarios de la escuela del positivismo y de los goces materiales*. — T.

5.^a *Racine* (Juan, padre) uno de los primeros poetas trágicos de la Francia, nació en 1639 en la Ferté Milón, y murió en 1699. Tuvo sus primeros estudios en Bauvais con mucho esplendor; continuólos en Port-Royal, cuya casa era el asilo de la piedad, del saber y del ingenio. Uno de los ilustres solitarios que en ella vivian, se encargó de cultivar las nacientes disposiciones de Racine, quien en menos de tres años, llegó á tener un extenso conocimiento de las bellas letras griegas, latinas y francesas. Era prodigiosa su memoria. Decoraba, no solo muchos trozos,

sinó libros enteros, como los *Amores de Theágenes y Cariclea*, novela griega, que aprendió al pie de la letra, temiendo que se la arrebatasen. Su genio le inclinaba con especialidad á la poesía dramática. Sófocles y Eurípides tenían para él tanto atractivo, que pasaba los días enteros en el bosque de la Abadía, estudiándolos y meditando los. La primera pieza que le dió á conocer á la edad de 20 años, fué una Oda titulada la *Ninfa del Sena*, que compuso con motivo del casamiento de Luis XIV. Esta Oda, que anunciaba á la Francia un buen poeta, le atrajo la benevolencia de la córte, y le grangeó la estimacion de Colbert, que premió su mérito con una pension. Compuso varias y excelentes tragedias, entre ellas el *Británico*, la *Berenice*, *Bayaceto*, *Mitridates*, *Yfigenia*, *Fedra* y sobre todo la *Athalia*, que pasa por una de las obras mas acabadas del arte, digna á juicio de eminentes críticos, de ser colocada al frente de todos los poemas dramáticos.—T.

6.^a *Joinville* (Juan, Señor de): historiador francés, nació hácia el año 1225, de una antigua familia de Champaña, y falleció el año 1349; fué primero senescal en Thibaut, conde de Champaña, y despues amigo y consejero del rey Luis IX. Acompañó á éste en su primera cruzada, combatiendo á su lado con extraordinario valor, y compartió con él la desgracia de su cautiverio; su franqueza y acertado juicio en los consejos inspiraron tal confianza en el ánimo del rey, que no quiso que en adelante se separára de su lado. De vuelta á Francia le concedió una pension, le admitió en su mesa, y frecuentemente le encargaba le ayudase á hacer justicia á sus súbditos. Joinville nos ha dejado: *Memorias sobre Luis IX*, obra llena de naturalidad y de encanto, en la que vemos al santo Rey en toda su grandeza cristiana. Y él personalmente se granjeó la reputacion de un cortesano amable, de un militar esforzado y de un señor virtuoso; de carácter vivo, humor alegre, alma noble y sentimientos elevados.—T.

7.^a *Luis VIII*, rey de Francia, llamado corazon de Leon; hijo y sucesor de Felipe Augusto, nació en 1187, fué proclamado rey en 1225; tomó á los ingleses el Poitou, el Lemosin, el Perigord y el Aunis, á pesar de las escomuniones del Papa; hizo la guerra á los albigenses, sometió todo

el Langüedoc , á excepcion de la capital, que se preparaba á sitiarse cuando murió en Montpensier en 4225. — *T.*

8.^a *Teodosio I*, (Flábio llamado el Grande,) emperador romano; nació en España en 346, y era hijo de un general, á quien Graciano hizo decapitar injustamente en 376. A la edad de 18 años obtuvo el mando de un ejército y libró el imperio de las hordas de bárbaros que inundaban la Tracia, la Grecia y la Panonia, obligándoles á repasar el Danubio. Fué tan grande en la paz como en la guerra; hizo los mayores esfuerzos por reparar los males del imperio por medio de una sábia administracion; y su reinado es contado entre las épocas mas brillantes de la edad media. Es digna de leerse la vida de este Emperador, escrita por el célebre *Flechier*, Obispo y orador sagrado de Francia en el siglo xvii. — *T.*

9.^a *Anfiloquio* (San), Obispo de Iconia en la Liconia. Fué uno de los mas ilustres prelados del siglo iv, y uno de los mas grandes defensores de la fé Ortodoxa contra los herejes. Era originario de Capadocia: despues de haber enseñado por algun tiempo la retórica, siguió la carrera de la magistratura, hasta que se retiró á la soledad de Ozzizales en Capadocia; y por último fué elegido Obispo de Iconia, llamado así en el primer concilio general reunido en Constantinopla en el año 381, en el que se halló el mismo Anfiloquio. Fué amigo de S. Gregorio Nacianceno y de san Basilio, de quienes recibió varias cartas, que se conservan aún; siendo de advertir que el último de estos dos Santos escribió á rüegos de Anfiloquio el *Tratado del Espiritu Santo*, y muchas cartas para aclarar y resolver las dificultades que podrian presentarse; tres de ellas traen el nombre de *Canónicas*. El mismo Anfiloquio instruyó la iglesia con varios tratados, citados por Teodoreto, por S. Gerónimo, por Leoncio de Bizancio, por S. Cirilo de Alejandria y por S. Juan Damasceno, y aún mas por el concilio general de Efeso, y por el segundo concilio de Nicea. Todos los sábios están conformes en que no es suya la vida que se le atribuye de San Basilio. Sabiendo Anfiloquio que el emperador Teodosio, que habia juntado en Constantinopla un Concilio para procurar reducir á los arrianos á la union de los católicos, daba oidos á algunos

cortesanos, que favorecian á los Obispos heterodoxos; y temiendo que se dejase seducir por sus artimañas, se atrevió á suplicarle que les prohibiese juntarse en el campo. Esta súplica fué desatendida. El Santo, que no desistió por esto de sus pretensiones, se presentó algunos dias despues en palacio con otros obispos para felicitar al Emperador, y habiéndolo entrado en su cámara, donde se hallaba con su hijo Arcadio, asociado poco tiempo habia al imperio, hizo como que no veía al jóven príncipe; y advertido por Teodosio, se contentó con hacerle algunas caricias. Indignado entónces el Emperador, mandó que echasen del palacio á Anfiloquio. Entónces el Santo le dijo: « Señor, vos no quereis que se falte al respeto á vuestro hijo Arcadio, y os indignais contra los que le hacen tal injuria; ¿ cómo creis que tratará el Dios del universo á los que blasfeman contra su hijo único, no tributándole los mismos honores que al Padre? » Entónces comprendió Teodosio la intencion del Santo, y habiéndole gustado sobre manera aquel rasgo de sabiduría, le pidió perdon; y publicó poco tiempo despues varios edictos que prohibian á los herejes el que se reuniesen, que formasen ordenanzas, y que enseñasen su doctrina. San Anfiloquio murió, segun parece, por los años 594, y de cierto despues del 592, pues que vivia en la época que S. Gerónimo compuso su tratado de los *hombres ilustres*. — T.

40. *Oudin*, (Francisco, Jesuita): nació en Champaña en 1675, y murió en Dijon en 1752; sabia seis lenguas. Publicó los *Poemata-Didascálica*, que aparecieron bajo el nombre de *Olivet*; pero sobre todo, es conocido por sus trabajos para la *Biblioteca latina* de los escritores de la Compañía de Jesús, de la que concluyó las cuatro primeras letras, como tambien cerca de seiscientos artículos. — T.

41. *Fontenelle*, literato y sábio, el hombre mas universal de su siglo; nació en Ruan en el año de 1657, y murió en París en 1757, á la edad de cien años. Era por su madre sobrino del gran Corneille; se ejercitó en diferentes géneros, y se dió á conocer en poesías ligeras y pastorales; tomó parte en la cuestion acerca del mérito de los antiguos y se declaró por los modernos; publicó sus *Diálogos de los muertos*, que fueron bien acogidos, así como

las conferencias sobre la pluralidad de los mundos, que le colocaron entre los buenos escritores de la época, brillando en todas sus obras por la claridad y sencillez del estilo; pues tuvo el talento poco comun de poner las materias científicas al alcance de todos los lectores.— *T.*

42. *Enrique IV*, rey de Francia, llamado el Grande; nació el 15 de Diciembre de 1555, hijo de Antonio de Borbon y de Juana de Albret, reina de Navarra; descendia de Roberto, conde de Clermont, quinto hijo de S. Luis, y era el heredero legítimo de la corona de Francia á la extincion de la familia de Valois. Aunque se educó en la religion reformada, hubo de abrazar el cristianismo para salvarse del degüello del dia de S. Bartolomé; pero evitado aquel peligro, volvió á su antiguo culto, poniéndose á la cabeza de los Ugonotes; y si bien mas adelante abjuró el calvinismo, y publicó en 1598 el edicto de Nantes, por el que aseguraba á los calvinistas la libertad religiosa, dedicándose desde entónces al gobierno de sus estados, y ocupándose de cicatrizar las llagas que habia causado la guerra civil; sin embargo atentaron contra su vida cinco veces, y últimamente fué asesinado por el fanático *Ravayllac*, que le dió una puñalada en 14 de Mayo de 1640. Este rey ha sido apellidado por la posteridad *el buen Enrique*, y no es menos conocido por sus grandes cualidades guerreras y políticas y numerosos triunfos, que por sus galanterías.— *T.*

45. *Sales* (S. Francisco de), nació en 1567 en el castillo de Sales, cerca de Annecy, en Saboya, de una familia noble: abrazó el sacerdocio en 1595, despues de haber recibido una brillante educacion. La diócesis de Ginebra estaba entónces inundada de calvinistas, y S. Francisco con sus predicaciones llenas de uncion y caridad, afirmó á los católicos en la fé, y convirtió multitud de reformados: fué nombrado Obispo de Ginebra; fundó la órden de la Visitacion, cuya direccion, y la de S. Vicente de Paula, confió á la piadosa madama de Chantal, de quien era íntimo amigo, y murió en 1622. Dejó muchos escritos religiosos, siendo los mas estimados la *Introduccion á la vida devota* (á que se refiere el autor), y el *Tratado sobre el amor de Dios*.— *T.*

44. *Felipe II*, Rey de España, nació en Valladolid el 21 de Mayo de 1527, del matrimonio del invicto emperador Carlos V, é Isabel de Portugal, y por abdicaciones sucesivas de su padre, ocupó el trono de Napoles y Sicilia; reunió á esta corona la soberanía de los Países-bajos y por fin el sòlio Español, es decir empuñó el cetro de la mas vasta monarquía entònces conocida. Murió en 1556.

En este reinado, dice un escritor francés, desaparecieron insensiblemente en España las reuniones de las Còrtes, la nobleza gastaba pacíficamente sus rentas inmensas, la industria y la agricultura carecian de capitales para realizar sus adelantos, y la nacion que se reputaba feliz, por haber conservado las libertades municipales, estaba en la mayor inaccion.

Por lo demas, de ningun monarca acaso se ha escrito y hablado con tanta variedad, ni formándose tan encontrados juicios; pues al paso que unos historiadores le presentan como un héroe, otros le califican de un tirano fanático: aquellos le conceden muchas virtudes y estos le atribuyen grandes vicios. Nosotros no nos atrevemos á decidir si Felipe II, fué el rey prudente, sabio y piadoso por excelencia como pretenden algunos escritores, ò el feroz y sanguinario perseguidor y Tiberio de la España, como le apellidan algunos extranjeros.—T.

45. *Maitenon* (Madama de), marquesa de Aubigné, nieta de Teodoro Agripa de Aubigné, amigo de Enrique IV, y decidido partidario de la reforma: nació en 1633 en la càrcel de Niort, donde sus padres estaban detenidos como protestantes, y quedó huérfana siendo todavía muy jóven. Despues de haber sido sucesivamente católica y protestante, se adhirió definitivamente al catolicismo, y se hizo notable por su gran devocion. Fué casada con el poeta Scarron, quien condolido de sus infortunios quiso servirla de protector, pero á pocos años quedó viuda; y habiendo sido encargada por Luis XIV, de educar secretamente á los hijos de su comercio con Madama de Montespan, desempeñó este encargo con tan buenos resultados, que adquirió nuevos títulos á la confianza del rey, á quien particularmente encantaba con la amenidad de su conversacion, en términos que no tardó en hacer olvidar á Madama de Montespan; y aún se asegura que despues de la muerte

de la reina se unió con ella por medio de un matrimonio secreto, el cual se verificó hacia el año 4684 ú 85. Fundó en S. Cyr una casa religiosa para la educacion de jóvenes nobles y pobres, á la cual se retiró despues de la muerte de Luis XIV, viviendo entregada á los ejercicios de una piedad austera, hasta que falleció en 1719. Son muy interesantes todas sus cartas, de que se han publicado en Francia varias colecciones. — *T.*

46. *Pablo apóstol* (San): doctor de las gentes y oráculo del mundo: nació, con el nombre de Saulo en Tarso, poblacion célebre de Cilicia, que gozaba del privilegio de la ciudadanía de Roma. Su padre, fariseo de profesion, le envió á Jerusalem, siendo aún muy niño, para que se educase é instruyese en la doctrina de la ley y de las tradiciones, lo que consiguió en poco tiempo bajo la direccion de Gamaliel, en cuya escuela hizo rápidos progresos, y concibió un odio violento contra el cristianismo; siendo uno de los mas ardientes perseguidores de la Iglesia. No contento con haber pedido encarnizadamente la muerte de S. Esteban, quiso tener el gusto de guardar las capas de los que le apedreaban. Como no respiraba mas que sangre y carnicería contra los discípulos de Jesucristo, solicitó con instancia y obtuvo del Consejo y grande Sacerdote de los judíos, cartas requisitorias dirigidas á las Sinagogas de Damasco, con plenos poderes para apoderarse de todos los cristianos y conducirlos cargados de cadenas á Jerusalem; pero en el camino, y cuando ya estaba cerca de la ciudad, fué de repente herido de una extraordinaria luz, que dejó atónitos y atemorizados á cuantos le acompañaban, y que juntos con él cayeron en tierra, y derribado como estaba, oyó una voz que claramente le decia: *Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?* Conmovióse su corazon al oír tan inesperada queja; y recobrándose un poco, respondió: *¿Quién sois vos, Señor?* — *Yo soy Jesus*, le contestó el Señor, *á quien tú persigues.* — Entonces Saulo, temblando, turbado y fuera de sí, exclamó: *¿Señor, qué quereis que haga?* — *Levántate*, respondió el Salvador; *entra en la ciudad y alli te dirán lo que debes hacer.* — Levantóse del suelo, abrió los ojos y hallóse

en tinieblas; de modo que fué menester le condujesen por la mano á la ciudad, donde estuvo tres dias naturales sin ver, sin comer y sin beber.

Y En este tiempo reveló Dios lo que pasaba á uno de los discípulos llamado Ananías, el cual fué á la posada de Saulo, puso las manos sobre él, restituyóle la vista, instruyóle suficientemente y le administró el bautismo. Desde entónces, el mas furioso perseguidor de Jesucristo, pasó de repente á ser uno de sus mas celosos apóstoles, consagrándose á predicar el evangelio en Arabia, en Jerusalem, en Cesárea y en Tarso, de donde S. Bernabé le acompañó á Antioquía. Allí instruyeron un gran número de personas y dieron por primera vez el nombre de cristianos á los discípulos del Salvador. En seguida fueron á la isla de Chipre, despues á Pafos, donde convirtieron al Procónsul Sergio Pablo, de quien probablemente tomó el nombre; y habiendo terminado su gloriosa carrera obrando milagros, convirtiendo á millones los paganos y gentiles, y estendiendo por todos los reinos la fé de Jesucristo, recibió en Roma la corona del martirio, habiendo sido degollado por órden de Neron en el año 66 de Jesucristo, en el mismo dia en que fué martirizado S. Pedro. Tenemos catorce epístolas de este santo Apóstol, que todas llevan su nombre, á excepcion de la que dirigió á los hebreos, y en las cuales puede decirse con verdad, está consignada toda la religion y toda la doctrina del cristianismo; y aunque recibidas por la iglesia como canónicas y compuestas por inspiracion del Espíritu Santo, no se hallan colocadas por órden cronológico de los tiempos en que fueron escritas, sino por la dignidad de las iglesias ó personas á quienes van dirigidas, ó por la importancia de las materias de que tratan. Ellas solas, sin embargo, califican á este santo apóstol como un prodigio de gracia ó de santidad, y como el maestro de la Iglesia universal.

Recomendamos muy eficazmente su incesante lectura á las personas de ambos sexos, y con especialidad á los jóvenes que hayan de seguir la carrera eclesiástica.— *T.*

47. *Voltaire*, (Francisco María Arovet de): nació en Chaatenay, cerca de Sceaux, el año 1694, y murió en París en 1778. A los 20 años de su edad tomó el nombre de Voltaire

por el de Arovet; y la popularidad que con él se adquirió, excedió muchísimo á las esperanzas que hubiese podido formar al tomarle. Es conocido generalmente por el filósofo y Patriarca de Ferney. Considerado bajo el punto de vista científico y literario, es sin disputa alguna el escritor mas universal de los tiempos modernos; dotado de una flexibilidad prodigiosa, abrazó casi todos los géneros, y manejó con admirable facilidad los distintos estilos. Como poeta descolló sobre todo en la tragedia, en la cual se colocó muy cerca de Racine y de Corneille; en la epopeya ocupa el primer lugar entre los poetas franceses, aún cuando sea muy inferior á Homero, Virgilio y el Tasso; iguala á Pope en la poesía filosófica: en la festiva no reconoce rival; no ha sido tan afortunado en la comedia y en la ópera, y mucho menos en la oda. Pero en todas sus composiciones se observa una versificación fácil y correcta, aún cuando se le haya acusado de algun prosaismo y de una rima descuidada. Como escritor en prosa ha tratado con igual acierto la filosofía, la historia, la novela y el género epistolar; su estilo en las obras serias no admite tacha, y en todas ellas se dió á conocer por su sencillez, elegancia y claridad. En historia fué uno de los primeros que introdujeron la crítica del estudio de los hechos; sus observaciones están llenas de interés, pero cae frecuentemente en el defecto de la parcialidad, y altera los acontecimientos á medida de sus pasiones. Como filósofo no hizo otra cosa que adoptar y propagar las ideas de Locke y Condillac, aunque tomando por base de su filosofía la incredulidad; lo mas frecuente en él, es que haya empleado su talento en la propagacion de doctrinas perniciosas, aun cuando nada haya conseguido; debe sin embargo decirse, que respetó siempre la creencia de Dios y de las verdades morales. Como hombre tuvo Voltaire una mezela estraña de buenas cualidades y defectos; variable é irascible con extremo, se manifestó vengativo y algunas veces hipócrita; pero tenia tambien arranques de generosidad y de nobleza; hizo mucho bien sin ostentacion, y defendió en todos los casos los derechos de la justicia y de la humanidad. Es seguramente el hombre de quien se ha hablado mas en pró y en contra á la vez, pero cualquiera que sea la opinion que se haya formado de su carácter y de sus doctrinas, no se puede negar

que es uno de los ingenios mas brillantes de la Francia, y que ejerció durante medio siglo una verdadera dictadura sobre la literatura y la filosofía. — *T.*

48. *Aquino* (Santo Tomas de): célebre Teólogo de la orden de Dominicos, nació en 1227 en el castillo de Rocca-Seca en Napoles, cerca de la abadia de Monte Cassino, de la antigua é ilustre familia de los condes de Aquino, ingresò en la orden de Dominicos con objeto de satisfacer libremente su decidida afición al estudio; fué á Colonia á estudiar con Alberto el grande, siguiò á su maestro á París, tomò en esta ciudad la borla de doctor, y se dedicò al pùlpito y á la enseñanza con un éxito brillante, grangeándose el afecto y estimacion de S. Luis, que le admitiò varias veces á su mesa. Enviòle su Orden á Nápoles para que enseñase la Teología y murió en el año 1274 en la Abadia de Foso-nuevo, cerca de Frosinone, cuando se disponia á partir al concilio general de Lion. Fué el mas sábio y profundo teólogo de su tiempo, hasta el extremo de ser distinguido con los nombres de *Doctor universal*, *Doctor angélico*, *ángel de la Escuela*.

Escribiò varias obras, entre ellas una *Suma* de teología que ha llegado á ser clásica en las escuelas.

Dícese que el malgrado, presbitero D. Jáime Balmes, paso cuatro años sin leer otro libro que la *suma de santo Tomas*, de la cual afirmaba este profundo filósofo, juez tan competente en la materia, que todo se encontraba en aquella célebre obra: filosofía, religion, derecho político y cuántas riquezas científicas, podian adquirirse en millares de libros. — *T.*

49. *Longüeville* (Ana Genoveva de Borbon, Condé, Duquesa de): hermana del gran Condé y del príncipe Conti, esposa del duque Enrique de Longüeville. Nació en 1649; fué notable por su hermosura y su talento, y representó uno de los principales papeles en la guerra de la Fronde. Nacida para la intriga y la facción, lanzó á su marido en el partido de los príncipes sus hermanos; mas presos éstos, se refugió en Holanda y logró inducir á Turena, de quien era amada, á dirigir contra la córte el ejército que mandaba en su nombre, recorriendo personalmente varias provincias para sublevarlas contra la autoridad real; pero desbaratadas todas sus tramas por la prudencia del ministro Mazarino, se retiró del mundo y se fué á vivir en una

soledad casi absoluta, en la mortificacion y en la penitencia, en cuyo estado murió en 4679.— *T.*

20. *Filipo II*, rey de Macedonia, padre de Alejandro el Grande, nació el año 585 antes de Jesucristo; unia la sagacidad al valor; fué el mas profundo político de la antigüedad; reinó 24 años, y murió asesinado en 556 por Pausanias, señor Macedonio, que le acusaba de haberse mostrado sordo á sus quejas cuando le demandó justicia contra Atalo, de quien habia recibido una afrenta.— *T.*

24. *Pompeyo*, célebre y afortunado general del pueblo romano, que adquirió el sobrenombre de grande (*magnus*) por sus victorias. Se distinguió desde luego en las guerras civiles de Mario y Sila, abrazando el partido de éste, contribuyendo en gran manera á su fortuna, conquistando en 40 dias la Sicilia y el Africa, que estaban por Mario. En España derrotó los restos de la faccion de éste; y poco despues siendo Cónsul extirpó los piratas que infestaban el mediterráneo, y terminada gloriosamente la guerra contra Mitridates, añadió al imperio tres poderosos reinos, el Ponto, la Siria y la Bitinia; formó una combinacion con César y con Craso, que se conoce en la historia por el primer Triunvirato; y habiendo muerto el último de dichos triunviros, declarado en favor de la república contra César, fué derrotado por éste en los campos de Farsalia, y asesinado por orden de Tolomeo, rey de Egipto, el año 48 antes de Jesucristo.— *T.*

22. *Régulo* (Marco Atilio), general romano, quien siendo cónsul por segunda vez, fué hecho prisionero en el Africa, dando en una celada que le puso Xantipo Lacedemonio, capitán de las tropas de que era general Amilcar, padre del grande Anibal. Despues de algunos años de cautiverio le pusieron los cartagineses en libertad con el objeto de que acompañase una diputacion encargada por ellos de pedir á Roma el canje de ciertos prisioneros, exigiéndole antes juramento, de que si no alcanzaba lo que pedia, se restituiría á Cartago. Llegado que fué á Roma, en vez de apoyar dicha medida se esforzó en combatirla; y habiendo conseguido que el Senado la desechase, se volvió á Cartago donde le hicieron morir entre los tormentos mas bárbaros y crueles.

Son dignas de leerse las reflexiones que, con motivo de esta accion heróica de Régulo, hace Ciceron en su inmortal *Tratado de los oficios*, donde la cita entre otras, como un ejemplo para probar, que no puede haber verdadera fortaleza de alma donde falta la honestidad, y que siempre debe preferirse lo honesto y lo bueno á lo útil y provechoso.—*T.*

25. *Aníbal*, general cartaginés, hijo de Amílcar, nació el año 247 antes de Jesucristo. Su padre le habia hecho jurar desde los 9 años, un odio implacable á los romanos. Sirvió en España bajo las órdenes de su tio Asdrúbal, y á la muerte de éste fué unánimemente proclamado general en jefe del ejército cartaginés, cuando apenas tenia 25 años. Despues del asalto, saqueo y toma de Sagunto, aliada de los romanos, que ejecutó contra la fe de los tratados, dejó la España, atravesó las Galias, el Ródano y los Alpes; invadió la Italia, marchando de victoria en victoria. Vencidos aquellos en el Tesino, en Trevia y Trasimeno, penetró hasta el centro de la península y los derrotó completamente en la famosa batalla de CANAS, donde les mató 40,000 hombres. Habiéndose sostenido en Italia por espacio de 14 años, hubo de abandonar este pais y correr á la defensa de su patria, á donde Escipion habia llevado la guerra. Apenas llegó á la Africa, dió dos batallas á los romanos en los campos de *Zama*; pero vencido en la segunda y obligado á huir se trasladó á la corte de Prusias, rey de Bitinia; y habiendo sabido que éste iba á entregarlo en manos de sus enemigos, tomó una dosis de veneno que siempre llevaba consigo en un anillo, y murió á los 65 años de edad en el 185 antes de Jesucristo. Recomendamos á los jóvenes estudiosos, la lectura de la vida de este famoso Capitan, escrita por el elegante Cornelio Nepote.—*T.*

24. *Solimán II*, el Grande, el Conquistador, el Magnífico, el Legislador, el mas célebre de los Sultanes otomanos, nació en 1494 y murió en 1566. Este Príncipe fué tan notable por su justicia é instruccion, como por su valor acreditado en cien batallas con numerosas victorias. Fundó gran número de establecimientos útiles, y su reinado fué el apogeo de la grandeza otomana.—*T.*

25. *Agesilao*, rey de Esparta, hijo de Arquidamo: subió al trono el año 400 antes de Jesucristo, excluyendo á su sobrino Leotíquidas, á quien hizo declarar bastardo; venció sucesivamente á los persas, á los que fué á batir hasta el Asia, conquistando una parte del Asia menor. Defendió la Laconia contra Epaminondas, y fué batido por éste en Mantinea. A la edad de 80 años fué al socorro de Tachos, rey de Egipto, que estaba en guerra contra Artajerjes, y murió al volver de esta expedición el año 361. Véase su vida en Cornelio Nepote.—*T.*

26. *Herodes Antipas ó Antipater*, hijo de Herodes el grande. A la muerte de su padre fué nombrado por Augusto tetrarca de Galilea; gozó del favor de Tiberio, y edificó en su honor la ciudad de Tiberiada en las márgenes del lago Genesareth. Envidioso de Agripa su sobrino, á quien Calígula habia nombrado rey de los judíos, pasó á Roma á fin de suplantarlo; pero irritado el Emperador, le quitó su provincia y le desterró á Leon, pasó despues á España donde murió. Herodes Antipas, se habia casado con su sobrina Herodías, que le habia cedido su hermano Felipe: él fué, quien á instancias de esta princesa, mandó degollar á S. Juan Bautista, porque habia censurado su casamiento incestuoso. El fué tambien á cuya presencia envió Pilato á Jesus por haber nacido súbdito suyo.—*T.*

27. *Fontaine* (Juan de la), nació en el castillo de Thierri el 8 de Julio de 1624. La lectura de Malherve le inspiró el gusto por la poesía; pero el estudio reflexivo de los antiguos clásicos, singularmente el de Horacio, de Terencio y de Virgilio, le dieron á conocer los defectos del poeta, que tanto habia excitado su primera admiración. La Fontaine es uno de esos raros talentos, cuyo incomparable mérito es mas fácil sentir que apreciar, y el único entre los mas famosos escritores franceses, cuyas composiciones divierten en la infancia, recrean en la juventud, é instruyen en la edad madura: puede decirse con propiedad que es el poeta de todas las edades. Entró en la Academia francesa en la vacante de Colbert, y murió en París en 1695.—*T.*

28. *Esopo*, célebre escritor, de apólogos ó fábulas, que nació en Frigia, de condicion esclavo; dióse á conocer desde

luego por el fuego y sutileza de sus ocurrencias, uniendo á ésta un sentido sublime que bien pronto le grangeó la admiracion de toda el Asia : estendióse su reputacion por la Pérsia, el Egipto y otros muchos reinos , cuyos príncipes le dispensaron su amistad y consideraciones. Habiendo pasado algunos años en la córte de los reyes, cayó en la tentacion de volver á su pátria; mas á pesar de su grande reputacion y de lo mucho que habia honrado á la Grecia, fué mal recibido de los de Delfos. Sintió tanto este mal tratamiento , que compuso contra ellos la fábula de *las varas metidas en el agua*, que desde lejos parecen otra cosa, y miradas de cerca son nada. Los delfios en venganza le acusaron de sacrilegio ; y este desgraciado filósofo fué despeñado de lo alto de una roca , 564 años antes de Jesucristo. Sobre su mérito , como fabulista , véase el Batteux , *principios filosóficos de Literatura*. — T.

29. *Julio Alberoni* (abate de), primer Ministro de España en tiempo de Felipe V ; nació en 1664 en el ducado de Parma, hijo de un jardinero : se elevó hasta el rango de Cardenal , y llegó á ser el árbitro de la nacion española. Hombre inquieto y ambicioso , de carácter firme , de suma actividad y de un talento extraordinario ; concibió el vasto proyecto de restituir á España toda su antigua grandeza y poderío , haciendo todo lo posible para que recobrase cuanto habia perdido en Italia. Benedicto XIV decia de él , á propósito de su ambicion : « Alberoni se parece á un gloton , que despues de haber comido grandemente , aún quisiera un pedazo de pan negro. » Murió ; despues de haberle separado el Rey del ministerio , á instancias de la Inglaterra y la Francia , sus mas poderosos enemigos, en 1752. — T.

50. *Ursino* (Ana María de la Tremoille princesa de los) : nació en Francia hácia el año 1645 ; casó primero en su pátria con el príncipe de Talleirand-Chalais , á quien siguió al destierro ; y en segundas nupcias en Roma con el duque de Bracciano Orsini , jefe de la poderosa familia de los Ursinos ; que la dejó viuda y sumamente rica. Nombrada camarera mayor de la jóven reina de España , primera mujer de Felipe V , no tardó en adquirir un ascendiente sin límites sobre aquella princesa , que tenia mu-

cho sobre el monarca; por manera que los gobernó á ambos, y reinó verdaderamente en España.

A la muerte de la reina, negoció el casamiento de Felipe con Isabel Farnesio, inducida por el Cardenal Alberoni, que se la pintó falsamente como una princesa frívola y sin carácter, á quien, como á la primera, podría dominar; mas apenas entró en España Isabel Farnesio, hizo salir de ella á la de los Ursinos, la que recibida en París friamente por Luis XIV, fué á establecerse en Génova, en donde murió en 1722. — *T.*

51. *Vandoma* (Luis José duque de), célebre general: nació en 1654; hizo sus primeras campañas en Holanda, obtuvo sucesivamente el nombramiento de mariscal de campo y el de gobernador de Provenza; se distinguió como teniente general en la guerra de la Liga de Augsburgo. Durante las guerras de sucesión de España combatió en ésta, en Italia y en los Países Bajos, teniendo la dicha de ganar en España la famosa batalla de Villaviciosa en 1710, la cual aseguró en las sienes de Felipe V la corona que parecía haber perdido. Marchaba á Cataluña para pacificar enteramente la península, cuando murió dos años después en una pequeña ciudad del reino de Valencia. — *T.*

52. *Felipe V*, el primer rey de la dinastía Borbónica en España, hijo del Delfin de Francia y de María Ana de Baviera, y nieto del gran Luis XIV. Nacido este príncipe en Versalles en 1685, tenía el título de duque de Anjou, cuando el 2 de Octubre de 1700, en cumplimiento de la régia voluntad del último monarca austriaco Carlos II, fué declarado rey de España en Fontainebleau. Aunque proclamado también el 24 de Noviembre en Madrid, donde hizo su entrada el 14 de Abril de 1701, no pudo sin embargo; considerarse verdaderamente rey de España hasta que con su valor, en que á nadie cedia, y después de una sangrienta y desastrosa guerra de doce años, terminada por el tratado de Utrech, y domados por las armas los reinos de Aragon, Valencia, Cataluña y Mallorca, que fueron los últimos que se rindieron, abandonando la causa del archiduque Carlos de Austria, su competidor; se halló dueño pacífico de todo el territorio español. Desde entonces se dedicó Felipe á reparar las brechas que las turbulencias y las

guerras civiles abren siempre en la Religion, en la moral, en las costumbres públicas y en la buena administracion del gobierno del Estado. Dedicòse á restablecer el de la marina, á reparar las plazas fuertes y á mantener en pie, un ejército bien disciplinado que hiciese respetar su corona y asegurase la tranquilidad del reino. Grandes fueron sin duda los sucesos de este reinado; y aunque no todos habian sido felices, fueron sin disputa alguna gloriosos, porque mostrándose siempre grande este insigne monarca, así en la pròspera como en la adversa fortuna, en ambas mereció el renombre de *Felipe el valiente, el animoso*; y á la verdad, ninguno de sus predecesores, desde el generoso Carlos V, se habia dejado ver tantas veces al frente de sus ejércitos. Nada faltaba, pues, ni á su gloria ni á su dicha; y sin embargo, cuando todo le sonreía y anunciaba el mas pròspero reinado, con asombro general, tomó la resolucìon de huir de los negocios del mundo para dar toda su atencìon á los de la eternidad, renunciando la corona en favor de su hijo primogénito D. Luis, príncipe de Asturias, y retirándose con su esposa en los primeros dias de 1724 al real sitio de S. Ildefonso, donde él mismo habia hecho construir el mas bello palacio que hay en España, adornándole de hermosísimos jardines y de suntuosísimas fuentes, cuya amenidad, magnificencia y buen gusto, pueden competir con los de Versalles. Estaba sin embargo escrito en los altos decretos de la Providencia, que el reinado de aquel jòven amable, y por otra parte de una salud robusta y vigorosa, habia de pasar como un relámpago; y en efecto fué así, no mediando mas que diez meses de intèrvalo entre el trono y el sepulcro, arrebatado al amor de sus pueblos en la flor de su vida por una erupcion de viruelas malignas; y hubiera sido sin duda irreparable esta desgracia, à no haber existido aún el príncipe querido, autor de sus dias, quien llamado otra vez al trono por la voz general de todos sus pueblos volvió á ocuparle, y se consagrò enteramente y con mas eficacia, si cabe que antes, á la direccìon de los negocios públicos hasta el fin de su glorioso reinado en 1746. — *T.*

55. *Crillon* (Luis de Berton de los Balbos de), uno de los mas grandes capitanes franceses del siglo xvi, originario del Piamonte; nació en Provenza en 1544, y murió

en Aviñon en 1615: se distinguió por su valor en los reinados de Enrique II, Francisco II, Carlos IX, Enrique III y Enrique IV. Fué el primero que obtuvo el nombramiento de coronel general de la infantería francesa.— *T.*

54. *Demonax*, filósofo Cretense, de una casa ilustre y opulenta, cuyas riquezas despreció para consagrarse enteramente à la filosofía. No abrazó ninguna secta en particular, tomando de todas y de cada una lo que le pareció mejor. Se inclinó mucho à la manera de pensar de Sócrates, siguiendo en el uso y la práctica de la vida, la doctrina de Diógenes. Se dejó morir de hambre sin perder nada de su ordinaria jovialidad y alegría, y fué enterrado á espensas del público. Pocos momentos antes de morir, dirigiéndose à los amigos que rodeaban su lecho, les dijo: *Podeis retiraros, pues ha concluido la comedia.* Vivió en el reinado del emperador Adriano, hácia el año 120 de Jesucristo.—*T.*

55. *Valentiniano* (Flabio), emperador romano; nació en Panonia en el año 521 de Jesucristo: sirvió con distincion en tiempo de Juliano y Joviano; y despues de la muerte de este último, fué proclamado Augusto por el ejército en Nicea. Este príncipe padecía arrebatos violentos, se rompió una vena ó vaso del pecho disputando con los embajadores de los Quados, y murió de sus resultas en el año de 575.— *T.*

56. *Lauzun* (Antonio Nompar de Caumont, duque de): señor de la córte de Luis XIII; nació en Gascuña por los años de 1652 y murió en 1725: fué por bastante tiempo favorito del rey; pero su carácter violento y sus arrebatos de cólera, llevados hasta el punto de olvidar los respetos debidos à aquel gran monarca, que le perdonó sus ofensas en mas de una ocasion, le hicieron perder su gracia y valimiento.— *T.*

57. *Luis XIV*, llamado el grande, rey de Francia; nació en 1658 de Luis XIII y Ana de Austria, y murió en 1715. El reinado de Luis XIV, que duró mas de medio siglo, fué la época mas brillante de la monarquía francesa, pues en él, la gloria de las letras, de las artes y del comercio, se unió à la de las armas. Fué el verdadero siglo de oro de la Francia, en el que brillaron los

grandes génius militares de Condé, Turena y Vauban; los célebres ministros y hombres de estado Duquesne y Duguay Troisin, Colbert y Loubois; los eminentes poetas Corneille, Racine, Moliere, la Fontaine, Boileau, los elocuentes oradores Bossuet, Flechier, Massillon y Fenelon, y muchísimos literatos y sábios, que es imposible enumerar. Por lo demas Luis XIV, dotado de una hermosa figura y de una presencia majestuosa, reunia muchas de las cualidades que constituyen un gran rey; noble, generoso, valiente, enérgico, amigo de las letras y de las artes, si bien amó demasiado la guerra, el fausto y los placeres. Entre las numerosas obras escritas en este reinado, sobresalen y merecen leerse: *El siglo de Luis XIV por Voltaire, y la historia del mismo por Pelisson.* —T.

58. *Trajano*, emperador romano, nació en Itálica el año 52 de Jesucristo, hijo de un soldado de fortuna, fué elevado á los honores por Vespasiano; dió muestras de ser un militar hábil y valiente, en tiempo de Domiciano; y nombrado cònsul, mandó despues las legiones de la Baja-Germania; y adoptado por Nerva, llegó á ser emperador por la muerte de éste. Hizo muchas conquistas; estableció en el interior del imperio la justicia, proscribiendo las delaciones; dividió el Gobierno con el Senado; se rodeó de capacidades de todas clases; minoró los impuestos; refundió la moneda, y cuidó con extraordinario anhelo de los abastos de Roma; erigió magníficos monumentos, y murió en Solinonte el año 117 yendo á reprimir una insurreccion de los judíos. Tan grandes cualidades solo las oscurecian en parte, su intemperancia y voluptuosidad. — T.

59. *Massillon* (Juan Bautista): miembro de la academia francesa, hijo de un Notario, nació en Hieres de la Provenza el 24 de Julio de 1663; los prelados del Oratorio, previendo cuánto honor habia de reportar á la Congregacion le admitieron y le admiraron á los 18 años; en su primer ensayo del púlpito, obtuvo un éxito tan brillante que aterró su modestia, y fué á ocultarse por algun tiempo en la abadía de Septfons, para escapar decia él *al demonio del orgullo*. Una casualidad le hizo conocer del Cardenal Noailles, que le sacó de su retiro. Encargado en 1699 de pre-

dicar la cuaresma en la Iglesia del oratorio, y el adviento en Versalles, excitó Massillon, tanto en París como en la Côte, un entusiasmo general. Nunca se había oído hasta entónces en la cátedra de la verdad una elocuencia tan pura, tan afectuosa, tan patética. En 1704 predicó otra segunda cuaresma con igual suceso; pero la envidia le calumnió cerca de Luis XIV, y hasta la muerte de este gran rey vivió Massillon en una especie de desgracia. Nombrado por el Regente, obispo de Clermont, pronunció delante de Luis XV (que solo tenía 9 años), y de toda su corte *su pequeña cuaresma*, compuesta de diez sermones, ó mas bien discursos morales, que son su obra maestra, y sin contradicción la del púlpito. Poco despues dejó á Paris y se retiró á su obispado, donde murió en 1742, llorado de los pobres, como un padre; del clero como un bienhechor; y de todos generalmente como un amigo. — *T.*

40. *Clemente XIV* (Lorenzo Ganganelli): nació en 1705 en el Ducado de Urbino, sucedió en 1769 á Clemente XIII, y fué elegido Papa por el influjo de la Francia. Con un carácter conciliador vivió en buena armonia con las cortes europeas; renunció á las pretensiones que había hecho su predecesor al ducado de Parma; y recobro á Aviñon y Benevento usurpados á Clemente XIII. Instado por muchos príncipes para que decidiese de la suerte de los jesuitas, dió en 1775, despues de muchos años de un maduro examen, el famoso breve de extincion de la compañía. Murió pocos meses despues al principio de 1774. Se sospechó que había sido envenenado. El marques Caracciolo ha publicado la vida de este Papa. — *T.*

41. *Montagne* (Miguel, Señor de), filósofo francés; nació en 1555, en la quinta de este nombre, en el Perigod, de una familia oriunda de Inglaterra; y recibió una educación esmerada. A los 6 años entró en el colegio de Guiena en Burdeos, é hizo tan rápidos adelantamientos, que á los 15 ya había concluido sus estudios. Fué consejero en el parlamento de Burdeos, donde se granjeó el particular aprecio del canceller Hospital. — *T.*

42. *Fenelon* (Francisco Salignac de la Mothé): nació en 1651, en el castillo de Fenelon en Querci, de una familia noble y antigua; fué destinado muy jóven al estado ecle-

siástico, y predicó á la edad de 15 años. Despues de haber estudiado en S. Sulpicio, fué encargado por el Arzobispo de París de la instruccion de las *nuevas católicas*; estas funciones le inspiraron el tratado de la *educacion de las jóvenes*. Por recomendacion de Bossuet le confió Luis XIV una mision en el Poitou, rechazando los medios de rigor. Fenelon logró, por su dulzura y su elocuencia una porcion de conversiones. A su regreso, el rey le escogió, segun el consejo de Madama de Maintenon, para preceptor de su nieto, el duque de Borgoña. Supo inculcar en el corazon de su discípulo todas las virtudes de cristiano y de príncipe, y le inspiró hácia su persona un afecto que conservó hasta su muerte. Terminada su educacion, Luis XIV le promovió al arzobispado de Cambrai. Murió en 1715 á los 64 años de edad. Hacía ya algunos que vivia retirado en su diócesis, y caido de la gracia del rey, que miró la obra inmortal del Telémaco como una sátira de su reinado. Fenelon pasa por inferior á Bossuet en cuanto á la sublimidad de los pensamientos; pero ningun escritor le ha igualado en él encanto del estilo, siendo el que ha reproducido mejor en los tiempos modernos la noble sencillez de los antiguos; como hombre y como cristiano nadie ha practicado con más fervor las virtudes, y en política tuvo ideas muy sanas y liberales. — T.

45. *Marlborough* (Juan Churchill, duque de): general ingles, nació en 1650 en Ash en el Devonshire; hizo su aprendizaje á las órdenes de Condé y Turena en un cuerpo de ejército inglés, que el rey de Inglaterra Carlos II puso á disposicion de Luis XIV, en Flandes, y se distinguió en los sitios de Nimega y de Maestricht. Cuando el duque de Yorek subió al trono bajo el nombre de Jacobo II, Churchill fué colmado de honores por este príncipe, que desde mucho tiempo antes se habia declarado su protector. Sin embargo, fué uno de los primeros que abandonaron su causa cuando estalló la revolucion. En la guerra de la sucesion de España, fué nombrado por la reina Ana, que acababa de suceder á Guillermo, generalísimo de las tropas unidas de Inglaterra y Holanda contra la Francia, y obligó á los franceses á evacuar la Güeldres española; y á su regreso á Inglaterra fué nombrado duque de Marlborough.

Ganó muchas batallas y obtuvo gloriosos triunfos ; pero al fin vino á perder la gracia de la reina Ana , por haberse declarado partidario de los Whigs. Tuvo las cualidades guerreras de Condé y de Turena , pero no sus virtudes, pues su ambicion era excesiva, é insaciable su sed de riquezas, que le hizo cometer muchos robos. Murió en 1722. — *T.*

44. *Rafael*, el mayor de los pintores modernos; su nombre de familia era Sanzio, nació en Urbino en 1485 , y tuvo por primer maestro á su padre, que era un pintor mediano ; pero despues fué á Perugia á recibir las lecciones del Perugino , á quien no tardó en sobrepujar. A la edad de 17 años pintó para la Iglesia de Citta di Castello el S. Nicolas de Tolentino , que comenzó á formar su reputacion. Rafael fundó lo que se llama la Escuela romana, y formó una porcion de pintores de primer órden , entre ellos Julio Romano , que le ayudaban en sus trabajos y ejecutaban sus concepciones en cierto modo á su misma vista. Murió en 1520 ; cuando apenas tenia 37 años , acortando sus dias con el excesivo trabajo y el abuso de los placeres. Ha sido llamado con justicia el Homero de la pintura. — *T.*

45. *Poussin* (Nicolas) : jefe de la antigua escuela francesa de pintura : nació en Andelys en 1594 , fué discípulo de Lallemand en París , y aunque muy pobre , pudo hacer su viaje á Roma , porque el caballero Marini le dispensó el favor de costárselo , y le recomendó al cardenal Barberini. Allí los estudios severos y la práctica constante del arte, dieron madurez á su talento y le condujeron á la perfeccion ; volvió á Francia invitado por Luis XIII , de quien recibió , con el título de pintor de cámara , una pension considerable , habitacion en el Louvre , y la direccion de todas las obras de pintura y adorno de la Real casa : murió en Roma en 1665. — *T.*

46. *Enrique IV* , hijo de Juan II de Castilla : nació en 1424 , y á los 50 años de edad sucedió á su padre en el trono , mereciendo que se le calificase con el dictado de « Impotente : » en la historia es conocido por D. Enrique el de las « Mercedes. » Mal hijo , príncipe ambicioso , amparo constante de la rebelion en tiempo de su padre , y actor él mismo mas de una vez , en las tristes quanto escandalosas

escenas de sedicion y turbulencias que agitaron el anterior reinado, mal podia este príncipe sujetar á los que habia dado ejemplo de insubordinacion y falta de respeto á la autoridad real. Así que, si rudos fueron los embates que sufrió el trono durante el reinado que finaba, todavía los hubo mayores en el que empezaba bajo la impresion de tan desfavorables antecedentes. Tres hijos dejó D. Juan de sus dos matrimonios, D. Enrique, D. Alonso y Doña Isabel, y ninguno era menos apto para ocupar un trono, donde necesitaba sentarse quien, exento de compromisos con los partidos que se habian hecho la guerra, tuviese bastante temple de alma para dominarlos, y enfrenar al mismo tiempo á los turbulentos magnates de Castilla. Por desgracia ninguna de estas cualidades, ni otras que las suplieran tenia D. Enrique, y si todos los defectos de que adoleció su padre, sin las virtudes que le adornaban. Casado en segundas nupcias con Doña Juana de Portugal, despues que su primer matrimonio con Doña Blanca de Navarra, se habia rescindido por el Papa por causa de la impotencia del príncipe; el favorito de aquella señora, que lo era D. Beltran de la Cueva, subió á la dignidad de mayordomo mayor desde la condicion de paje de lanza que obtenia. La maledicencia pública tomó ocasion de esta rápida é inmotivada elevacion, para lanzar sus envenenados dardos, y las voces de que era el querido de la reina, tomaron tanto cuerpo, que nadie dudaba ya de su veracidad. Tuvo origen este rumor entre los mismos grandes, antes aliados y ahora enemigos de D. Enrique, que desatendidos y desairados por éste, pospuestos al de la Cueva y sus hechuras, y temiendo por la seguridad del reino, trataron de aclamar príncipe heredero á D. Alonso, pretextando que la impotencia de D. Enrique cerraba la puerta á toda esperanza de sucesion directa. Mas el nacimiento de una hija que dió á luz la reina, quitó todo pretexto para adoptar semejante medida, y el rey se apresuró á disponer que el reino la reconociese y jurase como princesa de Asturias. Pero la mayor parte de la grandeza, entre la que habia cundido la especie de no ser la recién nacida hija del rey, sinó del favorito D. Beltran de la Cueva, se opuso á dar semejante paso, y preparándose á sostener á mano armada la resistencia á las ór-

denes del rey, asentaron las bases de una alianza ofensiva y defensiva que á nada menos tendia que á destronar á D. Enrique, sustituyéndole con su hermano el infante D. Alonso. El marques de Villena, el arzobispo de Toledo, almirante D. Fadrique Enriquez, D. Pedro Giron, maestro de Calatrava, el marques de Santillana, los condes de Haro, Alba, Benavente y Osuna, auxiliados por los reyes de Aragon, se pusieron á la cabeza de esta temible liga. En vano intentó D. Enrique atajar los progresos de la rebellion; los medios, ó por mejor decir paliativos de qué se valió, y que realmente eran actos de debilidad, solo sirvieron para hacer conocer á los sublevados su verdadera fuerza; y abusando de ella, apenas tuvieron en su poder á D. Alonso, que el rey les habia entregado á condicion de que habia de casarse con la princesa cuando ésta llegase á la edad conveniente; procedieron á aclamarle por rey de Castilla, realizando antes junto á los muros de Avila la escondalosa ceremonia de la degradacion en estatua del soberano. Desacato tan ultrajante ya no podia ser tolerado con paciencia, y acabada la del rey, juntó inmediatamente sus tropas, marchó contra los sediciosos y los derrotó bajo los muros de Olmedo; pero ni este contratiempo, ni la muerte del infante D. Alonso, acaecida de allí á poco, bastaron para que abandonasen su intento. Enviaron una diputacion á la infanta Doña Isabel, que se hallaba á la sazón en Avila, ofreciéndola el trono de Castilla, que suponian pertenecerla como inmediata sucesora en el derecho de D. Alonso; pero la noble princesa desechó la proposicion con generosa constancia, y recordó á los mal contentos la fidelidad que debian á su legítimo soberano, contentándose con que se hiciese reconocer públicamente su derecho á la corona despues de los dias de su hermano D. Enrique, con exclusion de Doña Juana. Tan inesperado rasgo de desinterés les dejó sorprendidos, pues les indicó su deber. Convinieron todos en dejar las armas, si bien no fué posible sosegar los ánimos, hasta que admitió el rey las condiciones con que se ofrecieron à volver á su obediencia. Estas se reducian á olvidar todo lo pasado, á restituir á cada cual lo que le pertenecia, y á declarar princesa heredera y sucesora en el reino à la infanta Doña Isabel; y en efecto, á pesar de las pro-

testas de la reina, á nombre de su hija, y de sus apelaciones al Papa, que quizá no era el juez mas competente en este asunto; fué jurada Doña Isabel por los tres órdenes del estado, y declarado irrito por un legado pontificio el juramento prestado á Doña Juana.

Poco duró sin embargo la tranquilidad, y bien pronto la ambicion de los grandes, y el choque de intereses de los diferentes bandos, y parcialidades en que se dividió la corte con motivo del casamiento de la infanta Doña Isabel con D. Fernando de Aragon, y las intrigas puestas en juego por los principales jefes y caudillos de ambos partidos, encendieron de nuevo la guerra civil, que no terminó hasta la muerte de Enrique, acaecida en 1474, despues de un reinado turbulento de 24 años, en que este débil, inconstante é irresoluto monarca, dejó demostrado con su ejemplo, que la indolencia en los reyes, aún cuando por otra parte tengan los mejores sentimientos, es funestísima para sus vasallos. — *T.*

47. *Ambrosio* (San), padre de la iglesia latina: nació por los años 540, y fué hijo de un prefecto de las Galias, gobernaba la Liguria cuando el pueblo de Milan, encantado de sus virtudes, le eligió obispo por unanimidad de votos, aunque acababa de abrazar el cristianismo. Señaló su obispado por la energía de su carácter y celo religioso; hizo condenar á los arrianos en el concilio de Aquilea, y negó la entrada en la iglesia al emperador Teodosio, hasta que hiciese penitencia por el degüello que efectuó en Tesalónica. Murió en el año 597. — *T.*

48. *Plinio*, el naturalista ó el antiguo: nació en Cómo el año 25 de Jesucristo, sirvió primero en el ejército, y fué sucesivamente gobernador de España, prefecto de la escuadra de Miseno, y gozó de la íntima amistad de Vespasiano y Tito. Ambicioso de ciencia, aprovechaba todos los momentos; en el baño, en la mesa y en la litera hacia que le leyesen, y tomaba ó mandaba tomar notas: cuando la erupcion del Vesubio el año 79, se apresuró á marchar á él; pero apróximándose demasiado al eráter para observar aquel fenómeno, quedó asfixiado por el humo. Este es el que decia que no hay libro por malo que sea, que no tenga alguna cosa buena. — *T.*

49. *Plinio el jóven*, sobrino é hijo adoptivo del anterior: nació en Cómo el año 64 ó 62 de Jesucristo; fué discípulo de Quintiliano, y consiguió muchos triunfos en el foro el año 100: llegó á ser cónsul, gobernó despues en calidad de procónsul la Bitinia y el Ponto, se condujo con sabiduría y probidad; y se mostró indulgente con los cristianos que comenzaban á esparcirse por su provincia. Trajano le amaba extremadamente, murió en 115. Es el autor del célebre panegírico de este emperador.—*T.*

50. *Páris du Verney*, célebre hacendista, nacido en Moras, en el Delfinado, el mas conocido de los cuatro hermanos Páris, que á fines del reinado de Luis XIV, y principios del de Luis XV, se distinguieron por sus talentos administrativos. En 1754 hizo adoptar el proyecto de la escuela real militar de Francia, de la cual fué nombrado intendente con el título de consejero de estado.—*T.*

51. *Mitridates*, por sobrenombre *Eupator*, el mas famoso rey del Ponto; nació el año 124 antes de Jesucristo, y subió al trono á los 12 de su edad. Habiéndose indisputado con los romanos por ciertas negociaciones sobre los reinos de Capadocia y Paslagonia, llevó sus armas al Asia menor y á las colonias de Roma. Para merecer mas el ódio de esta república, hizo degollar á todos los romanos que se hallaban en Asia, sin escepcion de sexos ni edades hasta en número de 40 mil. Roma envió contra él á Sila, quien venció en una batalla cerca de Atenas, á Arquelao, general de Mitridates; á esta victoria se siguió otra, que hizo perder al rey del Ponto la Grecia, la Macedonia, la Jonia, el Asia, y todos los países que habia sometido, con doscientos mil hombres entre muertos y prisioneros. Al mismo tiempo perdió todos sus navíos en un combate naval. Cansado de tantas derrotas, pidió y obtuvo la paz, bajo condiciones gravosas, las que no cumplió Mitridates, antes bien coaligándose con Tigranes, rey de Armenia, reunió otro ejército, con el que conquistó á Bitinia. Lúculo, cónsul romano, voló al socorro de Asia, y derrotó en diferentes batallas á Mitridates, obligándole á encerrarse en sus estados. A Lúculo sucedió Glabrio, general sin aceptación, lo que permitió que el rey del Ponto recobrase sus pérdidas. Pompeyo se presentó en fin para combatirle, y le derrotó

completamente , obligándole á refugiarse entre los Scitas. Propuso á éstos el ir á atacar à los romanos en el centro de la Italia , pero aterrados, no quisieron seguirle ; entónces pidió un asilo á su hijo, que ya reinaba en el Ponto , y que en lugar de concedérsele , pronunció contra su padre la sentencia de muerte. Habiéndose familiarizado con los antidotos , no le hizo efecto el veneno que tomò ; y su mano caduca y trémula no le permitió que se matára con un puñal con que se causó una herida ; entónces un oficial galo cediendo á sus ruegos le atravesó con su espada, y puso término á sus dias , 65 años antes de Jesucristo. — *T.*

52. *Crisóstomo* (S. Juan) : es decir , *boca de oro* , el mas elocuente de los padres de la iglesia griega ; nació en Antioquia hácia el año 344 ; era hijo de un general del imperio. Despues de haber vivido por espacio de muchos años en las montañas de la Siria como un verdadero anacoreta, quebrantada su salud por el exceso de las mortificaciones, tuvo que dejar su soledad y volver á Antioquia , donde el obispo S. Flavio le ordenó de sacerdote , y le tuvo por algun tiempo á su lado como vicario , adquiriendo tal reputacion de elocuencia y de santidad , que el emperador Arcadio le eligió para la silla de Constantinopla , en la que prestó grandes servicios ; pero habiéndose atraído el ódio de la emperatriz Eudoxia , mujer ambiciosa y corrompida, por haber censurado sus rapiñas y desórdenes , fué depuesto y desterrado ; y agoviado por los años y la fatiga del camino que tuvo que emprender , murió en Comana en el año 407. Se ha dicho de este santo padre que era el Homero de los oradores ; y con efecto , reunia á la energía y fuego de Demóstenes , la facilidad y abundancia de Ciceron. — *T.*

53. *Atanasio* (San), uno de los primeros padres de la iglesia griega ; nació en Alejandria hácia el año 296 ; fué patriarca de esta ciudad despues de S. Alejandro , y se opuso fuertemente á las innovaciones de Arrio ; lo que le espuso á persecuciones de muchos sectarios de este heresiarca : fué desposeido y llamado por varios concilios y por muchos emperadores , entre ellos Constantino el grande , Constancio , Juliano y Joviano ; pero al fin triunfó y acabó gloriosamente sus dias en Alejandria en el 375. — *T.*

54. *Sulpicio Severo* , historiador eclesiástico ; nació

en Aquitania hácia el año 565; siguió en el principio la carrera de abogado y residió, ya en Tolosa, ya en Elusa cerca de Carcasona. Con motivo de la muerte de su mujer se determinó á dejar al mundo, retirándose á un convento de Marsella, donde se presume que se hizo Sacerdote, y que fué discípulo de S. Martin, siendo incierto el año de su muerte. — *T.*

55. *Martin* (San), obispo de Tours, nació hácia el año 516 en Sabaria (hoy Steim-am-Anger) en Panonia; murió hácia 597 á 400; era hijó de un tribuno militar, y fué soldado en su juventud. Ordenado de Sacerdote por S. Hilario, vivió algun tiempo como ermitaño, y obtuvo el obispado de Tours en 574. Fundó cerca de Tours el monasterio conocido despues con el nombre de Mar-moutier (Martini monasterium). Se distinguió por su caridad; é hizo varios milagros. — *T.*

56. *Sixto V*: nació en 1524 en Montato, cerca de Ascoli; fué primero porquero, despues se hizo franciscano; y ascendiendo de dignidad en dignidad hasta el cardenalato, supo hacerse elegir Papa á la muerte de Gregorio XIII: desplegó grandes talentos para el gobierno temporal de sus estados, limpiándolos de los bandidos y vagamundos que los infestaban: embelleció á Roma con útiles y magníficos monumentos; reorganizó totalmente la administracion pública, confiándola á quince juntas, llamadas congregaciones: tuvo parte en casi todos los negocios de europa, y al morir en 1590, dejó un tesoro de cinco millones de escudos de oro. — *T.*

57. *Luis XI*, rey de Francia, nació en Bourges en 1425, y á la edad de 19 años, ya escitó contra su padre Carlos VIII la rebelion conocida con el nombre de la *Praguerie*. Para evitar el castigo que merecia apeló á la fuga, y se acogió á la proteccion de Felipe el hermoso, duque de Borgoña, en cuya corte permaneció hasta la muerte del rey. Al subir al trono hizo brillantes promesas que no tardó en violar, aumentando los impuestos y aterrándo por medio de horribles suplicios á las ciudades que se atrevian á manifestar su descontento. Al mismo tiempo destituyó de los altos empleos á los hombres mas ilustres por su cuna, y dió toda su confianza á personas oscuras sacadas

de la hez del pueblo. Fué de carácter pérfido, cruel, vengativo, supersticioso y desconfiado, poseyendo en alto grado la máxima maquiabélica de *quien no sabe disimular no sabe reinar*. En medio de los grandes vicios, hizo algunos servicios á la Francia, debilitó á los grandes vasallos, y aumentó el prestigio de la autoridad real. — *T.*

58. *Wolsey* (Tomas), célebre ministro de Enrique VIII, nació en Ipswich (Suffolk) el año 1474; fué hijo de un carnicero; Enrique VIII le nombró capellan suyo y dean de Lincoln; ganó el favor del rey por su genio dócil y alegre, consiguió de éste muchos destinos de entidad, el de consejero de estado, varios obispados, el arzobispado de York, el de gran canciller del reino, y por último fué tal su privanza, que el rey se dejó gobernar por él totalmente. Leon X le creó cardenal y legado *á látere* en la Gran Bretaña, intentó á la muerte de este Papa salir elegido, pero no lo consiguió. En una época en que el equilibrio europeo dependia de la línea de conducta que siguiese la Inglaterra, favoreció Wolsey alternativamente á Carlos V y á Francisco I. En el interior se adquirió un gran número de enemigos por su rapacidad, que fué tan excesiva, que sus rentas casi igualaban á las de la corona; además se mostró injusto y cruel en el ejercicio de sus funciones de legado, y creó un especie de tribunal eclesiástico, que era en la realidad una parodia de la inquisición. Despues de haber llegado al punto mas culminante del poder, sufrió Wolsey la caída mas estrepitosa. Nombrado comisario para el examen del pleito de divorcio de Enrique VIII, no consiguió terminar este acto á satisfacción del rey, fué acusado ante el tribunal del banco del rey de haber extralimitado sus poderes, quedó privado de casi todas sus rentas y cargos, y fué desterrado de la corte; conducido de nuevo á Londres para ser juzgado segunda vez, murió en el camino en Leicester el año 1550. — *T.*

59. *Enrique VIII*, hijo de Enrique VII, á quien sucedió en 1509, y contrajo matrimonio con Catalina de Aragon, viuda de su hermano. Su ministro Wolsey le comprometió en una lucha contra la Francia, pero despues de la victoria que obtuvo contra los franceses en Guinegate, se vió obligado á volver á su país á causa de

una invasion hecha por el rey de Escocia Jacobo IV. Enrique le venció y mató en la célebre batalla de Flowdefiel; tambien le hizo Wolsey abrazar la causa de Carlos V contra Francisco I, negociando una nueva alianza con la Francia. Habiéndose apasionado de Ana Bolena, dama de honor de la reina su esposa, quiso divorciarse de Catalina de Aragon, pretextando para lograrlo escrúpulos hipócritas. Como el Papa se resistia á declarar el divorcio, Enrique rompió con la iglesia, aunque se habia mostrado hasta entónces católico celoso, y habia escrito un poco antes contra Lutero. Se hizo proclamar por el parlamento protector y jefe supremo de la iglesia de Inglaterra, y casó con Ana Bolena. Cinco años despues la hizo decapitar bajo pretexto de adulterio, casó sucesivamente con Juana Seymour, que murió de parto; con Ana de Cleves, á la que repudió por su fealdad; con Catalina Howar, que mandó matar por adúltera; y en fin con Catalina Paer que le sobrevivió. Al separarse Enrique de la córte de Roma, no habia tocado al dogma ni al culto; pero se enardeció poco á poco, é introdujo las innovaciones que han constituido la iglesia anglicana: trataba de decidir por sí solo todos los puntos de fé. Era perseguidor de todos los que no participaban de su opinion en teología; combatió á la vez el papismo y la religion reformada. Fisher y Tomás Moro fueron sus mas ilustres víctimas. Se hizo poderoso, despojando de sus riquezas á las iglesias y á los monasterios. Este príncipe tuvo siempre en su parlamento un instrumento servil de sus locuras y extravagancias. — *T.*

60. *Enrique III*, rey de Francia, hijo tercero de Enrique II: tuvo desde luego el título de duque de Aujou. El asesinato del duque de Guisa, unió los gefes principales de la Liga; sublevó contra él toda la Francia catolica, obligándole á pedir socorro á Enrique de Navarra, su enemigo, con cuyo auxilio sitió con él á París, y estaba á punto de apoderarse de la ciudad, cuando fué asesinado por Jacobo Clemente en 1589. *Tan cierto es, que quien á hierro mata á hierro muere.* Con Enrique III se extinguió la casa de Valois, de que era el último representante. — *T.*

61. *Alonso el grande*, rey de Aragon, quinto de este nombre, fué hijo de Fernando el justo, á quien sucedió en

4446. Príncipe generoso, liberal, ilustrado, bienhechor, intrépido, afable, político; en una palabra, el héroe de su siglo. Acogió en sus estados á las musas proscriptas de Constantinopla, estableció la dominacion española en Italia; no sacó casi nada de sus estados de España, y se ocupó constantemente en dispensar mercedes y hacer felices á sus súbditos. Casi siempre salia solo y á pie por las calles de su capital; y á los que le manifestaban los peligros á que esponia su persona, contestaba: *bien puede pasearse un padre en medio de sus hijos sin temer nada*. Murió en 1458. — *T.*

62. *Orleans* (duque de), sobrino de Luis XIV; nació en 1654, y contó entre sus preceptores al inmoral abate Dubois, que adquirió sobre él un imperio funesto. Dotado de brillantes talentos, se distinguió en los ejércitos hasta el punto de inspirar serios temores á su tío, y alejado luego de la carrera de las armas, se dedicó con aprovechamiento al estudio de las ciencias naturales. Intentó colocarse en el trono de España, valiéndose del ascendiente que tenia en el ejército francés; pero instruido de ello Luis XIV quiso juzgarle por este delito, y aunque no lo hizo por la mediacion del duque de Borgoña, no volvió á verle nunca sin repugnancia. Sin embargo, habiéndole nombrado en su testamento presidente del consejo de regencia para durante la menor edad de Luis XV, se manejó de manera que el parlamento le reconocia por regente único con poder absoluto, y habiendo desbaratado algunos proyectos que contra él se formaron para arrebatarle la regencia, consiguió obtenerla hasta la mayor edad de Luis XV, que pensaba ponerle á la cabeza de los negocios, cuando entró á reinar por sí en 1725, lo que no se verificó por haber muerto en el mismo año. Sus grandes cualidades se vieron empañadas por una inmoderada aficion á los placeres, que en todas partes encontró imitadores, y esto hizo de la regencia una de las épocas mas corrompidas de la historia de Francia. — *T.*

65. *Neron* (Lucio Domicio Claudio), emperador romano: nació el año 57 de Jesucristo, y fueron sus padres Domicio Anobarbo y Agripina, hija de Germánico. Cuan-

do ésta quedó viuda , contrajo nuevo enlace con el emperador Claudio , y aunque el príncipe tenía ya un hijo , Británico , lo hizo no obstante adoptar al jóven Neron , para quien se destinó el trono con preferencia á su heredero natural , y se le dió por esposa cuando tuvo ya la edad competente , á Octavia , hija de Claudio. Neron tuvo por preceptores á Burrhus y Séneca. Cuando murió Claudio , fué reconocido como emperador el año 54 , merced á las intrigas de Agripina. En los primeros momentos de su reinado aparentó mucha dulzura , y dejó que su madre reinase en su nombre. Mas bien pronto se volvió cruel y disoluto ; se rodeó de cortesanas , alejó de su palacio á Agripina , y como ésta le amenazase con que haria devolver el trono al jóven Británico , mandó envenenar á aquel príncipe. Algun tiempo despues fingió reconciliarse con Agripina , é intentó hacerla perecer en un paseo marítimo ; mas como salió frustrado aquel proyecto , dió orden á sus satélites para que la asesinasen. Libre ya de aquel obstáculo , pudo entregarse libremente á sus disipaciones ; se rodeó de histriones y de juglares , tomaba parte en sus juegos , guiaba los carros en el circo , bailaba y tocaba la flauta en el teatro , y hacia pública ostentacion de los desórdenes mas infames y vergonzosos. No tardó mucho en repudiar á Octavia , y en condenarla á muerte. La reemplazó con Poppéa , que no vivió mucho , pues murió de resultas de un puntapie que la dió el emperador. Un voraz incendio destruyó en el año 64 la mayor parte de Roma , acusaron á Neron de ser su autor ; pero lo imputó á los cristianos y los hizo perecer en los mas horrosos tormentos. Pisson conspiró contra su vida , pero descubrió el complot , tomó Neron pretexto para hacerle morir , lo mismo que á su maestro Séneca , al poeta Lucano , y á otros muchos. Tambien Vindex levantó el estandarte de la rebelion en la Gália ; pero fué batido. Mas feliz fué Galba en España , pues los pretorianos le proclamaron emperador , y el senado declaró á Neron enemigo público. Proscrito y temblando se refugió á una gruta , en donde trató de suicidarse con un puñal ; pero no teniendo el suficiente ánimo , y habiéndose herido levemente , fué necesario que su secretario Epafrodita diese impulso á su brazo.

Así murió este monstruo cruel aborto de la naturaleza, á la edad de 50 años, dejando un nombre que encierra todos los crímenes conocidos y por conocer. — T.

64. *Julio César*, célebre general romano, dictador perpétuo, nació en Roma el año 400 antes de Jesucristo: era sobrino de Mario. Proscrito en su juventud por Sila, debió su vida á protectores generosos, y se retiró á la corte de Nicomedes, rey de Bitinia. Volvió á Roma despues de la muerte de Sila, se aplicó á la elocuencia y supo captarse el favor del pueblo levantando las estátuas de Mario. Nombrado pretor el año 64 antes de Jesucristo, fué enviado á España donde hizo algunas conquistas; á su regreso fué nombrado cónsul. No dejando á su cólega Bíbulo sinò una sombra de autoridad, se asoció á Pompeyo y Craso, y formó con ellos el famoso triunvirato que les aseguraba un poder absoluto. Se hizo nombrar gobernador de las Galias, por cinco años, y pasado este tiempo logró prorogar su gobierno por otros cinco. Empleó estos diez años en la conquista de las Galias, y penetró hasta la Bretaña. Pompeyo celoso de sus triunfos, se opuso á que continuase en su gobierno, é hizo dar un decreto que le obligaba á renunciar el mando. Irritado de este tratamiento que consideraba como una injusticia, César pasó los Alpes, atravesó el Rubicon, que formaba el límite de su provincia, marchó sobre Roma, de donde Pompeyo huyó con el senado; entró en la ciudad sin resistencia y obtuvo la dictadura. Despues de haber derrotado en Italia y en España á los generales de Pompeyo, peleó con éste en Macedonia en las llanuras de Farsalia, y alcanzando contra él una victoria decisiva, le obligó á huir á Egipto donde encontró la muerte. César llegó á Egipto pocos dias despues, llorò la suerte de su enemigo, y para vengarle destronò al jóven Tolomeo, que le habia hecho asesinar, y dió su corona á Cleopatra. Derrotado Farnaces, rey del Ponto, y destruidos los ejércitos republicanos en Africa y España, vuelto á Roma, recibió el triunfo y obtuvo la dictadura perpetua, reuniendo en sus manos el poder mas absoluto, del cual no obstante supo usar con clemencia; perdonando á sus mayores enemigos, embelleciendo á Roma, reformando las leyes, y creando un gran número de establecimientos útiles. Sin embargo, los republicanos que

le acusaban de querer hacerse rey, tramaron una conspiración contra él, y lo asesinaron en el senado en los idus de Marzo del año 44 antes de Jesucristo. César fué no solamente uno de los mayores capitanes y guerreros de la antigüedad, sino también un profundo político y hombre de estado, un excelente orador y un escritor elegante, el único hombre, acaso, capaz de disputar á Ciceron la palma de la elocuencia si se hubiese consagrado al foro.—*T.*

65. *Boursault* (Edmundo), nació en el obispado de Mussi, en Borgoña, en 1658. No siguió carrera alguna literaria, ni supo jamás latin; cuando fué á París en 1681, hablaba todavía un mal Patué Borgoñés; pero la lectura de los buenos libros, junto con sus felices disposiciones, le pusieron bien pronto en estado de hablar y de escribir correctamente la lengua francesa. Habiendo trabajado por orden de Luis XIV, una obra titulada, *verdadero estudio de los soberanos*, quedó el rey tan satisfecho de esta producción, que le hubiese nombrado subpreceptor de Monseñor el Delfin, si hubiese sabido la lengua latina. La duquesa de Angulema, viuda de un hijo natural del rey Carlos IX, le nombró su secretario particular, y le comprometió á que publicase una gaceta en verso, cada ocho dias, que le mereció una pensión de dos mil libras; Luis XIV y toda su corte gustaban mucho de este periódico, cuyas sales y agudezas les divertían en extremo; pero habiéndose permitido su autor algunos rasgos satíricos contra los franciscanos en general, y contra los capuchinos en particular, hubieron de imponerle silencio, y á poco tiempo el confesor de la reina, que era un franciscano español, consiguió que se suprimiese la gaceta y que le retirasen la pensión; y hubiera sin duda conseguido hacerle meter en la Bastilla, sin el crédito y valimiento de sus muchos y poderosos protectores. Boursault murió en Montluzon en 1704, habiendo publicado muchas piezas dramáticas, y otras varias obras, así en verso como en prosa.—*T.*

66. *Pitágoras*, filósofo griego, fundador de la escuela Itálica: tuvo por maestro á Ferécides, hizo muchos viajes y estableció su escuela en Crotona de Italia, donde atrajo muy pronto un considerable número de discípulos, sobre los cuales ejerció un poderoso ascendiente, exigiendo de

ellos una fé ciega; de suerte que cuando les preguntaban la razon de sus doctrinas, respondian únicamente: *el maestro lo ha dicho*. Al nombre de sábio que habian usado sus antecesores, sustituyó el modesto título de filósofo ó amigo de la sabiduría. Abrazò todas las ciencias conocidas en su tiempo, y cultivò especialmente con grande éxito las matemáticas, la aritmética, la geometría, la astronomía y la música. Enseñaba la metemscicosis ó transmigracion de las almas, y por esta razon proscribia el uso de la carne de los animales. No tenemos ningun escrito suyo, ni se sabe tampoco á punto fijo el año de su nacimiento ni el de su muerte, que segun algunos acaeciò hácia el año 594 antes de Jesucristo, y á los 70 de su edad.—*T.*

67. *Alejandro III*, apellidado el *Grande*, hijo de Filipo y de Olympias, nació en Pella por los años 536 antes de Jesucristo; fué educado por el filósofo Aristóteles, y desde su juventud manifestó lo que podría ser un dia. Mientras su padre sitiaba á Bizancio, gobernò el estado, aunque no contaba mas que 16 años, y redujo á su obediencia á algunos pueblos vecinos. Subió al trono á los 20 años de edad, conquistò la Tracia y la Iliria, sometió la Grecia, que confiada en los pocos años del emperador, creyò poder sacudir el yugo que le habia impuesto Filipo; destruyó á Tebas, no respetando de ella mas que la casa de Píndaro; declaró en seguida la guerra á los Pérsas, y habiéndose hecho nombrar generalísimo de toda la Grecia tomó el camino de la Pérsia. Despues de haber pasado el Helesponto, derrotò en las márgenes del Gránico el ejército de Darío, rey de Pérsia, y sometió con rapidez todo el territorio del Asia menor. Una enfermedad peligrosa le detuvo algun tiempo en Tarso; pero aún no bien restablecido, venció de nuevo á Darío en Isus, y en la Cilicia, haciendo prisionera toda su familia. A esta victoria siguieron otras no menos importantes, en la Judea, en el Egipto, y hasta en la Libia; atacò á los scitas y á los indios, y despues de haber derrotado á Poro, no habiendo querido sus soldados seguirle á los países á donde pensaba llegar, volvió á Babilonia, donde desplegó todo el lujo y molicie de los reyes del Asia, y entregado à la crápula y à los excesos mas vergonzosos, murió en la flor de su edad en el año 525

antes de la era vulgar. Merece leerse su vida en el historiador Quinto Curcio. — *T.*

68. *Montesquieu* (Cárlos de Secondat, Baron de la Brede de): célebre publicista, jurisconsulto y literato; nació de una familia distinguida de Guiena en 1689. Desde muy jóven manifestó grandes disposiciones para el estudio á que se dedicò con la mayor aplicacion; fué consejero y presidente en el parlamento de Burdeos; pero habiendo enajenado su plaza para dedicarse enteramente al estudio de la filosofía y de las buenas letras, entrò en la academia, y viajò por los principales países de Europa. A su regreso á Francia se retirò á la quinta de la Brede, donde al cabo de mas de doce años publicó su famosa obra del *Espíritu de las leyes*, con la cual inmortalizó su nombre. Falleció este célebre escritor el año 1755. — *T.*

69. *Rocheffoucauld* (duque de): célebre escritor, nació en 1605 ó 1615: se distinguió en varias acciones por su valor; pero se hizo sobre todo notable por su profundo conocimiento de los hombres y por su espíritu de intriga. Pasò su vejez en la intimidad de madama de la Fayette y de madama de Savigné; y murió en 1680. Escribió las *Memorias sobre el reinado de Ana de Austria*, y un libro de *Máximas*, el que ha formado la reputacion de su autor, tanto por la perfeccion de su estilo, como por el atrevimiento de las paradojas, pues en él pretende que el amor propio es el único móvil de todas las acciones humanas; opinion muy natural en un hombre que habia vivido en varias córtés. — *T.*

70. *Saadi*, el primer poeta persa; nació en Chiraz por los años de 1195, y murió, segun se dice, en 1296, á la edad de 102. Pasò la tercera parte de su vida estudiando, otro tercio de ella viajando y en el ejército, y el último en el retiro. Habia hecho 44 meses la peregrinacion de la Meca, combatiendo á los sectarios del gran Brahma en la India, y á los cristianos en el Asia menor, y habia caído en manos de los francos en Siria, los cuales le obligaron á trabajar en las fortificaciones de Trípoli. Se llenò de gloria durante su vida. Existen de él varias obras. — *T.*

71. *Carlos IV*, emperador de Alemania, nació en 1516, murió en 1578, era hijo de Juan de Luxemburgo,

rey de Bohemia, y nieto del emperador Enrique VII: fué coronado rey de Bohemia en 1346, y emperador al año siguiente. Publicò la famosa *Bula de oro*, que ha sido hasta nuestro dias, la ley fundamental del imperio germánico. Se hizo odioso á sus pueblos por su condescendencia con el Papa y el clero; se esforzò en restablecer en favor de la santa Sedè, impuestos onerosos, y eximiò al clero de toda autoridad temporal. — *T.*

72. *Pericles*, célebre ateniense: que habiendo nacido el año 494 antes de Jesucristo, adquiriò desde luego mucha fama por su elocuencia y liberalidad, y llegó á ser el jefe del partido democrático opuesto á Cimon. Estuvo desterrado algun tiempo, mas por último quedò solo, al frente del gobierno de Atenas. Señalò su administracion con la construccion de hermosos edificios, con suntuosas fiestas, con gratificaciones distribuidas entre los ciudadanos, y con grandes ventajas conseguidas en lo exterior. Amaba apasionadamente las letras, las artes y el lujo, y unas y otras llegaron en su tiempo al mas alto grado de perfeccion, por lo cual suele llamarse aquella época el siglo de Pericles: ò el siglo de oro de la Grecia. Muriò en el año 429 en la epidemia que á Atenas desolaba. Es digna de leerse en Plutarco la vida de este ilustre ateniense. — *T.*

73. *Anaxágoras*, filósofo de la escuela jònica, nació en Clazomenes, por los años 500 antes de Jesucristo: tuvo por maestrò á Anaxímenes, ó segun otros, á Hermòtimo; viajò por Egipto para instruirse, y lijò su residencia en Atenas, donde abrió una cátedra célebre, y contò en el número de sus discípulos á Pericles, Eurípides, y acaso á Sócrates. Se le acusò de impiedad por haberse opuesto á las supersticiones de su época, y fué condenado á muerte por los atenienses, costando mucho trabajo á Pericles conmutar esta pena en un destierro. Retiròse á Lampsaco, donde murió el año 428 antes de Jesucristo. — *T.*

74. *Boileau* (Nicolàs), apellidado Despreaux: uno de los mas célebres poetas franceses, nació en Crosne cerca de Paris; era hijo de Giles Boileau, archivero de la gran cámara del parlamento de Paris, y fué destinado al foro. Estudiò el derecho y despues teología; pero estos estudios no le agradaban, y resolvió seguir su inclinacion

dedicándose á la poesía. Empezó por unas *sátiras*, á estas siguieron unas *epístolas*, luego el *arte poética* y el *Lutrin* (Facistol), que pusieron el sello á su reputacion, y le colocaron en la primera línea de los poetas modernos. Luis XIV, apreciando su mérito, lo recibia con frecuencia á su lado, gustando mucho de oírle leer; lo nombró su historiógrafo y le señaló una pension. Tambien fué admitido en la academia francesa. En sus últimos años dejó Boileau la córte y se retiró á su posesion de Auteuil, donde murió en 1711 de una hidropesía de pecho. Aunque mordaz en sus escritos era indulgente en su conversacion, y tenia un corazon muy bello, y así se citan de él muchos rasgos de generosidad, como el de que habla el autor de la obra que ilustramos. — *T.*

75. *Maupertuis*, célebre geómetra, nació en 1698 en S. Malo, murió en 1759. Bajo la direccion de Nicole hizo progresos rápidos, entró en la academia de ciencias á los 25 años; viajó por instruirse y contrajo amistad con los hombres mas distinguidos de su tiempo; fué nombrado por Maurepas, jefe de la expedicion enviada al Polo para medir dos grados del meridiano: á su vuelta fué objeto de la atencion general y recibido en la academia francesa. El rey de Prusia, Federico II, le nombró presidente de la academia de Berlin, y poco despues pasó á establecerse en Prusia, donde tuvo acaloradas cuestiones, primero con Kæning, miembro de la academia, que le disputaba el descubrimiento del principio de la *menor accion*, sobre el cual Maupertuis fundaba toda la mecánica, y despues con Voltaire, que le hizo objeto de sus sátiras. — *T.*

76. *Mazarino* (Julio): ministro de Francia, nació en 1602 en Pisina en el Abruzo, fué llamado á Francia por el cardenal de Richelieu, y á la muerte de éste heredó todo su poder é influencia cerca de Luis XIII, quien en su testamento le nombró miembro del consejo de rejencia, de que era presidente la reina madre Ana de Austria; pero ésta le revistió de un poder absoluto con el título de primer ministro. Los primeros años de su ministerio fueron señalados con algunas victorias de los franceses contra los españoles; pero habiendo estallado la guerra civil de la *Fronde*, tuvo que luchar con varia fortuna, así con-

tra los grandes del reino descontentos, como contra los enemigos exteriores; y aunque se vió obligado á ceder y dejar la Francia por dos veces, al fin salió vencedor de la lucha, concluyendo el tratado de paz de los Pirineos, por el cual puso término á las guerras de la Francia y de España, y preparó la grandeza de Luis XIV. Dos años despues, á saber en 1661, murió este célebre ministro, que como todos los grandes hombres, ha sido juzgado con diversidad por amigos y adversarios.— *T.*

77. *Thompson* (Mr. James): célebre poeta escocés; nació en Ednam, cerca de Kelso, en 1700; fué hijo de un ministro protestante, y destinado á la carrera eclesiástica renunció á ella, sin adoptar otra profesion; vivió por largo tiempo en la mayor estrechez hasta que se dió á conocer por su poema de las *Estaciones*, que no bien fué leído cuando fué admirado generalmente, por sus pinturas, por sus animadas descripciones, y por la efusion de un corazon tierno y benéfico, que no menos encanta al lector, dejándole en duda de si debe admirar mas al poeta ó amar mas al hombre.

Thompson acompañó mucho en sus viajes al hijo mayor del canceller Talbot, á quien fué recomendado por el doctor Rundle, obispo despues de Deny, su íntimo amigo; y recorriendo las còrtes y ciudades de Europa, mejoró mucho sus conocimientos poéticos, y perfeccionó su gusto con los mejores originales antiguos y modernos. Murió en 1748 en toda la fuerza de la edad y del talento, siendo universalmente llorado por todos los buenos ciudadanos y hombres de letras y de fino gusto.— *T.*

78. *Flequier* (Esprit): nació en 1652 en Pernes, en el condado de Aviñon, de una familia de artesanos; entró en la congregacion de la doctrina cristiana á la edad de 16 años, pasó despues á París y consiguió la plaza de lector del Delfin por la proteccion del ayo de este príncipe el duque de Montausier. Flequier se dió á conocer desde luego por sus sermones, sobresaliendo como Bossuet, en la oracion fúnebre, pues singularmente en la de Turena, desplegó toda la sublimidad de sus talentos oratorios. Luis XIV le nombró arzobispo de Lavaur y despues de Nimes. A pesar de hallarse esta diócesis inundada de Calvinistas, Flequier

supo captarse la estimacion general, y murió en 1710, llorado de todos.—*T.*

79. *Bruyere* (Juan de la): de la academia francesa, nació cerca de Dourdan en 1644: apenas se tienen noticias de la vida de este célebre y modesto literato, que únicamente se dió á conocer por sus obras; solo se sabe que por recomendacion de Bossuet, obtuvo el cargo de enseñar la historia al duque de Borgoña. La lectura de los *caracteres de Teofrastro*, que tradujo del griego, le inspiró el pensamiento de escribir una obra del mismo género, que fuese la pintura viva y animada de las costumbres de su tiempo; y en efecto la empezó con el título de *Caracteres y costumbres de este siglo*, (el XVII), la cual obtuvo un suceso inmenso, y por mas de doscientos años ha sido el objeto de la admiracion de los filósofos y hombres de gusto. La Bruyere murió en Versalles en 1696 de un ataque apoplético.—*T.*

80. *Corneille* (Pedro): nació en Ruan en 1606; era hijo de un abogado general, y fué primero destinado al foro; pero prefirió el teatro, y escribió algunas comedias, que aunque olvidadas hoy, tuvieron entónces mucho éxito. Admitido en un principio en el número de los protegidos por el cardenal de Richelieu, caido despues de la gracia de este ministro, cuya envidia y celos literarios excitó su gran mérito, y reconciliado al fin con él, pudo emanciparse enteramente de su tutela, y la tragedia del *Cid* le aseguró una reputacion inmensa; obteniendo durante su vida el título de *Grande*, que la posteridad le ha confirmado. Este poeta, que con razon ha sido mirado como el fundador de la tragedia del teatro francés, murió en Paris en 1684.—*T.*

81. *Enrique II*, rey de Francia, hijo de Francisco I, al cual sucedió en 1547. El objeto constante de su política, fué debilitar el poder de España. La fortuna favoreció sus armas contra los españoles á quienes ganó muchas victorias. Sin embargo, hubo de firmar en Cateau-Cambresis una paz poco honrosa llamada *la paz desgraciada*, por la que la Francia perdió gran parte de sus conquistas. Murió en 1559 de una herida que recibió en un torneo por el conde de Montgommery.—*T.*

82. *Melania*: Dama célebre por su piedad; descendiente de una ilustre familia española, aunque oriunda de

Roma, nieta del cónsul Marcelino y parienta de S. Paulino de Nola. Su ardiente é industriosa caridad, derramó con profusion los beneficios sobre los cristianos ortodoxos de su tiempo, y los confesores de la fé de Jesucristo, perseguidos por el arrianismo, llegando á alimentar á mas de cinco mil, por espacio de algunos dias. Desterrados muchos católicos á la Palestina, les siguió en el viaje que emprendieron á Jerusalem con el presbítero Rufino de Aquilea, bajo cuya direccion edificó un monasterio y observó una vida muy austera y penitente.—*T.*

85. *Luis XV*, rey de Francia, biznieto de Luis XIV, é hijo del duque de Borgoña, nació en Fontainebleau en 1710; fué declarado rey bajo la regencia de Felipe, duque de Orleans, á quien conservó por primer ministro, cuando salió de la menor edad, recibiendo de él durante algunos meses útiles lecciones de gobierno. Al de Orleans le sucedió en el poder el duque de Borbon, y á éste le reemplazó el cardenal Fleuri, que habia sido preceptor del rey, y que por bastante tiempo, merced á su sábia economía, logró restablecer el órden en la hacienda pública. En el reinado de Luis se verificó la supresion de los Jesuitas y la abolicion de los parlamentos. Murió de viruelas en 1774. Siete años antes habia sido herido por un asesino llamado Damiens. Se le deben, entre otros monumentos, la escuela militar de Paris y la iglesia de santa Genoveva. Pudo haber sido un gran rey, pero no fué mas que un príncipe débil, disoluto é insustancial, que solo se ocupó en hacinar los combustibles que prendieron fuego á la mina en tiempo de su infortunado sucesor.—*T.*

84. *Tobías*, fué siempre fiel al Señor, á pesar de vivir entre cismáticos, é idólatras. Cautivas por el Rey de los Asirios las diez tribus de Israel, y envuelto en esta desgracia, no se desvió del camino de la verdad. Por esto dióle Dios gracia en la presencia del Rey Salmanasar. Muerto este, Senaquerib, que le sucedió, sabiendo que Tobías daba sepultura á los Israelitas que él hacia morir, mandó que le matasen, y le confiscó cuanto tenia. Habiendo huido, y ocultádose, luego que supo que quitaron al Rey la vida sus hijos, volvió á su casa, y le fué restituida toda su hacienda. Privado despues de la vista, dispuso que su hijo fuera á Rages para cobrar la

suma de diez talentos de plata que habia prestado á Gabelo. Un Angel en traje de caminante le acompaña en su viage. Descansando á las márgenes del rio Trigis, queriendo Tobías lavarse los pies, un pez disforme salió para devorarlo. Despavorido al verle, díjole el Angel: tómallo por las agallas, desentráñale, y guarda su corazon, la hiel y el hígado, pues estas cosas son necesarias para remedios saludables. Terminado su viage, y regresado á casa, Tobías ungió los ojos de su Padre con la hiel del pez, como le habia mandado el Angel y recobró la vista. Murió á la edad de 402 años.—*T.*

85. *Amboise* (Jorje de): conocido en la historia bajo el nombre de cardenal de amboise, ministro de Luis XII; nació en 1460 en la quinta de Chaumont-Sur-Loire, de una antigua familia: murió en 1510. Durante su administracion supo conciliarse el amor del pueblo, suprimiendo la contribucion extraordinaria que se pagaba al advenimiento al trono de Luis XII, y no aumentó los impuestos á pesar de las guerras desastrosas que afligieron aquel reinado; tambien hizo reglamentos útiles para la mejor y mas pronta administracion de justicia, y evitó con medidas sábias la corrupcion y venalidad de los jueces.—*T.*

86. *Augusto* (Cayo Julio César Octaviano): conocido hasta su advenimiento al trono, bajo el nombre de *Octavio*, primer emperador romano, era hijo del senador Cayo Octavio, y sobrino de Julio César, que le adoptó y le nombró su heredero. Aunque solo tenia diez y ocho años cuando asesinaron á su tio, marchó en diligencia á Roma, y con su hipocresía se congració con el senado y con el pueblo; al principio se unió con los republicanos, pero luego que se vió al frente de un ejército numeroso, su ambicion le llevó á formar un triunvirato con Antonio y Lépido; se dió á la vela con Antonio en seguimiento de Bruto y de Casio, y vinieron á las manos con el ejército republicano en Filipos: hallándose Augusto indispuerto, Antonio solo mandó las fuerzas de los triunviros, y consiguió una victoria completa, de la que los vencedores abusaron cruelmente, quitando la vida á cuantas personas distinguidas cayeron en su poder; volvió con las tropas á Italia para distribuir á los veteranos las tierras que les habia ofrecido; y por esto echó de ellas, sin indem-

nizacion alguna, á multitud de labradores y pastores, y entre ellos al poeta Virgilio. Despues de haberse libertado Augusto de todos sus enemigos, con sus numerosas proscripciones privó á Lépido del mando, bajo un ligero pretexto; é indisponiéndose con Antonio, le derrotó completamente en Accio, quedando así dueño exclusivo de Roma. Desde esta batalla se debe contar el imperio de Augusto, quien, volviendo á Roma en triunfo, se propuso borrar, con magníficos espectáculos y liberalidades, la impresion de sus crueldades anteriores, reconciliando á los ciudadanos con su gobierno. El senado le trató con la mas baja adulacion, apellidándole padre de la pátria, emperador y Augusto, y las naciones vecinas presentaron su sumision, y solicitaron la alianza. Por lo demas es indisputable que aseguró la paz y el órden en el estado, y promulgó varias leyes y reglamentos para promover su prosperidad. Dícese, que cansado del poder, tuvo algunos momentos el proyecto de abdicar, pero que Mecenas le disuadió con sus consejos. Murió en Nola, el año 14 de Jesucristo, á los 77 de su edad. Este príncipe fué cruel cuando tuvo necesidad de serlo, y dió ejemplo de dulzura y de clemencia desde que subió al trono. Favoreció las letras, atrajo á su córte á Virgilio, á Horacio, y admitió en su amistad á Ovidio, Tito Livio, &c. Ademas de su crueldad se le echa en cara su poco valor, pues no debió sus victorias, sinó á los talentos de sus generales, y en particular á Agrippa.— *T.*

87. *Mecenas*, favorito de Augusto, descendiente de los antiguos reyes de Etruria. Desde que estudió en Grecia se hizo amigo íntimo de Octavio, y le acompañó á todas sus guerras; y cuando fué proclamado emperador, se contentó con su amistad, rehusando los honores públicos. Sin embargo, desempeñó muchas veces la administracion del imperio en ausencia de Augusto. Mecenas prefería la monarquía á la república, y determinó á Augusto á conservar el poder soberano que pensaba abdicar. Solo se aprovechó de su privanza para inclinar al emperador á la clemencia, y sobre todo para favorecer á los literatos. Virgilio, Horacio y Propertio, entre otros muchos, fueron sus principales amigos y protegidos. Murió hácia el año 8 antes de Jesucristo.— *T.*

88. *Leon X*, conocido primero con el nombre de Juan

de Mécidis, hijo de Lorenzo de Mécidis, nació en Florencia en 1475 y murió en 1524; fué nombrado cardenal á la edad de 15 años; dejó desde muy jóven su pátria á consecuencia de las desgracias de su familia, y pasó á Roma á fijar su residencia, donde se captó la amistad de Julio II, y le reemplazó en el trono pontificio. Su reinado es notable por los acontecimientos políticos y religiosos y por el progreso de las artes. Hizo la paz con Luis XII á quien habia escomulgado su predecesor; sin embargo no pasó mucho tiempo sin que se declarase enemigo de Francisco I, y se uniese, para combatirle, con Sforza, duque de Milan, y con los suizos: se vió obligado á entrar en tratos con este príncipe después de la victoria de Marignan y de la conquista del Milanésado: se unió á Carlos V, y le ayudó para echar á aquel rival de sus estados. Acababa de restablecer á su familia en Florencia y de despojar á muchos señores de Italia para enriquecer á sus parientes, cuando murió casi de repente, dando motivo á que se supusiese que habia sido envenenado. El reinado de este Papa, protector decidido de las ciencias, fué de tal manera ilustrado por el progreso de las letras y de las artes, que se dió el nombre de siglo de Leon X, á la brillante época en que vivió; y en efecto, entónces fué cuando florecieron Ariosto, Berni, Acolti, Alamanni, Fraecastor, Sannazar, Vida, Bembo, Maquiavelo, Guichardin, Sadoletto, Miguel Angel, Rafael, Andrés del Sarto, Julio Romano, y muchos otros que sería prolijo referir.—T.

89. *Colbert* (Juan Bautista): ministro y secretario de Estado, contador general de hacienda en el reinado de Luis XIV, nació en Reims en 29 de agosto de 1619, y murió en 1685; su padre fué un negociante en paños y vinos, según unos, y un consejero de estado, y mayordomo mayor del rey, según otros. Manifestó Colbert desde su juventud una decidida afición á las ciencias y á las artes, y los progresos que en ellas hizo le pusieron muy pronto en estado de ser útil á su patria. Le Teller, le colocó en la Secretaria de estado que desempeñaba, y pasó poco tiempo después á la del Cardenal Mazarini, del que fué mayordomo. Se grangeó la estimacion del Cardenal y éste le recomendó á Luis XIV, al tiempo de morir, y á la caída del superintendente Fouquet, fué nombrado contralor general de hacienda. Merced á sus desvelos, reemplazaron pronto el orden y la abundancia, al desorden y la miseria; puso fin

al robo y liquidó las deudas del estado, restableció las antiguas fábricas introduciendo muchas nuevas, particularmente de espejos y alfombras; mandó componer los principales caminos reales, abrió muchos mas, y unió los dos mares por el canal del Langüedoc. Fomentó las ciencias, las letras y las artes; fundó la Academia de inscripciones, la de ciencias, la de Arquitectura; estableció la escuela de Roma, mandó construir el Observatorio, y embelleció á París con mercados, plazas públicas y puertas triunfales: se le deben tambien la columnata del Louvre y el jardin de las Tullerías. Luis XIV añadió á las atribuciones de Colbert, el departamento de marina, y muy pronto adquirió ésta nuevo impulso, pues llegó á contar por mar y tierra 198 buques de guerra, mientras que algunos años antes apenas tenia cincuenta.—T.

90. *Carlos II*, rey de Inglaterra, hijo de Carlos I; nació en 1650, y estaba refugiado en Holanda cuando su padre subió al patíbulo; tomó al momento el título de rey y pasó á Escocia, donde tenia gran numero de partidarios; pero habiendo sido vencido por Cromwel, se vió obligado á retirarse al continente, y no pudo subir al trono hasta la muerte del protector. Aprovechándose poco del ejemplo de su padre, disolvió como él muchos parlamentos, quiso gobernar solo, y se rodeó de ministros corrompidos. Su avaricia, amor á los placeres y desordenada conducta, excitaron el descontento público, dando origen á muchas conspiraciones, que á su vez fueron causa de ejecuciones sangrientas. La peste y el incendio de Lóndres contribuyeron tambien á las desgracias de este reinado, que si bien notable por los progresos de la literatura, lo fué aún mas por la disolucion de las costumbres, que desde la corte se estendia á todas las clases de la sociedad. Murió en 1685.—T.

91. *Colón* (Cristóbal): célebre navegante; nació en 1455 ó 1444, en el estado de Génova, en esta misma ciudad, según algunos, en Cúccaro (Montferrat), en Savona ó Cogoreo según otros, pero mas probablemente en Colognetto: era hijo de un tejedor. Despues de haber estudiado profundamente la geometría, la astronomía, la geografía y la cosmografía, y haber recorrido por mar casi todas las partes del mundo conocido, supuso que debia haber tierras

al O. de Europa, ó que á lo menos se podría llegar á las Indias por este rumbo. Propuso, primero al rey de Portugal, y luego á los genoveses, que le proporcionáran los medios de hacer este descubrimiento; pero ambos lo rechazaron con dureza y trataron de visionario. Dirigióse entonces á España donde reinaba Fernando é Isabel; y obtuvo, despues de ocho años de solicitud, tres buques con los cuales salió del puerto de Palos en Andalucía, el 3 de Agosto de 1492. Al cabo de 65 dias de navegacion, descubrió tierra el 8 de Octubre de 1492. Arribó primero á la isla de S. Salvador, una de las Lucayas, descubrió en seguida la de Cuba y Santo Domingo, y volvió á España en Marzo de 1495. A su vuelta fué nombrado Virey de los paises que habia descubierto. Sucesivamente hizo tres viajes y en cada uno de ellos nuevos descubrimientos y adquisiciones importantes á la corona de España; pero en cambio de sus eminentes servicios, se vió precisado á reprimir y aún castigar las sublevaciones que le suscitó la envidia de sus compañeros; y si bien logró confundir por algun tiempo sus intrigas é imposturas, hubo al fin de sucumbir víctima de la calumnia; y despojado de sus mandos y sustituido por Bobadilla, le mandó éste á España cargado de cadenas, logrando sus émulos y enemigos, que caído de la gracia y aún despreciado por el rey Fernando, acabase sus dias abrumado por las enfermedades y disgustos en 1506. A los que deseen noticias extensas y exactas, apoyadas en documentos auténticos, sobre la caída y vicisitudes del primer descubridor del nuevo mundo, les recomendamos la lectura de la coleccion de viajes de Colón, comenzada á publicar en 1826 por el Sr. D. Martin Fernandez de Navarrete, obra recibida con aceptacion universal de todos los sábios de la Europa, que hicieron de ella los mas encarecidos elogios.—T.

92. *Temistocles*, célebre general ateniense; nació de oscuro linaje en el año 555 antes de Jesucristo. Se dió á conocer muy pronto y tomó parte en la batalla de Maraton, mandada por Milciades, despues de la cual decia con frecuencia que los triunfos de éste le quitaban el sueño. Previendo la segunda guerra púnica, aconsejó á los atenienses la creacion de una formidable marina: nombrado gefe de

las fuerzas atenienses mientras la invasion de Jerges en Grecia, el año 480 antes de Jesucristo, demostró á sus conciudadanos la necesidad de abandonar á Atenas y de refugiarse en las naves; manifestó una calma admirable en sus discusiones con el general en jefe de los griegos, Euribiades de Esparta, diciéndole aquellas memorables palabras: *pega, pero escucha*; y por último dió un golpe mortal á la escuadra de los Pérsas por medio de la batalla naval de Salamina, con cuya victoria libertó á su pátria de la tiranía del invasor. Poco tiempo despues de este glorioso triunfo, fué Temístocles desterrado por sus ingratos conciudadanos, y se retiró á la córte de Jerges, quien le dió una magnífica hospitalidad; pero queriendo exigir de él que dirigiese la guerra contra su pais natal, viéndose en la cruel alternativa de faltar á su bienhechor ó ser ingrato á su pátria, se envenenò segun unos, en el año 449, y segun otros en el año 470 antes de Jesucristo. Cornelio Nepote, ha escrito la vida de este ilustre ateniense.—*T.*

95. *Rousseau* (Juan Bautista): uno de los mas célebres poetas líricos franceses; nació en París en 1670. Apasionado admirador de las obras clásicas de los escritores del siglo de Luis XIV, declaró la guerra denodadamente al mal gusto, y se acarreó el ódio implacable de la gran turba de todas las medianías. Fué calumniado por sus enemigos y desterrado injustamente de Francia por una sentencia del parlamento, y se retiró á Bruselas, donde murió en 1746. Su nombre sin embargo ha pasado con gloria hasta nuestros dias, sobreviviendo á todas las revoluciones literarias.—*T.*

94. *Platon*, hijo de Ariston, filósofo ateniense, que vivió entre los años 429 y 348 antes de Jesucristo. En su juventud se entregó á los ejercicios gimnásticos, al estudio de las matemáticas y de la poesía. De sus primeros estudios sacó Platon aquella fecundidad de imaginacion y de agudeza que distingue sus escritos. A la edad de 20 años se adhirió á Sócrates, de quien fué el discípulo mas puntual por espacio de diez años: compuso una relacion circunstanciada é interesante de la vida de su maestro, de su profunda sabiduría, y del modo con que llenó su destino. Muerto Sócrates, recorrió Platon la Grecia, la Sicilia y el

Egipto, para ensanchar sus conocimientos con la ciencia y el trato de los hombres mas instruidos, y estudiando las obras de la naturaleza: restituido á Atenas, abrió la escuela tan conocida con el nombre de *Academia*, que fué bien pronto frecuentada por los hombres mas distinguidos de la Grecia, contándose en el número de sus discípulos á Aristóteles, Espeusippo, Xenócrates, Isócrates, y algunas mujeres, como Lasthenia y Acciothea; y por espacio de 40 años, estuvo ocupado en enseñar y en escribir; fué tan modesto como su maestro, sin haberse jamás ensoberbecido por su grande capacidad; tuvo como aquel ideas bastante exactas del gobierno de la Providencia, enseñando que el hombre es el objeto de la atención divina, en medio de los trastornos y tribulaciones de la vida, y defendiendo como su maestro, con robustísimos argumentos la doctrina consoladora de la inmortalidad del alma. Sus costumbres puras y su vida bien ordenada, le proporcionaron una vejez gustosa y apacible hasta la edad de 84 años en que murió, mereciendo que la antigüedad pagana le apellidase *divino*, por el amor que manifestó siempre á la virtud, y que á causa de la suavidad y elegancia de su estilo, le diesen el título de *abeja ática*.— *T.*

95. *Tertuliano*, llamado el filósofo, doctor de la Iglesia, nació en la Palestina por los años 105, fué primero pagano y adoptó la secta de Platon. Recibió el bautismo á la edad de 50 años, y pasó á Roma donde abrió una escuela de filosofía cristiana. Calumniado por el filósofo cínico Crecencio, fué condenado á muerte, y sufrió el martirio por los años de 167. Es uno de los primeros apologetas de la religion cristiana.— *T.*

96. *Origenes*, célebre doctor de la Iglesia; nació en Alejandría en el año 185, y vió cortar la cabeza á su padre Leonidas, que era cristiano. Reemplazó á S. Clemente, su maestro, en la direccion de la escuela cristiana de aquella famosa ciudad; y desde esta época se distinguió por una rigidez de principios y de costumbres, llevada á tal extremo, que se castró para sustraerse á la tentacion: sufrió el tormento durante la persecucion de Décio, y murió en el año 255. Dejó muchos escritos en griego, siendo de los mas notables su apología del cristianismo contra Celso.— *T.*

97. *Suetonio Tranquilo*: biógrafo latino, nació hácia el año 70 de Jesucristo, hijo de un tribuno militar, y segun parece, abrazó la profesion de abogado, y fué secretario de Adriano, cuya privanza perdió por haberse conducido con demasiada familiaridad con la emperatriz Sabina. Dió lecciones de gramática y retórica en Roma, y estuvo íntimamente unido con Plinio él jóven, quien le dirigió alguna de sus *cartas*. Escribió varias obras; pero hoy dia solo nos queda *vidas de los doce Césares*, la mas célebre de todas.— *T.*

98. *Mahoma*: en árabe Mohammed, fundador de la religion musulmana, nació en la Meca hácia el año 570 de Jesucristo, y murió en Medina en 652. Los principales dogmas y preceptos de la religion que propagó con la cimitarra, son: la unidad de Dios, la inmortalidad del alma, un paraíso con goces puramente sensuales, el juicio final y la predestinacion; el fatalismo inconciliable con la justicia de Dios, fué aplicado por Mahoma á su doctrina para hacer de ella un auxiliar del espíritu de conquista, inspirando el desprecio de la muerte. Los preceptos, son: la circuncision, la oracion, la limosna, las abluciones, el ayuno, sobre todo durante el *Ramazan*, los sacrificios en algunas ocasiones solemnes, y la abstinencia de vinos y de todo licor fermentado. Tambien está autorizada la *poligamia*.— *T.*

99. *D' Alembert* (Juan Lerond): uno de los hombres mas célebres del siglo XVIII, nació en Paris en 1717, fué abandonado en su nacimiento, y recogido por un comisario de policía que lo confió á la mujer de un pobre vidriero llamado Rousseau. D' Alembert conservò siempre hácia esta mujer los sentimientos de un hijo; y aunque despues supo el secreto de su nacimiento (tenia por madre á Madama de Tencin, y por padre á Mr. Destonches, comisario de artillería), no quiso abandonarla por la gran Señora que habia esperado antes de reconocerle, á que se hubiese adquirido un nombre ilustre. Se le llamó al principio Juan Lerond, porque habia sido encontrado en el átrio de una iglesia de este nombre, hoy destruida, y tomó despues el apellido D' Alembert. Sintió desde muy jóven gran aficion á las matemáticas, y se dió á conocer desde la edad de 22 años, por unas memorias eruditas que le dieron en-

trada en la academia de las ciencias. Publicò unos tratados de mecánica que le han colocado en el primer rango de los géometras; obtuvo el premio propuesto por la academia de Berlín, sobre la cuestion de la *causa general de los vientos*, y esta sociedad se admirò tanto de la superioridad de su memoria, que lo adoptò, por aclamacion, en el número de sus miembros. D' Alembert siguiò tambien, con distincion, la carrera literaria. Habiéndose asociado á Diderot para la publicacion de la Enciclopedia, dió á esta obra, no solamente muy buenos artículos de matemáticas, sino tambien trozos excelentes de literatura, y redactò además el discurso preliminar en que se mostraba gran escritor y filósofo, que dió principio á su reputacion literaria, y él supo acrecentar despues con sus numerosas obras. Muriò de mal de piedra en 1785.— *T.*

400. *Juliano* (el apóstata): emperador romano, hijo de Julio Constancio y sobrino de Constantino; nació en Constantinopla en 331; fué nombrado gobernador de las Galias con el título de César, por Constancio II, y fijò su residencia en Lutecia (París). Se distinguiò en muchas expediciones contra los germanos, y los derrotò completamente en Argentoratum (Estrasburgo). Despues habiéndole mandado Constancio que enviára de Galia al Oriente parte de sus tropas, éstas se resistieron á ir, y proclamaron emperador á Juliano. Constancio marchò inmediatamente á su encuentro, pero muriò en el camino, de modo que Juliano quedò dueño absoluto del imperio. Entònces renunciò abiertamente el cristianismo en que lo habian educado, por lo cual le llamaron el *Apóstata*. Luego que llegó á Roma diò leyes sábias y reformò muchos abusos. Marchò en seguida contra los pérsas, sometió la Armenia y la Mesopotamia, pasó el Tigris, tomo á Ctesifonte, y avanzò hasta la Asiria; mas habiendo sido devastado este país por el enemigo, se viò obligado á retirarse, fué herido mortalmente en un combate dado durante esta retirada, y espiró á la noche siguiente, despues de haber reinado apenas dos años. Juliano era sencillo en sus costumbres, frugal, casto, generoso y moderado. Se le acusa de haber odiado al cristianismo; pero debe decirse que jamás este odio le arrastrò á cometer ningun atentado contra los cristianos.— *T.*

401. *Bossuet* (Santiago Benigno): obispo de Meaux, de la academia francesa, uno de los oradores mas eminentes de Francia, nació en Dijon en 1627; á la edad de 46 años sostuvo su primera tesis, y lo hizo con tanta brillantez que desearon oírle en el palacio de Rambouillet. Allí, en presencia de los primeros talentos y de los hombres mas célebres de la corte, improvisò un sermón que dejó asombrados à todos sus oyentes, haciendo concebir unas esperanzas que bien pronto se vieron realizadas. Ordenado de Sacerdote se retiró á Metz, donde habia obtenido un canonicato. Los negocios de su cabildo le obligaron á hacer algunos viajes á París; y en uno de ellos, durante su estancia en la capital, predicó el adviento y la cuaresma delante del Rey y de toda su corte, y se atrajo la atencion de todos los hombres eminentes, menos pasmados de la fuerza y energía de sus discursos, que de la originalidad de su irresistible elocuencia. Hizo muchas conversiones de protestantes, entre otras, la del gran Turena, para quien redactó su exposicion de la doctrina católica. Nombrado obispo de Condon, renunció al poco tiempo este obispado, á fin de consagrarse exclusivamente á la educacion del Delfin, para quien compuso su famosò discurso sobre la historia universal; y luego que terminó su educacion, le nombró Luis XIV obispo de Meaux. Las oraciones fúnebres de Bossuet, en las que hizo sentir con tanta elocuencia la nada de las grandezas humanas, son, á juicio de los sábios, uno de los mas bellos títulos de su gloria y la admiracion de la posteridad. Murió en 1704 de mal de piedra. — *T.*

402. *Alipio* (San): discípulo, compañero y amigo de San Agustin; se aprovechó de sus lecciones, participó de sus extravíos, y convertido á la fé, procuró imitarle en su celo apostólico contra los errores de los heresiarcas. Nació tambien en Tagaste en 457, y por lo mismo tenia tres años menos que su maestro, á quien siguió á Cartago á pesar de la oposicion de sus padres. Despues de haber estudiado el derecho, obtuvo el empleo de asesor del tesoro general del emperador en Italia; pero en breve lo abandonó para seguir á su amigo á Milan. Ambos por fin se convirtieron milagrosamente y se trasladaron á Africa, fijando su residencia en una soledad cerca de Tagaste. Cuando Agustin fué

consagrado obispo de Hipona, Alipio quedó encargado de la direccion de aquel célebre monasterio, que fué, digámoslo así, el plantel de donde salieron tantos y tan distinguidos varones en piedad y en sabiduría. Empezó despues Alipio un viaje á la Palestina, donde conoció al célebre doctor de la iglesia S. Gerónimo, y á su regreso en 394 fué elevado á la silla episcopal de Tagaste. Asistió á varios concilios, y elegido por uno de los siete obispos que sostuvieron la causa de los católicos contra los donatistas, en la conferencia de Cartago celebrada en el año 405, desplegó un celo y una elocuencia tal, que se conoció ya desde el momento, quien habia sido su maestro. Empezó otro viaje á Italia con el objeto de inclinar al emperador contra los pelagianos, y con este motivo se detuvo allí algun tiempo. Finalmente, segun la opinion de algunos autores, Alipio y Agustin murieron en un mismo año, esto es, en 450, de suerte que ni en vida ni en muerte se separaron. — *T.*

405. *Ammiano Marcelino*: historiador latino del siglo IV, nació en Antioquía por los años 320, y murió en Roma en 390. Sirvió en el ejército bajo los emperadores, Constancio, Juliano y Valente, marchando despues á disfrutar de las delicias de Roma. Escribió una historia de los emperadores romanos, desde Nerva hasta Valentiniano, dividida en treinta y dos libros, de los cuales solo han llegado diez y ocho hasta nosotros, y si bien su estilo es bastante duro, y no participa de la elegancia de Quinto Curcio, ni de la concision de Salustio, goza sin embargo la obra de una gran reputacion, porque el autor refiere, singularmente en los últimos tomos, lo que él mismo habia visto; y habla con tal moderacion del cristianismo y del paganismo, que no se puede adivinar por sus escritos qué religion profesaba. Presenta al emperador Juliano, como un grande hombre, y en los elogios que le prodiga, quizá le adula tanto, como otros escritores le han deprimido y calumniado. — *T.*

404. *Agustin* (San): el primer padre de la iglesia latina; nació el año 354 en Tagaste en Numidia, de un padre pagano, Patricio, y de una madre cristiana, santa Mónica. Fué muy disipado en su juventud, y par-

ticipó mucho tiempo de los errores de los maniqueos. Profesó la retórica en Tagaste, en Cartago, y últimamente en Milan. En esta ciudad tuvo ocasion de conocer á san Ambrosio, cuyos esfuerzos, unidos á los de santa Mónica, lograron convertir á Agustin. Hízose bautizar á la edad de 52 años, dejó su escuela y volvió á Tagaste, donde repartió sus bienes entre los pobres y se consagró á los ayunos y oraciones, algun tiempo despues recibió las órdenes, con que á pesar de su resistencia le revistió Valerio obispo de Hipona, y por cuatro años ocupó la silla episcopal de esta ciudad. Vivió en comun con los clérigos de su iglesia que preparaba para el santo ministerio, y de este modo formó los primeros seminarios. Combatió ya por medio de sus discursos, ya en sus escritos á los donatistas, maniqueos y pelagianos; instruyó á su pueblo con sus sermones, consoló á los pobres y mantuvo la disciplina en muchos concilios. Murió en Hipona durante el sitio de esta ciudad por los vándalos en 450. De todas sus obras, la principal y la mejor sin disputa es, *la ciudad de Dios*, en la cual se propone responder á los argumentos de los paganos, que atribuían las irrupciones de los bárbaros y las desgracias y calamidades del imperio, al establecimiento de la religion cristiana; argumentos que san Agustin refuta y pulveriza, por decirlo así, de una manera victoriosa, descubriendo sus grandes talentos, su vasta penetracion y su erudicion inmensa.— *T.*

405. *Dagoberto*: hijo de Clotario II; fué primero, rey de Austrasia, á la muerte de su padre en 622, y en 654 llegó á serlo de toda la Francia, sucediéndole en el trono á su hermano Cariberto. Sometió á los sajones, á los gascones y á los bretones; pero manchó el brillo de sus victorias con su crueldad y su pasion á las mujeres. Habiendo repudiado la que tenia por legítimo matrimonio, llegó á tener hasta tres al mismo tiempo. Fundó la iglesia de San Dionisio, donde fué enterrado en 658 á la edad de 56 años. Dagoberto hizo florecer las artes, y sobre todo la platería. Tuvo por maestro á San Eloy, que habia sido platero.— *T.*

406. *Eloy* (San): nació en Cadillac, cerca de Limoges,

hacia el año 588 y murió en 659, fué guarda del monetario de Clotario II, despues tesorero de Dagoberto I, quien le dispensó toda su confianza. Elevó el arte de la platería á un grado de perfeccion extraordinaria, atendida la época en que vivió. Las mas notables de sus obras son: los bajos relieves del sepulcro de S. German, obispo de París, un gran número de cajas que encerraban reliquias, dos sillas de oro adornadas de pedrería que hizo para el rey Clotario II. Desengañado del mundo se retiró á un monasterio, de donde salió en 640 para ocupar la silla de Noyon.— *T.*

407. *Munzer ó Muntzer* (Tomás): uno de los Jefes de los anabaptistas; nació en Zwickaw (Misnia) á fines del siglo XV, y recibió las órdenes sagradas. Fué al principio sectario de Lutero; mas queriendo desempeñar á su vez el papel de reformador, é ir mucho mas adelante que su maestro, recorrió, predicando, la Turinga, Suabia y Franconia, hizo muchos prosélitos, y se anunció como nuevo Gedeon encargado de reformar el reino de Jesucristo por medio de la espada. Ya contaba á sus órdenes 50,000 fanáticos, y se habia apoderado de Mulhausen en Francia, cuando fué atacado por el ejército de los príncipes confederados, derrotado y hecho prisionero, condenado á muerte y ejecutado en 1525.— *T.*

408. *Simon* el (Mago): natural de Gitton en Samaria; fué discípulo del taumaturgo Dositeo, obraba él mismo prodigios y se intitulaba la *Virtud de Dios*. Se hizo bautizar por el diácono Felipe; y despues se atrevió á pedir á San Pedro que le trasmitiese, mediante cierta cantidad de dinero, el poder de hacer milagros semejantes á los suyos (de donde vino el nombre de Simonia para designar el tráfico de las cosas santas); pero fué rechazado y maldecido por el jefe de los apóstoles. Simon entónces se separó de los discípulos de Jesus y quiso rivalizar con ellos; recorrió varias provincias de Oriente, pasó á Italia donde embaucó é hizo muchos prosélitos, aún en la misma Roma.— *T.*

409. *Lutero* (Martin): célebre reformador, nació en 1483 en Eisleben (Sajonia), era hijo de un pobre trabajador de minas. Estudió en Eisenach, entró en el convento de los Agustinos en Erfurt, fué poco despues profesor

de la universidad de Wittemberg, y enviado á Roma para asuntos de su órden. Habiendo publicado el papa Leon x las indulgencias, y encargado á los Dominicos de que las propagasen por Alemania: se encelaron los agustinos de esta eleccion, y Lutero, á quien tomaron por órgano, atacó osadamente hasta la venta de las indulgencias. Entónces fué cuando publicó un programa de noventa y cinco proposiciones que hallaron al punto infinitos partidarios. Hizole quemar Tetzeel, prelado de los dominicos, y el papa, despues de haber citado en vano al autor á Roma, remitió el asunto al cardenal Cayetano, sub-legado en la dieta de Ausburgo. Intentó aquel, aunque sin efecto, que se retractára Lutero, quiso prenderlo, pero habiéndolo sabido á tiempo, consiguió escaparse. Protegido por el elector de Sajonia, profesó abiertamente doctrinas cada vez mas libres. No reconociendo otra autoridad que la de la sagrada Escritura, atacó al papa y á la Iglesia romana, los votos monásticos, el celibato sacerdotal, la gerarquía eclesiástica, las posesiones de bienes temporales por el clero, desechó el culto de los santos, el purgatorio, los mandamientos de la Iglesia, la confesion, el dogma de la transustanciacion, la misa, y la comunion bajo una sola especie, no conservando mas sacramentos que el bautismo y la eucaristía bajo las dos especies. Escomulgó Leon x, haciendo al mismo tiempo quemar sus escritos como heréticos. Murió en 1545, poco despues de la convocacion del concilio de Trento, cuando recorrida toda la Alemania, y adheridos á su partido muchos príncipes poderosos, vió en cierta manera asegurado el triunfo de su causa con la paz de Nuremberg, que concedió á sus sectarios la libertad de conciencia. Las doctrinas de Lutero han sido expuestas y refutadas por Bossuet, en su historia de las variaciones de las iglesias protestantes, que como todas las obras de este hombre eminente, debe estudiarse con detenimiento. — *T.*

110. *Calvino* (Juan): célebre reformista, nació en 1509 en Noyon (Picardia), era hijo de un tonelero llamado Cauvin. Educáronle primero en la religion católica y le dedicaban á la iglesia; pero abandonó esta carrera por la ju-

risprudencia, y pasó á estudiar á Orleans, y despues á Bourges, bajo la direccion de Alciato. Habiendo hecho amistad con muchos partidarios de Lutero, abrazó muy pronto los principios de la reforma y empezó á propagarlos en París. Fué gefe de una nueva secta de reformistas, que tomaron de él el nombre de *calvinistas*. Se distinguia de Lutero en que su reforma era mas radical, pues proscribia todo culto exterior y toda gerarquía, no reconociendo la potestad episcopal ni la sacerdotal, y sí solo la del Papa, reprobando la misa, el dogma de la presencia verdadera, la invocacion de los santos, y destruyendo el libre alvedrío. Murió en Ginebra en 1564.—*T.*

444. *Zwinglio* (Ulrico): nació el año 1484 en Wildhaus (cantón de Saint-Gall); fué cura de Glaris, y asistió en clase de capellan de los suizos auxiliares de Julio II á la batalla de Novara; siguió á otro ejército de suizos á Marignam, y predicó desde entónces contra la costumbre de sus compatriotas de ponerse á sueldo al servicio del extranjero. Principió por atacar en el púlpito, un año antes que Lutero, el lujo y los abusos de la corte de Roma; y habiendo sido trasladado al curato de Zurich, desarrolló mas y mas sus ideas de reforma, y decidió al gran consejo del canton á no dejar predicar mas que el evangelio; solicitó y obtuvo la supresion del celibato de los sacerdotes y de la misa, y en seguida contrajo matrimonio. Aunque diferia de las opiniones de Lutero en algunos puntos, trató siempre de obrar de acuerdo con él; y si bien fué mas lógico que el gefe de la reforma; nunca poseyó la influencia y poder de éste para mover las masas. Murió en Cappel en 1554.—*T.*

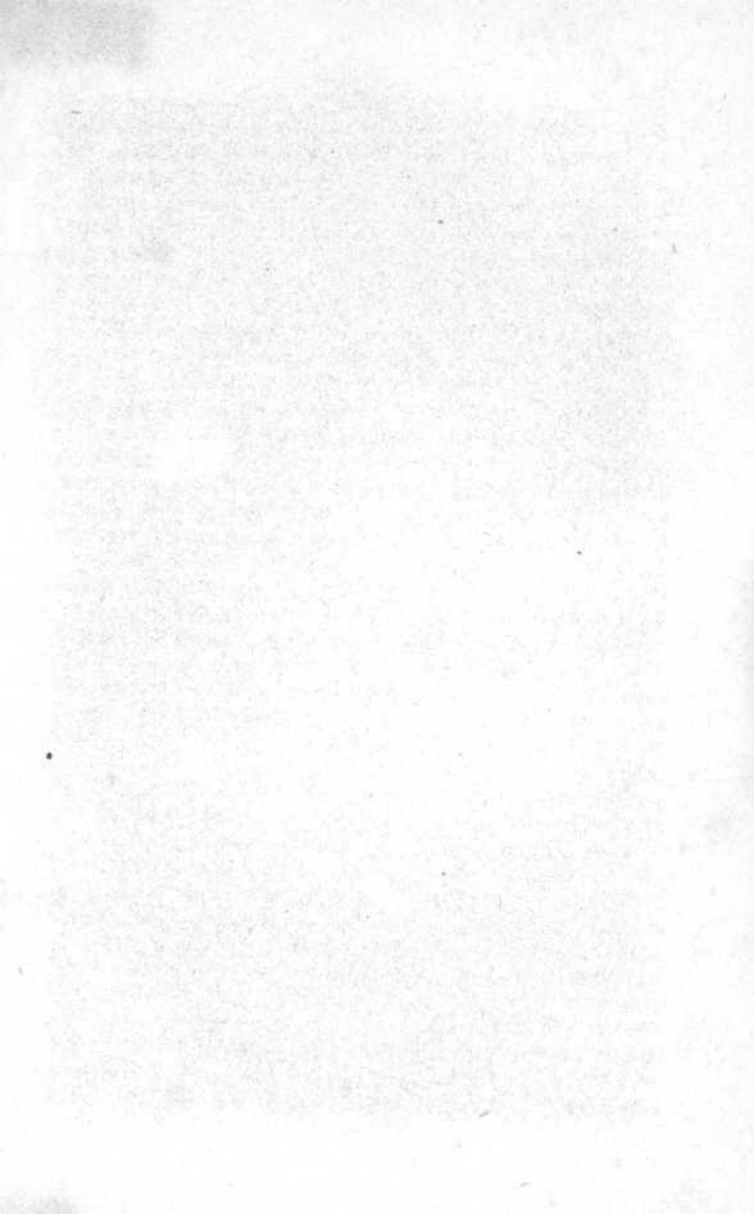
442. *Bayardo* (Pedro): apellidado el caballero sin miedo y sin tacha, nacido en 1476 en el castillo de Bayardo, cerca de Grenoble; reunió en su persona las virtudes que admiramos separadas entre muchos héroes de la antigüedad. Comenzó á distinguirse en el reinado de Carlos VIII en la batalla de *Fornoue* (1495). En el de Luis XII, contribuyó poderosamente á la conquista de una parte de la Italia. Como otro *Horacio Cocles* defendió él solo contra los españoles el puente del *Garellano*, lo

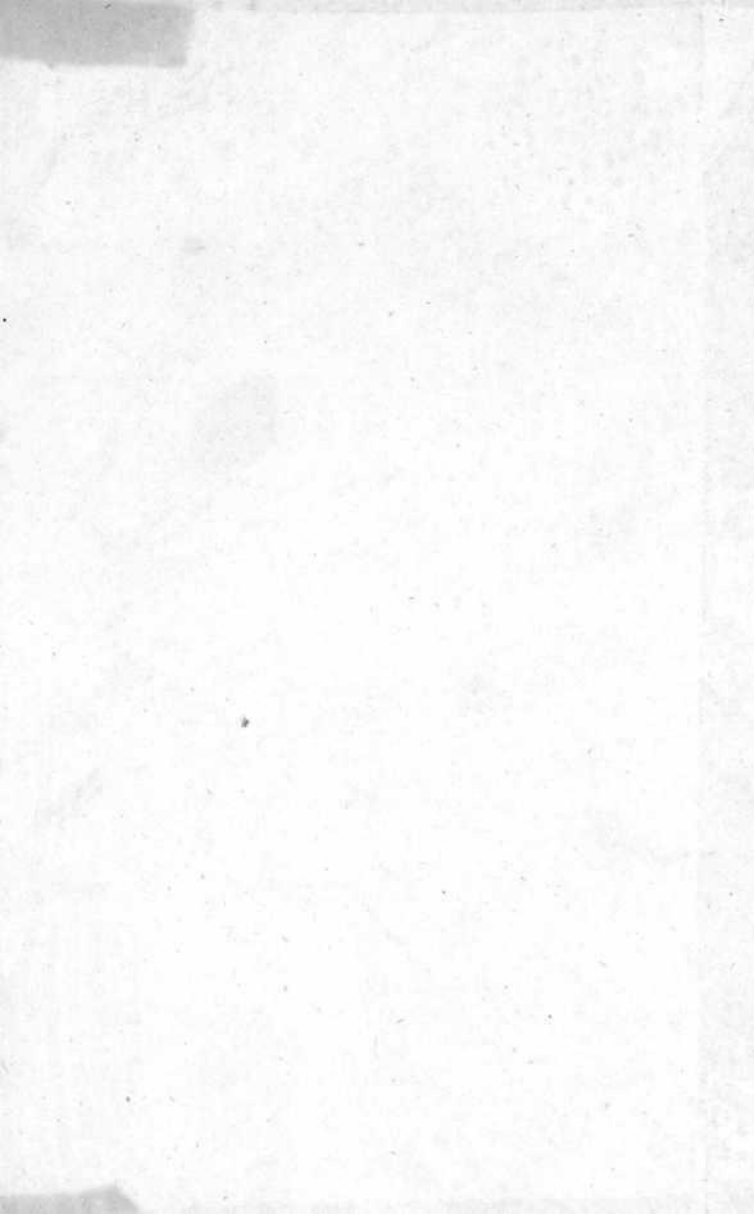
que hizo se le diese por divisa de su escudo esta leyenda: *Vires agminis unus habet*. Tomó parte en la gloriosa victoria de *Agnadel* (1509), pues hizo con feliz éxito la guerra al papa Julio II; pero no menos leal que el romano Fabricio, rechazó con indignacion la propuesta de un traidor que le ofrecia envenar à su enemigo. En la toma de la Brescia salvó el honor de una familia que iba á ser entregada á la brutalidad de la soldadesca, y no aceptó el donativo de 2500 ducados que le hicieron, sinò para repartirlo entre dos doncellas cuya virtud acababa de proteger. En el reinado de Francisco I, volvió á hacer la guerra á Italia, é hizo prisionero á *Próspero Colonna*, uno de los generales enemigos. En *Mariñan*, peleando al lado del rey, hizo prodigios de valor y decidió la victoria (1515); y Francisco I, para manifestarle el alto aprecio que hacia de él, quiso armarle caballero por sus propias manos. Encargado algunos años despues del mando en gefe de un ejército que habia comprometido la impericia de *Bonnivet*, logró salvarle haciéndole atravesar la Secia á presencia de los españoles, muy superiores en número; pero habiendo quedado á retaguardia para proteger la retirada recibió una herida, de la que murió á pocos instantes el 30 de Abril de 1524. Aunque moribundo pidió que le colocasen de cara al enemigo, no queriendo, dijo, darle la espalda por la primera vez. El condestable Borbon, que servia en las filas españolas, viendo á Bayardo en sus últimos momentos, se lamentó amargamente de su suerte. «No es á mí á quien debeis compadecer, dijo el héroe; tened compasion de vos, que peleais contra vuestro rey y vuestra pátria.»

Bayardo, (dice Pedro Blanchar célebre biógrafo de principios de este siglo) fué el último caballero Francés, no quedando despues de su muerte sino algunos vestigios ó señales de esta antigua institucion. Estaba dotado de aquella virtud sencilla, y de aquel heroismo lleno de franqueza que rara vez se encuentran reunidos, y que segun pretenden algunos, honraron unos tiempos menos refinados que los nuestros. Si con los mayores talentos militares, no mandó jamás en gefe, consistió, segun la reflexion de un historiador, en que era muy poco cortesano para reunir la fortuna y la gloria. — T.

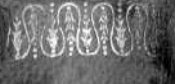
443. *Luis XII*: llamado el *padre del pueblo*, nació en Blois en 1462, de Carlos, duque de Orleans, nieto de Carlos V; fué el primer príncipe de la sangre que existía al advenimiento de Carlos VIII, y fué conocido al principio con el nombre de duque de Orleans. Disputó la regencia á Ana de Beaujeu durante la minoría de Carlos VIII, marchó contra las tropas del jóven rey á la cabeza de un ejército, fué vencido y hecho prisionero en san Auvin por la Tremoille, y permaneció tres años en Bourges, donde lo encerraban por la noche en una jaula de hierro. Vuelto á la libertad por Carlos VIII, supo reparar la falta por medio de una conducta irreprehensible que observó hasta su subida al trono en 1498. Comenzó su reinado perdonando á todos sus enemigos, diciendo que el rey de Francia debía olvidar las injurias hechas al duque de Orleans, disminuyó en una tercera parte los impuestos, é hizo á los jueces inamovibles; se apoderó del Milanesado, y conquistó el reino de Nápoles, juntamente con Fernando el Católico; pero cuando llegó el momento de la particion, riñeron ambos, y Luis fué vencido por Gonzalo de Córdoba y espulsado de Nápoles; entró en la liga formada por Julio II contra los Venecianos, á quienes derrotó; pero muy en breve le abandonó Julio y se coaligó contra él. Murió en 1515, llorado por sus súbditos, y aún elogiado por los extranjeros.—*T.*

444. *Langüet*: célebre efectivamente por mas de un título; pero con especialidad por su ardiente celo en el cumplimiento de las obligaciones de su ministerio parroquial. Con efecto, no hay memoria en Francia de otro cura mas hábil ni mas ingenioso que éste, para procurarse abundantes limosnas y legados considerables á beneficio de su parroquia y de sus feligreses; pues se sabe que distribuía anualmente en limosnas un millon, constando que habia en su parroquia, algunas familias nobles y de distincion, pero notoriamente pobres, con las cuales gastaba mas de treinta mil libras; de suerte que su caridad no tenia límites. Nació en Dijon en 1675, y murió en su abadía de Bernay en 1750.—*T.*









LA ESCUELA
DE
COSTUMBRES



ESCUELA NORMAL



i



17
BLA
1

